



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2021

Juan Manuel Gil

Trigo limpio



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Premio Biblioteca Breve 2021

Dedicatoria

Cita

Primera parte. Algo venido del cielo

La máquina de rayos equis

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis

Segunda parte. Los fascinados

La fábrica de azufre

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Tercera parte. Todo esto

Un charlatán

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Epílogo. El sexto pasadizo

La despedida

Nota del autor

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Veinticinco años después de protagonizar una gamberrada que marcará el transcurso de la vida de un grupo de amigos, el narrador sin nombre de esta novela recibe un mensaje de Simón, un miembro de la pandilla que desapareció un buen día sin dejar rastro, con una propuesta inesperada: ¿por qué no escribes sobre nosotros?, ¿sobre lo que nos sucedió?

Como una falsa novela de detectives, *Trigo limpio* sigue los pasos de un escritor dispuesto a cualquier cosa para darle forma a la novela perfecta mientras investiga sobre un pasado que poco se parece a lo que recuerda de su infancia perdida en un barrio periférico. Un juego literario en el que el lector está invitado a conectar las piezas de un hábil rompecabezas.

Armado con un inteligente sentido del humor y dispuesto a saltarse todas las fronteras entre la realidad y la ficción, Juan Manuel Gil ha obtenido el Premio Biblioteca Breve 2021 con este lúcido homenaje al poder universal de contar historias y al refugio que supone la lectura.

TRIGO LIMPIO

Juan Manuel Gil



Seix Barral

«Narra con asombrosa agilidad y desde el humor la fascinación por la infancia perdida en un barrio periférico, así como la naturaleza de la fabulación literaria a través de pasadizos que conectan las lecturas que todos llevamos dentro.»

Jurado del Premio Biblioteca Breve 2021

OLGA MERINO

RAQUEL TARANILLA

ENRIQUE VILA-MATAS

PERE GIMFERRER

ELENA RAMÍREZ

A Tamy, Martina y Lola

Yo, que me he pasado media vida entre libros, también he acabado percibiéndola como si fuera una obra de ficción y comportándome en el interior de su trama como un personaje. Para mí, las cosas de la vida tienen sentido si funcionan narrativamente, y son justas en la medida en que son necesarias para su desarrollo argumental. Analizo mi existencia como si fuera un libro y le aplico las herramientas y los métodos que uso para desentrañar los textos. Por eso no llego a ninguna conclusión aceptable, o extraigo siempre consecuencias equivocadas.

Grandes éxitos, ANTONIO OREJUDO

Primera parte

Algo venido del cielo

La máquina de rayos equis

Este comienzo no es el principio, pero puede que sea una buena manera de empezar. En la primera mitad de los años noventa, el aeropuerto de Almería vivió una de sus transformaciones más importantes. Como suele ocurrir con estos asuntos, el ministerio decidió ampliar la pista de despegue y aterrizaje sin tener en cuenta a los vecinos de los barrios aledaños. Eso se tradujo en protestas y manifestaciones que, aunque no llevaron a ningún lado, trajeron de cabeza a los políticos locales y regionales de aquellos años. Como mi barrio era el más afectado por aquella descomunal obra pública, los vecinos salieron a la calle a llevarse por delante a quien fuera necesario. Yo mismo, siendo un niño de apenas nueve o diez años, me recuerdo sentado en mitad de la carretera nacional 340, o intentando acceder a la terminal de salidas —que era la misma que la de llegadas— con el rostro cubierto por la camiseta, o apedreando los camiones que movían perezosamente la tierra de un lado a otro o llamando hijos de puta a los periodistas de Televisión Española, sin siquiera saber por qué. La típica historia de David contra Goliat. El clásico partido de primera ronda de Copa del Rey entre el Real Madrid y el equipo en el que juega tu cuñado los martes al salir del trabajo. Fueron años de compromiso, lucha y protesta vecinal que, como todos imaginarán, se resolvieron con una pista de tres mil doscientos metros que nos estacaron en el mismísimo culo.

Esta historia no va sobre aquellos días de proclamas y violencia. Aunque eso no quita, claro, que en este relato el aeropuerto funcione como la máquina de rayos equis de un viejo hospital soviético: ocurre que es útil para la comunidad, no hay modo de negarlo, pero a quienes pasan mucho tiempo cerca de ella, se les acaban deshojando las pestañas y las uñas, porque resulta imposible que esa radiación no te cambie el curso de los días. Podría aprovechar para hablar del ensordecedor ruido de los aviones, del insoportable olor a queroseno ya quemado, de la irreparable fractura del paisaje y de la catástrofe económica que supuso aquella ampliación, pero lo que en realidad pretendo decir es que el aeropuerto cambió nuestro modo de mirar la vida, por razones que aún hoy no sé explicar con la claridad que merece el asunto.

Aunque narrativamente sea pronto para apuntarlo —puede que también algo pretencioso—, creo que mi forma de contar cualquier historia siempre ha estado marcada por la niñez y la adolescencia que viví allí, a la sombra alargada del aeropuerto, en la calle Jarrera, número tres, a escasos ciento cincuenta metros del punto en el que viraban los aviones para iniciar el despegue. No tardé en aprender que si quería ser escuchado en el barrio —y ser escuchado significaba ser respetado, protegido y amado— tenía que imponer mi relato sobre el de los demás. Y para eso lo que debía hacer era mirar cualquier suceso desde un ángulo que huyera de lo predecible. Ser un mago del reencuadre, vamos. Esa era una exigencia que a la gente del barrio, tarde o temprano, le terminaba por golpear en la cara. «¡El punto de vista, chaval, el maldito punto de vista!», habríamos gritado los zagales en más de una ocasión, de haber descubierto que eso tenía un nombre tan sencillito. Pero como todo el mundo sabe, con la mirada —aunque indispensable— nunca

es suficiente si lo que se desea es que las historias se cobijen para siempre en la memoria. Necesitas ese cromo que nadie tiene. Necesitas el único sello con esa diminuta anomalía en la ilustración o en la disposición de las grafías. Necesitas el melocotón más sabroso del verano. Y nosotros, por suerte o por desgracia, lo teníamos a nuestro alcance porque unos desconocidos nos lo habían impuesto desde algún despacho de vete tú a saber dónde. En cualquier relato, a esa singularidad se le denomina «espacio nuclear», es decir, ese lugar magnético donde, de forma espontánea e inexorable, la acción se origina, transcurre y desemboca, en un bucle, si no infinito, casi infinito. Y nosotros, que creíamos que el mundo había sido nombrado por vez primera en el barrio, a ese espacio lo llamábamos de otro modo, siendo, no obstante, una misma cosa: «El aeropuerto». Así. A secas. Intuyendo, pero sin saber. Con eso nos bastaba para no dejar de hablar, para seguir contando lo que tuviéramos que contar, convencidos de que atraparíamos la atención de cualquiera hasta el mismísimo final.

Uno

Una de las muchas consecuencias que tuvo la ampliación del aeropuerto fue la construcción de un colegio nuevo. La pista circular de despegue y aterrizaje, una vez terminada, quedaba a no más de cincuenta metros del patio donde los alumnos nos dejábamos los últimos dientes de leche. Las alas de los aviones pasaban tan cerca, que los niños estirábamos los brazos a través de la valla, convencidos de que podríamos acariciarles el plumaje. No obstante, no era higiénico para nosotros —ni estético para ellos— que nos siguiéramos comiendo allí el bocadillo de media mañana, al rebufo del queroseno y la goma quemada. Así que en las vacaciones de la Navidad del año 1992, hicimos el tránsito al nuevo centro. Yo, que lo mismo me apuntaba a destrozar bailes folclóricos que me daba por aprender el método Caballero de mecanografía, fui uno de los muchos que ayudaron a desembalar y colocar mesas, sillas, pizarras, armarios y estanterías en el nuevo colegio. Recuerdo de qué manera el director y su mujer nos dirigían cual enjambre de tontos: desplegaos con rapidez, empujad con fuerza, sujetad con brío. Vivimos aquellos días de mudanza con un júbilo más propio de un rebaño de catequesis que de un grupo de escuela pública. Así nos va ahora.

El cambio de instalaciones no supuso la demolición del antiguo colegio. Al menos no al principio. Durante unos cuantos años, allí quedó ese enorme edificio de tres plantas, rodeado de un patio que albergaba una pista de fútbol sala, otra de baloncesto, un

invernadero de medio arco, un palomar de mezcla y bovedillas, un gran aparcamiento, tres o cuatro fuentes secas y un caótico y hermoso bosque de mimosas, pinos y eucaliptos. Podría emplearme en describir aquel patio durante páginas y páginas, porque, siempre que lo evoco, la nostalgia, esa peligrosa jalea real que lo suele pringar todo, me acude al cielo de la boca. Pero en este caso lo relevante no radicaba en cómo era, sino más bien en qué ocurría allí. A pesar de que el viejo colegio había sido precintado por la Administración pertinente, la gente seguía entrando, quizá con más naturalidad que antes, por una puerta que alguien había improvisado a fuerza de patadas y empujones, no muy lejos de la principal. Y según la edad, la hora y las ganas, se practicaban deportes, se paseaba bucólicamente entre los árboles y la maleza, se bebía alcohol y se fumaban los primeros cigarrillos, se organizaban peleas por cuestiones de honor y, si sabías de qué iba eso del amor en los noventa, podías llegar a perder la virginidad sin demasiados remordimientos.

Es aquí, quizá, en este punto, desde donde debería haber arrancado, desde donde debería haber empezado a relatar esta historia. Me doy cuenta ahora. Ya no es el comienzo, obviamente, pero puede que siga siendo el principio de todo lo que vino después. La escena en la que pienso es la que sigue.

Jugábamos un partido de fútbol sala que se enmarcaba en un campeonato despiadado y salvaje en la pista del viejo colegio. A esto lo llamábamos «jugarse una Casera», porque el trofeo era un refresco de esa marca que nos bebíamos mientras dedicábamos canciones procaces al equipo perdedor. En un momento determinado del partido, próximo a acabar, el balón, porque así lo quiso la diosa Fortuna o porque a mi primo siempre le sobró el talento para el regate intuitivo y la asistencia generosa, cayó

botando a mis pies con la lentitud y la elegancia de un globo de helio. Yo, que nunca fui muy dado ni a la filigrana ni al requiebro, lo tuve clarísimo al instante y puse en funcionamiento toda la maquinaria articular: le di tal punterazo al balón que sobrevoló la portería, la valla del colegio y, para mayor dramatismo, la del aeropuerto. Lo escribo tal como lo recuerdo y lo recuerdo tal como lo estoy viendo ahora que cierro los ojos unos segundos. En aquella tarde de mi temprana adolescencia, un levante de mil demonios afeitaba el asfalto de la pista de aterrizaje. Así que el balón, después de botar cinco, seis o siete veces, comenzó a rodar como si no tuviera pensado detenerse hasta golpear la mismísima torre de control, que se alzaba a dos kilómetros de distancia, metro arriba, metro abajo.

Lo que viene a continuación lo recuerdo, en cambio, con la fidelidad de lo que ha sido contado una y mil veces. Que a estas alturas no sé si es mucha o poca, la verdad. En cuanto el balón dejó atrás la valla del aeropuerto, inicié el protocolo de actuación consensuado para estas situaciones de emergencia. Salí disparado, me colé por uno de los agujeros que habíamos hecho en las alambradas y rompí a correr detrás del balón al sentir que un fuego antiquísimo me abrasaba el corazón. Las veces que volví la mirada hacia atrás, quizá en tres o cuatro ocasiones, por prudencia o por miedo, no lo sé, de verdad que no lo sé, pude ver a todos —a mi equipo y al contrario— aferrados a la valla, sacudiéndola como si estuvieran siendo electrocutados, jaleándome, gritando palabras que el levante me traía y se llevaba con la misma velocidad. Y yo corría, claro, y corría y corría. Y, por alguna contundente ley de la física, el balón parecía hacerse más y más pequeño, casi diminuto, apenas la cabeza de un alfiler, hasta que las luces de la pista de aterrizaje, blancas, rojas, azules, verdes, se encendieron todas a la

vez, y el balón pareció desintegrarse, o yo, miope avergonzado en aquellos años, lo perdí de vista. Puede ser que en ese momento me planteara dar media vuelta y dejar las cosas como estaban. No lo descarto porque ahora me parece un sentimiento muy humano y muy inteligente, pero nuestro protocolo de actuación se sustentaba en una ley con hechura de buen epitafio: sin balón no se vuelve. De modo que continué corriendo algunos metros más, hasta que mi cerebro trianguló neuronas y concluyó qué significaban aquellas luces multicolores. Un avión estaba a punto de aterrizar. Y ahí sí que el vientre se me apretujó como quien escurre una esponja. Me mordí la lengua y cambié el rumbo de la carrera convencido de que, si alcanzaba la alambrada, sería capaz de saltarla como una gacela en un documental. Y en esas estaba yo, en la gacela, en las luces, en el avión, en el cielo, en los amigos agitándose y gritando, en la valla a apenas unos metros y en el miedo, sobre todo en el mucho miedo, un miedo tan físico como rebanarse un dedo afilando una rama, cuando un coche patrulla de la Guardia Civil se interpuso en mi camino, y primero me comí el retrovisor y después, sin solución de continuidad, una buena cuña de asfalto. Y ahí sí, tumbado en el suelo, a punto de perder la consciencia, aquellos gritos de mis compañeros, bien entonados, bien musicados y muy bien traídos, me envolvieron como una fresca sábana de algodón: «¡Hi-jos-de-pu-ta, hi-jos-de-pu-ta!».

Dos

Yo sabía perfectamente qué era lo primero que iba a decirme mi padre cuando viniera a recogerme. Y esa certeza me tranquilizaba un poco. El problema era que acudiera mi madre.

En la parte trasera del coche patrulla, sin dedicarme una sola palabra, dos agentes me llevaron hasta el cuartelillo que la Guardia Civil tenía en el aeropuerto. Escribo «cuartelillo», pero bien podría escribir «zulo», «trastero», «recoveco» o «agujero». Madre de Dios, qué condiciones de trabajo, qué mierda de vida. Era una ratonera minúscula, con las paredes enmohecidas, cubiertas con caras de terroristas, sin apenas muebles (una mesa de madera, un sillón acolchado, un armario de metal y tres sillas de plástico unidas entre sí por una barra de hierro) y, por supuesto, ninguna ventana, ningún tragaluz, ningún resquicio por el que se pudiera colar la idea de que todo aquello acabaría bien.

Allí solo, sentado en una de las sillas, me dejaron no sé cuánto tiempo al albur de mis pensamientos. Es verdad que de vez en cuando entraba algún que otro agente, pero nunca para dedicarme siquiera una palabra ofendida ni para dirigirme una mala mirada. Así que tuve tiempo de cebar y cebar un pensamiento que me traía loco: mi madre me mata y después se muere ella. Al rato, me di cuenta de que si dejaba de gimotear y aguzaba el oído, podía oír algunas cosas que ocurrían al otro lado de la puerta. Pasos que se aproximaban o alejaban, risotadas espasmódicas, toses

moribundas, golpes indescifrables e incluso alguna que otra palabra inconexa y, por tanto, con una fuerza poética inusitada.

Precisamente en esas atenciones estaba yo, cuando la puerta se abrió y entró un guardia civil acompañado de un hombre, al que le dijo siéntese ahí y espere. El adverbio «ahí», obviamente, significaba en una de las dos únicas sillas que quedaban a mi lado. Por momentos, la situación parecía ir tintándose de ese color mortecino que tienen las vidas echadas a perder. El agente, que irradiaba un hastío más insano que el uranio, volvió a salir y, por primera vez desde que estaba en aquel cuchitril, oí cómo cerraba la puerta con llave. Fue como un clac, clac, clac, que en vez de entrar por las orejas se me coló por las fosas nasales y me hinchó los pulmones. Y sé que fue así porque deduje algo tan básico como trascendental: a mí no me habían encerrado durante todo ese tiempo, pero a ese hombre sí querían tenerlo bien controlado.

No voy a alargar mucho esta tensión porque en realidad, en su día, tampoco la hubo. De hecho, no es honesto que un narrador retuerza el vacío para que algo parezca henchido de plenitud. Segundos después de sentarse, el hombre se presentó y comenzamos a tener una charla sin la que este libro y, en consecuencia, buena parte de mi vida no tendrían sentido, o al menos no este sentido sobre el que estoy escribiendo. Huáscar, así dijo llamarse, era un hombre al que habían retenido mientras se comprobaban algunas anomalías de la documentación que portaba. Allí, casi hombro con hombro, mirando ambos hacia la pared, hacia el mapa de humedades y caras de terroristas, al parecer me contó demasiadas cosas. Tantas que muchas de ellas las he olvidado, otras las he deformado y algunas me las han recordado para poder volver a inventarlas, porque nadie está libre de las inercias del tiempo y de este oficio. La aparición de Huáscar en la acción es

decisiva, y es de ley que traiga consigo algunas exigencias estructurales y argumentales que se irán viendo conforme pasan las páginas. Una de ellas, tan importante como la que más, es la aparición de los diálogos, que reproducen de manera literal lo que se dijo en un momento y en un lugar determinados. Pero que yo sepa, muy poca gente con juicio se dedica a grabar cada una de las conversaciones que mantiene a lo largo de su vida. Por eso el encaje de cualquier diálogo es un ejercicio de memoria, pero también de fe, de confianza, de compromiso con lo que se está escribiendo y leyendo. Porque solo lo que primero se escribe y después se lee, o lo que se cuenta y se escucha, me da igual, ocurre, vuelve a tener lugar y vuelve a estar —y a ser— presente. Si este punto no se tiene claro, lo mejor es no continuar. Dejarlo aquí. Incluso borrar lo escrito hasta ahora, que no es mucho y duele poco. No obstante, para eso siempre hay tiempo. Permitámonos el gusto de ir un poco más allá.

Tres

—Eres muy joven para estar aquí, muchacho.

—...

—¿En qué te has metido?

—No sé.

—¿Algo habrás hecho?

—Nada.

—¿Eres hijo de alguno de los guardias civiles?

—Qué va. Qué más quisiera yo.

—¿Entonces?

—Un fallo de cálculo.

—¿Y qué calculaste mal?

—El espacio, el tiempo, la velocidad, todo. Un desastre. Me colé en la pista de aterrizaje buscando un balón.

—Así que tú eres el niño del que todo el mundo habla ahí fuera.

—Madre mía...

—¿Qué?

—Me van a matar, ¿no?

—No creo, hombre. Todo el mundo pasa alguna vez por estos sitios.

—Mi padre no se va a jugar la vida, pero mi madre no teme ir a la cárcel. Tiene el orden de los factores muy claro: primero me mata y después pregunta. Me lo ha dicho muchas veces.

—Seguro que es una buena madre.

—La mejor, sin duda. Se la regalo. ¿Y usted por qué está aquí?
¿Otro fallo de cálculo?

—Creo que piensan que he falsificado el pasaporte.

—¿Y lo ha hecho?

—No. Claro que no.

—Por eso está tan tranquilo.

—Aquí nunca se puede estar tranquilo. Es algo que a lo mejor aprendes hoy.

—¿Por qué?

—Porque ellos están en su derecho de pensar que el pasaporte es falso.

—Pero habrá alguna forma de comprobarlo, ¿no?

—Claro. Ellos mismos son la forma de comprobarlo.

—A lo mejor lo hacen bien. Quién sabe.

—Puede. Saldremos de dudas en un rato. Y mientras eso ocurre, amigo mío, si no te parece mal, hablaremos. Me gusta hablar. ¿A ti no?

—Supongo que también.

—¿Solo lo supones?

—Hablo bastante con mis amigos. Y en mi casa, aunque mucho menos, también lo hago con mi madre. Pero nunca he hablado con un desconocido en un cuartel de la Guardia Civil, como para saber si también me gusta.

—Hablar siempre es hablar. Da igual con quién y dónde lo hagas. Lo importante, eso sí, es contar las cosas bien.

—Ya... Como todo.

—No, como todo no. Hay cosas que basta con hacerlas. Bien, mal o regular. Da igual. Hombre, si se hacen bien, siempre es mejor. Pero que no pasa absolutamente nada de nada si se hacen mal.

Ejemplo: exprimir una naranja. Ejemplo: cavar una tumba. Ejemplo: soplar una vela.

—Y hablar no entra en ese grupo... Entendido.

—Más bien es contar. Piénsalo. Cuando tus padres vengán a recogerte, lo que cuentes y cómo lo cuentes, te salvará o no la vida, a tenor de lo que me has dicho sobre tu madre.

—Me gusta exagerar. No tiene que hacerme mucho caso. Además, estoy nervioso. En cualquier caso, mi madre no me dejará ni abrir la boca.

—Bueno, exagerar es un excelente recurso retórico en determinadas situaciones. Así que eso juega a tu favor. A ver, dime, ¿qué les vas a contar?

—La verdad.

—¿La verdad?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que me metí en la pista del aeropuerto para buscar un balón.

—Contar la verdad está bien, muchacho. Yo diría que es lo correcto, aunque a veces a mí lo correcto me ha importado bien poco. Pero, antes de llegar a ese punto, hagamos un alto y planteémonos una cuestión. ¿Es eso que cuentas la verdad?

—Claro que lo es.

—Lo formulo de otro modo. ¿Es esa la verdad tan solo porque tú piensas que lo es?

—No me parece una mala razón. ¿A usted sí?

—No sé. ¿Basta con eso? ¿Tu experiencia es suficiente para determinar que la verdad es que entraste en la pista de aterrizaje porque ibas buscando un balón?

—Yo creo que sí. Vamos, que, aunque a veces no me fío ni de mí mismo, en esto estoy convencidísimo.

—Qué gran error.

—Vaya, hombre. Hoy no doy una.

—¿De qué te fías más? ¿De lo que ves, de lo que oyes, de lo que tocas, de lo que hueles o de lo que saboreas?

—No tengo el cuerpo para enigmas.

—Contesta, por favor.

—Creo que me fío de todos mis sentidos. Hasta ahora no me han jugado malas pasadas.

—No me he explicado bien. Te pongo un ejemplo. Me gustan los ejemplos. No sé si te lo he dicho. Los ejemplos son luz. Imagina que alguien te pide que le digas lo que hay en el interior de una habitación. Estás a punto de entrar y, antes de abrir la puerta, te exige que elijas el único sentido que podrás emplear en esa tarea. ¿Con cuál te quedas?

—Con la vista, sin dudarlo.

—¿Para ti es el más fiable?

—Sí.

—Muy bien. Ahora entras y compruebas que la habitación está vacía. Puedes salir y cambiar de sentido. ¿Lo haces?

—Sí.

—Elige.

—Ni el tacto ni el gusto, porque ya he mirado y no hay nada que tocar ni saborear. Elijo el olfato. Los olores no se ven. A lo mejor es un perfume o un escape de gas.

—Vale. Vuelves al interior y no hueles nada. Aire que entra y sale de tus pulmones. Solo eso. ¿Qué hacemos ahora?

—Oído.

—Vale. Adentro entonces.

—¿Qué? ¿Oigo algo o no?

—Nada de nada.

—No sé. Quizá me he precipitado descartando el gusto.

—¿Vas a lamer el suelo y las paredes?

—Es un acertijo, podría hacerlo y no sería tan asqueroso como en la vida real.

—¿Quién ha dicho que es un acertijo?

—Lo parece.

—No es ningún acertijo.

—¿Qué es entonces?

—Una demostración palpable de que ni tú mismo te fías del sentido en el que mayor confianza depositas. Entraste en la habitación y comprobaste que no había nada. Debiste salir y decir exactamente eso. Dentro no hay nada. Pero decidiste hacer uso de otro sentido. Y aun así, tú quieres que yo te haga caso cuando cuentas esa verdad de la pista de aterrizaje porque, sencillamente, es lo que viste.

—Es lo que viví. Es distinto. Además, usted me ofreció otro sentido.

—De ninguna manera. Yo te pregunté.

—Eso es trampa.

—No. Eso es hablar bien. Contar las cosas en el orden y del modo adecuados.

—No lo tengo tan claro. Me suena a manipulación.

—Vaya. Ya salió la palabra. No nos adelantemos tanto, anda. Hablar de manipular siempre simplifica la realidad. Hagamos otra cosa. Cuéntame cómo ocurrió lo de la pista de aterrizaje.

—Ya lo he hecho.

—No me lo has contado. Solo me has dicho que perseguías un balón.

—Es que es exactamente eso.

—Bueno, hagámoslo de otro modo. Cambiemos el orden. Primero te relato yo lo que se cuenta ahí afuera sobre lo sucedido. Porque ellos tienen su propia versión. Los agentes, los pasajeros, incluso el camarero de la cafetería y los empleados de la limpieza. Todos. Recuerda que has conseguido tú solito que el avión que estaba a punto de aterrizar volviera a alzar el vuelo.

—¿Cómo dice?

—No te preocupes, muchacho. No es para tanto. Ha aterrizado treinta y cinco minutos después sin problema alguno.

—Mierda, mierda, mierda. No salgo vivo de esta. Mi madre me va a despellejar.

—¿Vuelves a exagerar?

—No, esta vez no.

—Seamos cautos. Tu madre aún no está aquí. Yo te cuento lo que he oído, pero luego te toca a ti, ¿vale?

—Joder, qué putada.

—¿Vale?

—Es que no la conoce. No está pasando por su mejor momento.

—No estamos en eso ahora.

—No estará usted.

—Ni tú tampoco.

—Yo sí. Que soy el que va a pillar golpes hasta en el cielo de la boca.

—Como quieras. Pero ahora yo te cuento y luego tú me cuentas.

—...

—Yo te cuento y tú me cuentas, ¿vale?

—Vale.

Cuatro

Cuando recibí el encargo de escribir esta historia, pensé que no me extendería mucho. Y en ese pensar me mantuve hasta el final, porque como lector siempre he preferido los libros cortos a los largos. No obstante, no me queda más remedio que dar los rodeos que exija la construcción del relato. Porque tan estúpido es confundir la brevedad con el buen ritmo, como al narrador con el escritor.

Este de ahora es el primer rodeo. Y aunque tenía pensado emplearlo en Huáscar, he creído más conveniente dedicárselo a otra cuestión que, en principio, pudiera parecer ajena a la historia, pero que, en mi opinión, nunca sé si precipitada, proporciona esa profundidad de campo por la que todo escritor suspira.

Una mañana de comienzos del verano de 1993, vimos cómo llegaba al barrio una fila de siete u ocho camiones del Ejército de tierra y entraban en el antiguo colegio, ya deshabitado de alumnos y profesores. Aquello era algo magnético e inaudito: el ruido seco y caótico de los motores, el humo negro y perezoso de los tubos de escape, la mirada joven y heroica de los soldados y el orden coreografiado de aquel convoy. No se me olvidará en la vida. Mejor dicho, no se nos olvidará. Porque allí, sentados en la acera que había frente a la puerta del aparcamiento, aguardábamos unos cuarenta o cincuenta niños en apostólico silencio. ¿Y qué aguardábamos? Lo desconozco. Quizá que nos rescataran de no sé bien qué. O que una ráfaga de disparos nos atravesara el cuerpecito

a todos. O que nos dijeran que por fin había acabado la guerra, que éramos libres, que nuestros padres volvían del frente. No lo sé, la verdad. Habíamos visto tantas películas en el vídeo comunitario del barrio, que nuestros deseos se antojaban infinitos.

No tardaron mucho en ponerse a hacer lo que habían venido a hacer. Comenzaron a montar unas tiendas de campaña de camuflaje enormes, con puertas y ventanas de plástico, bien agarradas con cabos a este árbol, o a aquella vieja farola, o a esa portería y esa canasta. Y dentro metieron literas y más literas con sus correspondientes colchones enclenques y renegridos. La cuestión es que sembraron el patio con tantas tiendas de campaña que, durante los dos meses de verano que estuvieron allí, no pudimos usar las pistas deportivas. Y, para colmo de nuestra desgracia, lo quisieron dejar bien claro desde un primer momento, porque la puerta improvisada por la que solíamos entrar fue cegada con un nuevo cerramiento de forja.

Los camiones militares se fueron y las tiendas se quedaron allí, al cuidado de tres o cuatro soldados que estaban encelados con algunas niñas del barrio, a las que dejaban entrar a media tarde e, incluso, a media noche. Nosotros, los cuatro que formábamos la pandilla, aprovechábamos aquel embelesamiento para saltar la valla y apostarnos sobre el invernadero de medio arco que seguiría ahí hasta el día en que entraron las máquinas de demolición algunos años después. Todos teníamos una teoría sobre lo que estaba sucediendo. O bien inventada, o bien oída de boca de nuestros padres. A mí la que más me gustaba era la de Simón, un amigo extremadamente pecoso y frágil, casi pelirrojo, que a los dos años de llegar al barrio se tuvo que ir porque a su padre lo pillaron con unas fotos. Eso es lo que se decía. No con fotos de algo o de alguien. Solo con fotos. Su teoría, la de Simón, no la del padre, que

esa la desconozco, era que los militares habían construido un campamento en el colegio, junto al aeropuerto, porque lo que se esperaba era algo venido del cielo. Ya está. Así la formulaba. Y a mí, la verdad, con eso me resultaba más que suficiente para pasar noches enteras dándole vueltas y más vueltas al asunto. Algo venido del cielo. Qué calidad.

Cualquiera podrá imaginar que esa no era la verdadera razón de aquellas tiendas y literas. A la semana de estar todo aquello montado y de que los soldados tuvieran tiempo de pasarse por la piedra a las jóvenes promesas de nuestro barrio, las puertas del aparcamiento se volvieron a abrir para que entraran dos autobuses. De ellos descendieron a trompicones unos cien discapacitados, a quienes, como todos deducirán a tenor de lo que se ha escrito hasta ahora, en el barrio no los llamaban así. Paralíticos, subnormales, retrasados mentales, mongólicos, medio hervidos, tonticos y criaturas de Dios. Así sí. Y la gente, además, se quedó sin saber qué hacer o cómo actuar porque ya en aquel entonces empezaba a estar mal visto tenerles lástima.

La dolorosa realidad fue que, sin siquiera planteárselo quien demonios tuviera que hacerlo, les habían montado un campamento de verano en nuestro campamento de verano. Es decir, habían desvestido a un santo para vestir a otro. Y eso, tarde o temprano, iba a tener sus consecuencias, porque no existe peor escuela que la del aburrimiento ni patria más salvaje que la juventud. Al principio, nos parecía suficiente con observarles desde la parte más alta del invernadero: cómo empujaban las sillas de ruedas con extrema dificultad por un suelo que era del chinorro más grueso que había en el mercado, cómo los refrescaban a manguerazo limpio, cómo los sordos se peleaban entre ellos por razones que escapaban a nuestro entender y cómo todos, sin distinción de tara, se divertían

por la noche en una especie de verbena iluminada y ruidosa, montada a la espalda del palomar. Y todo eso estaba genial. De verdad que sí. Aún hoy, os doy mi palabra de honor, lo recuerdo con cierta añoranza. Pero nosotros, más que espectadores, siempre fuimos niños de empuñar remos y timón. Así que un día decidimos que, de un modo más o menos simbólico, puede que metafórico, íbamos a recuperar lo que siempre había sido nuestro. Total, si un aeropuerto no había conseguido echarnos de allí, no iban a salirse con la suya un puñado de parálíticos. Esto último lo esgrimió uno del grupo al que un síncope se llevó por delante a los treinta y pocos años.

El plan era el siguiente. Cuando nadie nos viera, entraríamos en las tiendas de campaña y nos llevaríamos cuantas cosas de valor encontrásemos. Dinero, claro, pero también joyas, relojes, mochilas, despertadores, barajas de cartas y cualquier objeto atractivo cuya utilidad desconociéramos. Y ese fue nuestro gran error. No el hecho mismo de robar. Que puede que también, pero no estamos ahora en eso. Nuestra equivocación fue llevarnos lo ignoto, lo enigmático, el misterio propiamente dicho. Un miembro de la expedición, que murió años después debido a un fallo multiorgánico, se dio de bruces, maldita la hora, con un maletín de plástico negro que estaba junto a una montaña de pañales. Y lo cogió. El muy hijo de puta lo cogió y lo trajo al punto de encuentro fijado, que era la sombra dada por un algarrobo atestado de vainas a punto de madurar, y lo puso ahí, junto al resto del botín: cuatro botes de colonia, cinco o seis paquetes de cuchillas de afeitar, un par de cañas de pescar con sus respectivos aparejos y el dichoso maletín negro.

El encargado de abrirlo, por rango y veteranía, fue el del síncope a los treinta y pocos. Primero hizo un clic, luego otro clic, arriba con la tapa, y ahí estaba eso. Parecía uno de esos detectores de

espíritus que se quedan atrapados en esta dimensión y te joden la vida con sus sustos y sus mensajes encriptados. Pero qué va. Al día siguiente supimos, porque todo el mundo, incluidos nuestros padres, hablaba del asunto, que se trataba de una parte importante de una máquina que le limpiaba los riñones a una de las huéspedes de nuestro antiguo colegio. Fueron momentos de mucho escalofrío.

Al final, después de estar sin vernos un par de días, nos volvimos a reunir para decidir qué hacer con el contenido del maletín, escondido en un agujero inmundo que nosotros llamábamos la Cueva del Rascacio, y que más adelante y por otras cuestiones volverá a aparecer. Por suerte, hubo *quorum* con cierta celeridad. Se entendió que lo más idóneo era dejar el maletín en la puerta de casa de don Alberto, el cura de la parroquia de nuestro barrio, porque reunía varios requisitos. Era una buena persona y no se lo quedaría para venderlo por ahí. Si nos pillaba en plena faena, había posibilidades de razonar con él para que no se lo contara a nuestros padres. Y, el más importante de todos, era el único vecino del barrio que podía devolver aquello sin acabar siendo sospechoso del robo. Por desgracia, las cosas no salieron del todo bien. No es que se desatara una aventura eléctrica y apasionante. Nada de eso. Simplemente, cuando íbamos de camino, ya cerca de los salones donde se impartía catequesis y se guardaban las andas de la Virgen, uno de nosotros, no sabría decir quién, rompió a correr como alma que se lleva el diablo, y los demás, con un latigazo poético en el lomo, también hicimos trizas la poca valentía que albergábamos en el cuerpo. El del fallo multiorgánico, que era quien portaba el maletín por una cuestión de justicia, en un acto de supervivencia extrema, no tuvo otra ocurrencia que arrojarlo, en mitad de la galopada, dentro de un contenedor de basura, que por aquellos años eran metálicos y probablemente cancerígenos.

Cuando nos detuvimos y recobramos el aliento, todos lo pensamos pero solo uno lo dijo: «Que le den por culo al maletín». Y con el convencimiento ciego de que eso era lo mejor que podíamos hacer para conservar la posibilidad de un futuro aceptable, nos enteramos de que a la chica no le trajeron otra pieza de repuesto. El taxista de nuestro barrio la devolvió a su casa y ahí se le acabó el campamento de verano. Hecho que para nosotros no dejaba de tener su cierta gracia porque, a fin de cuentas, lo que queríamos era eso: que todos cogieran sus maletas y sus prótesis y se largaran de nuestro colegio para siempre.

Cinco

Es lamentable cuando alguien que se dice lector no entiende nada de lo que ha leído, pero más triste es confundirlo todo. La vida con la literatura. Las personas con los personajes. El autor con el narrador. La verdad con la verosimilitud. Y, lo más preocupante, lo biográfico con lo autobiográfico. Sucede más de lo que cualquiera podría imaginar. Ir por la vida confundiénolo todo es como no ir por la vida. No sé si me explico. Es una auténtica pena.

En el año 2019 publiqué una novela titulada *Un hombre bajo el agua*. Fue un éxito de crítica y de ventas que, por qué no decirlo, me cambió la vida. En ella trataba algunos temas que siempre me habían obsesionado, pero que nunca me había atrevido a abordar literariamente. No es cuestión de que desmigaje aquí lo que ya traté en más de doscientas ochenta páginas, ahí está la novela para quien tenga interés, pero sí apuntaré que emplear en la construcción de la historia hechos de naturaleza biográfica propició que bastantes lectores pensaran que se trataba de una novela autobiográfica. Una auténtica pena, insisto.

Allá donde la presentaba, siempre me planteaban las mismas preguntas. «¿Qué opina su pareja de que haya contado esto o aquello?» O «¿podría conocer a su madre? Parece una mujer fantástica». O «¿se sigue hablando con su suegro?». O «¿se acuerda de mí? Yo estuve con usted durante aquella peripecia». O «¿sabe que mi vida se parece mucho a la suya?». Todo era un disparate seguido de otro, la verdad. Por suerte, el libro también me

deparó algunas cosas emocionantes. Simón, que salía en el capítulo anterior porque aseguraba que algo iba a venir del cielo y que se tuvo que ir del barrio cuando pillaron a su padre con fotografías, volvió a ponerse en contacto conmigo más de veinticinco años después. Un buen día, se topó con *Un hombre bajo el agua* y, después de leerlo un par de veces y subrayarlo y anotar cuanto le vino a la cabeza, pensó, o sintió la necesidad, o creyó que era conveniente retomar aquello que extraviábamos el día que su familia, y él dentro de ella, se marchó de allí. Entonces —así me lo imaginé yo durante algún tiempo—, se sentó plácida y felizmente frente a un ordenador y me escribió.

También un buen día, no hace tanto de esto, almorzando con un amigo escritor, me comentó que a veces es necesario escribir todas las páginas de un libro, publicarlo y que caiga en manos de los lectores para que sea posible hallar la siguiente historia que contar. Ahora me conviene pensar que tenía toda la razón del mundo. En su momento, en cambio, le dije que se trataba de una soberana gilipollez.

Seis

—Pues allá voy, muchacho. Aunque faltaban más de tres horas para la salida de mi vuelo, he decidido, porque no soy de mudar costumbres a la ligera, pasar el control de embarque. Hay cosas que me tranquilizan más que otras. Ejemplo: hacerme el muerto en el mar. Ejemplo: sacarles punta a los lápices. Ejemplo: escuchar las tertulias de la radio. Y ejemplo: llegar a los sitios con mucha antelación. Estaba en la cola junto a siete u ocho pasajeros más, cuando un guardia civil ha gritado que se clausuraba el paso durante unos minutos, para seguidamente colocar una vallita de madera y salir corriendo. Quienes aguardábamos frente al detector de metales hemos hecho trizas aquel mínimo orden y hemos buscado un lugar donde sentarnos. Yo he elegido la cafetería. Que más que cafetería es cafetera a secas, por cierto. Y eso siendo muy generoso. Ahí estaba cuando se empezaron a escuchar los primeros detalles. Ya sabes lo que ocurre al principio. Cada uno con su versión. La limpiadora, que si un animal se había colado en la pista. El camarero, que si a un pasajero le habría dado un infarto. Y una azafata, que si aquello tenía pinta de simulacro, porque de no ser así se iba a liar la de Dios es Cristo. Pero este aeropuerto es tan pequeño y las ganas de saber son tan grandes que no se ha tardado mucho en ensalivar la noticia. Un hombre, cuya ocupación desconozco, se ha sentado junto a la barra, ha pedido un anís dulce con limón y ha contado lo que otros ya contaban por ahí. Que un muchacho de no sé qué barrio había saltado a la pista de aterrizaje

para protestar por no sé bien qué, y que a alguien se le iba a caer el pelo porque era una cosa de la que ya venía advirtiéndolo el director del aeropuerto. El camarero ha añadido que eso no era una ocurrencia de muchacho, que más bien era una ocurrencia de hijo de puta con muy mala baba, a lo que la limpiadora ha apostillado que los niños hacen lo que oyen y ven en casa. Cuando he venido a darme cuenta, el guardia civil y la fila del control de embarque ya estaban otra vez en su sitio, pero como el asunto no parecía menor y yo iba con tiempo de sobra, he decidido quedarme un rato más en la cafetería por si llegaban novedades. Y, como podrás imaginar, así ha sido. Te cuento. La limpiadora se ha marchado y su lugar lo ha ocupado la mujer de la compañía de vuelos que me ha atendido en la facturación de mi maleta. Esta no hablaba. Esta, como mínimo, certificaba, daba fe o constataba del mismo modo que lo habría hecho una secretaria judicial. Según ella, habían sorprendido a un niño corriendo como un loco por mitad de la pista cuando estaba a punto de aterrizar el vuelo en el que viajaba, entre otras personas, el subdelegado del Gobierno en Andalucía. Eso, según ella, convertía aquella acción en una cosa muy bien pensada, muy bien ejecutada y muy bien resuelta, porque, al ser un menor, al delincuente no iba a pasarle absolutamente nada. El hombre del anís dulce, que ya iba por el segundo, y el camarero, que no dejaba de limpiar la barra, no han abierto la boca, se han mantenido enfrascados en sus respectivas tareas, esperando a que la mujer dijera lo que tenía que decir: que en este asunto había metida gente del aeropuerto, porque a ver de dónde iban a sacar esos terroristas que el subdelegado del Gobierno venía en ese avión. Después ha gruñido el *walkie-talkie* que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. «Me voy, que ya están desembarcando. Hoy va a ser un día muy largo. Cruzad los dedos», ha dicho. Los otros dos se han mirado. Y luego nada. Hasta donde

yo sé, el asunto no les ha debido de parecer muy grave porque ni siquiera te han esposado.

Siete

Quienes saben de estas cosas afirman que los personajes secundarios son tan o más necesarios que los principales. Yo no diría tanto, pero reconozco que algunos de los secundarios con los que me he encontrado a lo largo y ancho de mis lecturas me han embelesado poderosamente. El problema es que en la novela moderna ya casi no sabemos quién es principal y quién es secundario. Las fronteras, como las cicatrices, si aprovechan la orografía, pueden pasar desapercibidas, y eso empuja al lector contemporáneo a un mar de dudas. Por no hablar, claro está, de los casos en que escritores, críticos, estudiosos y editores se acaban poniendo estupendos y nos cuentan que en tal o cual novela el protagonista es la ciudad, o la atmósfera, o el tono de la narración. Yo, que estudié Filología Hispánica y que he escrito algún que otro libro, he empezado a dejar meridianamente claro qué tipo de personaje es este o aquel, porque he llegado a la conclusión de que una de las principales razones por las que una persona abandona la lectura de cualquier libro, y especialmente de las novelas, es la orfandad de certezas. Que, bien mirado, es un mal que aqueja a ese individuo tan de nuestro tiempo, consumido por el azogue, la precipitación y la compulsividad.

Mis amigos el del síncope y el del fallo multiorgánico son personajes secundarios. Es más, si me apuro, me atrevería a afirmar que podrían ser, sin serlo, el mismo personaje. No me preocupa en exceso que se fundan y confundan, porque ambos

comparten una naturaleza muy parecida. Me ayudan, cómo no, a apuntalar la acción, pero no estoy dispuesto a sacarlos de su ensimismamiento, de su precariedad mental. Cumplen con su cometido en la historia, que es más, me temo, de lo que llegaron a hacer en sus respectivas vidas.

Mi amigo Simón, en cambio, es un personaje principal. Pero no lo supe siempre. El día que recibí su correo electrónico, después de más de veinticinco años sin tener la más mínima noticia de su vida, no sospeché la importancia que se guarecía en cualquier cosa que pudiera hacer o decir. Y eso que ya formulaba en aquel texto, de un modo claro y explícito, el encargo de este libro. La revelación vino un poco más tarde. Fue unas semanas después cuando, a raíz de oír un mensaje que dejó en mi buzón de voz, intuí realmente la relevancia que podía tener Simón en todo lo que estaba por llegar. Su voz era tal y como la recordaba. Me impresionó tanto volver a oír su timbre y esa manera de ralentizar y acelerar el silabeo, que reproduje el mensaje unas diez o quince veces. Es más, como si mirara a través de un diminuto caleidoscopio, nos vi apostados sobre el invernadero del antiguo colegio, mientras el sol nos achicharraba el cogote.

Ese mismo día abrí un nuevo cuaderno y tomé los primeros apuntes. Puede que también me propusiera averiguar algo más sobre él.

Ocho

La Cueva del Rascacio era —o es, supongo que todavía existe— una enorme tubería, de unos cincuenta centímetros de diámetro y más de quinientos metros de longitud, que canalizaba las aguas pluviales desde la carretera nacional hasta el barranco que trazaba los límites del barrio. En su extremo este, es decir, por donde salía el agua de las escasas lluvias, habían encastrado unos hierros para impedir el paso de no sé bien quién, porque nosotros no teníamos ni que meter barriga para colarnos en su interior. No recuerdo la primera vez que estuve allí ni quién encontró aquel puñetazo en la tierra, pero lo cierto es que aquello era, aparte de un escondrijo para poner a buen recaudo todo lo que no se nos ocurría llevar a casa, una puerta a la lealtad de los miembros de la pandilla. Todos habíamos recorrido aquella galería en alguna ocasión. Solos. Muertos de miedo. Uno a uno. El del síncope, el del fallo multiorgánico y yo. Por aquel entonces creíamos que el objetivo de nuestra heroicidad era demostrar la existencia de un poderoso lazo de acero entre los componentes del grupo. Hoy pienso, en cambio, que lo que verdaderamente buscábamos era tocarle los cojones al prójimo, que tampoco estaba mal, teniendo en cuenta lo largas que eran las tardes de verano en el barrio. Así que cuando Simón llegó al colegio y quiso formar parte de nuestra pandilla, no tuvo más remedio que doblar el espinazo e intentar salir vivo por el otro lado, por la rejilla de la carretera nacional.

Obviamente, durante todos estos años yo no he pensado en la Cueva del Rascacio. De hecho, no creo que haya hablado de ella ni amparado en la casualidad de alguna botella de vino. Pero desde que leí y releí el correo que me envió Simón, he reflexionado con calma sobre el funcionamiento de aquella arteria de hormigón. Al principio, para qué negarlo, tuve la innecesaria corazonada de que Simón se dejaba arrastrar por una nostalgia que a mí, cuando menos, me resultaba extraña y ajena. Pero en cuanto comencé a tomar apuntes y a redactar algunas de estas líneas, me percaté de que no andaba desencaminado. La vida —también la literatura, claro— dispone de una serie de pasadizos que conectan determinados momentos entre sí. No se aprecian a simple vista, como es lógico, pero están ahí —bajo nuestros pies, bajo las palabras— y hacen un trabajo precioso. Simón me habló de cómo mi libro era esa boca de galería que lo condujo nuevamente hacia mí. Esa conexión estaba clara. Y decía, además, haber descubierto muchos más pasadizos dentro del propio libro, por los que los personajes se desplazaban hacia el futuro y hacia el pasado, al singular antojo de cada uno de los lectores.

Aquella tarde, poco después de salir del colegio, el del síncope le explicó a Simón cómo tenía que hacerlo. Y él, con los ojos muy abiertos y las pecas más apretujadas que nunca, lo escuchaba desde un silencio que a nosotros nos parecía exótico. Mientras le narraba las vicisitudes e imprevistos que podía encontrarse durante su largo viaje por la Cueva del Rascacio, yo no pude evitar sentirme responsable, quizá culpable, de lo que estaba a punto de suceder. A fin de cuentas, había sido yo quien había sugerido la incorporación a la pandilla del nuevo chico llegado al barrio. Simón se agachó, se escurrió entre los barrotes de la entrada y formuló una única pregunta para la que nosotros, por cierto, no teníamos respuesta:

«¿Qué pasa si me muero ahí dentro?». Por primera vez, y no por última, porque Simón era muy de preguntar cosas poliédricas, le robamos su silencio. Cuando se percató de que no íbamos a responder por los siglos de los siglos, se dio media vuelta y, casi en cuclillas, se lo tragó la oscuridad.

Nosotros lo esperamos en el otro extremo, junto a la rejilla que él debía empujar para volver a la superficie. Supongo que era su particular renacimiento, el último paso de una estúpida metamorfosis. Yo qué sé. Pero lo cierto es nunca salió por ahí. Fuimos palideciendo progresivamente hasta que se nos borraron los labios de la cara y el sudor se convirtió en bolitas de escarcha. Cuando empezó a oscurecer, cada uno se fue a su casa sin decir mucho, porque a veces decir significaba hacer, y nadie estaba dispuesto ni a ir en su busca ni a avisar a los padres. Así que, cuando a la mañana siguiente lo vimos ponerse en la fila de clase como si tal cosa, sentimos, o sentí yo, que el cuerpo se me llenaba por completo de burbujas muy pequeñas que se empecinaban en salir por todos los orificios a la vez. El del síncope, el del fallo multiorgánico y yo nos acercamos corriendo, lo abrazamos, lo hicimos saltar y gritamos eh, eh, eh, durante un buen rato. Luego le dijimos que bienvenido a la pandilla, que menudo hijo de puta estaba hecho. Y el pobre Simón, por primera vez desde que lo conocíamos, sonrió abiertamente para comenzar a llorar y a reír y a llorar y a reír, sin saber muy bien qué era lo que realmente tenía que hacer.

Nueve

He investigado sobre el aeropuerto. Me compré en el portal de AENA un libro que me costó un enorme trabajo leer e invertí un buen puñado de tardes en rebuscar en internet todo lo que pudiera serme útil, todo lo que fuera susceptible de esconder la entrada a uno de esos sorprendentes pasadizos que ofrece la vida o la literatura. Pero qué va: muchas cuestiones técnicas que poco o nada tienen que ver con el espíritu de esta historia.

Quienes saben de esto también dicen que una buena novela debe albergar en su discurrir más de un repecho; que no es bueno que la lectura sea una actividad en descenso zigzagueante todo el tiempo. Y esa es una idea que, aunque con ciertos matices, comparto y procuro llevar a la práctica. Lo que nunca tengo claro es en qué momento he de cambiar la trayectoria y comenzar a dibujar esa línea ascendente. Porque un repecho nunca es un rodeo. Es un cambio de cierta brusquedad en el que perdemos de vista el horizonte. No es que el lector sienta que está siendo obligado a tomar el camino más largo. Más bien se le coloca frente a la disyuntiva de continuar o abandonar la travesía, bien porque no le apetezca, bien porque entienda que no está preparado. En este sentido, una investigación sobre el aeropuerto habría sido una buena opción. Contexto histórico, datos técnicos, línea cronológica, cifras de siniestralidad, curiosidades de hemeroteca y testimonios de quienes han ocupado puestos de responsabilidad en las últimas décadas. Todo aderezado con una narración directa para que dé la

impresión de que la información se desliza untada en aceite. Incluso tampoco es este un mal momento para su incorporación. Puede que sea un poco pronto, pero eso me permitiría tener tiempo y espacio para meter algunos repechos más y, en consecuencia, darle a la historia, por un lado, una mayor apariencia de profundidad, y al lector, por otro, la noble obligación de tener que ir retirando las distintas capas de la cebolla.

Lamentablemente, como dije, el libro sobre el aeropuerto no colmó mis expectativas. Así que me he inclinado por explicar una idea que, aun no dando para un repecho ortodoxo, sí puede aportar valor tanto en el plano técnico como en el plano poético. Y eso nunca está de más. Mientras ojeaba algunas fotografías aéreas de la pista del aeropuerto, dejé anotado en mi cuaderno lo interesante que podría resultar trazar una especie de mapa con todos los túneles, pasadizos y galerías que había en mi barrio. La única condición para tenerlos en cuenta es que posean unas dimensiones que no hagan imposible transitarlos, porque eso, por supuesto, garantiza que nosotros los hayamos recorrido más de una vez. Uno, quizá el más importante por su valor emocional, es la Cueva del Rascacio, que ya damos por tratada a modo de pórtico. Pero existen algunos otros cuyo poder narrativo es incuestionable y me sitúan ante el fantástico reto de conectarlos entre sí, de conectarlos con el fondo de esta historia. El pasadizo de la plaza verde, la gran tubería de la antigua depuradora, el cauce subterráneo del aljibe árabe, la galería olvidada en los puestos de defensa y el gigantesco túnel que se extiende transversalmente bajo la pista del aeropuerto. Se me ocurre que este último, llegado el momento, podría recorrerlo con Simón, mientras charlamos largo y tendido sobre todas esas cuestiones que inspiran sus palabras, sus ideas. Y las mías también, claro. Como si alguien estuviera grabándonos para un

documental y nos hubiéramos olvidado de las cámaras y de las luces y nos tratáramos con esa admiración que siempre conlleva una escucha atenta. Creo que de esa conversación podría nacer no solo lo que este libro necesita, sino lo que cualquier libro va buscando. E incluso un título largo. Y unos cuantos buenos repechos con los que perder de vista el horizonte.

Diez

—Está de coña, ¿verdad?

—¿Por?

—¿Se dedica a esto?

—No te entiendo, muchacho.

—¿Es usted un profesional de inventarse historias?

—Para mí eso no es un insulto ni nada que se le parezca, pero no, amigo, no me dedico profesionalmente a la invención.

—Bueno, pues lamento decirle que aquí se acabó la conversación.

—¿Te ha molestado algo de lo que te he contado? Es lo que oí en la cafetería.

—Que usted no es normal, ya está. Que llega aquí con un pasaporte medio falsificado y empieza con las preguntitas trascendentales y la importancia de los sentidos y yo qué sé qué mierda más sobre un delegado del Gobierno o del Rey. Vamos, esto no se lo cree nadie. Porque estamos en este cuartucho de la Guardia Civil, que si esto me pilla en un parque, echo a correr y llamo a la policía por miedo a que me violen.

—Puedo entender de donde nace tu enfado. Pero no te lo he provocado yo, créeme.

—¡Que vale ya! Que esto no es un programa de televisión ni la consulta de un psicólogo. Que aquí donde me ve ya tengo pelos en los huevos y sé cuando alguien me está engañando.

—Quizá pueda demostrarte que estoy diciendo la verdad.

—¿Ah, sí? Usted sí puede saber qué es y qué no es verdad. Yo no, pero usted sí.

—...

—Venga, adelante, sorpréndame.

—¿No hay nada en lo que he dicho de lo que se pueda inferir que efectivamente he podido oír eso en la cafetería hace un rato?

—¿Inferir?

—Deducir, concluir.

—...

—Entresacar.

—Sí, claro que se puede. Pero no es ahí donde está la mentira a la que me refiero.

—¿Dónde está?

—En quién dice ser. Si no recuerdo mal, me ha contado que está aquí por un problema con el pasaporte, pero el pasaporte se comprueba en un santiamén, vamos, no me joda, no estamos en el tercer mundo, aunque a veces lo rochemos. Además, esa tranquilidad suya y ese gusto por las palabras retorcidas... No sé yo.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Transmite desconfianza todo el tiempo.

—¿Por qué?

—Puestos a inferir, es algo que infiero yo ahora mismo, conforme se lo estoy diciendo.

—Ya veo.

—No se ofenda, pero sin más remedio tengo que hacerle una pregunta.

—Vale.

—De verdad, no se ofenda. Es por mi seguridad.

—Adelante.

—¿Es usted un pederasta en busca y captura?

—No.

—¿Y un guardia civil de incógnito?

—Tampoco.

—¿Quién cojones es entonces?

—No sé si disponemos de tanto tiempo como para contestarte a esa pregunta.

—Bueno, aquí nadie se va a morir si se queda a medias en su historia.

—¿Y después me contarás cómo ocurrió lo del balón y la pista de aterrizaje?

—Lo ve... Parece un agente de la Guardia Civil infiltrado. Muy malo, eso sí.

—Es un simple trueque, amigo. Yo cuento a cambio de que tú cuentes. Además, con suerte, antes de que termine mi relato te sacan de aquí para ponerte a disposición judicial y te ahorras tu parte del trato.

—No tiene ni puta gracia.

—Antes me dijiste que con mis preguntas sobre los sentidos te estaba manipulando. ¿Pero te has parado a pensar que tu humor de mierda también es una forma de hacerlo? ¿No te lo han dicho nunca?

—...

—Pues es así, muchacho. No te he metido yo aquí. Te has metido tú solito. Yo lo único que te he propuesto es un rato de conversación. Que yo sepa no te he pedido que me hicieras un masajito en las ingles. Además, no sabes que si yo fuese guardia civil, al no identificarme correctamente, cualquier información que te sonsacase carecería de valor procesal. Listo, que eres un listo. Es más, hasta podría recibir algún tipo de sanción administrativa porque eres menor.

—Tampoco es para ponerse así.

—¿Ah, no? ¿Cómo tendría que ponerme?

—No sé. Se supone que usted es quien sabe decir las cosas.

—No. Lo que yo te he explicado es que lo importante es contarlas bien.

—Eso he dicho.

—No. No ha sido eso lo que has dicho. Tampoco es tan difícil. Si ni siquiera hemos profundizado mínimamente. Te he reproducido lo que oí en la cafetería. Ya está. Se suponía que tú tenías que explicarme ahora qué pasó realmente para que tuvieras que entrar en la pista, y, en cambio, te he ofrecido contarte más cosas sobre mí.

—Vale.

—Vale qué.

—Primero usted y luego yo.

—¿Y si acabo siendo un pederasta?

—En este momento me preocupa más que pueda ser un guardia civil.

Once

El del síncope, el muy cabronazo, se fue de la lengua y contó la que habíamos liado con el robo del maletín negro. Así fue como mi madre conoció a Simón, ya que por entonces llevaría viviendo en el barrio unos seis meses y nunca había aparecido por casa. Algunas semanas después de que aquel maletín acabara en el contenedor de basura, aún con los discapacitados de cuerpo presente en el antiguo colegio, llegó a oídos de mi madre la ominosa noticia de que su hijo había participado en la sustracción de un aparato valorado en unas quince o dieciséis bicicletas de montaña como la que me había regalado a comienzos de ese verano. Para mayor dramatismo, minutos antes de constatar que mi madre ya estaba enterada, invité a Simón a que me acompañara a casa, con la garantía de que no se nos iría más tiempo que el imprescindible para coger un par de bocadillos de mortadela con aceitunas. La vida es tan imprevisible como una manguera a presión que se te escurre de las manos. Aquel día lo aprendimos en su teoría y en su práctica. Simón, ese amigo silencioso que todo lo miraba con ojos de asesino tímido, asistió aterrado a aquella coreografía de plasticidad imposible y salvaje. Puede que también misteriosa, porque en la violencia se cobija el horror de lo desconocido.

Nada más atravesar la puerta, mi madre se abalanzó sobre mí como lo habría hecho una rata recién parida. Mi amigo más reciente, por suerte o por desgracia, tuvo tiempo de dar medio paso atrás y se enroscó entre la puerta de entrada y la pared. Como la

experiencia alimenta el instinto y viceversa, sin pensarlo y ejecutando un movimiento milenario, me planté al otro lado de la mesa del comedor sin apenas un rasguño. Desde allí esquivé cuantas tarascadas me fue lanzando, para después correr a su alrededor, saltando el sofá, deslizándome bajo la mesa, empujando mesitas, sillas y butacas, y suplicando o graznando que parara ya de una vez. Solo cuando la vi agotada, con tanta rabia en el blanco de sus ojos como debilidad en esos brazos que me habían mecido años atrás, me entregué, haciéndome un ovillo en el sofá. No fue necesario que me dijera la razón de aquella paliza. Que empleara el puño, que llorara mientras lo hacía, que no amenazara con decírselo a mi padre, me dejaba bastante claras las cosas. Porque en mi casa solo estaba permitido matar a un hijo por dos razones: si te ponías un pendiente o si te pillaban robando.

Esa misma tarde, mi madre me ordenó que desarmara pieza a pieza, con ayuda de Simón, mi flamante bicicleta de montaña. Y cuando terminamos de hacerlo, me obligó a tirar cada una de las piezas en un contenedor distinto. Ahora el manillar, me decía. Y Simón y yo caminábamos hasta un contenedor y entregábamos el metal precioso a las fauces de la ira. Luego volvíamos sin decirnos una palabra y hacíamos lo mismo con otra parte de la bici. Así hasta que solo quedó una: la rueda trasera con su espléndido juego de piñones de siete velocidades. Entonces mi madre cogió un clavo enorme de los que mi padre usaba para fijar madera en la tarea de encofrado y, con ayuda de un martillo, lo clavó en mitad del salón. Los golpes retumbaron en toda la casa, claro, pero también en mis dientes, en mis rodillas, en mi sangre. Cogió la rueda, colocó el clavo a través de sus radios y la colgó como quien expone un tríptico renacentista que hubiera pasado de generación en generación familiar. «Para que no olvides que eres la vergüenza de

esta casa», me dijo mirándome de arriba abajo con un desprecio que yo nunca antes había habitado.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Simón.

—¿Tú también robaste?

—No, señora. Yo no.

—Tú también robaste. Porque el nuevo también está metido y tú eres el nuevo.

—Yo me quedé fuera. No entré.

—¿Me vas a robar a mí también?

—Claro que no, señora.

—Valientes hijos de puta estáis hechos. Robar a personas enfermas.

—Intentamos devolverlo todo, pero no supimos.

—¿Dónde vives?

—No, señora, por favor.

—¿Dónde vives?

—Le juro que yo me quedé fuera.

—¿Dónde vives?

—Se lo suplico.

—¿Dónde vives?

—Junto al ambulatorio.

—¿Habéis alquilado la casa de Thierry?

—No sé quién es ese.

—Vale. Pues ya te enterarás de quién es. Porque a tus padres no los conozco, pero a Thierry, sí.

—No me haga esto.

—Os mataría ahora mismo con este martillo si no fuera porque no hace ni un mes que he blanqueado toda la casa.

—Gracias, señora.

—Gracias por qué.

—Por no matarnos.

—Era una exageración. No merecéis que pase un solo día en la cárcel por vuestra culpa.

—De verdad que intentamos devolverlo todo.

—En algunos países ya os habrían cortado las manos.

—Lo siento, de verdad.

—Tienes cara de no ser tan capullo como mi hijo. Si yo fuese tu madre, no te dejaría que anduvieras con él por el barrio.

—A mí me cae bien.

—Bueno, lo mismo estoy equivocada y eres tan capullo como él. Que las apariencias engañan.

Doce

Quienes saben de esto también afirman que a la hora de escribir una buena novela se debe tener muy presente el principio clásico de unidad y variedad. Se trata de uno de los muchos aspectos esenciales en la composición de cualquier obra de arte. Partiendo de mi propia experiencia con los libros anteriores, me atrevo a decir que es más fácil explicar el principio que llevarlo a la práctica. Como sucede con casi todo lo que es importante en la vida, vamos.

Una manera de simplificar el asunto sería la siguiente: la unidad es el conjunto y la variedad son sus partes. Si esa unidad carece de variedad lo más probable es que tropecemos con la monotonía, con ese aburrimiento del que tanto nos obsesiona escapar. Si, por el contrario, nos excedemos en la variedad, lo habitual es precipitarnos hacia un pequeño caos cuya principal consecuencia es el extravío. Se trata de una cuestión de equilibrio y armonía, conceptos sacralizados en el arte por la complejidad que encierra su consecución. O lo que es lo mismo: si te pones insufriblemente pesado con un tema o si, en dirección inversa, te dispersas tocando esto, aquello y lo de más allá, la novela hace aguas por todos lados y lo natural es que las editoriales la rechacen, la frustración se manifieste en acidez estomacal, te acabes autoeditando y tu familia compre el libro y te dé un afectuoso abrazo. Más o menos es así.

He reflexionado mucho sobre cuál era el momento idóneo para la inclusión del primer correo electrónico que me envió Simón. Y he concluido que es este porque de alguna manera fortalece la unidad

y contribuye a la variedad. Como siempre, es un riesgo que asumo yo, no sé si como autor, como narrador, como personaje o como futuro escritor autoeditado.

Querido amigo: Soy Simón. Aquel compañero de clase con el que compartiste más trastadas de las recomendables. No sé si me recuerdas. Supongo que sí. Hace apenas unos días, echando un vistazo en una librería cercana a casa, me topé con tu novela *Un hombre bajo el agua*. Se me hizo un nudo en la garganta cuando di con tu nombre en la portada y vi tu cara en esa foto de las primeras páginas. Menudo libro has escrito. Te felicito. Es para sentirse orgulloso. No soy un experto en literatura, ni siquiera puedo considerarme un gran lector de novelas, pero te aseguro que he pasado dos inolvidables tardes de lectura. Creo que has dibujado un retrato del barrio esencial y conmovedor. Llevo más de veinticinco años sin aparecer por allí y, después de haberla leído y releído, tengo la desconcertante sensación de haber estado ayer mismo. Supongo que eso es lo que consigue la buena literatura, ¿no? Mientras la leía, descubrí algo que se ha ido haciendo cada vez más grande en mi cabeza. He reparado en una red de conexiones a lo largo de todo el libro. Probablemente se trate de una invención mía, propiciada por la euforia y el deseo de saber más sobre unos años que no pude vivir en su plenitud. Yo los he llamado pasadizos. Unas galerías tan invisibles, reales y útiles como las ondas gravitacionales o la fuerza de atracción de un imán. No me refiero al poder de sugestión de las historias o a la capacidad del lector de conectar distintas ideas o experiencias. Hablo de algo físico, tangible. Pasadizos que, más allá de su invisibilidad, tienen dimensiones, son ponderables, ocupan un no-lugar. Cuando el lector, o el receptor — quizá nos podamos permitir hablar con algo más de propiedad—, percibe que se halla en la entrada de una de estas galerías, opta por

atravesarla o no, del mismo modo que elige cada mañana prepararse un café o un té, vestir chaqueta o jersey, sonreír frente al espejo o llorar bajo la ducha. ¿Y qué conectan?, te preguntarás. Conectan espacios distantes entre sí. Conectan personas que ni siquiera se conocen (todavía). Conectan el pasado con el presente y con el futuro. Conectan objetos: libros, coches, llaves, prótesis, cuadernos, guantes, cajones, linternas. Te conectan con recuerdos que nunca te pertenecieron. Te conectan con historias que nunca tendrán lugar. Me conectan contigo. Tu libro, amigo, no sé si lo sabes, se sostiene sobre una densa red de pasadizos cuya travesía te ofrece revelación. ¿Recuerdas aquella conversación que mantuviste con Huáscar, aquel enigmático hombre con el que coincidiste en el aeropuerto? Siempre dudé de si aquello que me contaste era real o una fabulación con la que pretendías que las tardes fuesen menos aburridas en el barrio. De hecho, te pedía que me la contaras una y otra vez para comprobar si hallaba en tu relato cambio, contradicción u olvido. Pero siempre era la misma historia con las mismas palabras y el mismo trasfondo. Ahora sé que no mentías. Que narrabas aquel extraño episodio con una precisión escalofriante, porque aquel día Huáscar entró en la oficina de la Guardia Civil y te dijo que le gustaba hablar y que siempre había que contar las cosas bien. ¿Te das cuenta? A ti, que años después te has dedicado a escribir libros en los que la ficción no tiene que acabar para que comience la vida. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque, mientras leía *Un hombre bajo el agua*, una vez más tuve la inmensa fortuna de encontrar el pasadizo que me conducía directamente a aquel día y a aquella habitación. Y os volví a ver y a oír. No de una manera metafórica u onírica. Qué va. Os vi del mismo modo que ahora veo mis manos sobre el teclado y os oí tal y como ahora oigo cada dedo contra cada tecla. Allí estabais Huáscar y tú sentados en

las sillas de plástico. Y todos esos carteles con los rostros de los terroristas más buscados. Y el armario y los archivadores también. Fue como si atravesara la Cueva del Rascacio y, esta vez sí, alcanzara exhausto el otro extremo, empujara la rejilla y os encontrara ahí, contentos, orgullosos de que yo lo hubiera conseguido, felices de que pudiera formar parte de la pandilla. ¿Por qué no escribes sobre aquello? Sobre Huáscar y esos días. Sobre cómo apenas una tarde podía ser más larga que un verano. Si todo este tiempo alejado del barrio me diera derecho a pedir algo, una sola cosa, creo que lo tendría claro. Te encargaría que escribieras la novela de lo que nos ocurrió. Nunca he sido más feliz que en ese minúsculo momento en el que salía de aquella casa y era consciente de que teníamos toda la mañana o toda la tarde por delante. He leído en alguna de tus entrevistas que huyes de la nostalgia en la literatura. No sé si lo haces también en la vida. Yo no sé hacerlo. Y no será por no haberlo intentado. Quizá, quién sabe, exista uno de esos pasadizos entre la nostalgia y un nuevo comienzo. Me alegra haberte encontrado otra vez.

Trece

La primera vez que viajé en avión, despegué desde el aeropuerto de Almería. Esto, con sus matices, podría parecer un hecho natural y previsible, pero en realidad era tan excéntrico como pedir de madrugada que te suban a la suite una docena de ostras y el mejor cava de la casa. Nos ponían tarifas desalmadas con el fin abofetearnos la dignidad, a pesar de mal vivir al calor de las turbinas. Mi destino era Madrid, porque desde allí tenía que coger un tren a Santander, donde iba a leer una ponencia sobre el uso de conectores, muletillas y expletivos en el español hablado. Por entonces tenía diecinueve años y la filología me había metido de lleno —o eso creía yo— en el cremoso plano de la intelectualidad.

Cuando entré en el aeropuerto, quedé desconcertado. Ya me había costado dormir la noche anterior, pero la conmoción fue muy superior a lo que había pronosticado en cada una de esas breves pesadillas con las que me torturaba dormido y despierto. Por razones obvias, desde aquel incidente en la pista de aterrizaje no había regresado a la terminal del aeropuerto. De modo que mis sentimientos iban desde la euforia de creermelo que aquel edificio era la lanzadera hacia la primera división de la filología, hasta la más profunda y enraizada certeza de que estaba traicionando a quienes se manifestaron y lucharon, muchos años antes, contra la ampliación de aquella pista.

Recuerdo que mientras me dirigía al mostrador de facturación y, poco después, hacia la puerta de control de embarque, busqué la

habitación de la Guardia Civil donde me tuvieron encerrado. No la encontré. No sé si porque no la reconocí, ya no existía o, simplemente, la habían cambiado de sitio. Y eso me trajo algo de alivio porque pude vislumbrar un chispazo de justicia sobre el débil horizonte de aquella historia.

Cuando comencé a sobrevolar el barrio, me asomé por la ventanilla y no pude evitar un llanto torpe y desordenado. Como si tosiera y riera a la vez. Desde allá arriba era posible contemplar el frontón, las balsas, la casa de mis padres, la espigada carretera nacional, la parroquia de don Alberto —aunque ya no estaba con nosotros—, nuestro improvisado campo de béisbol, el mordisco que había dejado la demolición del antiguo colegio y el parque que nos habían construido como compensación por las molestias. Lo que no se podía ver de ningún modo era todo lo que habían destruido con la decisión de ampliar y no trasladar el aeropuerto. Ni rastro del camino natural que nos unía con la playa y que ahora moría en un muro de hormigón y concertina. Ni rastro de la arboleda de pinos y eucaliptos que durante décadas y décadas había sido cobijo de pájaros, amantes y peregrinos. Ni rastro del campo de fútbol en el que jugaron nuestros padres y nuestras madres. Ni rastro de los pescadores más veteranos bajando a la playa en bicicleta, ni de la chavalería atravesando la extensa marina plagada de salados, ni de ese grillar incansable que fue parte de la banda sonora de nuestra infancia. Nos partieron el corazón por la mitad y lo sepultaron bajo el asfalto y las luces. Construyeron un monumento a la arrogancia y al despotismo de quienes entonces ocupaban sillones con brazos y despachos sin cabeza.

Un día, en los albores de la construcción de la nueva pista, el barrio amaneció conmocionado. Alguien se había colado en el colegio para decapitar todas y cada una de las palomas que habían

encontrado refugio en el palomar. Los cuerpos, desplumados y sanguinolentos, aparecieron en mitad de la pista de baloncesto, junto a una enorme pintada que decía «Llegaréis volando al infierno». Al principio, nadie supo cómo interpretar ese acto de barbarie, pero pronto comenzó a extenderse uno de esos relatos que apasionan en cualquier barrio de cualquier ciudad de cualquier mundo. Como si el humo se disipara y se nos revelara por fin la verdad, todos concluimos que aquello era un acto de magia negra, de un espiritismo parido por corazones renegridos que jamás encontrarían cobijo en nuestro barrio. Por eso nos pusimos en pie.

Este episodio sorprendió por unas consecuencias inesperadas. Y la primera no estuvo nada mal. Al menos así la juzgué yo entonces. Mi madre, que siempre había sido mujer de salivazo y pelusa en la frente para quitar el hipo, me dijo que no iría a clase hasta que la negra y pestilente energía de ese acto se desvaneciera. Y lo mejor es que convenció a la madre de mi amigo, el del fallo multiorgánico, para que hiciera lo mismo. Así que recuerdo aquellos días como un diminuto verano en el que luchábamos contra espíritus y muertos vivientes. Pero la cosa no quedó ahí, claro. Don Alberto organizó misas y vigiliass contra las fuerzas malignas, el alcalde —que no era alcalde, pero era respetado— dio un mitin en la puerta de la plaza del pescado que fue un éxito de crítica y público y que aún es recordado en esquinas y bares, la asociación de vecinos organizó una paella popular para protestar contra el más allá y los maestros aprobaron en claustro declarar el 7 de mayo como día mundial de las palomas. Fue tal la dimensión de aquellos actos que el autor de la fechoría sacrílega no tuvo más remedio que salir a la luz y explicar que lo que él realmente pretendía era protestar contra la ampliación del aeropuerto, tal y como habíamos venido haciendo en los últimos meses. Aquella confesión, lejos de traer tranquilidad,

produjo un desconcierto incómodo y desasosegante que solo don Alberto supo arrastrar y colocar en la dirección adecuada. Decidió que haríamos camisetas con el eslogan «Llegaréis volando al infierno si no rezáis» y las venderíamos para que los alumnos de octavo se fueran de viaje de fin de curso. A esto me refería cuando dije al principio que el aeropuerto era esa máquina de rayos equis, ese generador de partículas radioactivas, ese espacio que propicia que la acción transcurra inexorablemente, ofreciendo la vida como el más alucinante de cuantos relatos se quieran leer o escribir. Hay quien, después de tantos años, habla con nostalgia de don Alberto y su capacidad para deshilvanar la peor de las marañas. Yo me quedo, en cambio, con lo sibilino que era el muy hijo de puta a la hora de sacudir el avispero.

Catorce

—Has de saber, antes de cualquier cosa, que a mí me llaman Huáscar Serrano, hijo de Braulio y Wenda, naturales de lugares a tomar por culo el uno del otro. Mi nacimiento se produjo dentro de un viejo hospital en Brasil y fue de esta manera. Mi padre, que Dios le perdone, era español. Creció en un pueblo de Badajoz llamado Villafranca de los Barros, pero su fascinación por el mar lo sacó de allí con diecisiete años. Después de dar algunos tumbos, acabó en Galicia, donde, en la ciudad de Ferrol, se enroló en la tripulación de un barco mercante que lo llevaría a aportar en las ciudades más fascinantes que jamás haya levantado el hombre. Eso contaba él, claro. En una de ellas, al otro lado del océano Atlántico, conoció a mi madre. Wenda, la hija de un molinero que proveía una molienda. Concretamente en Fortaleza, capital de Ceará, en Brasil. Seguro que la conoces porque siempre la destacan en los atlas. Por aquel entonces él tenía veinticuatro años y ella dieciséis. Mi padre solía decir que la encontró en un mercado de guayabas y mangos, loros y cacatúas, embutidos y especias, y que más que un flechazo fue una descarga eléctrica con los pies metidos en agua. Mi madre decía, en cambio, que lo había conocido algunos años después de casarse con él. La línea cronológica, por simplificar, es la que sigue. Al año de conocerse contrajeron matrimonio en una descascarillada iglesia de Fortaleza, y mi madre quedó embarazada. Quince meses después, cuando los ojos todavía no me habían cambiado de color, nos mudamos a Teresina, capital de Piauí, en el interior del interior,

donde mi padre, por gracia de un viejo amigo y de algunas apuestas, había encontrado trabajo en una plantación de algodón y, más tarde, en una de tabaco. Nos dieron una casa, un salario y, en su debido momento, una escuela donde aprender lo justo para que la vida te afeite sin darte refregones. Allí vivimos durante nueve largos años. Fue el tiempo que necesitó mi padre para perder la cabeza y algo más. Algunos decían que todo su mal lo trajo la lejanía del mar. Yo pienso lo que mi madre. Que era un hijo de puta cuyas inseguridades, en vez de expresarlas en poemas y canciones, las dejaba salir a hostia limpia. Una noche, otra más de tantas, llegó a casa borracho y meado, y le propinó tal paliza a mi madre que un médico tuvo que devolverle con bastante maña el cielo de la boca a su sitio. En qué nos vimos para que la lengua no la llevara colgando por fuera lo poco que le quedaba de vida. Algunos meses después, mi madre me dijo, como bien pudo, porque ya nunca volvió a vocalizar de la misma manera, que íbamos a hacer lo que Dios le había encomendado. Así que ella aguantó el embudo y yo eché matarratas en la garrafa del vino apestoso que mi padre bebía a todas horas. Tardó en morirse lo mismo que tardó en beberse todo el contenido de la garrafa. Ni el amargor del veneno le impidió dar buena cuenta de lo que más amaba en esta vida: el vino tinto y la sangría, fuesen de donde fuesen. Nos lo encontramos en la cocina, decúbito prono, con un trozo de pan reblandecido asomándole entre los dientes, como un ratoncito curioso y juguetón. Mi madre dijo coge esto y coge aquello, mientras que ella también cogía cosas de aquí y de allá, y, cuando terminamos, nos fuimos de la casa para vivir el tiempo que pudiéramos en un galpón que, al parecer, ya tenía apalabrado con la señora de la finca en la que trabajaba mi padre. Desgraciadamente, nuestra nueva vida apenas duró tres o cuatro días. La dueña de la finca entró en aquella caseta de

herramientas diciendo que vienen, que vienen, que vienen, y mi madre me besó la frente, las mejillas, la boca y las manos y salió corriendo de allí. La encontraron en el fondo de un barranco. Se conoce que con las prisas debió de resbalar y caer con tan mala fortuna que se desnucó. Que quede claro que sufrió más en vida que a los pies de ese terraplén. A partir de entonces, viví en una casa de huérfanos que, aun no siendo un infierno, era un verdadero asco. Por no alargar la cosa más de lo estrictamente necesario, diré que estuve allí hasta los trece años. Una noche vino hasta mi litera el director de la institución y me dijo que si me escapaba antes de que despuntara el sol, el país me lo agradecería y no lo olvidaría jamás de los jamases, porque allí ya estaban desbordados y no tenían cereal y embutido para tanto desahuciado. Así que cogí el poco dinero que dejó sobre mi almohada, me puse los zapatos y me fui con la música a otra parte.

—¿Usted se cree que yo soy tonto?

—No me interrumpas.

—¿Que no le interrumpa? Pero si en esa mentira cabe una pelea de perros.

—Que no me interrumpas ahora que he empezado.

—Dejémoslo, por favor. No tengo la cabeza para escuchar sus tonterías.

—¿Te parece una tontería lo que te he contado?

—Lo que me parece es que esa historia ya la he oído antes en algún sitio.

—Pues si eso es así, alguien anda por ahí contando mi vida. Y, aunque no me parece mal, sí es deshonesto que no precisen a quién le pertenecen esas fortunas y adversidades.

—¿Y qué le parece si nos llamamos hasta que algún guardia civil vuelva a entrar y se lleve a uno de los dos?

—¿Que qué me parece? Una soberana estupidez. Además de tener un humor de mierda, te la trae al paio perder el tiempo. Pero a mí no, muchacho. Tienes suerte de que a mí no.

Quince

Lo apunté antes. Cuando leí las palabras de Simón, no presté la menor atención a su encargo de escribir un libro sobre Huáscar y aquellos años. De hecho, algunas de sus ideas me parecieron recuerdos desenjaulados. Sí sentí, no obstante, una extraña alegría por volver a saber de él y un turbador interés por esa teoría de los pasadizos, que, dicho sea de paso, no terminaba de entender. Ese mismo día le envié de vuelta otro correo electrónico en el que le expresaba la emoción que me habían producido sus palabras y las ganas que tenía de volver a verlo después de tanto tiempo. Luego, lo normal: este es mi número de teléfono, llámame, cuéntame más, pásame tu dirección, te envío un libro firmado, será un placer.

Teniendo en cuenta el entusiasmo con el que me había escrito, me sorprendió no recibir respuesta en casi dos semanas. Bueno, la gente tiene una vida, ya lo sé, y a veces, bastante complicada por el déficit de atención de los hijos y el chantaje emocional de los padres, pero aquella débil espera, casi subcutánea, me empezó a generar una minúscula decepción, que solo se vio compensada el día que, a la salida del urólogo, aún incómodo por la exploración, me encontré un mensaje de Simón en el buzón de voz. Más o menos lo transcribo aquí. Hola, amigo. Perdona el retraso. Como ya te dije, a mí también me ha alegrado saber de ti. Y, por supuesto, en cuanto tengamos ocasión, podríamos quedar y ponernos al día. Te llamaba también para pedirte que no me hicieras caso, que olvidaras el encargo que te hice en mi correo. Ya sabes, la emoción,

el entusiasmo, la nostalgia. De locos, vamos. Me vine arriba y no es decoroso, después de tanto tiempo, comenzar pidiendo en lugar de hacerlo ofreciendo. Espero que todo te vaya bien. Seguimos en contacto. Luego, bla, bla, bla. Lo importante llegaba hasta ahí.

Sin duda alguna, la voz era la de Simón y eso hacía menos verosímil aquella llamada. Seguía siendo tal y como la había archivado en algún lugar de mi cabeza: un timbre suave, una intensidad sostenida y un ritmo con extraños frenazos. De golpe, al oírla, como ya dije en algún momento, sentí que se abría ante mí uno de esos pasadizos a los que él había hecho referencia, conectando el presente con un pasado muy concreto. Ahí estaba esa dentellada en el espacio-tiempo que parecía preguntarme ¿qué tal, amigo?, ¿te atreves a volver a aquellos días? Y esas interrogaciones, revoloteando en mi cabeza, se me antojaron más incómodas que los fríos dedos del urólogo trajinándome el culo.

En los días posteriores, no dejé de confrontar dos planos que parecían opuestos. Por un lado, su deseo expreso de que abandonara un encargo que yo ni siquiera había contemplado. Por otro, el de su voz intacta, lanzándome hacia unos días que ya se mecían suaves en algún punto entre la memoria y la papelera de reciclaje que todos llevamos dentro. De ese conflicto que no vi llegar hasta que me golpeó, supongo que brotaron las preguntas que necesita cualquier libro para sostenerse. ¿Por qué Simón había cambiado de opinión? ¿Por qué no quería que escribiera sobre aquellos días?

Dieciséis

Nuestro amigo el del síncope acabaría contándonos al del fallo multiorgánico, a Simón y a mí que había tenido un sueño muy realista en el que Hugo Sánchez, delantero centro del Real Madrid, se le aparecía y le pedía que confesara a don Alberto todo lo ocurrido con el robo del maletín negro. En realidad, según sus palabras, por esa mecánica que se impone en el mundo onírico, durante la primera mitad del sueño era Hugo Sánchez y durante la segunda era la Virgen del Carmen, padre y madre de nuestro barrio. Así que se plantó en casa del cura nada más desayunar, se hincó de rodillas y le imploró confesión. Como don Alberto siempre fue buena gente, pero de tonto no tenía ni un pelo, lo cogió del gaznate y le dijo que la confesión no era un sacramento de chichinabo y que soltara lo que había venido a decir, si no quería que lo encerrara entre crucifijos de bronce, hisopos para el agua bendita y estolas de misa de muerto. El del síncope desembuchó como habría regurgitado un pájaro sin desplumar. Y claro, lo que siguió fue que don Alberto peregrinó por las casas de los responsables con el fin de que la penitencia cumpliera su cometido y las hostias nos limpiaran el alma. Bueno, por todas las casas no. La de Simón no la pisó porque ya era más que conocido que no estaba bautizado y ni siquiera sabía entonar el alabaré. Aunque ese dato, que a su casa no acudió, lo supe con el tiempo, porque una tarde vimos a Simón salir de allí como si, al mirar debajo de la cama, hubiera encontrado su propio cadáver. Corría a tal velocidad que no tuvimos tiempo ni

de estremecernos. «Ya se ha enterado su padre», deduje yo erróneamente. Y el del síncope bajó la mirada y se volvió a sentar en el filo de la acera, aparentando que la cosa no iba con él, obviando que nos habían calentado el cuerpo por su misticismo de mierda.

El del síncope nos vendió. Así lo encajamos en la pandilla. Y eso nos llevó a Simón y a mí a alejarnos de él durante algún tiempo. Lo hicimos de un modo natural, progresivo, sin impostura alguna, lo que impedía determinar quién se había distanciado de quién. Solo el del fallo multiorgánico mantuvo un contacto fluido con él, pese a que sus padres, como castigo, lo apuntaron a las maratonianas clases de refuerzo que un viejo militar impartía en el barrio. Lo llamaban el Mano Izquierda por su destreza a la hora de meterte la fiebre en el cuerpo a fuerza de bofetones.

Precisamente fue en ese periodo de dos o tres semanas cuando más me uní a Simón. Porque yo a su casa no entraba nunca y porque él, al principio, no quería ver a mi madre ni de refilón, siempre quedábamos en los bancos de la plaza verde. Allí fue donde le conté a Simón por vez primera el episodio de mi irrupción en la pista del aeropuerto y mi encuentro con Huáscar en el verano anterior. Creo que me animé a hacerlo por ese modo en que se iba machihembrando nuestra amistad. Él había llegado al barrio cuando las aguas parecían bajar algo más tranquilas: las protestas vecinales contra el aeropuerto ya no tenían sentido, la pista funcionaba a pleno rendimiento y estábamos a punto de dejar el colegio para pasar al instituto. Como decía mi madre, ya teníamos los huevos negros como para no asumir que lo que hacíamos no era cosa de niños.

Ahora que vuelvo a todo aquello, me conmueve la fascinación que despertó en Simón aquel relato. No podría precisar cuántas

veces me pidió que se lo contara en el tiempo que fuimos amigos de barrio. Muchísimas. Y yo, que a la mínima de cambio tendía a crearme importante, se lo desgranaba una y otra vez, y una y otra vez, intentando ser fiel a los acontecimientos y mejorándolo con alguna que otra filigrana retórica. Nunca me faltaba la medida en la descripción de mi carrera desesperada, ni el plano picado de mi cuerpo impactando contra el coche patrulla, ni el silencio con el que intentaron doblegar un espíritu rebelde que yo no tenía. Pero, sin duda alguna, lo que él siempre esperaba, con un punto de nerviosismo, era el diálogo que mantuve con Huáscar, cosa que yo no terminaba de entender. Cuando alcanzaba esa parte del relato, dejaba de mirarme para alzar ligeramente los ojos, como si tuviera el extraordinario privilegio de asistir a aquella escena. En ocasiones, dudaba de si estaría o no atento a mis palabras, porque daba la impresión de trepar por ellas, desordenarlas y dejarlas caer sobre mi cabeza como un puñado de tuercas y tornillos. Pero sus preguntas posteriores y el deseo de que volviera a contarle esta o aquella parte de la historia me acababan insuflando el aliento que todo narcisista se pasa la vida buscando.

Diecisiete

Plano. Primer pasadizo. Lo que algunos conocíamos como el pasadizo de la plaza verde no era otra cosa que la canalización de una rambla para que el agua no se llevara por delante la carretera nacional. No era muy extenso, y su escasa altura lo convertía en una galería muy incómoda y dramáticamente oscura. Las nulas tareas de limpieza y las escasas lluvias habían propiciado que las ratas y otros animales de ojos fluorescentes camparan a sus anchas y se cobijaran entre basura en perpetua descomposición.

¿Quién sería capaz de adentrarse en un lugar como ese? Tenía que haber una buena razón para atravesar aquella galería de mierda y rabia, ¿verdad? Pues lo cierto es que nos metimos los cuatro y, la mayoría de las veces, sin más motivación que un aburrimiento que parecía eviscerarnos. No es que fuese nuestro lugar favorito, pero nos sacaba de más de un apuro. Tengo el recuerdo de haber pasado horas y horas allí debajo, tumbado y con el cogote apoyado sobre una bolsa de basura o un pedazo de espuma de un viejo colchón. La razón era que lo empleábamos como esa madriguera donde esconderse cada vez que perpetrábamos cualquier trastada. ¿Quién nos iba a buscar en ese agujero?

Allí nos guarecimos después de hacer estallar un barreno en un transformador de electricidad y dejar a medio barrio a oscuras. También el día que vaciamos diez o quince sacos de cemento en el interior de un aljibe, intentando obrar el milagro de que el agua se

hiciera roca. Y, si no recuerdo mal, cuando incendiarnos sin querer el almacén de un escultor, cuyas obras hoy cogen sol y polvo en alguna que otra rotonda. Sin embargo, no hallo ningún pasadizo invisible en esos momentos de cobardía bajo la plaza verde. Lo encuentro, curiosamente, en un suceso muy posterior con el que nada tengo que ver. En el año 2003, cuando ya había abandonado el barrio, el del síncope me telefoneó para contarme lo que había ocurrido. Un puñado de operarios dejaron al descubierto aquella galería con el fin de renovar las conducciones de saneamiento, a cargo de los fondos provenientes de la Unión Europea. Durante los primeros días de obra, una pala que arrastraba toda la basura sacó a la luz un cráneo y un fémur. La conversación que mantuve con el del síncope no la recuerdo con precisión, pero, conociéndolo como lo conocía, estoy convencido de que no se alejó demasiado de lo que viene a continuación.

—¿Un cráneo?

—Y un fémur.

—¿Pero un cráneo de un fenicio o un cartaginés?

—No, un cráneo de un unicornio, no te jode.

—Yo qué sé. ¿Cómo va a llegar un cráneo ahí?

—Pues como llegan los cráneos a los sitios. Tampoco es tan difícil.

—¿Pero seguro que es un cráneo?

—Y un fémur.

—¿Y qué se sabe más?

—Ya conoces la idiosincrasia del barrio. Los vecinos han tirado de memoria y se lo están adjudicando a todo aquel que se fue sin decir nada. Porque aquí, que yo sepa, no ha desaparecido nadie.

—¿Y hay candidatos?

—Coño que si hay. Primero han amontonado los nombres y luego han ido descartando hasta que se han quedado con uno.

—A ver...

—A ver qué.

—A ver en quién piensan.

—En Thierry.

—No me jodas.

—Eso dicen.

—¿Dicen que ese cráneo es de Thierry?

—Y el fémur también.

—¿Pero es que Thierry ya no vive allí?

—¿Dónde?

—En el barrio.

—¿Cuánto hace que no vienes por aquí?

—Visito a mis padres y poco más. No doy muchas vueltas.

—Así te va.

—Ya.

—Thierry se fue hace un montón de años, joder. Pero si todavía vivías aquí con tus padres. No sé por qué te las das de hombre de mundo.

—Yo no estoy al tanto de la vida de la gente.

—Ya, claro. Yo tampoco. Nadie. Aquí cada uno va a lo suyo. Respeto e intimidad. Ese es el lema de este barrio.

—Pues así debería ser.

—¿Te acuerdas de Simón, el Pecas?

—Sí. No lo llamábamos el Pecas.

—Ya lo sé. Digo el Pecas para que te acuerdes de él.

—Me acuerdo de él.

—¿Te acuerdas también de que Thierry les alquiló la casa?

—Sí.

—Pues dicen que fue él quien denunció a su padre.
—¿Al padre de Simón?
—No, al mío. Pues claro. Por todo aquel asunto de las fotos...
—¿Pero qué era aquello de las fotos?
—No lo sé. Seguro que algo sucio, porque ahora dicen que esto ha sido una venganza.
—¿Una venganza?
—Que el padre de Simón volvió algún tiempo después y se llevó por delante a Thierry.
—Volver, volvió. Ahora bien, de ahí a matar a Thierry...
—Pues eso es lo que se cuenta.
—Y así es cómo llegan los cráneos a los sitios, ¿no?
—Y los fémures.
—¿Fémures?
—¿No se dice así?
—Supongo que sí. ¿Y tú te crees toda esa mierda?
—Yo ni me creo ni me dejo de creer nada.
—A lo mejor es un cráneo de animal.
—Sí, de un orangután que se apartó de su manada para morir bajo la plaza verde de nuestro barrio de mierda.
—Puede.
—Y unos cojones envueltos en celofán.
—Si Thierry se enterara de esto se reiría muchísimo.
—Thierry ya no tiene el cuerpo para reírse de nada.
—¿Tú qué sabes?
—Es lo que dice la gente.
—No hagas caso a esas gilipolleces.
—¿A ti no te da cosa?
—¿Qué me tiene que dar cosa?

—Mientras nos escondíamos ahí debajo, ¿cuántas veces meamos y cagamos?

—...

—¿Quinientas veces?

—...

—¿Más? ¿Menos?

—...

—¿Y si tienes razón? ¿Y si es el cráneo de un fenicio y nos hemos cagado en tierra sagrada?

—...

—Eso no puede traer nada bueno.

—...

—¿Sabes que últimamente me duele mucho la cabeza? Toda la frente y también un poco por la coronilla.

—¿Has ido al médico?

—No.

—Ve. Eso no te va a hacer mal.

—Pobre Thierry. Era un buen tío. Espero que no estemos malditos.

Después de la llamada, creo que me bastaron unos quince minutos para averiguar el paradero de Thierry. Con una somera búsqueda supe que vivía en una residencia de ancianos concertada con la Consejería de Asuntos Sociales, que estaba ubicada a no más de quince kilómetros del barrio. Además, la casualidad hizo que ese mismo año me lo cruzara tres o cuatro veces con el cráneo y el fémur en su sitio. Estaba claro que a la gente del barrio no le interesaba saber la verdad, si esa verdad no contribuía a hacer los días más llevaderos. Y tampoco es que eso me extrañara mucho. Lo único que lamento hoy es haber corrido a la velocidad del sonido para desmontar la disparatada teoría de la muerte de Thierry. Entre

otras cosas porque aquel no era el hallazgo que realmente me importaba. Hoy lo sé. Tuve la ocasión de hacer la búsqueda del nombre correcto, pero me cegaron las ganas de demostrarme a mí mismo que el barrio estaba equivocado una vez más. Así que no lo vi. Fue la primera vez que estuve a punto de aproximarme a él, a Simón Úbeda Magallanes, número veintisiete, grupo 7.º A, colegio público San Bernardo. Habría bastado con escribir su nombre en el buscador para intuir el pasadizo que ya nos unía, pero no lo hice y habrá que esperar. Supongo que hay batallas personales que solo merecen ser contadas desde la equivocación.

Dieciocho

De un tiempo a esta parte, no está bien visto que el escritor haga uso del narrador en tercera persona. No estoy diciendo que ya no se emplee. Lo que digo es eso: que no está tan bien visto. ¿Por quién? Por quién va a ser: por quienes saben de estas cosas. Que generalmente nunca somos ni tú ni yo. Al parecer, en una sociedad devorada por el agnosticismo, por una creciente e imparable crisis de fe, por un progreso incuestionable de la ciencia y la tecnología, carece de sentido —y de valor pecuniario— optar, a la hora de relatar una historia, por un narrador omnisciente en tercera persona. Ya nos lo decían en el colegio y en el instituto: el narrador omnisciente es una especie de dios que todo lo ve y todo lo sabe, que domina el arte del silencio, que aguarda el momento propicio para decir cualquier cosa y que ha construido su casa dentro y fuera de los personajes. Así que los que saben de estas cosas les dicen a los lectores e, incluso, a los escritores, que deberíamos estar hasta los cojones de dioses que contemplan lo que se ve y lo que no se ve desde su dorada atalaya. Eso es ahora. Mañana ya veremos.

Los escritores nos hemos puesto a escribir en primera persona si queremos tener algún futuro. Ya hemos aprendido que la realidad solo se puede conocer y nombrar desde la subjetiva ruptura de la mirada propia. En realidad, utilizamos una vieja manera de contar las cosas para que la literatura tenga alguna opción de resistir frente a los nuevos modelos de ocio y entretenimiento. Y en ese afianzamiento de la primera persona, el lector ha empezado a

confundir la ficción con la realidad, cuando lo interesante y genuino habría sido que alcanzase la realidad a través de la ficción. Que parece lo mismo, pero no lo es.

Hace unos años habría sido impensable —e indecoroso— que yo contase de un modo tan descarnado algunos episodios protagonizados precisamente por mí. Sin embargo, en lo que a mi crecimiento personal se refiere, hoy me alegro de haber abrazado esta doctrina de la primera persona, donde el pudor, la humildad y la intimidad son considerados escollos en el camino, y no virtudes deseables. De otro modo, me habría costado la misma vida relatar unos hechos como los que siguen, que quizá no sean tan necesarios para la historia como perturbadores para mí.

En el invierno del año 1989, con apenas nueve años, a eso de las ocho de la tarde de cualquier día, cuando volvía de clases de danza folclórica, un hombre nacido de la oscuridad me dio un golpe en la sien derecha, me metió en su coche y me mantuvo secuestrado unas dos horas. Ha sido la experiencia más dura de mi vida, aunque en su momento tampoco es que me lo pareciera tanto. Cuando recobré el sentido, quizá veinte minutos después, ambos seguíamos en el interior de un coche viejo, sucio, maloliente, con el motor apagado y las ventanillas cerradas. Había aparcado en una zona boscosa que yo reconocí al instante, a pesar de la oscuridad que caía desde las copas de los árboles. Se trataba del bosque de pinos y eucaliptos que se extendía por debajo del viejo colegio, antes de la ampliación del aeropuerto; un lugar por el que días atrás había corrido como una liebre y trepado como una ardilla. El hombre estaba sentado frente al volante fumando un cigarrillo, mientras yo ocupaba el asiento del acompañante, hecho una albóndiga de carne sobre la tapicería acartonada. Como él no decía ni hacía nada salvo inhalar y exhalar humo, a lo más que llegaba yo era a gimotear

suavemente por el dolor que me descorchaba la sien y buena parte de la cuenca del ojo. El miedo, por suerte, solo era una palabra borrosa, porque durante todo el tiempo tuve la sensación de que en cualquier momento las piezas de aquella locura encajarían y revelarían una explicación natural en mi vida. En ningún momento pensé que me iba a violar, a matar, a coserme los párpados o a extraer los órganos para traficar con ellos. Y eso que eran años de relatos salvajes sobre niños que desaparecían y cuyas familias quedaban trepanadas por los siglos de los siglos. De vez en cuando veíamos a lo lejos los faros de algún coche, y él se estremecía, aguantaba la respiración o aproximaba la cabeza al parabrisas. Pero no tardaba en volver a rebranchigarse en su asiento y encenderse otro cigarro con el que asfixiar mis esperanzas, sean las que fueren. En un momento tan determinante como inesperado para mí, giró la cabeza y me miró fijamente a los ojos. No escondía el rostro ni siquiera tras unas gafas. Hay que tener muchos huevos o estar muy loco para hacer eso. O tener muy claro que de ahí yo no podía salir vivo, claro. Tan solo llevaba una gorra calada y una barba descuidada, que más que camuflarlo lo definían como futuro retrato robot. Yo, al verle los ojos tan negros y tan perdidos en el tiempo, intensifiqué unas décimas mi gimoteo. Fue entonces cuando se echó sobre mí para abrir la puerta de mi lado. «Vete a tu casa.» Eso fue lo único que me dijo durante aquellas dos interminables horas. Y yo me fui como quien se sabe renacido.

Cuando llegué a casa, mi padre y mi madre, sobre todo mi madre, angustiados por no saber dónde me había metido, habían convocado en sesión extraordinaria a mi tía, a la vecina del piso de abajo, a un primo que ponía inyecciones a domicilio y a una mujer que nunca supe quién era ni qué hacía ni qué quería de nosotros. Así que creí conveniente decir que me había entretenido con unos

amigos mayores que estaban hablando cerca del polideportivo. En ese momento, con esa decisión y sin necesidad alguna, asumí un riesgo que los dioses en su totalidad afortunadamente decidieron evitarme. En cuanto terminé de poner la excusa, mi madre cayó desplomada, con los ojos vueltos como canicas de mármol, y todos se abalanzaron sobre ella entre gritos e instrucciones contradictorias. Si no hubiese sido así, estoy convencido de que me habría sumergido en agua hirviendo para desplumarme como a una codorniz. Mi padre, en cambio, jugaba en otra liga. O en otra dimensión, vete a saber. Como acostumbraba a ser un hombre más pragmático que teórico, me dijo que me duchara sin gastar toda el agua caliente y que después me metiera en la cama.

Ya con la gente en sus respectivas casas y mi madre con algo más de juego articular, me atreví a contar lo que realmente había ocurrido, sin mucho detalle, eso sí, porque yo sabía cómo podía acabar eso. Para mi sorpresa, mi padre se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar de un modo muy parecido a como yo lo habría hecho. Mi madre, en cambio, no derramó ni una lágrima. Contempló durante unos minutos el espectáculo de hipidos y sorbidas nasales de mi padre, para seguidamente apretar las mandíbulas, cogerme de la mano y conducirme hasta su habitación. Allí, no recuerdo si con poco o mucho tacto, me desnudó por completo y me hizo dar varios giros, tumbarme sobre la cama, ponerme de este lado y de este otro, levantar los brazos y flexionar las piernas, para mirar con un celo que ponía los pelos de punta. Luego me vistió ella y ella me abrazó un buen rato. Y digo ella porque me apresó los brazos con tal fuerza que yo apenas pude estremecerme; solo oír un ruido de rabia que se le escurría entre los dientes.

Esa misma noche, mi madre o mi padre, tampoco recuerdo quién, pero probablemente fuera mi madre, como siempre, propuso o impuso que aquello no debía salir de allí, que bastante teníamos con otras cosas y que esta vez habíamos escapado por los pelos. Así que esa misma semana fuimos todos a misa de domingo para dar las gracias a Dios y a la Virgen del Carmen, de la que fuimos muy fans hasta que mi padre se fue al paro por más de cuatro años seguidos.

Precisamente cuando comenzó la ampliación del aeropuerto, las primeras labores se centraron en la tala de aquellos pinos y eucaliptos centenarios que bordeaban el colegio. Fue uno de los momentos que más tristeza y rabia generó entre los vecinos del barrio. Muchos de ellos bajaron a la carrera y entorpecieron las obras e insultaron a los trabajadores y maldijeron ciento y una vez a los responsables de aquella salvajada. Yo, en cambio, no fui capaz. Por primera vez en mi vida tuve la impresión de que una tristeza ingobernable se llevaba por delante todo lo que había intentado mantener compuesto y ordenado desde aquella noche del secuestro. Una voz terrorífica me decía muy a menudo que si había salido vivo de aquel coche, de aquel humo y de aquel silencio había sido porque esos árboles fuertes, generosos y telúricos, que en ese momento los operarios cortaban sin asomo de sensibilidad, me habían protegido. ¿Con qué ánimo me presentaba yo allí para contemplar aquel terrible mal, si ni siquiera iba a tener el valor de intentar defenderlos? No me sentí con fuerzas. Puedo ser sincero después de tantos años. Así que me quedé en casa escribiendo mi nombre, apellidos y la fecha de ese día en la primera página de los pocos libros juveniles que tenía ordenados en la única estantería de mi habitación. Creo que lo hice llevado por el aburrimiento, pero también por la tristeza y la rabia. De algún modo debía dejar

constancia de que esa tarde a ese niño con nombre y apellidos le pudo la cobardía. Así lo sentí en los años siguientes y, para qué mentir, así lo siento ahora. ¿Qué mal me habría hecho abrirle la cabeza de una pedrada a uno de los trabajadores? Qué menos después de que esos eucaliptos y pinos me sacaran primero el culo y después el corazón de la mismísima tumba.

Diecinueve

—Yo, amigo, no soy malo. Aunque no me faltarían motivos para serlo. Esa es la verdad. Tú y yo, por ejemplo, estamos hechos de la misma arcilla, sin embargo, conforme vamos creciendo, la vida o el destino, quién sabe, nos va dibujando caminos distintos con un mismo final: la tierra, el compostaje. Hay quienes tienen la fortuna de recorrer un camino colmado de buena ventura y sabias decisiones. Otros, en cambio, llevan el sol de frente todo el tiempo. Si te soy sincero, no sé qué camino ha sido el mío. Supongo que ha habido de todo un poco. Después de salir de aquel orfanato di más tumbos de los que a mí me habría gustado. Y tuve que hacer cuero de mi pellejo para salir adelante o, simplemente, para mantenerme de pie. Al final, por consejo de quienes decían quererme, me marché de Teresina a Fortaleza. Aseguran que la infancia es la patria de uno, y un poquito de ella la pasé en esa ciudad. Así que primero me planté en sus calles y, más tarde, en la casa de la única familia que yo conocía de oídas. Mi tío Duarte, hermanastro de mi madre, me acogió de muy mala gana, pero es que a mí me habría pasado lo mismo si alguien se hubiese presentado de esa guisa en el quicio de mi puerta. Le estaré agradecido toda la vida por haberme dado techo, comida y muchos quehaceres en los que tener la cabeza ocupada. Mi tío había hecho dinero trayendo de España unas baldosas hidráulicas con las que todo el mundo quería forrar el suelo de sus salones. Cada lunes, sin excepción, nos íbamos al puerto y descargábamos, junto con tres negros más, cajas y cajas

de baldosas que nos llevaron a pensar que hidráulico era sinónimo de plomo. De aquella época conservo el recuerdo del fragor portuario y un desgaste irreversible en un disco vertebral. Como desde el tercer o cuarto lunes de descarga supe que aquello no era para mí, la primera decisión que tomé fue ahorrar cuanto me fuese posible, no para hacer mi propia vida, sino para vivir a secas, que era lo que me pedía el cuerpo, principalmente la espalda. El día que tomé el barco que había de llevarme a España, mi tío Duarte no vino a despedirse. Sí lo hicieron su mujer, sus dos hijas y sus negros, que agitaban la mano con tal euforia que cualquiera diría que se alegraban de mi marcha. Pero yo sé que la tristeza se los comía por los pies. Fueron años duros en los que tuvimos que estar muy pegaditos unos a otros, aunque a mi tío aquello le pareciera una aberración. En fin, imposiciones que te trae esto de estar vivo. De la travesía del barco mejor no decir nada, que es recordarlo y aún se me viene la bilis al velo del paladar. Lo pasado, pasado está.

—¿Qué edad tenía cuando llegó a España?

—Es mejor que no interrumpas el hilo del relato. Ya te lo he dicho.

—Solo eso. ¿Qué edad tenía?

—¿Y qué más da?

—¿Cómo que qué más da?

—Sí, qué importancia tiene la edad en esto que te estoy contando.

—Necesito saber la edad para imaginarle.

—Imagíname como quieras.

—¿Dieciocho? ¿Veinte?

—Eso da igual.

—A mí no me da igual.

—Tenía setenta y cuatro años. ¿Más tranquilo?

—Venga ya... Es que no es lo mismo coger ese barco a los dieciocho que a los veinticinco.

—¿Por qué?

—Mi vecino se fue solo a Francia con veinticinco y allí estuvo trabajando durante seis años. No conocía a nadie. Por supuesto, tampoco el idioma. Y él, cada vez que se ha animado a contar aquella larga temporada en el sur de París, lo ha hecho con mucha naturalidad, sin creerse un héroe.

—Bueno, tu vecino es tu vecino y yo soy yo.

—Hasta ahí llego.

—¿Puedo continuar?

—Entonces unos veinticinco, ¿no?

—Más bien dieciocho.

—Ya.

—Te empeñas en perder el tiempo, chaval. Y me lo haces perder a mí. Algún día te arrepentirás de haberte sentido tan cómodo entre tanta nadería.

Veinte

Intenté contactar con Simón en el teléfono desde el que me había llamado, pero era uno de esos números largos que enganchan con alguna administración o similar y me encontré con un pitido que se enroscaba de mala manera en el oído. Decidí, por tanto, volver a escribirle, aun a riesgo de que tardara en contestarme o de que no lo hiciera nunca. Fui breve: Hola, Simón. Olvidaste pasarme una dirección a la que remitir el libro. No te preocupes por lo de tu propuesta. Hay algo magnético y conmovedor en aquella época de nuestra vida. Ingredientes importantes en literatura. ¿Por dónde andas? Me encantaría tomarme un café contigo y charlar. Como ya sabes por mi libro, sigo viviendo en Almería. ¿Y tú? Pulsé enviar y esta vez tardó tres días en darme diligente respuesta: Puedes remitirme el libro a la dirección que te detallo más abajo. No hay nada conmovedor ni magnético en aquellos días. No pierdas el tiempo. En cuanto aclare algunos asuntos, te vuelvo a escribir para tomar ese café. Iré a verte.

Llevo más de media vida escribiendo, leyendo libros de toda naturaleza, corrigiendo exámenes y anotando trabajos. No es fácil siquiera hacerme dudar. Sin embargo, Simón lo consiguió con este último correo. No parecía escrito por la misma persona que el anterior. La llamada sí cobijaba la semilla de una tensión que no terminaba de entender, pero el primero era un texto tranquilo, propositivo y amable. Y la falta de información, unida a que la imagen que yo tenía de Simón había caducado hacía casi treinta

años, me metió en el cuerpo la solitaria de la curiosidad. Así que leí los correos y oí su mensaje en el buzón de voz como si constituyeran capítulos de una misma historia. Los transcribí en mi cuaderno y anoté algunas ideas en los márgenes, como suele ser costumbre en mí. Y, cuando agoté esa vía, me puse con lo que me había comprometido a hacer. Metí un ejemplar firmado en un sobre y escribí la dirección: una puerta en una planta en un edificio de una calle de Ávila. Supuse que esa había sido su manera de decirme que ya no vivía en Almería.

Aquella mañana, mientras me dirigía a la oficina de correos, no sé muy bien por qué, recordé un episodio minúsculo que viví con Simón poco después de que todo el mundo se enterara de nuestro robo. Si por algo me gustaba estar en su compañía, era porque nunca se veía en la necesidad de proponer acciones que entrañaran algún riesgo. Yo sabía que para él la genuina aventura se hallaba en otro lado, no en la pedrada, en el fuego o en la carrera desesperada; su carácter apocado y su mirada reflexiva lo convertían en el mejor compañero para un seminarista. Una tarde, mientras nos dirigíamos a la pista de frontón, un coche se detuvo a nuestro lado y el conductor, que iba acompañado de una mujer y dos niñas pequeñas, nos preguntó por la única farmacia del barrio. Cuando yo iba a decirle que si giraban en la próxima esquina habrían llegado a su destino, Simón dio un paso adelante y empezó a detallarle un itinerario plagado de nombres de calles nuevas, giros imposibles y plazas inexistentes. El hombre, que no parecía haberse enterado de mucho, nos dio las gracias y siguió su camino. Como nosotros, que ni siquiera nos atrevimos a hablar sobre lo que acababa de ocurrir ni a compartir unas risotadas cómplices. La razón: en ese momento un temor destelló en mi estómago y no me apetecía sacarlo fuera, donde Simón pudiera verlo y toquetearlo a su antojo. Me lo guardé

para mí: no lo hace para divertirse, lo hace porque algo le duele dentro.

Veintiuno

En el fácil o difícil cometido de escribir una novela, el escritor debe plantearse, al menos, una disyuntiva. ¿Qué es deseable: asumir el riesgo de malvivir en la monotonía o de fracasar por dispersión? Cada vez que leo un libro, me resulta inevitable imaginar qué camino decidió tomar el autor y si salió vivo de esa decisión. Y es que concebir la literatura sin riesgo es algo que ni siquiera voy a entrar a discutir aquí, porque, que yo sepa, leer en la cama no convierte a nadie en catedrático de Teoría de la Literatura.

Mi asunción a la hora de escribir está clara. Siento una atracción natural y peligrosa por esas novelas a las que se les ven las vísceras, esas que se abren como fruta madura; por los textos dispersos que van y viene y me llevan y me traen, como si la historia progresara a fuerza de cortocircuitos espontáneos. Eso me ha supuesto más fracasos que aciertos, claro, pero solo desde ese vértigo entiendo esto de madrugar para escribir un rato, mientras me tomo un café y un par de magdalenas.

Las distintas historias (variedad) que apuntalan la historia principal (unidad) necesitan una red de conexiones que evite que las piezas se dispersen como chatarra en el espacio. No es la primera vez que escribo sobre este tema, pero sí la primera en la que me he atrevido a ponerles nombre a esas conexiones: pasadizos. Los pasadizos de Simón, por supuesto. Pero también los del barrio, los de la vida del lector, los del conocimiento y las emociones, los del aquí con el más allá, sea lo que sea el más allá para cada uno. Y

claro, para leer estas historias hay que estar dispuesto a doblar el lomo, aguzar la mirada en la oscuridad, improvisar antorchas y volver atrás si uno se extravía. ¿Es lo más cómodo? No, claro que no. Pero quién dijo que la literatura tuviera algo que ver con el confort y el sentarse en el jardín a verlas venir. Si uno quiere leer, tiene que estar dispuesto a asomarse al vacío.

El padre de mi amigo el del síncope apareció un día en el barrio conduciendo una autocaravana. Nosotros estábamos sentados en la puerta de la iglesia y pasó calle abajo envuelto en la mismísima luz del cometa Halley. Nos quedamos boquiabiertos los tres: el del síncope, el del fallo multiorgánico y yo. Porque ni siquiera su hijo sabía que aquel hermoso acto futurista se iba a producir aquella mañana. En cuanto salimos del estado catatónico, emprendimos la carrera siguiendo la estela de fuego y partículas celestes, pero su velocidad cósmica hizo imposible no perderle el rastro. Así que nos sentamos en la acera de la casa de mi amigo a la espera de que llegara un padre que no terminó de llegar.

Al día siguiente, copiando y pegando lo que decían en el vecindario, supimos qué había pasado. La madre de mi amigo había echado a la calle a su marido por una historia de versiones contrapuestas. Según ella, se había estado cepillando a dos compañeras que trabajaban en la misma empresa de semillas y abonos. Según él, eran amigas a las que les estaba echando una mano para lograr la reunificación familiar. Así que el hombre aparcó la autocaravana muy cerca de la explanada del algarrobo, donde nosotros solíamos quedar, y allí estuvo instalado unos cuantos meses mientras le buscaban un poderoso desenlace a aquel nudo mediocre.

Más allá del conflicto emocional que le supuso aquello a mi amigo, lo innegable era que nosotros estábamos fascinados con la

autocaravana. Era lo más parecido a un cofre desenterrado o a un galeón hundido. Como tenía el encargo diario de comprarle a su padre algunos litros de cerveza e ingentes cantidades de latas de anchoas, solíamos entrar a menudo para meter todo en la pequeña nevera. En ocasiones, cuando el padre no estaba, nos poníamos a los mandos y parecíamos un escuadrón en misión especial, dando berridos, órdenes, golpes y celebrando victorias de batallas interestelares. Aquella autocaravana era lo más parecido a vivir en el lugar más lejano del barrio que nos había tocado en suerte.

Una tarde, el del síncope y yo, cuando entramos a la autocaravana a dejar las cervezas y las anchoas, nos encontramos con una mujer que parecía estar ordenando papeles sobre la pequeña y única mesa plegable. Recuerdo un olor dulzón, una camisa anudada por encima del ombligo y mucho pelo recogido de muy mala gana en la coronilla. Nos quedamos paralizados en el umbral de la puerta, hasta que ella se levantó y nos dijo que era una amiga que estaba esperando a su padre. Luego preguntó quién de los dos era el hijo. Y como no contestamos porque todavía no éramos muy de hablar con mujeres, nos dijo que podíamos marcharnos tranquilos, que ella se encargaría de meter la cerveza en la nevera. Y eso hicimos. Irnos de allí sin siquiera haber balbuceado una despedida decente.

Cuando nos habíamos alejado unos cien metros, puede que doscientos, que ya sabemos cómo se las gasta la memoria, el del síncope se escurrió detrás de un arbusto reseco y fui tras él, sin apenas saber qué estaba pasando. Se quedó callado, hizo el ademán de vomitar y, como no se vio capaz, me habló con palabras muy reseacas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Cómo que qué hacemos.

—¿Llamamos a alguien?
—No te entiendo.
—¿Qué no entiendes?
—Nada de nada. ¿Qué hacemos aquí agachados?
—Tú lo has visto como yo. Esa mujer está robando en la autocaravana de mi padre.
—¿Robando? No me ha dado esa impresión.
—¿Ah, no?
—No.
—Entonces, ¿quién es esa mujer?
—Una amiga de tu padre.
—¿Tu padre tiene amigas?
—Mi padre no tiene una caravana en la que meter amigas.
—Es una autocaravana.
—¿Cómo?
—Que no es una caravana. Es una autocaravana. No es lo mismo.
—Eso da igual.
—¿Me vas a ayudar o no?
—¿A qué?
—A sacarla de ahí.
—¿Cómo cojones quieres hacer eso?
—No sé. Eso es lo que tenemos que pensar.
—Te vas a meter en un lío con tu padre.
—Es una ladrona. Además, lo que mi padre piense, diga o haga es asunto mío. ¿Me ayudas o no?

Obviamente me largué de allí. Porque los niños somos leales en las peores adversidades, salvo que tengas una madre con un puño americano por corazón. No hice nada de nada. Esta vez salté a tiempo. Y eso que mientras me acercaba a mi casa, un mal pálpito

se me estaba ennegreciendo en la garganta; un presentimiento que a la mañana siguiente era la comidilla del barrio y de las pedanías adyacentes.

El del síncope, al sentirse desahuciado tras aquel arbusto, tuvo la brillante idea de correr hasta su casa y contarle a su madre que una mujer estaba robando en la autocaravana de papá. ¿De papá? Me voy a cagar en los muertos pisoteados de papá. Más o menos así me imagino yo su reacción. Porque si no, por qué iba a coger una garrafa de gasolina y se iba a plantar en cuatro zancadas en la misma puerta de la autocaravana. Mi amigo dice que su madre ni siquiera llamó a la puerta. Que empezó a derramar gasolina aquí y allá, sin mucho criterio, como si no quisiera gastarla toda porque la necesitara para otra cosa más importante. Y después, la cerilla, a la primera, y luego un fuego débil extendiéndose como una pincelada de acuarela. Ahí es donde el del síncope debió de creer que la ladrona —a la que su madre llamaba mala puta todo el tiempo— saldría viva de lo que hasta ese momento había sido nuestra nave intergaláctica, y agarró la garrafa y vertió más gasolina sobre el fuego, sin sospechar que la llama, por hacer cumplir la matemática de las cosas combustibles, se le iba a venir encima como una bandada de murciélagos. Los daños fueron importantes. Perdió el flequillo, las pestañas y las cejas, se le despellejaron los labios, le desapareció el olfato durante meses y se le achicharró el antebrazo derecho. Su padre, que salió de la autocaravana empuñando un extintor, minimizó aquel desastre, que pudo haber acabado con la vida de su hijo y con la desorbitada fianza que había depositado para alquilar aquel hermoso vehículo.

¿Y qué pasó con la mujer? Le pregunté a mi amigo mientras se descubría la herida negruzca del antebrazo.

—Era una ladrona de pacotilla.

—¿Eso te ha dicho tu padre?

—Mi padre dice que esa mujer es una historia secundaria. Y que mi madre y yo somos la principal.

—Pues no lo entiendo.

—No son temas fáciles de entender. Dice que, aunque no todas las cosas tienen la misma importancia, puede que todas sean necesarias. Y que este verano nos vamos a ir por ahí con la autocaravana. Mi madre, él y yo. ¿Te vienes?

—Mi madre no me va a dejar.

—Le digo a la mía que hable con la tuya.

—Vale.

—Bien.

Veintidós

Cuando presiento que un bloqueo creativo está punto de caer en mi vida, tengo la costumbre de coger un edredón y llevarlo a una lavandería de esas en las que metes monedas y te toca esperar un par de horas como mínimo. Hay una no muy lejos de casa por la que no suele pasar mucha clientela. Allí me siento, bien frente a la lavadora, bien frente a la secadora, y me dejo arrastrar por esa espiral de espuma o de aire caliente, hasta que el cerebro mete los dedos en la médula espinal y me hace levantar de un salto. Ahí es donde viene la idea que, en un primer momento, me parece decisiva y trascendental, y que, pasadas algunas horas, en muchos de los casos no roza siquiera la categoría de aceptable. Aun así cumple con el objetivo: que la ideas lleguen, aunque sean horrorosas.

Hace un tiempo cargué con el edredón y me senté frente a la lavadora, con la espalda bien recta y el móvil apagado. Todo como siempre: el aroma del detergente industrial, las pelotas de tenis golpeando los tambores de las secadoras, alguien doblando ropa al fondo de la sala y una televisión enmudecida anclada en una de las paredes. Y claro, como es costumbre, llegó el calambrazo y con él la idea. La decisiva y trascendental idea. ¿Por qué no buscas información sobre Simón? Y eso hice en el acto. Para qué esperar, si me quedaba más de hora y media sentado en aquella silla de plástico. Encendí el móvil y comencé a rastrear su nombre y apellidos en varios buscadores y en las tres redes sociales en las que yo tengo cuenta. Nada de nada. Bueno, sí, personas con su

nombre, muchas. Pero con su cara o la que yo recordaba que era su cara, ninguna. En ese momento, sentí un poco de pena por Simón, porque deduje que su vida no había merecido siquiera una triste mención en internet. No sé. Qué menos que un nombramiento en el Boletín Oficial de cualquier provincia, la participación en un grupo de trabajo de docentes motivados o la lista de seleccionados para formar parte de un jurado popular. Algo que demostrara que la vida se acordaba de él y le daba su cucharadita de gloria. Pero más tarde, ya en pleno secado del edredón, me pregunté que quién demonios podía escapar hoy en día de la maraña invasiva en la que se había convertido internet. Además, formar o no parte de una red social sí era una decisión consciente y voluntaria, y él no figuraba en ninguna de las que yo solía frecuentar. Fue entonces cuando me sorprendí pensando si no sería Simón quien estaría sintiendo pena al verme por la cámara del circuito cerrado de la lavandería.

Unas semanas después, removiendo la ensalada de mi esterilidad creativa, comencé a barajar la idea de visitarlo en la dirección que me había facilitado para el envío. Desde su último correo, no habíamos vuelto a cruzar palabra, ni siquiera un parco agradecimiento por la novela autografiada. Así que tampoco era un disparate presentarme allí. Siempre podría decir que un compromiso literario me había llevado cerca y que me parecía muy descortés no pasar a tomar el café del que habíamos hablado. Así que llamé a mi agente, que además de agente es diseñador gráfico y profesor de *mindfulness*, y le pedí que me organizara sin demora una presentación en cualquier librería de Ávila.

—¿De Ávila?

—Sí.

—¿Tú quién te crees que eres? ¿Javier Marías?

—Muñoz Molina.

—¿Qué?

—Que prefiero ser Muñoz Molina.

—Tú no estás bien, ¿verdad?

—Por favor, búscame una librería.

—No va a ir ni Dios.

—Da igual. Está relacionado con mi siguiente libro. Necesito que hagas eso por mí.

—¿Y no puedes ir a pasar un fin de semana en un hotel con encanto? Vamos a hacer el ridículo.

—El mismo ridículo que hicimos en Albacete y tú te empeñaste en que fuera a presentar la novela.

—No es lo mismo. Si queremos tener alguna opción en el Premio de la Crítica, debemos hacer determinadas cosas.

—Sabes perfectamente que no tenemos ninguna opción.

—Me estás desmoralizando. Qué manera de hacer que la vida parezca una mierda. No focalizas bien. Ese es el problema. Y tampoco sabes respirar.

—Hazlo, por favor. Los gastos correrán de mi cuenta.

—¿Hotel, dieta y desplazamiento?

—Todo.

—Vale. Pero luego no me vengas con que no promocionaron el acto o que la cultura española está en descomposición.

—Te lo prometo.

—¿Estás trabajando? ¿Cómo llevas el libro?

—Bien. Algunos agentes importantes se han interesado por el nuevo manuscrito.

—Vete a la mierda.

Veintitrés

Mi madre le acabó cogiendo cariño a Simón. A ver quién se atrevía a ir contra esas pecas y esos ojos como escarabajos. En el tiempo que vivió en el barrio, lo acostumbró a los bocadillos de mortadela con aceitunas, a las amenazas de muerte si hacíamos tal o cual cosa, a que se metiera la camiseta por dentro del pantalón y a que nunca se rascara la cabeza en público. Siempre interpreté el comportamiento de mi madre como un ejercicio natural en cualquier mamífero, pero, cuando he comenzado a repasar con algo de esmero aquellos días, me ha resultado inevitable sospechar que ella sabía detalles que yo desconocía o pasaba por alto. No sé si esto es verosímil, la verdad, pero es así.

Como a mi madre no le gustó aparecer en mi anterior novela porque, según ella, le trajo los resquemores de muchos vecinos, algunos de ellos muy apreciados, intenté sacar el tema del mismo modo que uno riega un puñado de legumbres en un vasito. Obviamente, olió a cuerno quemado desde bien lejos y, llegado el momento, más adelante, me advertirá con los ojos inyectados en asfalto. Aun así, durante esta conversación, se aprovechó de mi atención insaciable y detalló con vocación de neurocirujana cómo se hacía el conejo con pimienta y tomate, qué diferencias astrales había entre ser cuarto o quinto hijo, de qué modo y cuándo se ha de interrumpir la lactancia y por qué el perejil no puede faltar en una casa que quiera vivir alejada de cataclismos. Siempre resulta fascinante el revisionismo histórico de mi madre. Porque nunca

tendré claro si reinventa una y otra vez las mismas historias, si las vuelve a recordar de un modo nuevo o si yo las percibo desde un lugar distinto al hacerme inexplicablemente mayor que ella. Cuando iniciamos conversaciones parecidas a la que viene a continuación, tengo la impresión de que somos dos astronautas —estadounidense y ruso— en nuestro primer día en la estación espacial internacional.

—Me ha escrito Simón. ¿Te acuerdas?

—¿Qué?

—Simón, aquel amigo pecoso que estuvo dos años en el barrio.

—Sé quién es. Te he preguntado qué.

—¿Cómo que qué?

—¿Que qué buscas sacando el tema?

—Nada. Que me ha escrito. Ha leído mi novela y quería felicitarme.

—¿Simón sale en ella?

—No.

—Por eso le habrá gustado.

—¿Porque no aparece en ella?

—Digo yo.

—Mamá, la gente sabe que esa novela es una gran mentira de principio a fin.

—¿Qué gente? No será la gente del barrio. Porque aquí ni a la Biblia le han dado tanta verdad.

—Bueno, no empecemos.

—Yo no empiezo, cariño.

—Vale. Que Simón me ha escrito porque ha leído la novela y le ha dado alegría volver a saber del barrio. Supongo que le habrá hecho recordar cosas de aquellos días. Es curioso, pero mientras la escribía nunca me acordé de Simón. Y ahora ese detalle me parece de lo más asombroso.

—¿Por?

—No sé. Supongo que desde el punto de vista literario Simón reúne todo lo que debe tener un buen personaje.

—Si tú lo dices.

—¿No te lo parece?

—¿De verdad me estás preguntando eso a mí? Y yo qué sé de personajes literarios.

—Pues para no saber, tu tono desprende cierto tufo de desaprobación.

—No le des tanta importancia a mi tono. Que solo lo haces cuando te interesa. De verdad que no tengo opinión alguna sobre si sería o no un buen personaje.

—Pues él piensa que sí, porque me ha propuesto que escriba una novela sobre aquella época.

—¿Aquella época? ¿Qué es aquella época?

—Ya sabes. La ampliación del aeropuerto, las protestas, el nuevo colegio, aquellas trastadas adolescentes...

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez?

—¿No iba de eso el otro libro?

—No. Si te hubieses leído la novela, no perderíamos el tiempo con estas preguntas.

—Yo al menos lo he intentado. Es tu padre quien no la ha abierto todavía. Y en lo de perder el tiempo te doy toda la razón.

—Qué difícil es hablar contigo, mamá.

—Los lectores van a decir que te repites.

—Que digan lo que quieran.

—Ya. Eso lo piensas ahora. Luego pondrás esa cara tan tuya.

—Insisto, mamá. Me lo estás poniendo muy difícil.

—Porque no preguntas directamente. Siempre con tu manía de querer llegar a las cosas dando rodeos, como si así pudieras engañar a alguien.

—Está bien. ¿Qué se decía de Simón en aquella época?

—¿De Simón? ¿Qué se iba a decir de un niño? Se hablaba de su padre y de su madre.

—¿Qué decían?

—Que él tenía el gaznate ensanchado.

—¿Bebía?

—Bueno... Pasaba muchas horas en el bar, no se le conocía trabajo, tampoco tenía un carácter especialmente afable... No sé.

—Suficiente para que las habladurías corrieran.

—No sé si bebía hasta el punto de mearse encima, tal y como decía la gente. Yo nunca vi eso. Pero tengo algo muy clarito. Ese hombre no era trigo limpio.

—¿Por eso tratabas de ese modo a Simón?

—¿De qué modo?

—Lo cuidabas.

—Como al resto.

—Creo que no.

—Siempre tenía esa apariencia de niño desvalido, apenas era una raspa vestida. Me despertaba una tristeza rara, incómoda. De todas formas, tampoco es que hiciera grandes cosas por él.

—Le ofreciste tus normas. No lo haces con todo el mundo. Él las cogió encantado de la vida, y eso que no eran especialmente agradables.

—Las normas no son agradables ni desagradables. Son normas.

—Sobre todo para quien las impone.

—¿Tienes alguna queja?

—Dios me libre.

—¿A ti qué te contaba Simón?

—¿Sobre su familia? Nada de nada.

—¿Y eso no te parece raro?

—Ahora sí. En aquel momento ni se me pasó por la cabeza.

—Los niños se quejan con el silencio.

—Nunca hablaba de su padre. A su madre, si no recuerdo mal, la mencionaba por el tema de la hora de llegada o por las reuniones del colegio. Parecía una mujer firme. Y a su casa no entré jamás.

—¿Por qué?

—No sé. No creo que me lo prohibiera. Simplemente quedábamos en otro lugar. Nunca en su calle y mucho menos en su puerta. Alguna vez lo vi salir y entrar, pero siempre desde lejos.

—¿Sabes si al final tuvo una hermana o un hermano?

—Simón no tenía hermanos. Como no los tuviera después...

—Su madre estaba embarazada cuando se marcharon del barrio.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué?

—¿Cómo sabes eso?

—Hijo mío, estás sobrevalorado. Pues porque tenía una barriga de unos siete meses.

—¿Qué dices?

—¿Ya estamos?

—Es que no recuerdo eso.

—Pregúntale.

—¿A quién?

—A Simón.

—Ya, claro. Tampoco parece muy hablador.

—No me extraña.

—Tarda en contestar y no se explaya mucho.

—¿Y aun así te ha pedido que escribas sobre él y sobre aquella época?

—Más o menos.

—Ay, ese más o menos.

—Primero me lo pidió. Luego se arrepintió.

—Eso fue lo peor que pudo hacer.

—¿Arrepentirse?

—Decirte que se arrepentía. Se va a liar.

—No se va a liar nada.

—Se va a liar todo. Ya está.

Veinticuatro

—Perdone. Puede continuar.

—Ya no sé ni por dónde iba.

—Había llegado a España a bordo de un barco.

—Cierto. A una ciudad del norte.

—De donde un día salió su padre.

—Bien traído. En un futuro incorporaré ese apunte al relato.

—Es un honor contribuir.

—Déjate de mierdas. Prosigo y te ruego, por favor, que no me vuelvas a interrumpir, salvo imperiosa necesidad.

—Prometido.

—Atraqué sobre las cuatro de la tarde, así que aquella heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba algunas nubes turbias que se rasgaban al correr hacia el norte. En las calles no había más jaleo que el provocado por algún remolino de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de acera en acera persiguiéndose como libélulas. Nunca olvidaré mi primera caminata por allí. Como no tenía un destino claro, me adentré en el casco histórico, donde todo estaba cerrado a cal y canto. Si la memoria no me falla, no me crucé con nadie. Sin embargo, tuve la opresiva sensación de que toda la ciudad estaba pendiente de cada paso que daba. De vez en cuando, se oía el suave crujir de una persiana o un golpe de tos que se desmigajaba en el pecho de alguien. No es agradable la impresión de saberse evaluado, cuando no juzgado, sin haber tenido la oportunidad de explicar los accidentes y los porqués

de la vida de uno. En ese celoso paseo estaba cuando el cielo rompió a llover con tal fiereza que cualquiera podría haber pensado que había muerto un obispo o un cardenal. Así que corrí a refugiarme bajo un arco que era la boca negra de una calle estrecha y olvidada. Durante más de una hora, no tuve otra cosa que hacer que contemplar un rabioso aguacero que jamás volvió a cruzarse en mi vida. Cuando ya lo único que esperaba era que la corriente empezara a arrastrar animales muertos, cuadros familiares y algún que otro libro, una puertecita se abrió un poco más arriba de la calle y un hombre, dando un chiflido tremendo, me invitó a ponerme a buen recaudo.

—Todavía no ha pasado nada.

—Voy a hacer como que no he oído ese comentario. Qué poco te han enseñado en tu casa, joder. Alastair W. era un irlandés que en ese momento me estaba abriendo la puerta de su imprenta. Literal y metafóricamente. Porque aquel día no solo encontré un techo bajo el que guarecerme, sino un lugar en el que sentirme amado y protegido, en el que aprender casi todo lo que sé de la poca prosperidad que acostumbra a ofrecerte la vida. Y eso no es cosa pobre, teniendo en cuenta de dónde y cómo venía. Desde el primer café con una lágrima de nata que me ofreció, una vez oída mi transoceánica y atrabiliaria historia en Fortaleza y en Teresina, me dijo, echándome una enérgica mano al muslo, que iba a enseñarme el oficio más hermoso del mundo. No creo que haya persona que se atreva a contradecir esa consideración, por cierto. Cada mañana de cada nuevo día, apenas pasadas las cinco y media, saltaba del camastro que me había puesto en la parte trasera de la imprenta y me dedicaba a atrapar cada palabra que pronunciaba Alastair W., a vigilar que el papel no sufriera daño alguno ni la humedad hiciera de las suyas, a anotar en el libro de encargos qué estaba pendiente y

qué listo para su entrega, a barrer lo que la guillotina desechaba y a fregar lo que la tinta y nuestros zapatos ensuciaban. Pero a mí, sin ninguna duda, lo que más me gustaba de cuanto se podía hacer allí era manosear las distintas letras de cada tipografía. Al lado de la cama en la que dormía cada noche, se levantaba una vieja imprenta que solo se ponía en marcha si se trataba de uno de los libros que él mismo editaba con un esmero obsesivo. Sus letras, mayúsculas y minúsculas, sus signos de puntuación y alguna que otra filigrana pasaban por mi cama cuando el sueño no terminaba de llegar, que no eran las menos veces. Y yo repetía en voz alta la misma cantinela: altura, asta, cran, cuerpo, ojo y remate, que eran algunas de las partes de aquellas letras. Aunque el dinero entraba en aquel semisótano por la impresión de folletos, cartelería, cartas, sobres y tarjetas de visita, la mayor parte del tiempo se nos iba en la edición de libros descatalogados y, sobre todo, muy olvidados. Tanto, que no creo que ni siquiera en su día fueran recordados por virtud alguna. Nunca supe cómo demonios caían en sus manos, pero lo cierto es que era rara la semana en que no entraba allí gritando que había dado con tal o cual libro de tal o cual siglo y que los entendidos nos iban a reseñar hasta en Amberes, cuna de la buena edición. Así que imprimimos más de un inventario de boticario, un diccionario de plantas medicinales, el diario de un espiritista, un epistolario de dos arciprestes que se amaban y una interminable colección de milagros obrados por Jesucristo Nuestro Señor en una zona muy concreta de la serranía de Guadarrama.

—Bueno, ya sé algo nuevo. Así que trabaja en una imprenta.

—¿Tú me ves a mí cara de impresor?

—No sé qué cara tienen los impresores, salvo que sea muy parecida a la de usted.

—¿Tanto te aburre mi historia? No paras de interrumpirme.

—¿Tengo que serle sincero?

—Te lo ruego.

—La verdad es que no me aburre. Y no es cierto que esté todo el tiempo interrumpiendo. Pero tiene que entender que cuando coge la hebra no la suelta. Y yo, además de escuchar, tengo la necesidad de decir. Por los nervios de la situación, más que nada.

—Muy bien. Habla cuanto necesites. Te escucho.

—No, por mí puede continuar.

—Te escucho.

—No, de verdad que no.

—Te escucho.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Adelante. Continúe. Le escucho yo.

Veinticinco

Plano. Segundo pasadizo. Siendo preciso, sin que haya necesidad alguna, la gran tubería de la antigua depuradora no estaba ubicada en mi barrio. Aquellas enormes y pestilentes cubetas de aguas fecales se las habían endosado a un barrio de casoplones donde vivían ingleses, alemanes y españoles que habrían dado en sacrificio un hijo a cambio de ser ingleses o alemanes. Durante muchos años, no hubo mayor monumento a la inmundicia humana. Era imposible entender cómo se vivía con aquel enorme potaje de mierda, orines y toneladas de papel higiénico en mitad del barrio. Hedía tan fuerte que no era extraño que se te taponaran los oídos. Y a pesar de todas esas condiciones preapocalípticas, a pesar de que uno volvía de allí con la sensación de haber perdido el esmalte dental, muchos niños de mi barrio, entre los que me cuento, caminábamos hasta aquel agujero negro para jugar en el interior de una tubería en desuso que si la recorrías te dejaba en la misma orilla de la playa.

Mucho antes de que la familia de Simón le alquilara una casa a Thierry, el del síncope, el del fallo multiorgánico y yo decidimos dedicarnos a lo que hoy podría denominarse el arte urbano. Fue un arranque salvaje y breve, como tantos otros, porque las dedicaciones que requerían inversión económica solían durarnos poco. Aun así, nos compramos alguna revista especializada, latas de pintura, un lote de espráis, una garrafa de disolvente y mascarillas de papel, tal y como nos había explicado el único del

barrio que sabía de estas expresiones del alma. Después de hacer algunas intentonas en tapias medio derruidas y en el interior de una fábrica de azufre abandonada —de la que hablaré más adelante—, empezamos a intuir que estábamos preparados para llevar a cabo nuestro gran proyecto: hacer una pintada en el interior de la tubería de la depuradora, para que las futuras catervas de muchachos que pasaran por allí leyera nuestro mensaje y se les inflamara el corazón. Esa era la idea. Porque nuestra inocencia nos permitía confiar en que apenas cuatro palabras lograrían transformar la mirada de toda una generación.

No sé a quién se le ocurrió la frase, la verdad. A mí, no. Pero éramos niños viviendo días que, más que transcurrir, ardían hasta hacerse un montoncito de ceniza. «Te estás quedando tonto.» Ahí estaba. Aún se me eriza la piel cuando la leo. Eso era lo que queríamos escribir. Mi amigo el del síncope decía todo el rato que no era una frase, que se trataba de un aforismo, porque se lo había preguntado a su padre, que por entonces estaba enloqueciendo con unas oposiciones para trabajar de cartero. Y el del fallo multiorgánico estaba convencido de que era un apotegma, según las ínclitas lecciones de don Alberto en catequesis. Sea como fuere, eran cuatro palabras cuya ejecución no podía llevarnos más de media hora.

Llegó la mañana elegida. Y ahí empezaron a destellar las señales propias de cualquier catástrofe. El del fallo multiorgánico no pudo coger ni las mascarillas ni las latas de pintura porque su padre las encontró la noche anterior en el garaje y, cuando vino a pedirle cuentas, él juró por sus muertos no tener nada que ver con ese material. El del síncope, contra todo pronóstico, se acordó de traer la garrafa de disolvente, trapos de limpieza y un par de brochas que, por razones obvias, ya no eran necesarias. Y yo me encargué del

lote de espráis y de un par de bocetos de lo que iba a ser la pintada —letras alambicadas y saturadas de color—, así como de un par de botellas de agua fría.

El día anterior habíamos repartido el trabajo. Después de una larga y agotadora discusión, conseguimos ponernos de acuerdo en quién hacía qué y cuándo. Cada uno tenía un cometido único para que el ejercicio, en una sucesión de fases, constituyera un todo perfecto. Pero como el gilipollas de nuestro amigo no había traído la pintura, no tuvimos piedad a la hora de apartarlo de toda trascendentalidad y relegarlo a tareas de bajura. Decisión que debimos pensarnos mejor, porque iba a traer consecuencias indeseadas.

Estuvo sentado sobre un par de ladrillos hasta que se aburrió de mirar cómo nos afanábamos en el muro de hormigón. Así que le dio por humedecer un trapo en disolvente e inhalar esa química. Todos sabíamos de sobra qué pasaba si se hacía eso. Los niños de cualquier barrio siempre han hablado de las cosas que sí, de las cosas que no y de las cosas que no está claro si son un sí o un no. Esta era una de las confusas. De pronto lo oímos soltar carcajadas mientras se apoyaba en la pared cóncava de la tubería para no perder el equilibrio. Estaba eufórico. Parecía un cachorro borracho. Y nosotros, claro, comenzamos a jalearlo para que su espontaneidad desquiciada fuese a más. De modo que de vez en cuando se acercaba el trapo humedecido a la nariz para hacer arder su cerebro y seguir riendo, corriendo, saltando, gritando y agitando el cuerpo como si estuviera llamando al dios de los desastres naturales. El del síncope, que no paraba de hacerle palmas y soltarle chiflidos, cogió un bote de spray verde y le pidió que se echara en el suelo. Venga, tío, échate, la gente va a alucinar, eres el mejor, échate, échate. Y él lo hizo y, además, como acto de cortesía,

abrió los brazos y sacó la lengua. Yo le dije que no, que no y que no. Pero el del síncope tenía muy claro que iba a ser que sí. De modo que lo pintó de arriba abajo, por un lado y por otro, sin dejar siquiera los párpados de su color natural.

Lo poderoso de la euforia es que siempre esconde un drama. En este caso, el de nuestro amigo entrando en el barrio a lomos de su bicicleta, cubierto de pintura verde, mientras los vecinos lo miraban con un pie en la vigilia y otro en el sueño. Solo sus padres y él saben qué ocurrió cuando llegó a casa. Todavía no me explico que aquello no le supusiera el apodo más humillante de cuantos se hayan inventado en el barrio. Musgo, sapo, moco, ova, moho, mantis, moscardón de la mierda. A mucha otra gente, por la mitad de la mitad de lo ocurrido, la han crucificado de por vida. Sé que aquello sucedió porque fui uno de los personajes principales, pero una carambola irreproducible de los acontecimientos debió de triturar el futuro relato y convertirlo en olvido o en silencio, porque unos días después nadie hablaba de un chaval verde pedaleando a toda velocidad por mitad del barrio.

Pasado el tiempo, escuchando a uno de mis profesores de la facultad que también se dedicaba a escribir novelas de cierto éxito, entendí que el silencio suele ser una forma de contribuir al relato de cualquier historia. El silencio no es un puñado de vacío. Es una galería, un pasadizo que conecta con la experiencia, la imaginación, el miedo, la sugestión... Así que cualquier escritor se estaría equivocando gravemente si renunciara a él por temor a no ser entendido. No hay que contarle todo.

No obstante, yo me imagino su llegada a casa más o menos así:

—Hijo mío, ¿qué cojones te ha pasado?

—El apotegma, papá. Se nos ha ido de las manos.

Veintiséis

Tal y como pronosticó mi agente, a la presentación en Ávila no acudió nadie. Y no es una forma de hablar. Hasta la librera, que conocía bien los usos y costumbres de los parroquianos, salió a la puerta a fumarse un cigarro mientras yo disponía los libros en el expositor para devolverlos a su sitio minutos después. La ayudé a echar el cierre y a cargar unas cajas pesadísimas hasta el maletero de su coche, que estaba aparcado a tomar por culo, como el hostel en el que me habían hecho la reserva. Con tal de no cenar solo, abandoné la idea de echarme algo al estómago y, después de la llamada de rigor a casa, me tiré sobre la cama y me quedé profundamente dormido. La vida de algunos escritores, en fin.

A la mañana siguiente me presenté en la dirección que Simón me había facilitado. No me resultó muy complicado dar con el portal. Ávila y Almería comparten esa apariencia sencilla y esquemática, porque por callejero tienen una raspa de pez extinguido. Llamé al portero automático hasta en tres ocasiones. Al final, una voz de mujer me preguntó quién. Yo contesté que un amigo de Simón. Y la puerta crujió para que la empujara y pudiera subir.

Quienes saben de esto dicen que toda novela debe albergar en su interior un momento en el que la historia se quiebra por la mitad, sin que las piezas lleguen a separarse entre sí. De ese modo, el curso del relato cambia de dirección y obliga al lector a enfrentarse a su propio desconcierto. Supongo que es eso lo que está a punto de ocurrir. De hecho, no es la única vez que sucederá. Al llegar a la

puerta de la casa, me abrió una mujer mayor. Yo no la reconocí a primera vista, pero se presentó como la madre de Simón y me invitó a pasar. Como no guardaba ningún recuerdo de ella, todo me pareció nuevo: que era más joven que mi madre y tan alta como yo, que caminaba con una leve cojera y que sus ojos eran los que Simón le había prestado a mi memoria.

La verdad es que me extrañó que no me preguntara nada hasta verme sentado en su salón y removiendo ceremoniosamente una gran taza de café. Solo cuando eso se produjo, ella ocupó el sillón de enfrente y, con una voz cálida y segura, me hizo la primera pregunta. La misma que yo habría formulado.

—¿Quién eres?

—Un amigo de la infancia de Simón.

—¿De Almería?

—Sí.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con mi libro entre las manos. Lo abrió y comenzó a leer.

—Para mi amigo Simón. Con la esperanza de volver a cruzarnos. La literatura ha hecho su trabajo, ahora nos toca a nosotros.

—...

—Lo enviaste tú, supongo.

—Supone bien.

—No lo he leído aún, pero tiene buena pinta. Le he echado un vistazo por encima, eso sí.

—Bueno... Espero que le guste.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Simón.

—¿Simón?

—Sí.

—¿Cuánto hace que no os veis?

—Más de veinticinco años.
—Bueno... Es bastante tiempo.
—Muchísimo.
—¿Y cuál es la idea?
—Tomar un café. Ponernos al día, supongo.
—No sé si con un café será suficiente.
—Se hará lo que se pueda.
—¿Y quién te ha dado esta dirección?
—Él.
—¿Simón?
—Así es, señora.
—Vaya...
—Me escribió hace algunas semanas.
—Simón te escribió.
—Sí. ¿Ocurre algo?
—No.
—¿Entonces?
—¿Quieres más café?
—Aún tengo en la taza, pero vale.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con la cafetera y con una carpeta de plástico transparente. Primero me llenó la taza hasta arriba y después abrió la carpeta y me entregó un montoncito de papeles.

—¿Qué es esto?
—Lee.
—Pero...
—Lee.

Leí, claro. Se trataba de una misma denuncia repetida tres veces. Era del año 2009 y en ella exponía que llevaba sin tener contacto con su hijo más de tres meses. Creía que había sido captado por

una secta o un grupo con intenciones macabras. Aparte de eso, no se glosaban muchos más datos. Que Simón tenía un comportamiento errático, que había vaciado todas las cuentas de las que ella era cotitular, que llevaba meses sin pagar el alquiler de su casa y que no sabía qué había sido del coche que ambos compartían.

—Dos mil nueve.

—Sí, dos mil nueve. Llevo diez años sin saber nada de Simón.

—Esto no me lo esperaba.

—¿Y dices que él te ha dado esta dirección?

—Sí. Me escribió un correo diciéndome que había leído mi libro y que le había gustado. Y yo le pedí una dirección para enviarle un ejemplar firmado. Pero ahora que leo esto, pudo ser cualquiera con ganas de agitar el asunto.

—Cualquiera que conociera esta dirección, claro.

—Sí. Eso como mínimo. ¿Es la primera vez que recibe un envío para Simón?

—No, claro que no. Durante algún tiempo llegaron viejas suscripciones, recibos bancarios y alguna que otra notificación de impago. Pero nunca ha llamado a mi puerta nadie diciendo que mi hijo le hubiera escrito un correo.

—Le parece una locura, ¿no?

—O una canallada. Aún no lo sé.

—¿La policía no averiguó nada?

—Poca cosa. Para ellos todo se reducía a que Simón era mayor de edad y podía hacer con su vida lo que le viniera en gana. El coche, como figuraba a mi nombre, sí lo buscaron. Y lo encontraron, claro. Algunos meses después me llamaron para decirme que estaba en un aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Madrid.

—¿Y qué es eso de la secta?

—Mi teoría.

—¿Andaba metido en una secta?

—Se había divorciado y, desde entonces, no trabajaba, no salía mucho de la casa que se había alquilado de prisa y corriendo y tenía un carácter huraño. Pero de la noche a la mañana su humor mejoró y comenzó a hacer cosas que tenía olvidadas. Meditar, ayunar, hacer curas de silencio, y leer y tomar notas, a todas horas y en cualquier lugar. Cuando me visitaba, que empezó a hacerlo con más frecuencia, me decía que por fin, después de tanto tiempo, tenía un plan. Yo le preguntaba, claro, por ese plan, pero no me decía mucho. Tomábamos café o comíamos algo juntos, recogía las suscripciones que habían dejado en mi buzón, me daba un abrazo y se largaba. Estábamos recuperando cosas que habíamos perdido. Eran días hermosos. Muy hermosos. Hasta que una tarde me dio ese abrazo y no volvió. Al principio creí que la razón de su ausencia era ese plan desconocido. Pero pronto me di cuenta de que ocurría algo extraño. Su casero me dijo que no pagaba el alquiler y que iba a cambiar la cerradura. Cuando entré en su casa a recoger sus cosas, estaban intactas. Quizá faltara algo de ropa, pero todo seguía dispuesto como si no hubiera previsto su marcha. Así que fui al banco a consultar las dos cuentas que compartíamos, siempre fue generoso conmigo, y me dijeron que había sacado todo el dinero en varios reintegros en distintos cajeros.

—Pero, ¿por qué una secta? Sigo sin entenderlo.

—¿Tú haces ayunos y curas de silencio?

—No. Pero voy al gimnasio todos los días y no se ha puesto en contacto conmigo el Comité Olímpico Internacional.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con una montaña de revistas. Las dejó caer bruscamente sobre la mesita, y mi café y la

cucharilla se estremecieron al unísono. Supongo que fue su manera de expresar cierta irritación por mi paralelismo. Comencé a echarles un vistazo. Habría más de treinta revistas, todas ellas centradas en ideas conectadas como el éxito, la felicidad, la trascendencia, la metamorfosis, el tiempo, la ciencia, la religión, lo esotérico y la libertad, entre otras muchas. Las volví a ordenar en un montón.

—¿Esto es lo que leía?

—Y libros y artículos que encontraba en internet y encuadernaba para poder subrayarlos y anotarlos. Estas son solo las revistas que por suscripción llegaban a mi casa.

—¿Y dónde están los libros y los artículos?

—Yo no podía traérmelos. Supongo que el casero, cuando cambió la cerradura, también se deshizo de ellos.

—¿Por qué cree que Simón se ha puesto en contacto conmigo?

—Hay una pregunta previa. ¿Crees que hay posibilidades de que realmente sea Simón el que te ha escrito?

—Sí. Muchísimas. Hizo referencia a recuerdos que solo él podía saber. Salvo que los compartiera con alguien, claro.

—¿Puedo leer ese correo?

—Claro. No hay problema. Pero hay una manera mejor de que usted compruebe si era o no Simón.

—¿Cuál?

—Me dejó un mensaje en el buzón de mi teléfono. Si a usted no le parece una locura, podría escucharlo para ver si reconoce su voz.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto sin nada entre las manos. Supuse que había ido a acumular las fuerzas necesarias para volver a oír la voz de su hijo, diez años después. Se acomodó en el sillón y, antes de apretar la mandíbula, me dijo adelante. Obedecí. Puse el altavoz y reproduje una vez más el mensaje en el que Simón me pedía que olvidara su propuesta de escribir una

novela sobre aquellos días. Y, mientras asistía a aquel cataclismo familiar, creí entender por qué se había arrepentido, por qué no quería que volviera a meter las manos en su pasado. Lejos de sentirme triste o turbado, comencé a notar chispazos de euforia, sabedor de que ya me encontraba en el corazón de mi próximo libro.

—Es Simón. Es mi hijo.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Quiere que le envíe el audio? Quizá le sea de utilidad.

—¿De utilidad?

—Lo digo por la denuncia.

—No creo que lo tengan retenido contra su voluntad. ¿Tú sí?

—No, yo tampoco.

—...

—Entonces, ¿lo quiere?

—Que si quiero qué...

—El audio.

—No.

—Vale.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—Has venido hasta aquí por Simón...

—En realidad yo solo venía a tomarme un café con él después de tanto tiempo.

—Permíteme que dude de eso.

—¿Por qué?

—Porque a estas alturas de la vida reconozco algunas cosas. Con esto no quiero decir que tu motivación, sea la que sea, me parezca mal. De hecho, tu motivación puede que se ponga de mi lado en esto. Pero...

—No la entiendo.

—Ya me entenderás. La gente como tú y como yo siempre acabamos entendiéndonos.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Tuvo usted otro hijo, ¿verdad? Después de marcharse de Almería...

—Una hija.

—Así que Simón tuvo una hermana...

Se levantó, desapareció y volvió al minuto.

Segunda parte

Los fascinados

La fábrica de azufre

En la zona norte de mi barrio, más allá de la autovía, tuvimos una antigua fábrica de azufre. Yo nunca la conocí en funcionamiento. Era un lugar con un atractivo singular que, por distintas razones, los vándalos solían respetar. Poseía el misterio de lo que está apartado de todo, se conservaba en muy buen estado y el azufre aún esperaba en el interior de cientos de sacos amontonados. En su momento le dediqué un poema muy malo por alguna razón que hoy no recuerdo. Una parte decía así: «Esta tarde tenías mejor cara. / La fábrica de azufre del camino / ha logrado llegar hasta el garaje. / Cuando dijo aquel hombre / hace meses que nadie viene aquí, / hace meses que rompieron los cristales, / no te sentiste joven». Ya he dicho que era malo, pero en su momento dio el pego y hasta apareció en alguna antología.

Cuando Simón nos dijo al del síncope, al del fallo multiorgánico y a mí que se marchaba del barrio, decidimos reunirnos, en su última noche, en la fábrica de azufre. La idea era hacer algo que concretara la despedida, que nuestros actos se convirtieran en algo que poder recordar el día de mañana. Como si fuéramos los tres Reyes Magos de Oriente, cada uno de nosotros le llevó un presente. El del síncope, una caja de truenos, que eran petardos de mecha lenta y explosión generosa. El del fallo multiorgánico, una camiseta blanca en la que debíamos firmar antes de que todo acabara. Y yo, una pequeña garrafa de vino palo cortado, con el fin de catapultar aquella reunión.

Mientras dábamos buena cuenta del vino, charlábamos casi de cualquier cosa. Pero sobre todo de las probabilidades de volver a encontrarnos en un futuro no muy lejano. Fantaseábamos con alquilar una autocaravana como la que salió ardiendo por obra y gracia de la madre de nuestro amigo, e ir uniendo bosques, lagos, valles y campos de trigo, que eran básicamente los paisajes que habíamos visto en el cine. La noche progresaba con la serenidad y la embriaguez que el vino dulzón siempre nos procuraba, hasta que el del fallo multiorgánico preguntó por qué se iban del barrio. Sus signos de interrogación funcionaron como piedrecitas en la uretra. Simón se puso en pie y comenzó a correr y a saltar entre los viejos sacos de azufre. Nosotros lo mirábamos esperanzados de que hablara en cualquier instante. Pero ese momento no terminaba de llegar. Y corría. Y saltaba. Una y otra vez. Hasta que se escabulló tras una pila de sacos y nunca regresó.

Así nos despedimos de él. Con una pregunta que hizo el más tonto de los tres. ¿Por qué os vais del barrio? Cuando dimos por hecho que Simón se había marchado de la fábrica de azufre, decidimos hacer lo que más o menos teníamos pensado. Arrastramos como pudimos cinco o seis sacos de azufre hasta el exterior y los amontonamos desordenadamente. Después unimos las mechas de todos los truenos haciendo una sola y, una vez distribuidos estratégicamente bajo los sacos, la prendimos y echamos a correr. Primero sonó la detonación y después contemplamos cómo pequeños fragmentos, envueltos en una luz azul y púrpura, se hacían con todo el cielo. Fue un hermoso espectáculo de apenas unos segundos, que nos obligó a abrir la boca de puro asombro.

—Mierda, mierda, mierda.

—Joder, qué puta maravilla.

—Mirad eso. Es brujería.

—Simón, cabronazo, va por ti.

—Hostia, hemos olvidado firmar la camiseta.

—Te queremos, Simón.

—¿Pero qué dices, capullo?

Como digo, esa fue la última vez que vimos a Simón. A la mañana siguiente, todo parecía estar en el mismo punto que el día anterior, que la semana anterior, que los últimos diez años. Intacto. O sometido a esa lentísima erosión que sufren los grandes accidentes geográficos. Simón se largó y el barrio continuó como si tal cosa. Solo nosotros sabíamos que ya no éramos tan fuertes o tan frágiles, tan valientes o tan cobardes. Y solo durante algún tiempo, claro. Porque, tarde o temprano, el olvido nos limpia la cabeza para que entren todas las cosas que están por venir.

Uno

Hay que presentar a Julia, por muy vaporosa que fuera su presencia en el mundo. La hermana de Simón vino a esta tierra con la semilla de una enfermedad degenerativa. Eso me contó su madre. Se la diagnosticaron poco antes de nacer. Aunque los médicos le auguraron unos ocho o nueve años de vida, murió a los seis de un infarto de miocardio mientras dormía la siesta. La pobre no se enteró de nada. Ni siquiera la familia, que, cuando vino a darse cuenta, ya la niña estaba fría como una baldosa. Todo este asunto, tan delicado e incómodo, tan doloroso e inflamable, lo quiero resumir sin faltar al espíritu de la letra de la madre de Simón. Es importante que sea así por cuestiones que afectan a futuros capítulos y a palabras que parecen nacer en dimensiones que se repelen. Aunque ya aclaro en mi defensa que no sé si seré capaz porque tiro de una memoria abotargada por las emociones de aquel momento.

A los siete meses de gestación, una ecografía disparó todas las alarmas y un análisis más exhaustivo confirmó lo peor. Julia iba a nacer metida directamente en el descuento de su vida. Y les aconsejaron que vivieran más cerca del hospital de referencia para este tipo de enfermedades, que estaba, como casi todo, en Madrid. Por eso un buen día se marcharon del barrio y se buscaron casa en Ávila, que no era la capital, pero la vida se ofrecía algo más barata y amable con la gente. Lo cierto es que Julia no padeció mucho castigo. La parte fea de su dolencia constituía la última fase de la

enfermedad, y a esa no le dio tiempo a llegar porque el corazón se le cuajó sin venir a cuento. Así que, en términos relativos, durante sus seis años de vida fue una niña sana y dispuesta a ejercer esa condición.

El gran tema es que Simón quiso a su hermana con todas sus fuerzas. Más que cualquier otro hermano en una situación parecida. Dijo ella. A pesar de la diferencia de edad, compartían tiempo, habitación, juegos, costumbres y minúsculos secretos que guardar dobladitos en la garganta. Por la negra certeza de que no tardaría en picar billete hacia tierra olvidada, pensé yo. Cuando Julia dejó de respirar, de algún modo Simón también dejó de hacerlo. Al menos, durante una larga temporada. Por entonces, él rozaba los veinte años y suspendió en el aire sus estudios, sus fuerzas, su ánimo y una relación con una chica que lloró lo que tuvo que llorar y que terminó cogiendo un camino en otra dirección.

A partir de ese momento, nada fue igual, aunque intentó que resultara más o menos parecido. Terminó encontrando trabajo, se matriculó en la universidad a distancia, se enamoró una o dos veces antes de casarse, fue feliz mientras lo fue y, si no, supo disimularlo como todo el mundo, se divorció y se puso a leer, a anotar, a ayunar y a guardar silencio. Contado tal y como lo hacía la madre, daba la impresión de que la vida fuera una escombrera que hubiera que sanear de vez en cuando.

Ella, además del relato lineal de estos hechos, me contó algunos episodios de Julia y Simón bastante conmovedores. No los recuerdo todos y algunos los mezclo entre sí, pero tengo muy presente uno que me perturbó sobremanera. En una excursión por el campo, cuando Julia tenía unos cinco años, se extravió. Aquello no duró más de quince o veinte minutos, pero en esa angustia se amontonó la eternidad del Olimpo. Simón comenzó a gritar su nombre y a

correr en todas las direcciones, lo que llamó la atención de otros excursionistas que, en apenas unos minutos, estaban integrados en aquel improvisado y errático dispositivo de búsqueda. En un momento dado, una de las excursionistas gritó está aquí. Y, efectivamente, estaba ahí. A los pies de un pequeño terraplén, magullada, condolida y lloriqueando. Cuando volvieron a casa, mientras Julia dormía en su habitación, Simón contó que aquello le había metido los nervios en el pecho, porque se parecía mucho a un episodio que había vivido un amigo suyo. Al parecer, la madre de ese amigo, huyendo de no sé quién, cayó por un terraplén con tan mala fortuna que se desnucó. El amigo se llamaba Huáscar. Y fue la primera vez que supe algo de Huáscar que no recordaba haberle contado jamás.

—¿Tú conociste a ese hombre en el barrio?

—¿A Huáscar?

—Sí, mi hijo no paraba de hablar de él.

—No, señora. Creo que no lo conocí.

—Pues yo siempre pensé que lo había conocido allí, en tu barrio. Porque, después de nuestra marcha, durante los primeros años, hablaba constantemente de Huáscar y de la posibilidad de volverse a encontrar. Decía que, cuando Julia se pusiera buena, iban a dar la vuelta al mundo en una autocaravana.

—¿Quiénes?

—Los tres. Huáscar, Julia y él.

—¿Y qué decía de él?

—Las historias que le contaba a su hermana. Cuando Julia murió, todo se lo comió el fuego. Incluido ese nombre.

—¿Recuerda alguna de esas historias?

—No, hijo mío. Mi memoria es poquita cosa. Pregúntaselo a él.

—¿A Simón?

—Claro.

—No sé si me contestará.

—¿Por qué no? Llevo diez años sin saber nada de él. No ha tenido ocasión de dedicarme ni una llamada ni una mala postal. Pero ahora, no sé bien por qué, te ha traído hasta aquí. Puede que mate dos pájaros de un tiro. Yo recibo noticias de su existencia y él se aproxima a ti. Te contestará. Estoy convencida.

—Soy yo quien ha venido. Soy yo quien se aproxima.

—Me temo que no.

—No veo manera de que él supiera que mi decisión iba a ser venir hasta Ávila.

—Que no la veas tú no significa que no la vea él. Es como este dolor de cadera. Tú no lo ves. A veces, ni yo misma lo veo. Pero está. En todo momento está.

Dos

—¿Crees en Dios?

—Hasta hace cuatro días me planteé ser monaguillo.

—Por lo que sé, en este país todo el mundo ha sido monaguillo alguna vez. Y ya hemos descubierto que eso no es garantía de nada. ¿Crees o no crees?

—Dios me da miedo. Así que supongo que sí.

—Con eso me vale. Entre las cosas raras y maravillosas que hizo Dios, hay una que siempre me ha llamado la atención. Cómo es posible que existiendo tantas personas en el mundo, ninguna sea idéntica a otra en los rasgos de la cara, a pesar de que todos tengamos en ella los mismos elementos. Y si hay tanta variedad de caras, tampoco puede ser extraño que haya más diferencias aún en las voluntades e inclinaciones de los hombres y de las mujeres.

—No lo pillo.

—Pues es bien fácil, hijo. Ejemplo: los ganaderos. Ejemplo: los agricultores. Ejemplo: los ebanistas. Y ejemplo: los camareros. En cada una de esas ocupaciones hay muchísimos profesionales, pero ninguno entiende su oficio de manera idéntica y, por tanto, actúan de manera diversa. ¿Sí o no?

—Supongo.

—Pues Alastair W. no era una excepción. Hacía su trabajo al frente de la imprenta de un modo muy particular. Lo que, en no pocas ocasiones, se traducía en serias pérdidas económicas. Una noche, mientras cenábamos en una pequeña taberna que había

calle arriba, me contó que iba a adjudicarme nuevas funciones en el negocio. Me explicó que estaba muy bien eso de conocer a fondo las tipografías, las distintas clases de papel y las encuadernaciones fresadas y cosidas, pero que, en unos años, la imparable tecnología aplicada al oficio iba a convertir esos saberes en pura bisutería. Así que me encomendó una labor que, según él, estaba muy por encima del utilitarismo que impera en el mundo circundante. A partir del día siguiente, una vez vestido y desayunado, me iba a dedicar en cuerpo y alma a la lectura. Él se encargaría de proporcionarme los libros adecuados; esos que debían hacer de mí un individuo indispensable.

—¿Y le pagaba?

—Eso qué más da.

—¿Le pagaba o no?

—Yo me sentía compensado.

—Eso es que no.

—Para mí es que sí.

—Si para usted es que sí, yo no tengo nada que añadir al asunto.

—Entonces para qué me interrumpes.

—Para saber si era un trabajo o una especie de afición.

—Te he dicho que era un trabajo.

—Ya.

—Pues si es ya, cierra la boca y déjame terminar.

—Vale.

—Al final no vas a aprender nada de cuanto te estoy contando.

—¿Es que esto es una fábula o algo así?

—Muchacho, no puede ser una fábula porque ni siquiera sabes lo que es una fábula.

—Una historia de la que se saca una enseñanza.

—No.

—Vaya que no.

—Te he dicho que no.

—Entonces mi profesora de Lengua y Literatura es una inútil.

—Si te lo ha explicado así, que no te quepa la menor duda de que lo es. Pero permíteme cuestionarlo. En una fábula, aunque es cierto que tiene una intención didáctica, prima que esté protagonizada por animales o cosas inanimadas.

—¿Me está diciendo que a lo suyo le falta un mapache y una mofeta, por ejemplo?

—Y que además hablen.

—¿Entonces esto qué sería?

—Mi historia.

—¿A secas?

—Bueno, si me dejas terminar, también podría ser una colección de ejemplos.

—¿Y eso qué es?

—Parecido a una fábula.

—Tócate los huevos. Lo que esto parece es un programa de cámara oculta.

Tres

El del síncope me contó que, el mismo día que los agentes de la Guardia Civil me interceptaron en mitad de la pista del aeropuerto y me metieron en el coche patrulla, estuve muy cerca de convertirme en un héroe. Que él percibió, me dijo, cómo a quienes agitaban la valla y exigían salvajemente mi liberación se les llenaba el pecho de unos sentimientos de muy buena calidad y aparente hondura. Pero que luego, por razones impenetrables, la cosa se fue enfriando y todo quedó en que actué como un héroe, que para nada es lo mismo que serlo.

Durante algún tiempo pensé en ese detalle. Yo nunca había pretendido ser un héroe ni nada parecido, pero sabiendo que había estado tan a punto de caramelo, me jodía no haber acabado siéndolo. Así que tuve esa época tonta en la que cada cosa de cierta relevancia que ocurría a mi alrededor era evaluada en función de las posibilidades que me ofrecía de convertirme en uno. Huelga decir que este pensamiento era una auténtica estupidez, pero sin él no me habría amargado tanto el hecho de que un día a Simón lo llamaran héroe, habiéndolo deseado muchísimo menos que yo, y tampoco habría sabido que todos nacemos en un sitio de este mundo, menos él, que nació como mínimo en dos.

El día de los Muertos, Simón y yo nos subimos al cementerio a primera hora de la mañana, tal y como hizo medio barrio. Quienes leyeron mi anterior novela ya saben dónde queda y cómo es. Eso que me ahorro. Allí ayudábamos a las mujeres a sustituir el agua de

los jarrones y a llevar las flores secas a los contenedores que habían dispuesto en la misma puerta. A cambio, nos daban algún dinerillo, no mucho, pero sí lo suficiente como para echar la tarde en las máquinas recreativas. Aquella mañana no debí de estar muy atento a las cosas relevantes que ocurrían a mi alrededor, porque no supe ver la potencial heroicidad que Simón atrapó al vuelo.

El cementerio de mi barrio, como muchos otros, es una biblioteca de nichos. Espigados apartamentos por los que pagas toda la vida para descomponerte con ciertos estándares de calidad. Pero en la parte central, como en el núcleo de una célula, hay una pequeña explanada donde se conservan cinco o seis tumbas de las de toda la vida, bajo tierra, identificadas con cruces de hierro forjado, y un osario tapado con una plancha metálica. A ese agujero era donde, durante años, iban a parar los huesos que desahuciaban de los nichos, porque ni en la vida eterna nos llegan a pertenecer los ladrillos tabiqueros con los que ciegan el agujero. Como desde algún tiempo atrás el osario también hacía las veces de pozo donde desechar el agua putrefacta de los floreros, Simón hizo lo que veía y se aproximó con cuatro o cinco cacharros pestilentes. Estaba vertiendo el agua en aquella oscuridad cuando súbitamente algo ascendió a la superficie. El orden fue el siguiente: primero oyó lo que parecía el maullido de un gato, después el graznido de un grajo y, finalmente, una psicofonía de ultratumba en toda regla. En sus ojos, más extrañeza que miedo. Entonces se me acercó para decirme que ahí abajo había algo o alguien. Pero yo, en ese momento, arrastraba unas escaleras pesadísimas para acceder a los nichos más altos, por encargo de una de las mujeres con más dinero del barrio. Y eso, obviamente, podía traducirse —aunque no siempre— en una propina generosa. Así que puedo decir, sin asomo

de duda, que la avaricia me anuló la visión periférica y no le presté la más mínima atención.

¿Qué se debe hacer en estas situaciones? Pues al parecer ni más ni menos que lo que hizo Simón. Le pidió al Larvas, el enterrador, una linterna, esgrimiendo que venía de parte de aquel hombre de allí, o de aquel otro de más allá, ya no hay manera de saberlo, y se tumbó junto al osario, estiró el brazo todo lo que pudo y alumbró en aquella negrura. Al principio no vio nada. Cómo hacerlo, si la tierra tiene hambre de luz y es su costumbre engullirla sin descanso. Pero entonces alguien, al fondo del agujero, abrió los ojos de par en par y aquel blanco enrabiado devolvió la luz a la superficie con tanta fuerza que estuvo a punto de meterle fuego al corazón de Simón. Fue ahí cuando empezó a gritar en mitad del cementerio lo que antes me había dicho a mí con apenas una pizca de desconcierto. Que había alguien ahí abajo y que estaba vivo o que había resucitado después de muerto. El cementerio fue un clamor: como si con aquel grito tronase el primer guitarrazo en un concierto. La gente comenzó a correr en todas las direcciones, sin saber qué ni quién, y una pareja de municipales entró en escena a aclarar aquel drama apocalíptico y rural.

Se conoce que con el trasiego propio de un día tan especial, alguien había desplazado la plancha metálica más de la cuenta, y una mujer, muy querida en el barrio, por cierto, se escurrió fosa adentro. La cuestión es que, por esas disfunciones que nos trae la casualidad, nadie vio caer a la señora y, lo que es más inquietante, nadie la echó en falta hasta que Simón, hora y media después, fue a vaciar los floreros. La tuvieron que sacar con un montacargas y hubo que darle más de cuatro y más de cinco bofetones porque el miedo le dolía tanto como la cadera y las costillas fracturadas.

Cuando la mujer estuvo dentro de la ambulancia y los espectadores comenzaron a regresar a sus luctuosos quehaceres, uno de los municipales le echó el brazo por encima a Simón y lo dijo. «Chaval, eres un héroe.» Nada de te has portado como un héroe o pareces un héroe o te ha tocado ser héroe por un día. «Chaval, eres un héroe.» Eso fue lo que soltó. Y esa mañana percibí más que nunca su condición de forastero, de persona llegada desde el otro lado de una línea dibujada en el suelo. Sencillamente de alguien que no era uno de los nuestros. Y en cuanto tuve ocasión se lo pregunté. No ese día, claro. Otro día. Pero lo acabé haciendo.

—Oye, Simón, ¿vosotros de dónde sois?

—¿Cómo que de dónde somos?

—Sí. ¿Tú dónde has nacido?

—¿Por?

—Curiosidad.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Ya sé que suena raro, pero es así. No sé dónde nací.

—¿No se lo has preguntado a tus padres?

—Sí, claro que les he preguntado.

—¿Y?

—Mi madre me dijo un sitio. Y mi padre, otro.

—No te entiendo.

—Pues que cada uno piensa que nací en un sitio distinto.

—¿Eso cómo puede ser?

—Ni idea.

—¿Pero no les has dicho que te parece raro?

—¿Para qué?

—¿No te interesa saber dónde naciste?

—No mucho, la verdad.

—Yo creo que deberías enterarte bien.

—¿De qué?

—De tu lugar de nacimiento, cojones.

—Pero para eso debería saber la razón que lleva a mi padre a decirme un sitio y a mi madre, otro distinto. Y eso no me apetece nada.

—Visto así...

La señora que cayó en el osario, una vez recuperada, se pasó por casa de Simón para agradecerle personalmente que le hubiera salvado la vida. Obviamente, yo no estuve presente, pero, como en tantas otras ocasiones, me imaginé la situación. Algo solemne, con el mismo brillo del pan de oro; como una imposición de medalla, una declaración de independencia o un recital de poesía. Simón era un héroe, y lo único que me permitía disfrutar de tener un amigo con esa condición era saber que no era del barrio, y, por tanto, aún estaba vacante esa plaza. De hecho, aún hoy, a veces lo sigo pensando.

Cuatro

¿Qué justificaba que la madre de Simón tuviera tan claro que había sido captado por una secta? ¿Su suscripción compulsiva a revistas de negocios, de *mass media*, de psicología o de técnicas de relajación? ¿Que le diera por leer y ayunar de un modo torrencial y salvaje? ¿Que vaciara sus cuentas en apenas un par de días? ¿O ese súbito cambio de humor que lo condujo de un carácter volátil a un talante sereno? Porque si era eso, yo era carne de cañón para cualquier grupo de descerebrados con ganas de trascender. Pensé que su conclusión, en realidad, no nacía de ninguna de estas preguntas. Ni siquiera de la suma de ellas. Su certeza era el resultado del profundo conocimiento que tenía de su hijo. Algo tan sencillo y, a la vez, tan radical.

A mi regreso de Ávila, aunque no dejaba de percibir cierto poso de ridiculez, mi primer impulso fue indagar en esa misma dirección. Buscar en internet las sectas que hubieran tenido más o menos arraigo en esa región, y rastrear cuanto me permitiera aproximarme al paradero de mi amigo. Pero no di con ninguna. O más bien fui a dar con todas, porque averigüé que, hoy en día, el primer foco de captación eran las redes sociales y los foros de discusión. Así que, según la literatura que trata tan delicado asunto, Simón podía estar en los Andes o en Arizona, contemplando, meditando, orando y dejándose alinear los chacras todo el rato. Por suerte, mi habilidad investigadora siempre ha tendido a la mismísima nada, así que no encontré detalle relevante que pudiera llevarme hasta él. Y menos

mal, porque, dicho sea de paso, tampoco es que estuviera dispuesto a coger un avión y atravesar el océano. Al final, me puse con lo que cualquier persona en su sano juicio habría hecho nada más salir de la casa de su madre. Volver a escribirle. Que no todo el mundo goza del privilegio de una correspondencia con el desaparecido en cuestión.

El primer miércoles después de volver de Ávila:

Hola, Simón. Me gustaría hablar contigo. Tengo que contarte algo que puede ser de tu interés. Eso creo. Escríbeme o llámame. Lo que prefieras. Espero noticias.

El primer viernes después de volver de Ávila:

Hola, Simón. ¿Va todo bien? Me gustaría hablar contigo. No sé si me lees. Un abrazo.

El segundo lunes después de volver de Ávila:

Hola, Simón. Estoy entrando en ese círculo absurdo en el que te escribo a una dirección que puede que ya no uses, para pedirte un número de teléfono al que poder llamarte. Manifiéstate.

El segundo sábado después de volver de Ávila:

Hola, Simón. No me digas que te has olvidado de mi tozudez. Había pensado en almorzar juntos o tomarnos un café. Pero empiezo a conformarme con que me digas que no has tenido un accidente con el coche. Escríbeme.

El tercer lunes después de volver de Ávila:

Simón, es mi último intento. No sé qué ha podido pasar. Hace unas semanas me dijiste que me escribirías para quedar y hablar tranquilamente. No sé si preocuparme. ¿Estás bien?

El tercer miércoles después de volver de Ávila:

Simón, quiero hablarte de tu hermana. Es importante.

Cinco

En octubre de 2002, cuando me dirigía por primera vez a la Fundación Antonio Gala, donde me habían concedido una beca de creación, tuve un aparatoso accidente de tráfico. Me llevaba un amigo en su coche, porque yo, por entonces, ni siquiera tenía carné de conducir. Circulábamos por una carretera nacional, cuando el cielo se puso del mismo color del asfalto y comenzó a caer una lluvia fina y persistente. Recuerdo que hablábamos con bastante pasión sobre pragmática lingüística y análisis del discurso, y de vez en cuando nos reíamos de la posibilidad de que algún día me convirtiera en un asesino justiciero de laístas y dequeístas. En una curva bastante abierta, a punto de entrar en la provincia de Córdoba, las ruedas empezaron a deslizarse del mismo modo que si hubiéramos pisado un lago congelado. Nos miramos a los ojos de manera instintiva, muertos de pavor, buscando alguna lógica a lo que estaba sucediendo, pero en tan poco tiempo no había manera de ordenar aquello. Cuando dimos contra el quitamiedos, el coche se detuvo y mi amigo dijo ya está, ya está, ya está. Y yo también pensé que ya estaba. Pero tuvimos la mala fortuna de que el quitamiedos cedió y nos despeñamos, dando vueltas de campana por un terraplén de unos quince o veinte metros. Siniestro total. Al salir del coche, él forzando la puerta y yo escurriéndome por la ventana, pensé que estaba medio muerto porque veía todo muy borroso. Pero en realidad, por esa semilla cómica que tiene todo lo trágico, la razón era otra. Mis gafas habían salido disparadas y,

hasta que mi amigo las encontró enganchadas en una rama de olivo, contemplé aquella escena como si la vida se me estuviera borrando. Los libros que me llevaba a la Fundación, mal metidos en cajas de cartón, quedaron esparcidos por el terraplén, y aún hoy resiste el barro seco entre algunas de sus páginas. Algún día escribiré una novela que se titulará «El accidente». Empezará en ese día.

Probablemente todo el mundo tenga un terraplén en su vida. Esta idea no es mía. Un terraplén metafórico, por supuesto. Porque hoy lo metafórico sobreabunda. Pero también físico, real, con coordenadas geográficas. Julia, la hermana de Simón, halló su terraplén aquel día en que se separó de su hermano dando un tranquilo paseo por el campo. Mi amigo y yo, en una carretera cerca de Alcaudete y Alcalá la Real, mientras nos dirigíamos a afrontar algunos de los días más importantes de mi vida. Y la madre de Huáscar, huyendo de no sé quién, dejándose su último aliento. Lo perturbador es que yo no tenía recuerdo alguno de que Huáscar, aquel día en el aeropuerto, me confiara un episodio como ese. Sin embargo, ella dijo eso: que la madre de su amigo Huáscar se desnucó huyendo de no sé quién. Y esa información se me quedó dentro como una bola de plomo. Así que, cuando regresé al hostel que me había reservado mi agente y tuve tiempo de anotar en mi cuaderno todo cuanto habíamos tratado la madre de Simón y yo, decidí retrasar mi vuelta a casa un día más para intentar retomar nuestra conversación. Y así fue. Más o menos, es el siguiente capítulo.

Seis

—¿De verdad que no quieres un café?

—No, señora. Muchas gracias.

—En ese caso traeré una jarra de agua con limón. No servir nada me parece descortés.

—Como quiera. Pero no tengo intención de robarle mucho tiempo.

—Me estoy quedando sin tiempo que robar, muchacho. No tardo. Será un momento.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con la jarra de agua con limón en una mano y dos vasos en la otra.

—Pues tú dirás. ¿Qué te trae de nuevo por aquí? ¿Olvidaste algo?

—No. Se trata de la conversación que mantuvimos ayer. Les he estado dando vueltas a algunas palabras y como no tenía pensado marcharme hasta mañana, me he atrevido a volver. Espero que no sea una molestia.

—Tranquilo. Pregúntame cuanto quieras. Y no tengas miedo a pedirme ese café si te acaba apeteciendo, claro.

—Gracias.

—¿Dónde te estás quedando?

—En un hostel infame que reservó mi agente. Pero, bueno, cumple con su cometido. No me quejo.

—La próxima vez que vengas por aquí, me avisas y te preparo una habitación.

—Es usted muy amable.

—Bueno... ¿Por dónde empezamos?

—Me gustaría preguntarle sobre algunos asuntos que comentó ayer. Uno de ellos es lo de ese amigo de su hijo. Huáscar.

—Sí. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué le contó sobre él?

—No tengo recuerdos muy precisos. Sé que empezó a hablar de él poco después de que dejáramos tu barrio, por eso supuse que se trataba de alguien de allí.

—¿Y qué decía?

—Era más bien cómo lo decía. Siempre se mostró muy atraído por él. Imaginé que era un chico mayor que le contaba cosas que todavía no estaban a su alcance. Viajar, conocer gente, descubrir historias que les habían ocurrido a otros. Ya sabes... Si no recuerdo mal, decía que era brasileño, o que acostumbraba a viajar a ese país. ¿Había alguien en el barrio con ese nombre?

—Que yo sepa, nadie.

—No es un nombre que pase desapercibido.

—Cierto. ¿Y recuerda alguna historia concreta?

—Ninguna.

—Pero ayer me dijo que la madre de Huáscar se desnucó.

—Es verdad. Esa sí la recuerdo porque a mi hija estuvo a punto de pasarle lo mismo.

—¿Y bien?

—Simón estaba muy nervioso después de la breve desaparición de Julia. Llegamos a casa y, en cuanto le curamos las magulladuras y se quedó dormida, nos sentamos en la cocina a tomar una infusión. Él odia las infusiones. Pero le sientan bien, eso es innegable. Toda la vida le he dicho tómame una infusión, hijo, que te hará bien.

—Yo, a veces, me preparo menta poleo.

—En casa somos de dos sobres de tila en una taza mediana.

—¿Fue entonces cuando le habló de Huáscar?

—Él ya lo había hecho antes, pero aquel día me dijo que, al ver a Julia sentada a los pies del terraplén, recordó una historia sobre su amigo Huáscar. Que la madre, huyendo de alguien, debió de resbalar y caer por un terraplén con tan mala fortuna que murió en el acto.

—¿Y de quién huía?

—Si te digo la verdad, nunca le di demasiada credibilidad a ese tipo de historias.

—¿A qué historias?

—A las de ese tal Huáscar.

—¿Pero es que recuerda alguna más?

—Cosas sueltas.

—Insisto. Le agradecería que las compartiese conmigo.

—Por cómo hablaba de él, yo lo veía en mi imaginación como una jaula con la puerta abierta. Eres escritor. Puede que eso te sirva. Comentaba cosas sobre viajes, sobre el poder de las buenas historias, sobre algunas ciudades de las que no recuerdo el nombre y sobre cuestiones que tenían que ver con su familia, allá en Brasil.

—¿Qué cuestiones?

—No sabría decirte, muchacho. De verdad. Y créeme que lo siento. En ese sentido, Julia te habría sido de mucha más utilidad que yo.

—¿Su hija?

—Simón acostumbraba a contarle historias protagonizadas por ese tal Huáscar. En cuanto Simón abría la boca, Julia se quedaba embelesada.

—Pero era muy pequeña, ¿no?

—Qué pena que no la conocieras. Era una niña fascinante.

—No me cabe la menor duda.

—¿Sabes que compartían habitación?

—Sí, me lo dijo usted ayer.

—¿Qué hermanos con esa diferencia de edad comparten habitación?

—No es lo normal.

—Es que no eran normales. Simón se preocupaba mucho por ella. No supo encajar su muerte, y esa flaqueza la pagó bien cara.

—¿Simón?

—¿Qué recuerdo tienes tú de él?

—El de un niño extremadamente sensible. Y más inteligente de lo que cualquiera podría imaginar. A pesar del poco tiempo que estuvo en el barrio, vivimos juntos algunos episodios que nunca olvidaré.

—¿Cuáles?

—No son importantes fuera de contexto. Cosas de niños de aquella edad.

—Te entiendo. Fue feliz allí.

—¿En el barrio?

—Sí. Al menos más feliz que en otros sitios y en otros momentos de su vida. Cuando alguien sufre un golpe tan duro, tiene que evitar cruzarse con determinadas personas. Si no, todo puede tambalearse.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con una fotografía enmarcada. La colocó sobre la mesilla, orientada hacia mí. En ella posaban un hombre y una mujer sentados en lo que parecía un viejo muro de piedra. Ambos sonreían y estaban despeinados, puede que por el viento.

—¿Quiénes son?

—Mi hijo. Simón. Ella es su exmujer.

—No lo habría reconocido de habérmelo cruzado por la calle.
¿Dónde han ido a parar sus pecas?

—Se quedaron un poco más acá de su adolescencia.

—Ella es muy guapa.

—Todo lo que tiene de guapa lo tiene de hija de la gran puta.

—Vaya.

—Sí. En qué mala hora la conoció.

—...

—Esta fotografía la tengo puesta sobre la cómoda de mi habitación. Y no es por ver a mi hijo. No hay necesidad porque tengo centenares donde aparece él solo. Esta es para verla a diario y que no se me seque la rabia que me bulle dentro.

—¿Qué hizo?

—¿Que qué hizo? Lo que te he dicho antes. Tambalearlo todo. Vaciarlo por dentro.

—¿A Simón?

—A Simón, claro. Pero ahora que preguntas, también a mí. Y a su hermana, aunque estuviera muerta. A todos.

—No la entiendo.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con un sobre que dejó frente al portarretratos. No me atreví a cogerlo. Aquella escena tenía la apariencia de un fotograma dañado por el paso del tiempo.

—¿Qué es?

—Ya lo ves. Un sobre. Puedes abrirlo.

—Preferiría que me lo dijera usted.

—¿Te da miedo?

—No. Pero me interesa más su enfado que lo que produjo ese enfado. Prefiero oírlo de su boca. Así somos los escritores.

—Siempre me dio mala espina esa mujer. Estaba celosa del vínculo que teníamos Simón y yo. ¿Se puede ser más ridícula? Y

como además tenía el vientre reseco, era consciente de que jamás podría disfrutar de algo parecido.

—¿No podía tener hijos?

—Ese era su castigo.

—¿Y el sobre?

—Cuando el casero de mi hijo me llamó para que sacara sus pertenencias de la casa, encontré este sobre en uno de los cajones. Y en su interior una partida de nacimiento literal de Simón. Ahora dale la vuelta al sobre.

—«Para Simón.»

—Eso es. «Para Simón.»

—No lo pillo.

—Chico, es fácil. Si pone «Para Simón» es porque mi hijo no solicitó esa partida de nacimiento literal. Alguien se tomó la molestia de pedirla, meterla en un sobre y hacérsela llegar.

—Su exmujer.

—Esas dos palabras del sobre son de su puño y letra.

—Vale. ¿Y qué pretendía haciéndosela llegar? Supongo que ahí está el nudo de su enfado. Además, no es fácil conseguir una partida de nacimiento de terceros.

—Sí se puede. Basta con falsificar alguna firma. No es difícil, créeme. Y a esta hija de puta le sobraba mierda en el corazón para llevar a cabo una cosa como esa. Consiguió la partida de nacimiento para hacerle ver que yo lo había engañado. Pero no resultó ser así. Lo que yo intenté fue darle una buena vida, me saliera mejor o peor. Y Simón lo sabía. Yo nunca deseé ningún mal a mi hijo, ¿me entiendes? No tuve la culpa de aquello.

—Le está dando suspense al asunto. En eso me recuerda usted a mi madre. ¿Qué le parece si me lo explica desde el principio?

—El principio es que el padre de Simón se largó sin siquiera verlo nacer.

—No lo entiendo. Yo conocí a su padre en el barrio.

—Te hacía más listo, hijo.

—Bueno, al menos Simón lo trataba como tal.

—No voy a decirte que Simón viviera engañado, porque eso sería una estupidez. Pero, sea lo que fuera aquello, hubo un tiempo en que nos resultó suficiente a ambos.

—¿Qué fue de su verdadero padre?

—No volví a saber nada de él. Éramos muy jóvenes.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro?

—El otro padre. El hombre que vivió en el barrio.

—Se tuvo que ir.

—¿Los abandonó?

—No. Ya te he dicho que no tuvo más remedio que marcharse. Hay momentos en que dejas de ser relevante para la historia. No eres necesario y desapareces. Punto.

—¿Y dónde se fue?

—Ni idea. Eso dejó de ser asunto mío hace demasiado tiempo. Y tampoco es el tema de tu historia.

Siete

—¿Retomamos?

—Claro. Pero no puedo prometer que no le vaya a interrumpir de nuevo.

—A estas alturas del relato, no se me ocurriría volver a pedirte que no me interrumpas.

—¿Por?

—Porque sé que es imposible que no lo hagas, pero también por el ritmo de la propia historia.

—¿Qué ritmo?

—El relato te necesita.

—¿A mí?

—A ti.

—¿La historia de su vida me necesita?

—Este relato de la historia de mi vida, sí.

—Eso he dicho, ¿no?

—No has dicho eso. Qué difícil me lo pones... ¿Retomamos o no?

—Claro. Perdona.

—Muy bien. Pues te pongo en situación. Hora crepuscular. Un taller de impresor con ventano angosto, lleno de sol. Retratos, grabados, autógrafos repartidos por las paredes, sujetos con chinchas de dibujante. Y comienza una conversación entre un hombre fascinado (Alastair W.) y otro menos fascinado (yo). Me dice que es improbable que cualquier persona con las lecturas

adecuadas fracasase en esto de vivir. Pero que, aun así, se han dado casos y no pocos. Es por ello que se convirtió en una necesidad hallar la manera de hacer infalible la lectura. Y la encontró, claro.

—Espere.

—¿Qué pasa?

—Eso no lo he entendido. ¿Hacer infalible la lectura?

—Es que no he terminado. El paso de la Prehistoria a la Historia vino determinado por el origen de la escritura. Y la llegada a la Historia moderna, por la pandemia de la lectura. La invención de la imprenta en el siglo xv no solo multiplicó el proceso de copiado, sino que hizo posible que los escritos y, por tanto, el ansia lectora, llegaran a un público vastísimo. Hasta ese momento, buena parte de la censura recaía en la figura de los copistas, que eran monjes al servicio del Señor Nuestro Dios. El mismo que nos da distintas caras a ti y a mí. Ellos, con su acto de amanuense, decidían qué sí y qué no.

—¿Amanuense?

—Que copia o escribe al dictado.

—Escritor.

—Nada que ver.

—Vale.

—Pero con la invención de la imprenta la cosa se desmadró y las consecuencias fueron inevitables. Menor tiempo y coste de producción, mayor tirada y número de lectores. Y eso se tradujo en dos cuestiones fundamentales: los índices de alfabetización subieron drásticamente y el conocimiento dejó de pertenecer en exclusiva a la monarquía y la Iglesia.

—¿Es usted profesor de Historia?

—Desde entonces la censura y los mecanismos de control ejercidos por los poderes políticos, económicos y eclesiásticos han

estado ahí. Haciendo arder libros o comprando medios de comunicación. Guillotinando páginas o sobreproduciendo volúmenes hasta lograr que la desinformación parezca conocimiento. Mi gran maestro, Alastair W., al que la Humanidad le debería reconocer más de tres y más de cuatro buenas ideas, se percató de que la Historia del hombre tenía que dar un paso más en este tema de la escritura, la impresión y la lectura.

—No sé si le sigo.

—Aseguraba que la sobreabundancia de libros y de formatos era el mecanismo que esos poderes habían adoptado para seguir controlándolo todo. Libros sepultados por más libros que nunca dialogaban entre sí. Solo se aplastaban, se golpeaban, se empujaban en los anaqueles y en las mesas de novedades. ¿Y qué se podía hacer contra eso? El antídoto, según mi maestro, estaba en nosotros mismos. Solo teníamos que volver al origen.

—¿Qué origen?

—Leer desde la memoria.

—¿Leer desde la memoria?

—Eso es.

—¿Se le está yendo la cabeza?

—Es lo mismo que habían hecho los juglares durante siglos.

—¿Los juglares?

—¿También te tengo que explicar quiénes eran los juglares?

—No, eso no.

—Continúo, entonces. Leer desde la memoria. Memorizar textos para poder volver a leerlos una y otra vez. Pero fíjate bien. Esto requiere un ejercicio de discriminación, y he ahí la clave. Porque nuestra capacidad memorística no es, ni por asomo, ilimitada. Así que tendríamos que decidir qué libros o qué partes de libros queremos cobijar en nuestra cabeza. Eso nos propulsa

necesariamente hacia las antípodas de esta cultura hipertrofiada e inabarcable que impera en el siglo xx.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí.

—¿Sabes qué es hipertrofiada?

—Sí.

—Me extraña.

—Qué curioso. Le extraña que yo conozca el significado de esa palabra, pero no que un tío que se gana la vida imprimiendo libros le diga que el futuro está en memorizarlos para que no sea necesario imprimirlos, porque los libros se pelean entre sí en lugar de hablarse.

—Es raro, pero eso no lo hace menos hermoso. Además, insisto, no se trataba solo de memorizarlos. También había que seleccionarlos en función de tu criterio, experiencias y necesidades. Y, luego, ponerlos en conflicto con tu propio olvido. Porque, aunque es una obviedad, conviene recordar que la memoria es ponderable por el empuje natural del olvido. Esta es la manera que se le ocurrió a mi maestro para esquivar el control y la manipulación ejercidos por los poderes. Y yo, después de haberlo reflexionado muchísimo, creo que ninguna es más efectiva. La memorización, aunque cada vez tiene más enemigos, favorece la esencia misma del conocimiento, la reflexión, la creatividad y la discriminación entre lo prescindible y lo necesario.

—En resumen, que su maestro le pidió que dejara lo que estaba haciendo hasta ese momento, que eran las labores propias de una imprenta, para que comenzara a leer y memorizar algunos libros que él le facilitaría. ¿Es así?

—Resumiendo mucho, mucho, mucho.

—¿Y no es un poco contradictorio que él le eligiera los libros a usted? Es decir, ¿no era eso lo que hacían los copistas? Elegir y descartar por nosotros.

—Tu ignorancia te hace ser atrevido, muchacho. Pero no te preocupes, que ya te enseñaré la vida. No es lo mismo un copista que un maestro. De hecho son entidades prácticamente opuestas. Cualquier hombre o mujer que pretenda conocer y conocerse necesita tomar impulso en las enseñanzas de algún maestro. Al menos en una primera fase.

—Así que le hizo caso y memorizó algunos libros.

—No es que le hiciera caso. Hice lo que debía.

—Que da la casualidad de que era lo que él le había dicho que hiciera.

—Míralo como quieras.

—¿Leer y memorizar?

—Sí.

—¿Qué libros?

—Da igual, no los conoces.

—Y usted qué sabe.

—Lo sé.

—Eso es un prejuicio.

—Que dejará de serlo cuando compruebe que estoy en lo cierto.

—Venga, probemos. ¿Qué libros son?

—Sin prisas. Aún no hemos llegado a ese punto de la narración.

Ocho

Plano. Tercer pasadizo. En mi barrio hay un aljibe de la época musulmana. Dicen que de la existencia de esa antiquísima construcción deviene su topónimo. Que nadie se imagine un clásico aljibe árabe, dividido en varias naves interconectadas, con sus correspondientes columnas y bóvedas sostenidas por arcos califales. Nada más lejos de la realidad. Era —y es de suponer que sigue siendo mientras escribo esto— de una sencillez estremecedora. De hecho, más que aljibe parecía una cisterna. Recuerdo alguna que otra columna, pero no sé por qué albergo la idea de que las encastraron con posterioridad para que aquello no se viniera abajo. Hoy en día, ese íntimo monumento al agua se encuentra dentro de una finca privada, al norte del barrio. Y está tan rodeado de invernaderos y balsas que resulta casi imposible dar con la entrada.

Esto no siempre fue así, claro. Hubo un tiempo en que los chavales, como viene ocurriendo a lo largo de la novela, tenían acceso a aquel agujero ganado a la tierra. El interés que despertaba entre los vecinos y militantes del barrio era más bien escaso; como trozo de pan que ya ha pasado de mano en mano. Pero un buen día llegaron dos hombres y una mujer, bien estrafalarios, con sus ropajes de aventura y su correspondiente instrumentación, para precintar el perímetro y meterse en el interior del aljibe el tiempo que hiciera falta. Se trataba de un equipo de arqueólogos, cuya misión era informar a la Administración competente sobre si aquel aljibe

tenía algún valor patrimonial y, en caso de que así fuera, dejar negro sobre blanco qué se debía hacer al respecto. Porque hay que subrayar que lo de meterse bajo tierra no ha sido una inclinación exclusiva de niños y chiflados. Hombres y mujeres de todos los tiempos han compartido idéntica fascinación.

Recuerdo subir hasta el aljibe, junto al del síncope, al del fallo multiorgánico y a Simón, para contemplar cómo los arqueólogos entraban y salían, más o menos cada hora y media. Mientras tanto, nosotros ordenábamos y desordenábamos nuestras vidas sentados aquí o allá, según desde dónde y cómo viniera el sol. Cuando comenzaba a irse la tarde, cerraban la puerta de madera con un candado y, desde una curiosidad desafiante, nos miraban como a cuatro gatos legañosos sentados sobre una tapia. Entonces, según el día, el más viejo de ellos se acercaba y nos decía que si se nos ocurría colarnos ahí dentro nos cortaba los huevos. Parecía haber verdad en sus palabras. Alguna vez lo comentamos. Pero lo que él no sabía era que habíamos visitado y profanado tantas veces ese aljibe antes de que ellos llegaran, que no teníamos ni el más mínimo interés en jugarnos la propiedad estanca del escroto. Además, no era uno de nuestros lugares predilectos a la hora de buscar el buen cobijo del que ya hemos hablado en otro capítulo.

El problema vino después, como siempre. Algún gilipollas del barrio se dedicó a decir que los arqueólogos habían encontrado un pasillo subterráneo que unía el aljibe con el mercado de abastos. Y, claro, eso era mucho pasillo para dejarlo estar así sin más, porque había unos doscientos metros de distancia entre una construcción y otra. De la noche a la mañana, el valor de nuestros testículos cayó en picado por el empuje de la curiosidad, y en cuanto llegó el fin de semana planeamos la manera de entrar para comprobar qué se estaba cociendo ahí abajo.

La cosa empezó, si no mal, sí al menos trastabillada. El del fallo multiorgánico causó baja, no sé si llevado por una mala intuición, y en su lugar incorporamos al Biela, que, aunque estaba como un cencerro, era capaz de vencer el candado de cualquier puerta. La idea era muy sencilla: entrábamos, no tocábamos nada, comprobábamos si habían dado con ese pasillo misterioso y, en caso de que lo viéramos factible, intentaríamos recorrerlo. Con tal fin, habíamos echado una linterna por cabeza y una camiseta de repuesto, por si la angostura de esa galería requería que después nos adecentáramos.

Llegado el momento, con retraso, eso sí, porque había que esperar a que el Biela ayudara a su padre a mover cajas en la ferretería, abrimos la puerta con más facilidad de lo que habíamos imaginado. La madera era vieja y el sistema no iba más allá de dos cáncamos grandes abrazados por el candado. Así que bastó con dar un tirón a uno de los cáncamos y la puerta cedió suave y cremosa. Ahí recibimos esa primera señal oscura que ni el del síncope ni Simón ni yo supimos leer. El Biela, una vez franqueado el umbral y descendidos los primeros peldaños, comenzó a decir, dando alaridos, palabras sueltas sin más sentido que el que les pueda dar un psiquiatra al leer estas líneas. Almanaque, pajarero, alcancía, trasmallo y bitoque. Cosas así. Vocablos que en la arquitectura cavernosa de aquel lugar, más que sonar, golpeaban las paredes y rebotaban contra nuestro cuerpo o lo atravesaban. El del síncope, Simón y yo nos miramos por si alguno estaba dispuesto a imprimir una pizca de cordura en la escena, y, no sé bien por qué, sentí que ese debía ser yo. De modo que dije: Biela, otra más como esa y te tienes que comprar otros amigos, ¿lo pillas? Y el Biela me miró como si hubiera caído en la cuenta de que no estaba solo, y se escurrió hasta el fondo del aljibe a la manera de los ninjas. Mientras

tanto, nos hacíamos gestos, no sé si de incredulidad o de pavor, excepto Simón, que sacaba las linternas de la mochila que llevaba a la espalda. Precisamente estábamos aún poniéndole las pilas del derecho, porque es costumbre de mi padre desorientarlas para que no se gasten, cuando el Biela resurgió de la oscuridad y nos dijo que, efectivamente, el pasillo estaba al fondo, cegado torpemente con una madera, pero que teníamos que saber dos cosas: que más que pasillo era madriguera y que él no se metía ahí ni aunque se lo pidiera el seleccionador nacional de fútbol.

Efectivamente, la entrada a aquella oquedad no tenía más de cuarenta centímetros de diámetro, pero, cuando alumbrábamos sus entrañas, daba la sensación de que, pasados los primeros tres metros, se ensanchaba para dar un respiro a los cuerpos. Nos retiramos hacia la puerta de salida, quizá llevados por un instinto de encontrar algo de claridad física y metafísica, y sacamos a relucir las distintas posturas. El Biela lo tenía claro. Se iba de allí. Intentamos convencerlo para que ejerciera al menos las labores de vigilancia perimetral. Pero nada. Se iba de allí. Decidido. Por otro lado, Simón, con esa tímida astucia que lo caracterizaba, recordó que él no había sido capaz de atravesar la Cueva del Rascacio, y que no estaba preparado para afrontar una empresa de tal envergadura. Decidido también. Así que nos encontrábamos ante la disyuntiva de abandonar o de que el del síncope y yo entráramos a explorar aquel pasadizo.

La primera decisión que adoptamos fue la de echar de allí al Biela. A tomar por culo, cobarde. La segunda, que Simón sacara medio cuerpo por la puerta del aljibe y vigilara que nadie nos diera el susto de nuestras vidas. Y la tercera, echar a suertes quién entraba primero. Le tocó al del síncope. Menos mal. A cuatro patas. Uno detrás de otro. Muy despacio, porque el miedo obligaba. El olor era

el de una lluvia antigua, del Al-Ándalus, dijo el del síncope, y el único consuelo para los nervios, la luz de la linterna.

Como él iba delante, yo pregunté:

—¿Qué ves?

—Nada.

—¿Nada?

—Aún nada. Parece que se ensancha en dos metros. ¿A qué huele?

—A tierra mojada.

—¿No huele a azufre?

—No.

—Te digo que huele a azufre.

—¿Nos retiramos?

—Mariconas.

—Eres tú, cojones, con ese rollo del azufre.

—Seguimos dos metros más. Despacio.

—Vale. ¿Qué ves?

—Nada.

—Algo verás...

—Lo mismo que tú.

—Yo lo único que veo es tu puto culo a un palmo de mi nariz.

—Eso que te llevas.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Para un momento.

—¿Qué pasa?

—¿Has oído eso?

—¿Qué?

—Un crujido.

—¿Qué crujido? Me voy a cagar en tu puta madre. Déjate de crujidos.

—Cállate, joder.

—Vámonos de aquí.

—Ahora te esperas. Cállate.

—Retrocede.

—Otra vez. ¿Lo has oído?

—¡Vámonos!

—Es una voz.

—¿Una voz? ¿Cómo va a ser una voz? ¿Me quieres matar?

—Perro.

—¿Qué?

—Dice perro.

—¿Qué perro?

—No sé. Escucha.

—Retrocede, gilipollas. Vámonos de aquí.

—Dice perro.

—¿Otra vez? ¿Qué perro?

—Si te callaras, lo oiríamos bien.

Y, efectivamente, Simón decía perro una y otra vez. Corría alrededor del aljibe, mientras un pastor alemán, que bien podría haber pasado por hormigonera, lo perseguía con las fauces listas para ser espumadas. Cuando el del síncope y yo llegamos a la puerta, nos encontramos a Simón casi aferrado a la tapia y al perro a punto de desportillarse los colmillos de tanto castañetear las mandíbulas. Allí, agazapados, estuvimos un buen rato hasta que se puso a salvo. Entonces cerramos la puerta y nos echamos en el suelo fresco del aljibe, con la esperanza de que el perro se marchara antes de que nuestros padres denunciaran la desaparición. Fue la única vez que reparamos en el techo. El del

síncope me preguntó, mientras apuntaba con la linterna de un lado a otro, con cierto tono malhumorado:

—¿Lo del techo es pintura roja?

—Yo creo que es algún tratamiento contra la humedad.

—Parece pintura.

—Pues pintura antihumedad.

—¿Entiendes de eso?

—No.

—¿Entonces?

—Me parece razonable que los arqueólogos hagan cosas para conservar el aljibe.

—¿Como el minio que les echan a las rejas de las ventanas?

—Sí. Algo así.

—Que tú te imaginas eso, ¿no?

—Claro.

—Ya. Así nos va.

—¿Cómo nos va?

—¿De quién fue la idea de entrar aquí?

—Tuya.

—No, no, no. Fue de todos.

—Bueno, pues de todos.

—Y al Biela, a partir de ahora, nada de dirigirle la palabra.

—Está chiflado. Me da pena.

—Para dar pena ya están tus huevos y los míos como nos pille el arqueólogo aquí dentro.

—¿Tú crees que ese pasadizo llega hasta el mercado?

—La gente va a creer lo que nosotros digamos.

—¿Qué gente?

—La del barrio. Tarde o temprano lo contaremos.

—No creo. Eso solo nos complicaría la vida.

—Pues créelo. Está demostrado que somos más de decir que de callar.

—¿Y qué vamos a decir?

—No sé. Supongo que haremos como siempre. Cada uno contará cómo lo vivió.

—Ah.

—Porque ahora parece que lo tuyo y lo mío es una misma cosa. El aljibe, el pasadizo, el perro y ese techo con pintura roja. Pero no. El día de mañana cada uno contará una cosa distinta. Cada uno con lo suyo. Si seguimos vivos, claro. Porque a este ritmo...

Nueve

Quienes saben de estas cosas aseguran que detrás de la mayoría de las buenas novelas hay excelentes editores. Que el entusiasmo que invierten no solo en los libros, sino también en sus autores, contribuye de manera decisiva a que sus obras cristalicen. Es, precisamente, esa forma de cristalizar la que diferencia una buena novela de lo que sencillamente es una historia amorfa, ya que en ese proceso se consigue una estructura íntima ordenada. Por ello suelen hablar de tres coordenadas fundamentales: tiempo, reposo y espacio. Esto, salta a la vista, lo han sacado del mundo de los minerales, no es un secreto. En cualquier caso, me parece que está bien planteado y por eso lo recojo en este capítulo.

Tiempo: si es lento y largo el proceso de escritura, mejores novelas tendremos, puesto que lo súbito, aunque alimenta la intuición, propicia el defecto. Reposo: la calma permite una mejor ordenación de las fases del proceso creativo. Espacio: si la historia crece sin problemas de espacio interno —es decir: nada de precipitar el final—, su estructura se manifestará de forma poliédrica, porque ya se sabe que lo peor que se le puede aplicar a cualquier creación es el adjetivo plano.

Hace algo más de un mes, recibí la llamada de una editora. No cualquier editora. Esa editora que uno siempre ve junto a los escritores que uno siempre lee. Estas cosas siguen pasando. Está bien que lo cuente, porque a mí me habría venido bien que alguien lo hubiera contado de haberlo vivido. Me dijo que un amigo común,

también escritor, le había recomendado la lectura de *Un hombre bajo el agua*, mi anterior novela. Y ella, bendita la hora, le hizo caso. Ahora es cuando me emociono: la buscó, la encontró y la leyó. El contenido de la conversación telefónica, por razones obvias, no lo voy a desvelar, pero sí apuntaré una pregunta que me formuló y que para mí hizo el mismo ruido que si se me hubiera caído al suelo una vajilla entera. ¿Estás escribiendo algo en este momento? Y yo le contesté que no, a pesar de que ya había comenzado a anotar y transcribir en mi cuaderno cuanto me iba deparando esta historia. ¿Por qué? Pues por eso del tiempo, el reposo y el espacio, que nunca se me han dado nada bien. Además, me conozco y sé que esa pregunta me llevaba indefectiblemente a precipitarme, a acelerar no solo el ritmo de escritura, sino los propios acontecimientos que estaban por llegar.

Por esas luminosas y enigmáticas carambolas del destino, la misma tarde de la llamada telefónica, recibí un correo electrónico de Simón. Respondía al último que yo le había remitido —irritado y cansado por su indiferencia— y lo hacía con apenas un puñadito de palabras. Nos vemos el sábado que viene, a eso de las diez, en la Cafetería Santiago. Está en Antequera. Y entendí ese puñadito de palabras, en conexión con la llamada de la editora, como la señal inequívoca de que tenía que arrebatarse la historia a Simón, si no me la entregaba de un modo natural y pacífico. Su tono evidenciaba la semilla de una hostilidad que no alcanzaba a interpretar por muchas vueltas que le daba. Quizá haber mencionado a su hermana Julia no había allanado el camino de la cortesía. Pero mi propósito, en ese momento, era otro. Era este. Eran esas palabras. Era esa cafetería de Antequera a eso de las diez de la mañana. Lo que me obliga, tal y como me temía, a precipitar los tres siguientes capítulos, con el futuro permiso de mi futura editora.

Diez

La madre de Simón se levantó, desapareció y volvió al minuto con una cafetera humeante sobre una tabla de madera. Aquello parecía haberse convertido en una rutina amable y acogedora, mecida por esa cojera que la llevaba de un lado a otro. Era la tercera vez, en tres días consecutivos, que me presentaba en su casa para ver si me sacaba de la misma incertidumbre en la que sus palabras me acababan metiendo. Me sirvió el café, con la dosis de azúcar que ya dominaba, y se sentó junto a mí, mientras que con un vistazo urgente se aseguraba de que nada estuviera fuera de su lugar.

—¿Tú no te volvías hoy a casa?

—Sí, esta tarde.

—¿Y?

—Más preguntas.

—Ya deberías saber cómo son mis respuestas.

—¿Cómo?

—Vagas, imprecisas.

—No me lo parecen. De todas formas, recordar tiene más de creatividad que de acta notarial.

—De eso hablas en tu última novela, ¿no?

—¿Ha empezado a leerla?

—Por la noche, un ratito de lectura antes de conciliar el sueño.

—Espero que le guste.

—Lo que llevo leído hasta ahora me resulta muy entretenido. Eres moderno.

—¿Moderno?

—Yo lo veo así. No sé como lo llamaría otra persona con más lecturas en el cuerpo.

—¿Alguien como Simón, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—Cuando me escribió sobre el libro, me contó que le había gustado y que había hecho un retrato esencial del barrio. Habló, además, de que durante la lectura había hallado una serie de pasadizos que conectaban lugares, personajes, lectores, experiencias y momentos del presente, del pasado y del futuro. Pasadizos reales. No metafóricos. En eso hizo mucho hincapié. Le he dado vueltas a ese asunto, porque no sé si lo he interpretado con el acierto que creo que él esperaba.

—¿Pasadizos?

—Eso escribió.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con una caja de cartón que puso sobre la mesa. Metió las manos en su interior y comenzó a buscar algo, como quien tantea a ciegas bajo el agua. Mientras lo hacía, me fue contando de dónde había salido aquello y por qué la había traído hasta los pies de nuestra conversación.

—A raíz de tu visita, he vuelto a mirar algunas de las cosas que me traje de su casa. No son muchas porque, como ves, esta madriguera no es muy grande. Hubo un tiempo en que repasaba cada semana todo: objetos, papeles, fotografías, libros, cuadernos, revistas... Creía que en cualquier cosa podría encontrar algo que me ayudara a dar con Simón. O al menos a hallar una explicación a su repentino desvanecimiento. Luego lo dejé, claro. No voy a decir que me estuviera volviendo loca, pero todo tiene un límite. Hay que

saber cuándo dar un paso a un lado. Con eso, a veces, es suficiente para continuar, para alejarte del corazón de la tormenta. Pues eso... Que anoche volví a hacerlo. Y, si no me equivoco, en esta caja tiene que estar.

—¿Qué?

—Aquí. Mira.

La madre de Simón me entregó cuatro folios mal doblados por la mitad a modo de pequeño libro, en cuya primera página alguien había escrito a mano «Pasadizos» y, justo debajo, una fecha: «4 de junio de 2009». Cuando lo abrí, me sorprendió comprobar que el interior estaba en blanco, a excepción del paginado, que también había sido escrito a mano.

—La estaría engañando si le dijera que esto no me sorprende. ¿Tiene algo más escrito por Simón?

—Es probable, pero no en esta caja. Tendría que buscar y eso me llevaría algún tiempo. Si me dejas un número de teléfono, yo te llamo cuando encuentre algo.

—Vale. Lo hacemos así. Gracias. Pasadizos, cuatro de junio de dos mil nueve. Alucinante.

—¿Crees que es casualidad?

—No sé. Creo que la idea que me planteaba en su correo, ese asunto de los pasadizos y las conexiones, es algo que no nace en la lectura de mi libro. Estos folios lo demuestran. Resulta obvio. Su planteamiento era detallado, puntilloso. No unas impresiones escritas con la urgencia propia de un correo informal. Había conocimiento de causa. O al menos la precisión de quien está acostumbrado a reflexionar y a hablar sobre ello. Lo que no sé interpretar es el hilo que se tensa entre este cuaderno improvisado y el correo que me envió.

—Bueno, me alegra escuchar eso porque si me hubieras dicho que era una casualidad, la decepción habría sido grande.

—Aquí pone cuatro de junio de dos mil nueve. Eso debe de ser poco antes de que lo viera por última vez, ¿no?

—Sí, un mes antes de su desaparición.

—Algo sabemos ya. Con el hallazgo de este cuaderno vacío podemos interpretar que deseaba escribir sobre los pasadizos, pero no tuvo tiempo o no encontró las palabras. Y con mi correo, de diez años después, quizá estemos en disposición de saber qué era lo que quería escribir. Más o menos, claro. Aunque, si le digo la verdad, no sé qué significa esto ni para qué nos sirve.

—Ya lo encajarás de alguna manera. No me cabe la menor duda.

—En realidad, como ya le dije ayer, no lo tengo claro. Porque yo vine a tomarme un café con un viejo amigo y a charlar, no a hacer de detective. Esto, por momentos, me empieza a inquietar. Espero que no se moleste.

—¿Otra vez con eso? ¿Estás de broma?

—No.

—¿Me crees estúpida? ¿Es eso? Porque si es así, ya te puedes estar marchando de mi casa.

—No se lo tome a mal.

—¿Has venido hasta Ávila solo para echar un café y una charlita con él?

—He venido a presentar mi libro.

—Ya, ya. Claro. Por supuesto. Y es la tercera vez que vienes a casa con tus preguntas y planteamientos.

—Yo no sabía que Simón estaba desaparecido. Después de escuchar su relato, pensé que podría ayudar a encontrarlo.

—Vete.

—No se ponga así.

—¡A la puta calle! ¡Ya está bien!

—Vale. Deje que me explique.

—No, te lo voy a volver a explicar yo, por si tienes la tentación de subestimarme otra vez. Tú has venido aquí porque la historia de Simón, sea la que sea, te interesa. Solo hay que echarle un vistazo a tu libro anterior para darse cuenta de la pasta de la que estás hecho. Y a mí, eso, te lo aclaro ya, no me parece mal. Porque tu búsqueda, si la haces bien, cosa que empiezo a dudar, me puede beneficiar también a mí. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Tú me necesitas y yo te necesito.

—Vale.

—Vale no, joder. No me vengas con eso de que tú solo pasabas por aquí, porque me irrita no sabes cuánto.

—No me he explicado bien.

—Ya.

—Tampoco me ha dejado.

—Ni pienso hacerlo. Si decides quedarte, ya sabes lo que hay. Nos ayudamos en lo que quiera que sea esto.

—Me parece bien.

—Me alegro.

—Voy a necesitar estos folios. No sé todavía para qué, porque me ha puesto usted de los nervios, joder, pero creo que debería llevármelos. Y si da con algo más que considere que pueda ser de mi interés, le agradeceré una llamada.

—Claro. Cuenta con ella.

—Yo, a cambio, si encuentro a Simón o me entero de algo relevante, la avisaré.

Se levantó, desapareció y volvió al minuto con una fotografía entre las manos. La puso bocarriba sobre la mesa y clavó su dedo

en ella.

—Es esta. Llévatela.

—¿Cómo?

—La exmujer de Simón. Esta es la que quiero que encuentres para mí.

—¿Y Simón?

—Ese desagradecido se fue porque quiso. Ha podido llamarme todo este tiempo y no lo ha hecho. Ha podido dejarme, al menos, un mensaje en el buzón de voz, como ocurrió en tu caso, y tampoco lo ha hecho. Han pasado diez años. Tiempo más que suficiente para pensar, arrepentirse y enmendarlo. Pero, al parecer, tiene las cosas muy claras. Y eso, a partir de ahora, me ayuda a tenerlas a mí.

—¿Pero para qué quiere encontrar a su exmujer?

—Eso es cosa mía.

—Ya, pero no me gustaría acabar arrepintiéndome de esto.

—¿De esto? Bueno, eso es algo que, llegado el momento, tendrás que hablarlo con Simón. Porque supongo que ya habrás deducido que estás justo donde él quiere que estés. Por eso te dio esta dirección. No creo que seas tan iluso. Y lo hizo a sabiendas de que yo, después de tanto tiempo, tendría noticias de su vida. Pero, claro, también asumo que estoy donde él quiere que esté. Dónde si no. Cosa que, por cierto, me la trae al fresco. En la entrada, junto a la puerta, hay un sobre. Dentro, algunos datos personales de la exmujer de mi hijo y más fotos de ambos. Lo preparé ayer. Llévatelo, por favor.

—¿Ayer?

—Por si volvías.

—¿Tan previsible soy?

—Era una cuestión de probabilidad.

—¿Por qué no la busca usted? Seguro que la encuentra antes que yo.

—¿Y dejarte sin tu próxima novela? Anda, no digas estupideces. Y, como sentenciaría Simón, sé agradecido con lo que te está ocurriendo.

Once

A mi regreso de Ávila, además de intentar ponerme en contacto con Simón, procuré averiguar algún dato sobre su exmujer, sin saber si lo que estaba haciendo había dejado ya de pertenecerme. Casi todas las mañanas de mi vida, sacando de paseo al hijo de puta del perro de mi suegro, coincido con un vecino que también tiene un perro, más hijo de puta todavía, porque rebosa sed de venganza histórica. Trabaja en la Ciudad de la Justicia haciendo no sé bien qué, la verdad, y, desde que lo conocí, siempre me ha tratado con una cortesía proporcionada y constructiva. Con la esperanza de que me consiguiera en algún archivo del juzgado una carpeta a nombre de la exmujer de Simón, atestada de antecedentes penales, juicios pendientes y constantes cambios de domicilio para evitar cualquier notificación judicial, me mostré amable y llegué incluso, con arrojo, pero sin éxito, a alargar la mano para acariciar el lomo de ese perro, cruce de dóberman y bombona de gas butano. Así fue como llevé a cabo mi pirueta ilegal. Y él me contestó que claro, vecino, cuenta con ello, ¿cómo dices que se llama? Esa misma tarde sonó el timbre de casa y me dio un papel bien dobladito en el que, con una caligrafía claramente impostada, había anotado una dirección de correo electrónico.

Muy resumidamente: le escribí, le dije más o menos quién era, le conté que, buscando a Simón para un libro en el que andaba metido, tuve noticia de que llevaba desaparecido diez años, y añadí que estaba interesado en tener una charla con ella, a fin de recabar

toda la información posible. Lo hice con la neutralidad propia de este oficio, pero no perdí de vista esa cercanía y comprensión que siempre dejan entreabierto la posibilidad de rechazar cualquier invitación. Cuantas más opciones de salir existan, más posibilidades hay de que alguien se quede. A todo esto, no sé por qué, ella interpretó que yo era periodista y en su correo de respuesta me trató como tal, provocándome cierto estupor que encajara con naturalidad ese interés por parte de un medio de comunicación. Me dijo que hacía mucho tiempo que no sabía nada de Simón y que no le convencía la idea de encontrarse conmigo, porque era un tema que le traía incomodidad. Por suerte, no levantó barricadas en todas las vías y me ofreció algo. Si me envías las preguntas, yo intentaré contestarte con rigor. Esas fueron sus últimas palabras.

En cuanto cerré el portátil, cogí mi cuaderno y comencé a garabatear posibles preguntas. La primera era para mí: ¿qué quería saber realmente sobre Simón? Porque, después de las conversaciones con su madre, tenía la inquietante sensación de que ya no controlaba ni la velocidad ni el tiempo ni el espacio de esta historia. El orden y la manera de formular las preguntas se me antojaban de especial importancia. Eso lo tenía claro. Pero qué preguntar era lo que se me escurría entre las manos cada vez que intentaba simplificarlo en tres o cuatro ejes de acción. Así que acabé regresando a mi punto de partida. Si había subido hasta Ávila, era para averiguar la razón por la que Simón había cambiado de parecer sobre la idea de abordar aquel tiempo compartido en el barrio. Ese, por tanto, tenía que ser el vórtice sobre el que girar, el punto desde el que podría hacer palanca para que algo, sea lo que fuere, comenzara a rodar. ¿Cuál era la intención de Simón? ¿Atraerme o alejarme? ¿Que escribiera o que escupiera sobre el olvido? ¿Estaba sucediendo todo tal y como él había previsto o, por

el contrario, las bolas habían comenzado a golpearse sin orden aparente?

Doce

Tal y como me has propuesto, te adjunto unas preguntas, todas ellas relacionadas con Simón y su vida. Por supuesto, si alguna la consideras inapropiada, no tienes por qué contestarla. Estoy convencido, además, de que no he preguntado todo lo que debiera. Te ruego que si, después de leerlas, entiendes que hay algo que pudiera resultarme revelador, lo anotes al final del documento. No te quiero robar mucho tiempo, pero me siento en la obligación de pedirte que no escatimes en detalles. Te agradezco tu colaboración.

¿Cuándo y cómo os conocisteis Simón y tú?

En el año 2003, en Ávila. Ambos asistíamos a un curso de sinergia. Me avergüenza reconocerlo, pero lo que hacíamos allí era darnos abrazos entre desconocidos. Y pagábamos por ello, además. Los dos éramos bastante escépticos con estos temas, pero nuestra psicóloga, que la compartíamos sin nosotros saberlo, nos había recomendado que nos matriculáramos en aquel esperpento emocional. Nos bastaron unas cuantas sesiones de abrazos forzados para que empezaran a ser algo más naturales. Una tarde, al salir de la sesión, nos tomamos una cerveza. Ahí empezó todo.

¿Cuándo fue la última vez que viste a Simón?

En enero de 2008. Después de romper nuestra relación. Desayunamos en una cafetería y nos deseamos suerte en nuestras futuras decisiones. Meses después, quizá un año después, no lo sé,

me escribió unos cuantos mensajes. Me contaba que iba a emprender un nuevo proyecto y que se iba a Brasil. No volví a saber nada más de él, hasta hace tres o cuatro años. Me dijo que tenía que verme con urgencia porque las cosas no le iban bien. No le contesté.

¿Cuándo y cómo supiste que había desaparecido?

Esa es una idea enloquecida de su madre. Simón no desapareció. No, al menos como ella lo entiende. Resultó ser algo más ordinario. Lo que ocurrió fue que un hombre de treinta años decidió marcharse sin decirle nada a su madre. Sus razones tendría, y yo me las imagino. De hecho, como ya he apuntado en la respuesta anterior, Simón me dijo que se mudaba durante una larga temporada a Brasil y, años después, volvió a escribirme. ¿Qué clase de desaparición es esa? Pero contesto a tu pregunta. Me enteré en 2009. Su madre me llamó y me vino con ese cuento de que estaba destrozada porque a su hijo le había pasado algo. Me imaginé un infarto fulminante o un accidente de tráfico, pero de repente salió con ese tema de la secta, del que ya habrás tenido noticia. Yo, por supuesto, no le dije lo poco que sabía. No lo merecía. Intenté tranquilizarla con otras palabras, eso sí.

¿Qué sabes de Julia, la hermana de Simón?

Muy poco. No hablaban mucho de eso. Yo conocí a Simón unos cinco años después de que Julia falleciera. Y ese tema era una especie de cuarto de azogue en el que nadie estaba dispuesto a entrar. De hecho, mi psicóloga, cuando supo que estábamos saliendo, me recomendó que no preguntara por su hermana. Y no tardé en darme cuenta de que era un gran consejo. Sé que esto que voy a decir puede parecer propio de una persona insensible, pero lo

siento así. No me habría gustado conocer a Simón antes de la muerte de Julia. Su fallecimiento dejó tal vacío en él que me resulta imposible llegar a imaginar cómo fueron aquellos meses posteriores. Aunque no lo dijera, siempre se sintió responsable, siempre se culpó, siempre alimentó esa hoguera que le ardía en la cabeza. Una sola vez me habló de aquella horrible mañana, y no fue generoso en los detalles. Fueron treinta segundos, quizá un minuto en el que no estuvo lo suficientemente atento a lo que hacía la niña. Cuando se asomó al terraplén, la vio al fondo, bocabajo, en una postura que no presagiaba nada bueno. Según él, no se separó ni un minuto de ella mientras aguantó con vida en la UCI. Según su madre, la que estuvo junto a su hija fue ella.

¿Cómo vivió Simón la enfermedad de Julia?

No sé a qué enfermedad te refieres.

¿Cómo calificarías la relación de Simón con su madre?

Contestar a esta pregunta me llevaría toda la noche. Deduzco de tu interés que tienes noticia de que muy normal no era. Y eso, empleando un eufemismo. Es una mujer inestable, virulenta como una pandemia, no sé, un tanto obsesiva. Pero también astuta, ingeniosa, intuitiva, protectora, calculadora y con una capacidad persuasiva como nunca he visto. Cualidades estas últimas que heredó su hijo, obviamente. No sabría reducir la relación de ambos a unas cuantas palabras. Pero sí a un deseo: ojalá no existan muchas relaciones entre padres e hijos como esa.

¿Cómo era tu relación con la madre de Simón?

Prefiero no contestarte a esto. Creo haber quemado buena parte de lo que nos unió durante aquel tiempo. No quiero rebuscar entre

las cenizas. Esa mujer me detestaba. Y ese sentir, conociéndola como la conozco, no lo cambia el paso del tiempo. Nunca encajé en su historia. Y eso es lo peor que le puede pasar a alguien que forme parte de esa familia.

¿Conoces el paradero de Simón?

No.

¿Qué le apasionaba a Simón?

A Simón le apasionaba Simón. Pero Simón temía a Simón. Perdón por el trabalenguas, pero es preciso.

¿Simón hablaba de su padre? ¿En qué términos?

Nunca. De hecho, que yo sepa, no conocía ni su nombre. Lo habitual era que mostrara desinterés por todo aquello que tuviera que ver con su pasado. Rara vez hablaba de su infancia, por ejemplo. Te preguntarás qué clase de relación era la nuestra, si en realidad apenas sabíamos nada el uno del otro. Bueno, yo me lo he preguntado muchas veces. Y supongo que él también.

¿Sabes algo sobre su teoría de los pasadizos?

No. Ni siquiera sé a qué te refieres. Pero Simón no escatimaba en teorías.

¿Por qué crees que la madre de Simón achaca la desaparición de su hijo a una secta?

Reconozco que esta pregunta me ha dejado sin palabras. Apenas sabes nada de Simón, ¿verdad? Entonces, ¿qué interés tienes en su vida?

¿Te habló de Huáscar?

Sí. Era su «maestro». Te sugiero que empieces por ahí.

Trece

—¿No es raro que tarde tanto?

—¿Quién?

—Quienquiera que esté comprobando su pasaporte.

—No te preocupes por eso. A lo mejor quiere que termine primero mi historia. Puede que no tenga tan arraigada la costumbre de interrumpir.

—Pues mi madre sí la tiene, y no creo que tarde mucho en derribar de una patada esa puerta.

—Ojalá que todavía esté aquí para verlo. Será un espectáculo hermoso.

—Quién sabe. ¿Y si se decepciona? ¿Y si la historia de su vida me acaba salvando el pellejo?

—¡Aleluya! ¡Un converso! Estoy convencido de que será así, muchacho.

—No se desvíe entonces del camino. Continúe.

—Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Yo, desde el fondo de mis no sé cuántos años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal.

—¿Y ese repentino pesimismo?

—Mi gran maestro, Alastair W., colgó en la puerta de la imprenta un cartel que decía CIERRE DE NEGOCIO. No dejaba de resultar paradójico que hubiera utilizado esa palabra. Negocio. Habría sido más apropiado decir cualquier otra cosa. Ejemplo: cierre de una

vida. Ejemplo: cierre de un amor. Ejemplo: cierre de una pasión. Y ejemplo: cierre de un corazón. En un primer momento, entendí aquella decisión como parte de un plan superior que mi maestro había diseñado para sortear más barricadas, para cortar el cabo que nos unía a aquella callejuela y echar a volar. Pero, con el paso de las semanas, comprobé que el frigorífico se estaba entumeciendo por la escasez y que aquello de leer y memorizar no calmaba las fierecillas que se me habían cobijado en la tripa. Así que no tuve más remedio que hablar con él.

»—No se lo va a creer, pero me da un poco de pena que cierre la imprenta.

»Me entendió, claro. Me dijo que lamentaba que las cosas se hubieran dado de esa manera y en ese momento, justo cuando yo había empezado a abordar la empresa de memorizar esas páginas que me convertirían en un individuo indispensable. Y, como gesto de amor, antes de marcharme, introdujo en una gran bolsa los libros que debía ir ordenando dentro de mi cabeza. Se trataba de una selección de las obras más relevantes de la historia de la literatura escrita en castellano que llegaba hasta el año mil novecientos cincuenta. Prácticamente ese fue mi único equipaje. ¿Tú eres lector?

—Bueno...

—¿No lees?

—Sí, claro que leo. En el colegio nos atosigan con eso. Y, de vez en cuando, me paso por la biblioteca y saco libros de aventuras. Me gustan.

—Eso está bien.

—¿Los memorizó todos?

—¿La historia de la literatura española?

—Sí.

—En cuanto dejé atrás la imprenta, asumí que llevar a cabo la tarea de ser indispensable era un acto al que tarde o temprano tendría que renunciar. Al menos tal y como la había concebido mi maestro. Además, aquella enorme bolsa de rafia pesaba lo que no estaba escrito. Así que hice una selección de los volúmenes que ansiaba leer y memorizar, ocho, para ser exactos, y lo que descarté fue vendido al peso, bolso incluido, en una librería de segunda mano, a cuyo gerente le debieron extirpar el corazón para encajarle un cofre donde guardar el dinero.

—¿Qué libros se quedó?

—No recuerdo cuánto dinero me pagó. Pero sí el tiempo que lo tuve en el bolsillo. Apenas cuatro días. De modo que como no andaba muy lejos de allí, pensé que lo más sensato era volver y completarle la colección al librero, todo fuese por arrinconar el hambre durante cuatro días más. No obstante, antes de eso, presta atención, hice algo.

—¿Qué libros eran?

—Presta atención, cojones.

—Me callo.

—Con una cuchilla de afeitar, y con una maestría que me sorprendió hasta mí, corté la primera página de cada uno de esos ocho libros, las doblé y las guardé en una cartera de cuero de las que van con lazada. No sé si las has llegado a conocer.

—¿Para qué hizo eso?

—Para no olvidar que mi vida tenía un cometido, un plan muy superior al de llenarme la barriga de pan y embutido o al de buscar un lugar donde resguardarme. Porque eso, a fin de cuentas, antes o después acaba llegando. De hecho, no tardó en ocurrir.

—¿Qué plan superior es ese?

—Ya te lo he dicho. ¿No me escuchas? Convertirme en un individuo indispensable.

—Ya, pero es que dice esas palabras como quien silba una canción.

—Lo que se ha estudiado se dice con naturalidad, muchacho. Solo el ignorante ve lo extraordinario en lo ordinario.

—¿Me dice ya los títulos?

—¿Qué títulos?

—De esos libros a los que arrancó la primera página.

—Fue algo muy poético.

—¿Como «verde que te quiero verde»?

—Te voy a mandar a la mierda, muchacho.

—Solo quiero saber los títulos.

—Cuando llegue el momento. Aún no he terminado con Alastair W., mi gran maestro, y espero que tu gran descubrimiento.

Catorce

Lo que sucedió en el interior del aljibe árabe ya lo he relatado. Mi versión, claro. Porque también es verdad que, como sentenció en su día el del síncope, a cada uno de nosotros nos pertenecía aquello de una manera única y distinta. ¿Qué nos lleva a contar un recuerdo compartido de tres maneras diferentes? ¿Nuestra irrenunciable individualidad? ¿El deseo de ser amados? ¿Salvarnos a ojos de la íntima y salvaje historia de nuestro barrio? ¿Vencer? ¿Imponer? ¿Humillar? ¿Ofrecer la vaina de semillas que deja caer al suelo una nueva historia? Me planteo si relatar un recuerdo no es sino una historia de violencia con la que garantizar la supervivencia del mismo.

El del síncope, tiempo después de nuestra incursión en aquella cisterna, contaría que aquel día solo estábamos él y yo. Simón, en cambio, cada vez que tiraba de memoria, recordaba la participación estelar del Biela e imprimía cierta sustancia esotérica a esas palabras desnortadas que pronunció nada más descender los primeros peldaños. De ahí que quedaran en mi memoria: almanaque, pajarero, alcancía, trasmallo y bitoque. Pero lo que más llamaba mi atención, y de ahí que juzgue pertinente este breve capítulo, era la manera que tenía cada uno de cerrar el relato de aquella mañana compartida. El del síncope aseguraba que, después de haber visitado ese lugar, tuvo problemas para conciliar el sueño durante semanas, porque un aroma de tierra y hongos se le había clavado debajo de los ojos. Simón, en cambio, decía que allí era

fácil sentirse a salvo de la contundente verdad exterior y que por eso volvió algunos días después, esta vez él solo, para hundirse en ese extraño consuelo de la humedad y la tierra.

El relato de Simón, con ese final sombrío y esperanzador, se imponía sobre el del síncope. Vencía. Cuando este decía su última palabra, Simón reaparecía en la historia para volver al corazón del aljibe, donde se resguardaba de una verdad exterior que nadie sabía cómo concretar, pero sobre la que todos especulábamos. Le arrebatava así el relato definitivo, la voz en *off* que resonaría en la cabeza de quienes lo escuchábamos entonces y ahora nos dedicamos a propagarlo, como viejo polvo de manzanilla.

Quince

Las respuestas de la exmujer de Simón a mis preguntas llegaron a mi bandeja de entrada la noche anterior a la cita con él. Y su lectura me complicó aún más la tarea de conciliar un sueño que últimamente se me resistía. Mi primer impulso fue anotar otra serie de preguntas originadas por sus respuestas, pero me lastraba la idea de si, a esas alturas, serían de alguna utilidad, dado que apenas unas horas más tarde tenía previsto mirar a los ojos a Simón. Aun así, abandoné la cama y transcribí en un correo electrónico las preguntas que había esbozado en el cuaderno. Le di a enviar. Había llegado la hora de prepararme el desayuno, más allá de que fuesen las cuatro de la madrugada.

Mientras me tomaba el café, no dejé de darle vueltas a una misma cuestión. ¿Cómo había llegado a este punto? Unos meses antes estaba enfrascado en la promoción de mi última novela, y allá donde iba dejaba claro, cada vez que me preguntaban, que no volvería a enredarme con otro proyecto hasta pasado, al menos, un año. Sin embargo, ahí estaba yo, en plena madrugada, con el nerviosismo chapoteando en el estómago, la cabeza embotada por unas emociones ilegibles y mi cuaderno atestado de ideas, preguntas, fragmentos, transcripciones y descripciones apresuradas. ¿Qué necesidad tenía yo de colocarme, una vez más, en esa situación?

En realidad, la respuesta a esta última pregunta nunca me ha importado. Ni en este trabajo ni en los anteriores. Siempre he tenido

la certeza de que la incomodidad es consustancial a la escritura que me ha interesado desde que empecé en esto. Pero en esa madrugada notaba algo que hacía que los signos de interrogación se hundieran en la oscuridad. ¿Estaba realmente donde yo quería? ¿O estaba donde Simón, su madre o su exmujer me iban colocando en cada momento? No tenía respuesta para eso, pero sí una certeza. La única manera de iluminar el asunto era progresar en la escritura, independientemente de hacia dónde me condujera. Por eso, a pesar de que empezaba a confundir la inquietud con los síntomas de una gripe, me puse rumbo a Antequera a las siete de la mañana, dispuesto a averiguar si el relato de lo que estaba por llegar me pertenecía o no.

Las contradicciones entre lo que decía la madre y lo que me había escrito la exmujer de Simón cambiaban por completo la manera de enfrentarme a la conversación que estaba a punto de tener. Había diferencias que me ponían los pelos de punta. ¿Julia había muerto de un infarto o de una caída? ¿Era cierto o no que había padecido una enfermedad terminal? ¿Por qué su exmujer me reprochaba que a estas alturas no supiera nada de Simón, mientras su madre me lo había dibujado casi como un enigma? ¿Qué cojones significaba eso de comenzar por Huáscar, cuando Huáscar había comenzado en mí? ¿Y qué valor literario tenía tanta pregunta? De verdad, ¿no es de un narcisismo imperdonable cada una de las páginas de mi cuaderno? Lejos de sentirme como un narrador convencido de lo que estaba haciendo, me imaginaba como un muñeco de trapo al que le sacudían el polvo cada vez que tenían oportunidad. En varias ocasiones, me arrinconó la idea de dar media vuelta, mandarlo todo a la mierda y sentarme en mi sillón orejero a leer una montaña de libros pendientes. Pero en esos momentos, la gran editora se me manifestaba en el asiento del copiloto y las

tonterías saltaban por la ventanilla. Tiempo, reposo y espacio. Eso me repetía mientras me aproximaba a Antequera. Tiempo, reposo y espacio, una y otra vez.

Aparqué a dos calles de la Cafetería Santiago y me eché al hombro mi mochila. Mientras me aproximaba al punto de encuentro, me percaté de que un dedo invisible se me clavaba en el hombro derecho. Probablemente llevara horas con esa contractura muscular, pero el nerviosismo me disociaba cuerpo y mente. En cuanto atravesé la puerta y eché un vistazo panorámico, supe que Simón no había llegado todavía. Faltaban tres minutos para que dieran las diez en punto, así que me fui al fondo, huyendo del bullicio, y me senté junto a una ventana y una estantería atestada de libros que jamás habían sido abiertos. Respiré hondo, intenté aflojar los hombros con una ridícula sacudida, me pedí una infusión de dos bolsitas de tila, con toda la intención del mundo, y miré de reojo la mochila. En su interior, los folios doblados con la palabra «Pasadizos» y una fecha en la primera página. Como si aquello fuese un arma secreta, una espontánea erupción volcánica o el timbrado de un teléfono en mitad de la madrugada.

—Bueno, Simón, aquí te estoy esperando.

Dieciséis

Quienes saben de esto aseguran que, para que una novela atrape la atención del lector, la dosificación de los hechos que componen la línea argumental debe estar rigurosamente estudiada. Nadie puede contradecir algo así, tan técnico y tan sensato y tan estupendo, pero lo cierto es que no tengo recuerdo de haber planeado con antelación ninguna de mis novelas. Alguien podrá espetarme que así me luce el pelo. Y yo, en ese caso, no tendré más remedio que reconocer lo innegable.

Puede que mi método tenga más que ver con la intuición, la exploración y un extravío fértil del que, más o menos, he oído hablar a algunos escritores. Un impulso me lleva a contar una historia que exige su propia autonomía con respecto a otras y, empujado por la intuición, la experiencia y la curiosidad, voy colocando las piezas con la esperanza de que los dientes del engranaje se abracen y comiencen a distribuir el movimiento. Por eso, cuando me preguntan por qué decidí poner tal capítulo aquí y no allí, nunca sé qué decir y me invento una respuesta para ahuyentar el riesgo de decepción.

He colocado aquí, ni antes ni después, la historia que a continuación relato. Esta decisión no se debe a que tenga una especial trascendencia en el desarrollo de la novela. No más que otros episodios. Tampoco menos. Se debe a que cuando vine a recordarla, ya habían pasado demasiadas páginas, casi todas, y tuve que buscarle un buen lugar. Este me lo pareció.

Bien entrada la primavera del primer curso que hizo en mi barrio, Simón dejó de venir al colegio. Estuvo desaparecido una semana, sin que ni los maestros ni nosotros, sus amigos, supiéramos a qué se debía esa ausencia. Obviamente, nos plantamos varias veces en su casa, e incluso lo llamamos desde el teléfono de una cabina que no devolvía el cambio, pero ni nos abrieron la puerta ni descolgaron el teléfono ni nos devolvieron el dinero. Que alguien imagine qué pudo suponer ese misterio para nosotros. Era un cataclismo, un horizonte de sucesos, una brújula desnortada. Hicimos todo tipo de cábalas para darle una interpretación a la desaparición sorpresiva de la familia al completo. Y todo lo que éramos capaces de armar nos conducía a relatos conspiranoicos y desenlaces sangrientos. Todavía no alcanzo a entender por qué, pero aquella ausencia me produjo tal desconcierto que llegué a confesar a mi madre que si alguien se atrevía a abrir la puerta de esa casa, encontraría los cuerpos sin vida de Simón, de su madre y de su padre. Ella, no sé si por sentido común o por miedo a que fuera verdad, ni siquiera me contestó.

Al lunes siguiente, cuando ya lo único que esperábamos era que un médico forense y un furgón funerario llegaran al barrio, apareció Simón en clase. La maestra no le dijo nada. Al menos, en público. Y me quedé tan frío que más que un regreso me pareció una resurrección en toda regla. No sin esfuerzo, le hice un movimiento de cabeza que ni yo mismo sabía qué significaba. Y él me contestó con una de esas sonrisas que expandían su fragilidad y timidez. Fui incapaz de acercarme a él en el recreo, y solo una vez que hubo terminado la jornada escolar, me atreví a cruzar algunas palabras con él.

Esa misma tarde se presentó en mi casa. Mi madre lo hizo pasar a mi habitación, portando cual mayordomo una bandeja con sendos

bocadillos de mortadela. A mí se me notaba la sorpresa en los ojos y a ella el alivio de confirmar que mi funesta teoría era una auténtica locura, por no decir una genuina estupidez. La charla que mantuvimos aquel día alcanzó la puesta de sol, así que he tenido que cortar y confeccionar para que mi editora no lo haga por mí. Como acotación inicial, únicamente apuntaré que Simón estaba algo más delgado que antes de su desaparición y que parecía contento por su regreso, por estar ahí, por acomodarse a los pies de mi cama, con el bocadillo entre las manos. Digamos que comenzó a hablar él.

—¿Qué habéis hecho esta semana?

—¿Qué?

—¿Habéis hecho algo interesante?

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Te vas una semana con toda la familia sin decir nada y ahora preguntas como si tal cosa?

—No sabía que tenía que avisaros.

—No se trata de avisarnos. Tú puedes hacer lo que te venga en gana. Pero normal no es.

—¿Qué no es normal?

—Eso.

—¿Irme?

—Irte sin decir nada.

—La gente se está yendo todo el rato.

—¿Qué gente? ¿Tú ves gente aquí? Ese no es el tema.

—¿Y cuál es el tema?

—Tú. El tema eres tú.

—¿Estabais preocupados por mí?

—Eso ya no importa.

—Vale. ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿De qué hablamos?

—De lo que estamos hablando. ¿O es que no te interesa por alguna razón?

—¿Por qué no me iba a interesar?

—Eso digo yo. ¿Por qué no te iba a interesar?

—Creo que estamos de acuerdo, ¿no?

—No. No estamos de acuerdo.

—¿No?

—No. Porque sigues sin querer hablar del tema.

—¿De qué tema?

—Déjalo.

—Si yo quiero hablar de lo que tú quieras hablar. Pero dime qué tienes en la cabeza.

—Vale.

—Bien.

—¿Dónde has estado?

—No es fácil de explicar.

—¿Ya empezamos?

—Mi padre ha tenido problemas.

—¿De qué tipo?

—No sé muy bien de qué tipo. Sé que ha tenido problemas.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque mi madre y yo nos hemos tenido que esconder hasta que todo se ha aclarado. No me preguntes cómo se ha aclarado. Tampoco lo sé.

—¿Y dónde os habéis escondido?

—En una casa. En la playa.

—Ya.

—Ha sido raro. Pero también bonito. Porque, aunque estábamos escondidos, mi madre me dejaba salir a jugar todas las veces que quisiera. En la arena, en la orilla.

—A lo mejor no estabais escondidos. A lo mejor estabais de vacaciones.

—¿De vacaciones? Nosotros no hemos ido de vacaciones en nuestra vida. ¿Tú sí?

—¿Con mis padres? Nunca.

—Pues eso. Sé que estábamos escondidos porque mi madre lo ha dicho.

—¿A ti?

—No. A una mujer que nos ha dado las llaves de la casa y después se ha ido. ¿Te vas a comer el bocadillo?

—¿Qué?

—El bocadillo.

—Claro que me lo voy a comer.

—Vale. Está muy bueno. Además de esa mujer, nos han visitado otras dos más.

—Lo que yo te diga. Estabais de vacaciones.

—Yo sé cuándo estoy de vacaciones y cuándo no.

—¿Cómo vas a saber eso si nunca has estado de vacaciones con tus padres?

—Tú tampoco.

—¿Quiénes eran esas mujeres?

—No sé. Habló con ellas. Mi madre dijo que sí, luego que no y una de las mujeres le respondió que venía con el estómago encogido.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No sé. Te digo lo que oí.

—Aquí, en mi casa, no hablamos así.

—¿Cómo?

—Pues así. Con tanta rareza. Que parece que estáis en una película de misterio.

—Es que yo creo que no es que ellos hablen así. Más bien es que yo oigo de ese modo.

—Lo estás arreglando, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque empiezas con ese rollo místico que no hay por dónde cogerlo. Vamos a ver. Habéis estado una semana en una casa de la playa, escondidos de no sabes qué, donde os visitaban mujeres que podrían haber sido fantasmas.

—No eran fantasmas.

—Ya sé que no eran fantasmas. He dicho que podrían haberlo sido. Además, en esta historia hasta tú pareces un fantasma. Es como si todos estuvierais muertos en la playa, pero no lo supierais todavía. Y esas mujeres vienen a avisaros de lo que ha ocurrido.

—No estábamos muertos.

—¿Otra vez, Simón? He dicho que es como si estuvierais muertos. No que lo estéis.

—¿Y qué nos ha pasado?

—Os habéis ido de vacaciones y, en plena noche, se ha desatado un incendio. Un cortocircuito o un cigarrillo mal apagado. Lamentablemente no habéis podido hacer nada. No había tiempo de reacción porque el suelo de la casa era de madera. Así que os habéis achicharrado.

—Y las mujeres vienen a pedirnos que no sigamos creyéndonos que estamos vivos. ¿Es así?

—Más o menos. La cosa ha debido de ser tremenda porque una de ellas viene con el estómago encogido.

—¿Y el bocadillo?

—¿Otra vez? Tienes más hambre que el perro de un latero, Simón.

—Es que está muy bueno.

—Me lo voy a comer ahora. Estoy explicándote cómo habéis acabado.

—Vale.

—Como no sabéis iros de vacaciones en familia, habéis ardido y ni siquiera lo recordáis. Habrá que mirar los periódicos de esta semana atrás. Buscar incendios con víctimas mortales. Podemos ir a la peluquería de Emilio. Él suele comprarlos.

—Vamos mañana. Si total...

—Sí, no hay prisa.

—¿No cabe la posibilidad de que mi madre y yo nos hayamos salvado?

—Es difícil. ¿Cómo explicamos que no recordáis nada del incendio?

—No lo sé.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre?

—Sí, tu padre. Has dicho mi madre y yo. A él no lo has nombrado.

—Él nos ha metido en esto. Y como has dicho que alguien tiene que morir, pues que sea él.

—Yo no he dicho que alguien tenga que morir. Pero podemos darle alguna vuelta a la historia.

—¿Qué te parece esta? Mi madre y yo nos salvamos en el último momento, pero mi padre no tiene tiempo de levantarse del sofá porque está dormido o borracho. La casa de madera arde hasta que el fuego deja una montaña de ascuas y ceniza. Una de esas mujeres se nos acerca y nos pregunta si estamos bien. Nosotros

decimos que sí. Nos pregunta si había alguien más en la casa. Nosotros decimos que no. Y entonces es cuando suelta eso de que se le ha encogido el estómago. Yo creo que puede valer, ¿no?

—¿Te apetece mi bocadillo?

—¿No te lo vas a comer?

—No.

—¿Seguro?

—Te lo doy.

—Gracias, tío.

Diecisiete

Plano. Cuarto pasadizo. A lo largo de la costa de Almería, se distribuyen más de una veintena de búnkeres contruidos durante la Guerra Civil. Son fortificaciones de hormigón armado, de baja altura, que servían como refugio durante los bombardeos y para la defensa con pequeñas piezas de artillería. En alguna ocasión, la Administración ha amagado con protegerlos. De hecho, si no recuerdo mal, los incluyó en el inventario de Patrimonio de Inmuebles de Andalucía. La realidad, en cambio, es otra bien distinta. Hoy en día siguen abandonados al inagotable paso del tiempo, ocupados por peregrinos, utilizados como cagaderos de bañistas y decorados con pintadas procaces y políticas.

En la playa de mi barrio, en línea con el extremo este de la pista de aterrizaje del aeropuerto, se alza tímidamente uno de esos búnkeres. Y tiene una singularidad que lo distingue del resto. En el suelo hay un agujero que conduce a un pasadizo de unos veinticinco metros, que en su momento hizo las veces de refugio cuando las cosas se ponían muy feas. Es una galería ganada a esa tierra tan salina, con dos bancos continuos a cada lado, y al fondo una especie de hornacina donde, según los mayores del barrio, colocaban una pequeña talla de la Virgen del Carmen como infalible escudo antimisiles.

Ese búnker, por el sitio en el que está, aún hoy se emplea como punto de señalización de pescadores. Es decir, cuando un barco se echa al mar y quiere dar con tal o cual caladero, lo que hace es

alinearse el búnker con una o dos marcas —un repetidor de radio, la cumbre de un cerro, una muesca en la sierra— que estén mucho más retrasadas. Cuando se produce esa mínima alineación de las referencias, se ha llegado a destino y es el turno de las artes de pesca. Cada patrón de barco tiene su entramado de líneas y combinaciones, que, por lo general, jamás revela a nadie, salvo que la muerte le esté mordisqueando los dedos de los pies.

El primer verano que Simón pasó en el barrio, lo animamos a que se viniera a bucear de buena mañana. La zona del búnker era muy rica en pulpos, jibias y gran variedad de peces, y, quitando los primeros cinco metros en los que rozábamos con el pecho una alfombra de erizos y anémonas, todo era disfrutar del agua cristalina y de la luz fracturándose en mil rayos. Era una propuesta irrechazable. Nosotros le prestábamos todo: unas buenas gafas de cristal templado, un tubo, unas aletas y un tridente. Pero cuando se asomó al agua y vio que los erizos se contaban por centenares, nos dijo que no entraba ahí ni con una armadura que le cubriese todo el cuerpo. Como era muy temprano, hora propia para estos quehaceres submarinos, ni le rechistamos, la verdad. Nos calzamos el equipo y, después de persignarnos, nos echamos al agua con la esperanza de que la mañana nos fuera propicia.

De vez en cuando, entre zambullida y zambullida, levantaba la cabeza y dirigía la mirada hacia la orilla. Miope como soy, ya lo he dicho, lo único que vislumbraba era una sombra borrosa que interpretaba como la presencia paciente de Simón, buscando cristales pulidos por el agua, la arena y el sol. Así hasta que nos aproximamos a la orilla y me di cuenta de que lo que había estado mirando todo el tiempo era la mochila en la que habíamos traído el material de buceo. Una vez fuera, nos tumbamos sobre las piedras calientes para recuperar la temperatura y reordenar nuestra

respiración. Aquella ceremonia, que era hermosa costumbre salvo cuando el poniente pegaba de mala manera, es uno de los recuerdos más serenos que guardo de los veranos en mi barrio. Tumbados, en silencio, la musculatura rendida, las manos y los pies blanquecinos, los labios amoratados, los ojos cerrados, y la luz, anaranjada como el fuego, atravesándonos los párpados. Y aunque pueda parecer que en ese estado de casi embriaguez el mundo se detiene, es probable que ocurra todo lo contrario. Es decir, que la vida se nos derrame encima.

Como lo que vino a continuación es un tema muy delicado, conviene dejar bien claro qué manifestó cada uno de nosotros aquella mañana. Estábamos en esa transposición de cuerpo y mente, cuando aparece Simón y va y dice: No sabéis lo que hay dentro de esa cosa.

Y nosotros, como sí lo sabíamos, porque esa cosa era el búnker de la Guerra Civil, ni nos inmutamos y seguimos tendidos en aquellos maravillosos cantos rodados. Y ante nuestro silencio va y dice nuevamente: ¿No queréis verlo?

En ese momento, el del fallo multiorgánico, casi sin estremecerse para no romper nuestro íntimo trance, va y dice: Ya lo hemos visto muchas veces.

Y Simón, subiendo el tono de voz, porque parece tener claro algo que nosotros no, va y dice: Esto no lo habéis visto.

Yo, para empezar, abro los ojos con cierto hastío. Y el del síncope, harto de tanta insistencia, se incorpora, lo mira y va y dice: Simón, cojones, que sí lo hemos visto, que ya sabemos que hay un pasadizo ahí dentro.

Simón guarda silencio, se nos acerca aún más, y, con cada paso que da, hace que las piedras suenen a dientes que mastican

huesos. Entonces va y dice: No es eso, me refiero a lo que hay dentro del pasadizo.

En ese momento todos nos incorporamos y le dirigimos una mirada que oscila entre la sorpresa y la irritación. Por eso el del síncope no le pregunta qué ha visto ahí dentro. Todo lo contrario. Se levanta, se acerca a él, le echa el brazo por los hombros y va y dice: Como no sea nada, no vienes más con nosotros. Entonces Simón se da media vuelta y se mete en el búnker, y nosotros, después de mirarnos con desconcierto, hacemos lo mismo.

Tenía toda la razón. Cuando bajamos a aquel pasillo, de los veinticinco metros que tenía de extensión, solo eran transitables unos siete u ocho. El resto estaba ocupado por enormes paquetes de pañales de una marca muy conocida, que todos supimos identificar al instante. El primero en hablar fue el del fallo multiorgánico, que entre que no era muy espabilado y venía de que el sol le achicharrara la cabeza, va y dice: Se caga la perra, qué cantidad de pañales.

Y a partir de ahí todo se acelera.

El del síncope dice: ¿De verdad? Tus padres deberían recibir una paguita.

Yo digo: No son pañales.

El del fallo multiorgánico dice: Sí son pañales. Mi hermana usaba de estos.

Yo digo: Me refiero a que sí son pañales, pero que esconden algo.

El del síncope dice: Droga.

Yo digo: Dinero.

Simón dice: Uranio.

El del fallo multiorgánico dice: Mi madre se queja de que los pañales son muy caros.

El del síncope dice: Vamos a abrir un paquete.

Simón dice: No.

Yo digo: No.

El del fallo multiorgánico dice: Mi padre discute con mi madre porque piensa que los pañales deberían ser considerados medicamentos para que cuesten menos.

Yo digo: No creo que dejen esto sin vigilancia mucho tiempo. Deberíamos irnos.

Simón dice: Vámonos.

El del síncope dice: Estáis de broma, ¿no?

Todos, menos él, decimos: No.

Y nos damos media vuelta y abandonamos el búnker. En el exterior seguía la vida tal y como la habíamos dejado. Pero cuando contemplamos al del síncope tirando de aquel paquete de pañales, el cielo pareció oscurecerse más rápido de la cuenta.

Así que yo voy y le digo: ¿Dónde te crees que vas con eso?

Y él va y me dice: Donde siempre. Al algarrobo.

Y yo voy y le digo: De eso nada.

Cuando llegamos al algarrobo, después de una buena caminata con aquel bulto envuelto en toallas, todos quisimos dejarle claro al del síncope que nosotros no teníamos nada que ver con eso, que jugársela con delincuentes no era lo mismo que hacerlo con tullidos, y que no íbamos a poder darle salida a lo que hubiera en el interior. El del síncope nos miró con ojos de emperador traicionado por sus más fieles hombres, y de una sacudida, arrancó parte del envoltorio y agitó aquello para que, cuando el contenido cayera al suelo, nos convirtiera en cómplices de una historia irreversible. Durante unos segundos nos miramos en alerta máxima por si lo que había que hacer era salir corriendo de allí, ya que eso era algo que se nos daba muy bien. Pero supongo que la curiosidad nos doblegaba la

voluntad. Efectivamente, en el interior había pañales, bien dobladitos y ordenados. No obstante, apenas los observabas con un mínimo de atención, te dabas cuenta de que algunos estaban más hinchados que otros. Ahí debía de estar la droga, el dinero o el uranio. El del síncope cogió uno de ellos y lo abrió con el mismo temblor con el que habría desactivado una bomba casera; ese que presagiaba la eternidad de los estúpidos. El primero en contemplar aquello fue él. Durante casi un minuto estuvo con la mirada clavada en el interior acolchado del pañal. Y, seguidamente, cogió lo que había en su interior y nos lo mostró con sumo cuidado. Por eso dijo: Esto qué mierda es.

Al principio todos vimos un lingote de oro envuelto en cinta de embalaje. Pero nuestra estulticia, aunque se antojaba contundente, no era infinita. Así que pronto pensamos lo mismo que lo que el del fallo multiorgánico dijo en voz alta: Es droga.

Simón va y dice: Nos matan.

Yo voy y digo: Con tu pan te lo comas, amigo.

El del síncope va y dice: ¿La devolvemos o se la damos a mi padre para que la venda?

Todos, menos él, vamos y decimos: Tú eres gilipollas.

Abrimos cada uno de los pañales y dimos con un total de cuatro lingotes. Los metimos en la bolsa de buceo y comenzamos a bajar hacia la playa, rumbo al búnker. Mientras caminábamos, mantuvimos una acalorada discusión sobre las decisiones no consensuadas, que solo interrumpimos cuando quedaban cincuenta metros para llegar al destino. En ese momento, el del fallo multiorgánico, Simón y yo nos apostamos detrás de un enorme salado, mientras el del síncope se reacomodaba el bolso en el hombro para continuar caminando. Ahí lo estuvimos esperando

unos quince minutos en el más respetuoso de los silencios. Pasado ese tiempo volvió y dijo: Listo.

Yo dije: ¿Has dejado todo?

Simón dijo: ¿No había nadie?

El del fallo multiorgánico dijo: ¿Por qué nos pasan estas cosas a nosotros?

Y el del síncope, para cerrar la conversación, dijo: Que os den por culo a los tres, ¿no queríais que lo devolviera?, pues ya está devuelto, ya es cosa pasada.

Y nos volvimos al barrio con la corazonada de que uno de esos lingotes iba apuntalándole los huevos a nuestro amigo. Una idea que poco después vino a reforzarse por la flamante camiseta de la saga *The Mighty Ducks* y por unas zapatillas Reebok Pump, que él achacaba a la generosa culpabilidad de unos padres que vivían en el precipicio del divorcio.

Dieciocho

Eran las once de la mañana y Simón seguía sin atravesar la puerta de la Cafetería Santiago. Había tenido tiempo de beberme la doble tila, un café con leche y un zumo de naranja exprimido, como mínimo, una década antes. Abrí la mochila y, sin sacar nada, eché un vistazo en su interior, como quien busca un giro de los acontecimientos en la negrura de un sombrero de mago. Pero qué va. Ni siquiera una pizca de misterio. Volví a cerrarla e hice un gesto al camarero para que me trajera la cuenta. Cuando se aproximó, yo ya estaba preparado. Coloqué sobre la mesa, con poca naturalidad, tengo que reconocerlo, una de las fotos de Simón que me había entregado su madre.

—Disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Pruebe.

—¿Conoce a este hombre?

Cogió la fotografía, la miró con curiosidad y, después de escrutarme el rostro, el peinado, la ropa y la mochila, volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Es usted policía?

—Qué va. Soy escritor.

—¿Escritor?

—Sí, escribo historias para periódicos.

—Aquí hay muchos libros, pero nadie los lee. En realidad nunca se ha leído lo suficiente. No sé por qué ahora nos quejamos tanto.

—Es una pena. Parece una buena biblioteca. ¿Conoce al hombre de la foto?

—Sí. Viene por aquí todas las semanas.

—Precisamente he quedado esta mañana con él.

—¿Esta mañana? Imposible. Él viene los sábados y los domingos. Más o menos a esta hora.

—Juraría que el día acordado era hoy.

—Ya le digo. Sábados y domingos.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarlo?

—Claro que lo sé. Casi todo el mundo lo sabe.

—¿Y eso?

—Búsquelo en el gran hotel de Archidona. Seguro que está allí.

El hombre dejó la cuenta en una esquina de la mesa y comenzó a poner sobre su bandeja los restos de mi espera. Lo hacía con exagerada lentitud. Durante unos segundos, tuve la impresión de que se estaba riendo de algo, como si le hicieran comentarios a través de un minúsculo auricular.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Nada, señor.

—¿Habla con usted cuando viene por aquí? ¿Tiene buena relación con Simón?

—¿Con quién?

—Con Simón, el hombre de la fotografía.

—A ver si vamos a estar hablando de personas distintas...

—Pero usted me ha dicho que lo conoce.

—Y lo conozco. Ese hombre de la fotografía viene por aquí todos los sábados y domingos por la mañana. Se toma una infusión con dos saquitos de tila, como usted, y una tostada de mantequilla Lorenzana. Pero no se llama Simón.

—¿No?

—No.

—¿Y bien?

—Ya le digo, no se llama Simón.

—Me ha quedado claro. ¿Y cómo se llama?

—Huáscar.

—¿Cómo dice?

—Es un nombre raro, ¿verdad?

—¿Se llama Huáscar?

—Eso he dicho.

—¿Este hombre de aquí?

—El mismo. Aunque ahora está más viejo, delgado y tiene el pelo largo. Hay veces que se deja la barba.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

—Y dice que puedo encontrarlo en el gran hotel de Archidona, ¿no?

—Usted no es de por aquí cerca, ¿verdad?

—No.

—Ya. Creí que lo había entendido antes. El gran hotel de Archidona no es un hotel al uso. Es la nueva cárcel. En realidad se llama centro penitenciario Málaga dos. La inauguraron hace casi un año. Pero ya sabe cómo es la gente. Todo el mundo la conoce como el gran hotel. Tiene piscina climatizada con un techo de quita y pon, un polideportivo más grande que el del pueblo, varios gimnasios bien equipados y las celdas parecen habitaciones de un hotel con encanto. No le falta detalle. Se gastaron ciento diecisiete millones de euros. Que se dice pronto.

—¿Simón trabaja en la cárcel?

—Huáscar.

—Eso. Huáscar.

—A ver si me voy a meter yo en un lío por todo esto.

—Descuide. No hay nada que temer. En cualquier caso, en ningún momento diré que hablé con usted.

—Son cosas delicadas.

—Se lo prometo. Seré una tumba.

—Muy delicadas. No sé si me entiende...

—Ah. Claro. Le entiendo. ¿Veinte euros?

—Extremadamente delicadas. ¿Qué sería de mí si se pusiera en duda mi discreción?

—¿Cincuenta?

—Vale.

—¿Trabaja en la cárcel?

—Qué cojones va a trabajar en la cárcel. Está cumpliendo condena.

—¿Por?

—Eso no lo sé. Tiene un tercer grado, o algo parecido, sale los fines de semana y se baja a Antequera. Se queda en el hostel América dos noches y sube de nuevo a Archidona.

—Ya sé que es de mala educación insistir tanto, pero ¿está seguro de que es el mismo hombre de la foto?

—El mismo. No parece mala persona. Supongo que habrá defraudado a Hacienda o algo por el estilo. No tiene pinta de hacer peores cosas. Ya me entiende. Un pederasta no es. Digo yo. Además, es un hombre de conversación amena. Y parece viajado. Porque nombra lugares que no he visto ni en la televisión. Sin embargo, algo que me ha llamado la atención es que transmite cierta paz interior. No es depresión ni tristeza. Yo esas cosas sé reconocerlas. Es eso. Paz interior. Supongo que, estando donde está metido, no le queda otra que refugiarse en el lugar más lejano

que exista. Y eso está en nosotros mismos. Lo leí en uno de esos libros que te enseñan a vivir.

—Ya.

—Y mire de qué me sirvió... ¿Por qué lo busca?

—Fuimos amigos en la infancia y estoy escribiendo un libro sobre aquellos años.

—La vida es muy puñetera. Una noche estás descorchando una botella de vino en tu casa mientras tus hijos duermen plácidamente, y al otro día revientas una rueda del coche y das tres vueltas de campana con toda la familia dentro.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No sé. Que puede que la noticia de que su amigo está en la cárcel sea el reventón de la rueda de su coche.

—Ya.

—Es una especie de metáfora.

—Lo he entendido.

—Me gustan las metáforas. La gente confunde las metáforas con las comparaciones. No sé si ha tenido ocasión de observarlo. Qué irritante, ¿verdad?

—...

—En fin... De vez en cuando viene con alguien. Nunca más de una persona. Hombre o mujer. Desayunan, conversan largo y tendido, pagan y se marchan.

—¿De qué hablan?

—Hasta ahí no llego, amigo. Él suele hablar más que sus acompañantes. Eso sí se lo puedo asegurar. Sobre el contenido, no tengo ni idea.

—Gracias.

—Entonces qué. ¿Se llama Simón o Huáscar?

—Aquí tiene sus cincuenta euros. No quiero que le llamen la atención. Gracias por contestar a mis preguntas.

—No se preocupe. Soy el dueño. Vuelva cuando quiera.

Diecinueve

—¿Ha oído eso?

—¿Qué?

—Creo que es mi madre. Ya ha llegado. Está discutiendo con alguien.

—Yo no oigo nada.

—Ahora no. Pero he reconocido uno de sus gritos. Estoy seguro.

—Bueno, por fin, ¿no?

—¿Por fin qué?

—Te sacan de aquí.

—Puede que no sea ella.

—¿Quién?

—Mi madre.

—Pero has dicho que era...

—Ya que hemos llegado hasta aquí sin llamar a gritos a un guardia civil, me gustaría conocer el final de su historia.

—Vaya... No sé si emocionarme, la verdad.

—Déjelo para otro momento. Ahora continúe, por favor.

—Muy bien... Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Villafranca de los Barros, provincia de Badajoz, a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado, y no me esperaba nadie.

—¿Y quién le iba a esperar?

—Dos primas por parte de padre que aún hoy conservo y con las que guardo una excelente relación. Gente de bien, que te abre las

puertas y te tiende una manta. No era, obviamente, la primera vez que viajaba solo, pero me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la pequeña estación de la que algún día había partido mi padre. El olor especial, el ligero rumor de la gente, las luces siempre tristes tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin al origen.

—¿Qué origen?

—Ya te lo he dicho. El pueblo de mi padre.

—¿Ese al que le llenaron la barriga de matarratas?

—No mezclemos episodios, por favor. Estamos muy cerca del final. Además, ¿dónde iba a ir si no?

—No sé. Creí que su maestro Alastair W. le tenía reservado un giro de los acontecimientos. Hace un rato me ha dicho que aún no había acabado con él.

—Y no he acabado con él. Aunque estoy a punto. Presta atención. Al mes de instalarme en casa de mis primas, después de contarles una versión alambicada del fallecimiento de mi padre y de mi madre, que Dios los tenga en su gloria más que nunca, telefoneé a la imprenta para dar noticia a mi maestro de cómo me iba la vida. Por entonces, ya había comenzado a memorizar con cierto éxito las primeras páginas rebanadas a los libros. Algunos fragmentos no eran género fácil, Alastair W. lo sabía mejor que yo, por eso albergaba el deseo de transmitirle el duro trabajo que había emprendido, a pesar de la distancia que nos separaba. Al cuarto tono descolgó el teléfono. Su voz, en un primer momento, sonó débil o adormecida, pero en cuanto le dije, con la euforia natural de mi nueva situación, quién era, esa misma voz se volvió trueno o crujido.

Comenzó a maldecirme y a compararme con alimañas, animales carroñeros, parásitos intestinales y setas venenosas. Al principio, era tal su ofuscación que me costaba entender un número mínimo de palabras que me permitiera interpretar aquella reacción desaforada, pero a todo se hacen el oído y el gusto, y acabé por desentrañar su intención dañina. El mal nacido del dueño de la librería de segunda mano reconoció el *ex libris* de Alastair W. en la página de créditos de cada libro que le vendí, y pensó que se los había robado junto a las letras, signos de puntuación y filigranas de su vieja imprenta. Por eso fue a darle buena cuenta de la compraventa que acababa de hacer.

—Espere.

—¿Qué pasa?

—¿Las letras, signos de puntuación y filigranas?

—Y los libros.

—Pero usted no me dijo que su maestro le diera eso. Solo los libros en el interior de un bolso.

—Se me pasaría. En cualquier caso, por encima de todo eso, está el empuje de la vida, ¿no crees?

—No sé a qué se refiere con el empuje de la vida.

—Pues al hambre, al frío, a la roña, a los dolores, a la soledad. Todo eso de lo que huimos. Todo eso que no deja de perseguirnos.

—¿Robó las letras de la imprenta a su maestro?

—Sinceramente, creo que hice lo que él esperaba que hiciera.

—¿Robarle?

—¿Otra vez? ¡Sobrevivir para acabar convirtiéndome en un individuo indispensable!

—¿Y eso qué cojones significa?

—Alguien que es escuchado porque no sucumbe a las inercias del cliché, de los lugares comunes. Alguien que impone la palabra

por la fuerza de la misma. Solo así uno es capaz de conseguir lo que se proponga, incluso en las circunstancias más adversas. El propio Alastair W. me lo dijo en alguna ocasión y creo que lo he apuntado antes. Es improbable que cualquier persona con las lecturas adecuadas fracase en esto de vivir. Eso dijo. Y yo voy un poco más allá. Es improbable que cualquier persona que haga suyas las lecturas adecuadas fracase en esto de vivir.

—Entiendo que usted hizo suyas esas lecturas.

—Deduces bien, muchacho. Y las hice tan mías que en ocasiones me resulta imposible dissociar esos textos de lo que es mi propia vida.

—No sé si lo he comprendido. ¿Me quiere decir que ha acabado creyendo que lo que se cuenta en esos libros es su vida?

—No, claro que no. Aún no he perdido la cabeza. Lo que digo es que esos textos me ayudan a contar mi vida. Es más, te voy a ser muy sincero, teniendo en cuenta que no nos puede quedar mucho en este cuarto de ratas. Cuando hablo de textos, no me refiero a los libros completos. Solo a las primeras páginas que guardé en mi cartera de cuero con lazada. Porque después de aquella llamada la vida me engulló y no tuve tiempo de detenerme en la hondura de los detalles.

—¿Hoy ha empleado esos textos para contarme su vida?

—No sabría decirte con exactitud qué y cuándo, pero estoy convencido de que así ha sido. Supongo que con olvidos, confusiones y cambios necesarios. Pero algo habrá de aquellas páginas. Seguro.

—¿Qué pasó con su maestro?

—Que me repudió con estas palabras: ojalá la vida te ponga en el camino un hombre como tú. Sabiendo en todo momento, claro, con su habitual clarividencia, qué estaba haciendo realmente. Porque

solo así, renegando de mi tutelaje, era posible que yo iniciara la siguiente fase de la metamorfosis.

—¿Metamorfosis? ¿No puede ser que simplemente le estuviera mandado a la mierda por traidor?

—Eso sería incurrir por mi parte en una excesiva simplificación.

—¿Y cuál es la siguiente fase de esa metamorfosis?

—La plena integración en la mediocridad. La ruptura de cualquier conexión física entre maestro y discípulo me permitió integrarme en la poca familia que acababa de encontrar. El marido de mi prima, la mayor de ambas, era propietario de una de las empresas de embutidos y procesados más importantes del país. Y me abrió sus puertas como si fuera un hermano de sangre. Después de ocupar puestos intermedios, porque la familia acelera y lubrica según qué cosas, me adjudicó la dirección del departamento comercial. La razón, aunque no me la expuso, estaba ahí. No tardó en darse cuenta de que mis habilidades persuasivas estaban muy por encima de las de cualquier charlatán con estudios superiores. De modo que a eso me dedico en la actualidad. A instruir a comerciales de cualquier parte del territorio para que vendan las bondades del morcón, la cecina, la sobrasada y la torta de chicharrones, que es, dicho sea de paso, nuestro producto estrella en los países nórdicos. Porque desde que me bajé en aquella pequeña estación de la que un día mi padre partió, no se me ha pasado por la cabeza mudar mi vida por otra, ni este camino por uno más excitante.

—¿Y a eso ha venido aquí? ¿A enseñar a futuros vendedores de embutidos?

—Sí. Pero no solo a eso.

—¿Ah, no?

—No, claro que no. Resulta obvio que uno viene siempre a lo que acaba sucediendo.

—No le entiendo.

—Pues me explico, tal y como vengo haciendo desde hace rato ya. En un principio vine a impartir un curso acelerado a futuros comerciales de nuestros productos. Eso ha sido lo que he hecho y, si me dejan salir de aquí, mañana haré exactamente lo mismo en Tarragona. Pero ahora sé que, además de eso, también vine a contarte mi vida.

—¿Y ya está?

—¿Ya está qué?

—¿Eso es todo? ¿Ha terminado su historia?

—No, pero ahora sí estoy a punto de hacerlo.

Veinte

Ya en el camino de regreso de Antequera, los pensamientos me colapsaban la mente y la situación, lejos de aclararse, se oscurecía como un pozo. Me había preparado para mantener una conversación complicada con un amigo o, si se quiere, con un enigma de la infancia, pero no para que el dueño de una cafetería me diera la noticia de que Simón se hacía llamar Huáscar y estaba cumpliendo pena de prisión en Archidona. ¿Qué demonios era aquello? Me resultó inevitable pensar en su madre, en aquella denuncia desatendida, en la montaña de revistas que siguieron llegando después de su desaparición, en la inquina que le tenía a su exnuera y en esa manera tan perversa de arrastrar la conversación a las aguas que más le convenían. Así que, con un punto de desesperación o de miedo, sacudí la cabeza sabedor de que la noticia de su encarcelamiento no iba a ser yo quien se la diera.

Cuando llegué a casa, intenté hacer lo que ya había considerado en el viaje de ida: me senté en mi sillón orejero y abrí un libro cuya lectura tenía pendiente por cuestiones laborales. Algo absolutamente inútil. Una pérdida de tiempo. Porque acabé leyendo la misma página una y otra vez, hasta que concluí que aquello no lo iba a arreglar ni metiéndome en la cama con un par de somníferos bajo la lengua. Así que me encerré en el estudio para repasar las notas que había ido recopilando desde el día en que Simón volvió a aparecer en mi vida. Abrí el cuaderno. Cayó sobre la mesa el papel debidamente doblado en el que mi vecino me había escrito el correo

electrónico de la exmujer de Simón, y recordé que la madrugada anterior le había planteado nuevas preguntas. Pulsé el teclado del portátil para que se iluminara la pantalla y ahí estaba la notificación: «Tiene dos correos nuevos». Son los siguientes dos capítulos.

Veintiuno

La madre de Simón me contó que su hija Julia padeció una funesta enfermedad diagnosticada antes de su nacimiento, pero que fue finalmente un infarto lo que se la llevó mientras dormía. Sin embargo, acabo de leer en tu correo que Julia murió en un desgraciado accidente en el que estuvo presente Simón. ¿Por qué habría de mentirme su madre? Esta pregunta la planteo desde una conmoción que no he sabido prever.

Supongo que el dolor te obliga a reescribir el recuerdo. Por lo poco que sé, no tuvieron una vida sencilla. Y esa niña vino a iluminar todo lo que hasta ese momento era sombra y agujero. Siempre ha sido una mujer de convicciones férreas, con una voluntad tan indoblegable que no creo que tuviera problema en declararle la guerra a su propia memoria y acabar venciendo. La vida obliga. De todas formas, yo sé lo que me contó Simón. Ni más ni menos. Fue un accidente. Se cayó por un terraplén cuando apenas tenía cinco o seis años, mientras recorrían un camino que ya conocían de otras excursiones. Aquel día, según él, se produjo la extinción de una parte importante del interior de ellos. No sé por qué le adjudica una enfermedad ficticia a su hija ni por qué la mata de un infarto. Pero sí creo saber la razón de que no diga la verdad. Ambos, madre e hijo, arrastran una carga pesadísima. Es imposible que caminen sin sentirse agotados. Así que tienen dos opciones. Olvidan o reescriben.

La madre de Simón asegura, con evidente irritación, que fuiste tú quien reveló a Simón la identidad de su verdadero padre y que, además, tiene pruebas de ello. ¿Es así?

Eso es ridículo. La prueba que tiene, ya te la habrá mostrado, es un sobre en cuyo interior hay una partida de nacimiento literal de Simón, donde no aparece el nombre de ningún padre porque nadie, salvo ella, se hizo cargo de él. En el exterior alguien ha escrito «Para Simón». Alguien. No yo. Y si hubiera sido cosa mía, tenlo muy presente cuando escribas tu reportaje, no habría tenido el más mínimo problema en confesarlo. Es más, habría sido un delicado placer plantarme frente a ella y decirle que sí, que fui yo, que lo hice porque me salió del coño. Desgraciadamente, no fue así. Es uno más de esos disparates que le ayudan a ponerse en pie cada mañana, en su afán de olvidar que su hijo se marchó sin siquiera decirle adiós. Cómo va a culparse a sí misma, pudiendo culpar a otra persona, en este caso, a mí. Ese es precisamente el blasón de la familia. La mentira. A Simón no le interesó nunca la identidad de su padre. De hecho, él me contó que, hasta el último día que estuvo presente el padre de Julia, lo trató como tal porque su madre le había dicho que las cosas tenían que ser de alguna manera, y esa era buena para ellos. Del mismo modo, una mañana se levantó y supo, también por boca de su madre, que ese hombre se había esfumado. Nunca llegó a conocer a su hija Julia.

¿Qué motivos tenía Simón para no decirle a su madre que se marchaba a Brasil? Dices que eres capaz de imaginarlos.

Creo que las respuestas anteriores contestan, más o menos, esta pregunta. Como ya he dicho, la relación madre e hijo, después de la muerte de Julia, nunca fue buena. De hecho, Simón no compartía con ella ninguna cuestión relativa a su vida. Muy raras veces

quedábamos a almorzar o a hacer cualquier otra cosa de las que suelen llamar familiares y, si hablábamos, era porque ella telefoneaba a casa cuando sabía que Simón no estaba, con el único fin de ponerme la cabeza como un bombo. Recuerdo cada una de aquellas conversaciones como extracciones dentales. Perdona la comparación. No es buena, pero es certera. Que si cuándo íbamos a tener hijos, que si la actitud de Simón era intolerable, que si algún día el arrepentimiento de Simón sería su peor enfermedad, que si yo la había defraudado al no interceder con la inteligencia que me suponía. Así todo el tiempo. No me extraña que, el día que su hijo decide poner un océano de por medio, no le diga absolutamente nada. Y, en el fondo, tampoco le puede extrañar a ella, porque conocía mejor que nadie la naturaleza última de Simón y de la relación que habían alimentado en los últimos años. Desgraciadamente, tenían más cosas en común de lo que yo habría deseado. A fin de cuentas, como él dijo, algo dentro de ellos se extinguió el día que Julia se cayó por aquel terraplén. Y creo que fue el buen amor, ese que te permite mostrarte y ofrecerte al otro sin ninguna reserva.

¿Por qué tendría que empezar por Huáscar y cómo lo hago y qué significa eso de que era su maestro?

Creo que este asunto, al igual que nuestra relación, tuvo su origen en aquel curso de sinergias en el que nos conocimos. Es una teoría. Solamente eso. Pero está llena de evidencias. Después de aquello, durante algún tiempo, Simón no dejó de hablar de cómo la gente se agarraba a un clavo ardiendo cuando la desesperación empujaba o uno se sentía desorientado. De otro modo, no podía explicarse que incluso nosotros acabáramos pagando por dar y recibir abrazos, como solución a lo que por entonces nos sucedía.

En su caso, la embestida de un dolor espantoso que llevaba años sin saber dónde colocar. En el mío, la expansión de un vacío que no sabía cómo llenar. El mismo día que nos fuimos a vivir juntos, me contó que iba a abandonar el departamento comercial de la empresa cárnica en la que llevaba trabajando varios años, porque tenía en la cabeza un gran plan. Y ese plan le funcionó, aunque a mí, en un primer momento, me pareció una auténtica locura. Ahora lo llamarían *coach*, sherpa emocional, gurú de la asertividad, tutor de la consciencia o cualquier chorrada de ese tipo. Entonces Simón se vendía como un simple cooperante. Resultaba asombrosa la habilidad con la que acompañaba e instruía a grupos de personas para que alcanzaran lo que él llamaba el estadio de individuos indispensables. No es una broma, aunque puedo entender que esto provoque risa a cualquiera. Parecía haberse estado preparando toda la vida. En apenas un año consiguió labrarse tal reputación profesional que era rara la semana que no viajaba a tres o cuatro ciudades del país para impartir charlas en cámaras de comercio, clínicas de rehabilitación emocional, congresos de bienestar y salud y colonias para retiros espirituales. Se creó una imagen que hasta a él mismo le sorprendía. Así que, poco a poco, comencé a desdibujarme como pareja para transformarme en la secretaria del líder. Aquello se convirtió en una obsesión para él. Se metió en una especie de círculo perverso: por un lado, se sentía poderoso al ser cada vez más admirado y seguido por gente a la que le va esta clase de gilipolleces y, por otro, le aterraba la posibilidad de ser desenmascarado, de que lo tachasen de impostor. Un miedo que yo también albergaba porque, desde el primer día, escondió su nombre y se hizo llamar Huáscar Dubló, en honor a su maestro, Huáscar Serrano, un hombre del que aseguraba, en cada uno de los encuentros, haberlo aprendido absolutamente todo. La verdad era

otra, claro, porque el disparate iba en aumento. Huáscar, según me contó, había sido un hombre con el que se cruzó en su infancia y por el que sintió una fascinación infinita. Poco más había o poco más me confió. No sé. Y de buenas a primeras, cuando comenzó a impartir las primeras sesiones de entrenamiento emocional, ya era capaz de contar la vida de este hombre con todo lujo de detalles, sus postulados esenciales, sus enseñanzas, su inventario de ejemplos reveladores. Claro que había algo de farsante en el Simón de aquellos años. Cómo no iba a haberlo. Así que ese temor lo llevó a suscribirse a revistas de casi cualquier temática, a leer libros y subrayarlos de principio a fin, a practicar ayunos, retiros prolongados, desintoxicaciones emocionales, a hablar de metamorfosis, desafíos, descensos y ascensos, defunciones y renacimientos. En definitiva, a justificar la máscara que se encajaba cada mañana. Por entonces, ya había dejado de verme. Daba igual que compartiéramos champú y cama. Me había convertido en una mujer invisible. Por supuesto, le advertí de que esto no iba a acabar bien entre nosotros. Y él lo único que hizo fue cambiar las suscripciones a la dirección de la madre, que, aunque sospechaba cosas raras, nunca supo a qué se dedicaba realmente su hijo, e incrementó el precio de matriculación en sus cursos, convencido de que los billetes podrían garantizarle mi vasallaje. Además, por aquel entonces, algunos medios de comunicación especializados se interesaron por su trabajo y, aunque no solía conceder entrevistas, el ego le pateaba el pecho. Estaba justo donde quería estar. Parecía feliz con esa vida. Se sentía más que querido. Idolatrado. Así que no hubo drama alguno. El día que le dije que quería separarme no puso ninguna objeción. De hecho, juntó las manos como si estuviera a punto de iniciar una oración y me dijo: ojalá la vida te ponga en el camino una mujer como tú. Supongo que era uno de los apotegmas

a los que siempre recurría. A mí me pareció un halago, la verdad. Algunos meses después, como te conté en el anterior correo, me escribió dos o tres mensajes para decirme que iniciaba una nueva fase de su transformación y que iba a pasar una larga temporada en Brasil. Interpreté que seguía feliz. Y me limité a desearle suerte.

¿No te importó que Simón, en vuestro último contacto, te dijera que no le iban bien las cosas?

Habían pasado cuatro años desde que se marchara a Brasil. No, no me importó. En absoluto. Aquel mensaje en el que pedía ayuda de manera indirecta ya no lo escribía Huáscar Dubló. Lo escribía Simón Úbeda Magallanes. Y si aquel me importaba poco, este me provocaba el mayor de los hastíos.

Con estas respuestas doy por concluida nuestra correspondencia. Espero que, una vez leídas, entiendas esta decisión. Después de tanto tiempo —no sé por qué ni pienso indagar en ello—, creo que Simón ha llamado a mi trabajo, preguntando por mí. El muy desubicado se ha identificado como mi marido. No le doy más importancia de la que tiene porque para estas cosas siempre fue un pobre desgraciado. Pero, en cualquier caso, me ha llevado a cuestionarme si hacía o no lo correcto contestando a tus preguntas. Creo que sí, aunque he dudado muchísimo. De lo que estoy convencida es de que ellos, madre e hijo, sea lo que sea que esté ocurriendo, no dejarán pregunta sin responder. Los conozco bien. Querrán demostrar que la vida funciona mejor no cuando sucede, sino cuando alguno de ellos se toma el tiempo y el esfuerzo de contarla.

Veintidós

El otro correo era de Simón.

Lo siento. Por razones que escapaban a mi voluntad, me ha resultado imposible acudir a nuestro encuentro. Mañana estaré en la Cafetería Santiago, a las 10.00, en la mesa donde está la biblioteca. Supongo que la habrás visto. Sé que esto no te queda a la vuelta de la esquina y, por tanto, entenderé que no acudas otra vez. Aun así, por si acaso, yo estaré ahí. Ya es costumbre para mí, por lo que no hace falta que des respuesta a este correo. Lamento el trastorno que te haya ocasionado. Tengo la esperanza de que el viaje no haya sido en vano y algo nuevo haya vuelto contigo a casa. Simón.

Veintitrés

Quienes saben de esto aseguran que no existe un brebaje para que una novela tenga el éxito garantizado, entendiendo por éxito hordas de lectores que compren el libro y lo recomiendan con voluntad de militante. Porque si existiera dicha alquimia, no dejaría de formularse, ya que ese éxito es uno de los yacimientos más buscados en esto de la literatura, por mucho que algunos autores renieguen de él en pos de un malditismo o un esnobismo que al lector le viene importando una soberana mierda. Lo que sí circula por ahí es la teoría de que toda novela que aspire a ese éxito ha de contar con una serie de ingredientes. No tiene ningún sentido que los enumere aquí y ahora, porque no es lugar ni momento, pero nunca está de más recordar que los recetarios o los libros de instrucciones son ideales para preparar un calamar en aceite o para instalar unos paneles japoneses en la casa que te acabas de alquilar, pero no para escribir una historia decente. Para eso es más útil hallar el aeropuerto, la vieja máquina de rayos equis que está dando origen a tu relato.

Tengo muy presentes unas palabras que leí al gran poeta norteamericano Wallace Stevens sobre la tarea de escribir. Son estas: «Uno puede hacer lo que le plazca; sin embargo, todo importa». Mi entorno más cercano sabe que, si bebo más de dos cervezas, amenazo con tatuarme ese principio activo, aunque la piel del bíceps no me alcance. Ellos lo viven como una maldición familiar, y yo, como un deseo atascado en un desagüe. Procuro que

mi escritura nazca de la libertad en la que se sostiene ese «hacer lo que le plazca», y no dejo de torturarme con la idea de que «todo importa». En ese equilibrio busco una armonía que, desgraciadamente, se suele mostrar esquiva y tacaña conmigo.

Desde que empecé a escribir estas páginas, cada vez que he reflexionado sobre el momento en el que debía introducir el relato de algún episodio de aquellos años, lo he hecho a lomos de la responsabilidad que imprimen esas palabras que alguna vez escribió el poeta. Me sentía impelido por la libertad de lo que me place, pero no dejaba de cuestionarme si esos eran el lugar y el momento adecuados para hacerlo, sabedor de que todo importa. Y en esas ocasiones siempre llegaba a la misma conclusión: tiene que ser así, no me queda otra, tengo que recuperar aquellos días nuestros en el barrio. Porque Simón, tal y como se tratará más adelante, se mostró esquivo a la hora de hablar conmigo sobre aquellos dos años, sobre aquel niño tímido y pecoso que un buen día llegó a nuestro colegio y se instaló en la casa del viejo Thierry. Su talante escurridizo, indefectiblemente, invocaba mi memoria. Porque, a mi juicio, es inconcebible este libro sin el recuerdo de aquel Simón colándose en el campamento de discapacitados, sin aquel intento de atravesar la Cueva del Rascacio, sin su presencia muda durante la paliza que me propinó mi madre, sin aquel día en que se convirtió en un héroe a las puertas del cementerio y sin aquella emocionante despedida que le organizamos en la vieja fábrica de azufre. Cada uno de esos relatos están ahí precisamente porque hago lo que me place, muy consciente de que todo importa.

Pocas semanas antes de que Simón se marchara, cuando aún nadie sabía, ni siquiera él, claro, que acabaría dejando el barrio, me preguntó si estaría dispuesto a acompañarlo a la pista del aeropuerto. Aquella propuesta no era propia de Simón. Tanto él

como yo lo sabíamos, y nuestras caras mostraban la consternación de lo que a todas luces nos era ajeno. Detuve el paso y me quedé mirándolo en silencio, con el mismo asombro con el que habría observado la eclosión de un minúsculo huevo bajo mi piel. Entonces volvió a hablar como si ya hubiera oído mi negativa.

—Te entiendo perfectamente. Porque aquello, a pesar de todo, fue tremendo.

—¿Tremendo?

—No sé cómo definirlo, la verdad.

—Mi madre no me mató en el cuartelillo porque había dos guardias civiles presentes.

—No exageres, hombre.

—Tú mejor que nadie sabes que no exagero.

—¿Y Huáscar?

—¿Qué pasa con Huáscar?

—¿Alguna vez has pensado que tu encuentro con ese hombre hizo que aquello mereciera la pena?

—No.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a pensar eso, Simón?

—Aquello siempre me ha parecido fascinante.

—A mí no. Sobre todo teniendo en cuenta que no dejaba de pensar que mi madre echaría abajo la puerta en cualquier momento. Para mí era una cuestión de pura supervivencia.

—Aun así, me sigue fascinando.

—Desde luego, no sentimos fascinación por las mismas cosas. Cada día lo tengo más claro.

—¿Me cuentas la historia de nuevo?

—No me apetece. Además, no estamos ahora en eso. Estamos en lo que estamos. ¿Por qué quieres entrar en la pista del

aeropuerto? ¿Tú sabes la que se nos va a venir encima?

—Creo que ese acto nos puede traer cosas buenas.

—Lo que nos va a traer son hostias como panes. No te entiendo, Simón.

—No sé cómo explicarlo mejor.

—Pues yo no me voy a meter en algo que ni siquiera sabes explicar.

—Desde que he llegado a este barrio, nuestras mejores hazañas han tenido que ver con el aeropuerto. ¿Te has parado a pensar en eso?

—¿Nuestras mejores hazañas?

—Lo veo como en las novelas de misterio. Siempre hay una casa maldita, un cementerio indio, un sarcófago cerrado. ¿Y qué hacen los personajes?

—El gilipollas. Eso hacen.

—Una buena noche entran a hurtadillas en la casa. O entierran un gato en el cementerio. O fuerzan el sarcófago con una pata de cabra. Y solo entonces la historia consigue, con una fuerza poderosísima, empujar a los personajes a vivir todas esas aventuras.

—Aventuras dice, el muy tarado. ¿Vas de escritor ahora?

—Creo que el aeropuerto tiene ese fantástico poder.

—A ver si vamos a tener que dar las gracias porque nos hayan puesto un aeropuerto en mitad del barrio, en lugar de un parque acuático o un polideportivo.

—No es eso.

—Pues sigo sin entenderte, chaval. Y hoy, además, me das más miedo que ayer.

—Por eso te decía antes que no sabía explicarlo mejor.

—Bueno, en realidad sí entiendo lo que me dices, aunque me parezca un disparate monumental. Lo que me cuesta es encontrar una sola razón para colarme contigo en la pista, sabiendo como sabes lo que pasé después de aquello.

—Precisamente por eso. Quién mejor que tú, que ya lo has sentido en tu propia piel. Me tendrás que reconocer, al menos, que recurro a la persona adecuada. ¿A quién quieres que se lo proponga?

—A quien te salga de los huevos. ¿De qué estás hablando?

—De Huáscar y su relato maravilloso.

—Vamos a ver, Simón, ¿qué relato maravilloso?

—No me vengas ahora con eso. Tú sabes tan bien como yo lo que te producía recordar aquella conversación.

—Sencillamente me gustaba contarte lo que me había ocurrido. Eras tú quien me pedías que volviera a tal o cual hecho. Es más, Simón, en ocasiones preguntabas por detalles que yo ni siquiera había mencionado. Así que no me pongas a mí de fascinado, porque aquí el único fascinado que hay eres tú.

—No digo que vayamos a entrar. Solo me gustaría saber si, llegado el caso, me acompañarías.

—¿Ahora esto va de lealtad?

—¿Qué?

—¿Es por aquello de la Cueva del Rascacio? ¿Una prueba de lealtad?

—¿Qué dices?

—Lo que has oído.

—Bueno, vale, déjalo, suficiente.

—No. Ahora no es suficiente. Venga, imagina que entramos. Una vez dentro, ¿qué hacemos?

—Esperar.

—¿Esperar?

—Sí, esperar.

—Esperar a qué, cojones.

—Esperar a que suceda.

—¿Nuestra detención?

—El desafío, la hazaña, el mito, la aventura maravillosa. Eso que poder contar el día de mañana.

—Y la manta de hostias que nos darán nuestros padres también, ¿no?

—Si eso llega, que llegue. Porque quiénes somos nosotros para creer que no tenemos que pasarlo mal en esta tarea de conseguir algo bueno.

Esas últimas palabras de Simón, sin entender muy bien por qué, me produjeron una profunda pena. Por primera vez durante aquella conversación concentré mi mirada en unos ojos oscuros y vidriosos que parecían demandar un afecto que en mi vida se me antojaba inagotable. Con mi brazo sobre sus hombros, nos aproximamos a aquella valla del aeropuerto que un día, incendiado por los gritos y el deber, dejé atrás como una mala enfermedad. Le volví a contar la historia de principio a fin, esta vez señalando con la precisión que la distancia permitía, qué dirección tomé, en qué lugar perdí de vista el balón y el punto exacto donde el coche de la Guardia Civil me cortó el paso. Después, nos sentamos en el tronco de un viejo eucalipto que había caído hacía ya muchos años, y le reproduje mi conversación con Huáscar. Simón, tal y como acostumbraba a hacer, aportó sus propias consideraciones y agregó detalles, acciones, palabras, mejorándolo en todo momento, no lo voy a negar, con el pretexto de que en otras ocasiones yo lo había relatado de ese modo. La verdad es que no podía asegurar si él estaba o no en lo cierto. Mucho menos hoy, que han corrido los

años y mis intereses son otros. Pero ya entonces tuve la sensación de que, aunque la historia era mía, el relato, progresivamente, dejaba de pertenecerme y se convertía cada vez más en el suyo. Y a mí aquello me parecía un acto de justicia: yo me sumergía en su fascinación y él, a cambio, se apropiaba de aquella historia.

Veinticuatro

Esta vez sí me bastó con teclear el nombre de Huáscar Dubló en el buscador. Como si alguien tirara de golpe de una sábana y dejara a la vista un cadáver desnudo, los titulares más recientes se mostraron con toda su contundencia: «Huáscar Dubló, el gurú del Regreso, condenado a cuatro años de prisión»; «Huáscar Dubló, de charlatán exitoso a culpable de homicidio»; «Condena insuficiente para Huáscar Dubló»; «Huáscar Dubló pronuncia su último discurso». No había demasiadas noticias ni las recogían los grandes medios de comunicación, pero era posible construirse una visión de conjunto si se leían con atención y se comparaban en algunos puntos. Y eso procuré hacer en cuanto fui capaz de aflojar el nudo que me estrangulaba la boca del estómago.

Me resultó curioso que el nombre y los apellidos reales, salvo en una de las noticias en la que habían apuntado sus iniciales, no figuraran por ningún lado. Daba la impresión de que el personaje hubiese molido los huesos de la persona para que nadie los encontrara. Tal y como me había contado su exmujer, Simón se había erigido en una especie de charlatán que se dedicaba a entrenar y orientar a personas que querían progresar hacia el éxito personal, social y económico. De aquellas noticias, y de su impacto, se infería que no se trataba de alguien especialmente conocido fuera del campo en el que acostumbraba a desenvolverse, pero eso no significaba que sus ingresos fuesen escasos. Había triunfado. El niño tímido y frágil se había convertido en alguien del que aprender

algo. De hecho, a tenor de los bienes inmuebles y de las cuentas bancarias que se le incautaron para hacer frente al abono de la indemnización por responsabilidad civil, deduje que debía de hacer su trabajo francamente bien. En ninguna de las noticias apenas se ahondaba en los años anteriores a la condena. Se decía que impartía talleres de transformación interior, que se había convertido en toda una referencia en el mundo del *coaching* empresarial y que no solía prodigarse en los medios de comunicación. De su origen, aún menos: que había nacido en Ávila, Zamora o Murcia, según la fuente, y que había recibido su ecléctica formación durante una larga estancia en Brasil.

Solo una de esas noticias usaba una fotografía que no fuese un mero recurso de archivo. En ella se apreciaba la típica sala de un juzgado. Al fondo y a los lados, los encargados de juzgarlo, defenderlo y acusarlo, bajo la atenta mirada del Rey de España. Y, en el centro del encuadre, de espaldas, con la cabeza afeitada, el cuerpo algo encorvado, arropado por una chaqueta desmesurada, quienes ellos creían que era Huáscar Dubló: mi viejo amigo Simón Úbeda Magallanes.

Por más que lo intenté, por más que busqué, leí, subrayé y anoté, no fui capaz de aglutinar y ordenar más información sobre su pasado que la que he glosado en este capítulo, porque los periodistas se centraban en lo verdaderamente relevante para ellos: los hechos acaecidos el 17 de septiembre de 2015, en el desierto de Tabernas, Almería.

Veinticinco

—Dese prisa. Hay mucho movimiento ahí afuera.

—Seré breve. Pero no hay de qué preocuparse, muchacho. Los relatos concluyen cuando tienen que concluir. Y no siempre lo hacen en el final.

—Creo que no tengo tiempo de pararme a entender eso.

—El color de aquella mañana, da igual cuándo fuese esa mañana, no presagiaba nada bueno. Las nubes, amontonadas y de un gris amoratado, como de tinta desleída, fueron juntándose, juntándose, sin duda a cónclave, en las alturas del cielo, deliberando si se desharían o no se desharían en chubasco.

—Nublado y a punto de llover, vamos.

—¿Todavía no has aprendido nada?

—Perdón. Continúe.

—Esa mañana con nublo, como iba diciendo, mi cuñado, o mejor dicho, mi casi hermano de sangre, el mismo que me había abierto las puertas de su casa y empleado en su empresa de embutidos, me propuso que hiciera algo que estaba mal.

—¿Qué le propuso?

—Me vas a permitir que el qué no lo desvele por razones obvias. Pero has de saber que el mal es el mal independientemente del qué y del cómo, del dónde y del cuándo. Su categoría imposibilita cualquier matiz. El mal es el mal. Punto.

—Si yo no le voy a llevar la contraria en eso, pero me gustaría saber qué hizo mal.

—No he dicho que hiciera nada mal. He dicho que mi cuñado me propuso que hiciera algo que estaba mal. Es distinto.

—No lo hizo, entonces.

—Hay cosas que no son fáciles de explicar ni reducibles a un escueto sí o no. Y uno, a veces, para responder a según qué cosas no puede empezar por el medio, sino por el principio, para que se tenga entera noticia del hecho en cuestión. Así que, para no alargarlo más de la cuenta, teniendo en consideración las circunstancias, mejor dejémoslo en eso, en que me pidió hacer algo que estaba mal.

—¿Matar?

—No, por Dios.

—¿Robar?

—Tampoco.

—¿Mentir?

—Llevar algo a un sitio. Dejémoslo ahí, por favor.

—Vale. ¿Pero entonces para qué me lo cuenta?

—¿A quién mejor que a ti? Tú también hiciste algo que estaba mal.

—¿Yo?

—Te metiste en la pista de un aeropuerto porque así te lo pidieron. Ese era el principio de todo esto, ¿no?

—A mí no me lo pidió nadie.

—Yo creo que sí.

—Le aseguro que no.

—Imagina que estás tú solo y el balón cae en la pista. ¿Entras a por él?

—Probablemente no.

—Pues entonces está claro. Te sentiste obligado. Hiciste lo que te pedían.

—¿Se sintió usted obligado por su cuñado?

—¿Tú qué crees, muchacho? Me acogió en su casa y me dio trabajo. A mí, que llegué con toda el hambre del mundo y sin más pertenencias que lo que llevaba pegado al cuerpo. Así que la primera vez me costó decirle que sí, esa es la verdad, pero luego, como suele ocurrir con casi todos los pesares, se me acabó haciendo el cuerpo.

—¿Cuántas veces lo hizo?

—El mal es el mal. Ya te lo he dicho. El cuánto tampoco importa. Quédate con la categoría. El mal, ya está.

—Entonces quédese usted con que cualquiera de los que estábamos allí habríamos entrado en la pista. Esa era la regla.

—Permíteme que lo dude. Las reglas las escribe alguien. Y me da que tú no fuiste ese alguien. Así que obedecías. Además, no todo el mundo está dispuesto a pasar por una experiencia como esta.

—Yo tampoco. ¿O es que se cree que me siento feliz en este cuartucho?

—Tus hechos no te dan la razón, muchacho. Y que conste que yo no estoy reprobando que cometieras ese acto. Porque ¿quién ha dicho que no haya que pasarlo mal para conseguir algo bueno en la vida?

—¿Qué cosa buena podría sacar yo corriendo por el medio de una pista de aterrizaje?

—La respuesta a esa pregunta, en ocasiones, tarda en llegar. Se me ocurren posibles motivos, pero lo pertinente es que al final acabes encontrándolos tú mismo.

—¿Usted encontró los suyos?

—Aún estoy en ello, porque mi cuñado, hoy por hoy, no sabe dejarlo estar. Hay que ser paciente con estos asuntos. Además, no

todo el mundo entiende esto. Empezando por esos guardias civiles de ahí afuera, obviamente.

—Y terminando por mi madre, también obviamente.

—¿Qué le vas a contar cuando la veas? ¿Esa verdad de la que me hablaste?

—Yo es que creo que mi madre no me va a dar la oportunidad de que cuente nada.

—Lo hará. Porque no te dejarán a solas con ella. Así que no le quedará más remedio que pronunciar palabra.

—Pues no sé qué contarle.

—Ya.

—No la conoce. Una pizca de su furia echa a perder una cosecha entera.

—Se me ocurre una manera de ayudarte.

—¿A mí?

—Sí.

—Soy todo oídos.

—Llama a esa puerta y grita que no puedes estar un minuto más encerrado conmigo, que te estoy volviendo loco o que tienes miedo. Te sacarán de aquí y te llevarán a cualquier otro lado hasta que venga tu madre. Cuando ella aparezca, lo primero que tendrás que decir, saltando por encima de su furia, es que te han tenido encerrado a solas con un hombre desconocido.

—¿Y?

—A ti eso te parece poco, porque, en realidad, te he contado buena parte de mi vida y, de alguna manera, he dejado de ser un desconocido. O eso espero, francamente. Pero en el estado en el que llegará tu madre, funcionará como el combustible. Algo saldrá ardiendo en su interior, y ese fuego no irá contra ti. Irá contra ellos.

Al menos en un primer momento, que es lo que estamos buscando ahora.

—Eso no va a funcionar.

—Bueno, hagamos lo que tú propones. Que es absolutamente nada. Ve preparando el lomo, muchacho.

—Pero...

—No me digas que no se te ha pasado por la cabeza, en algún momento de nuestra conversación, llamar al guardia civil para que te sacara de aquí.

—Sobre todo al principio.

—Pues ya está. Suficiente. Vuelve a ese punto.

—¿Y si me preguntan qué ha ocurrido para que no quiera estar con usted?

—Diles la verdad. Cuéntales lo que te he contado. Mi vida. Aunque te agradecería que pasaras por alto el detalle de lo que me pidió mi cuñado. Eso me ahorraría problemas. Y quiero llegar a Tarragona a impartir mi curso.

—Todo esto es tan raro que hasta puede que funcione.

—No lo dudes. Funcionará.

—Creo que voy a hacerlo.

—Vale. Es lo correcto. Yo estoy preparado.

—Entonces, ¿grito ya?

—Cuando tú quieras.

—Vale.

—Bueno, espera. Una última cosa.

—¿Qué?

—Ya que te vas y probablemente no nos volvamos a ver, me gustaría que antes ocurriera algo.

—...

—Eres la persona adecuada. De otro modo, dudo mucho que hubiese acabado aquí contigo. Creo que puedes llegar a ser un individuo indispensable.

—...

—Tengo esto para ti.

—...

—Acéptalo, anda.

—...

—Eso es, muchacho.

—...

—Ahora escóndetelo, que nadie lo encuentre.

Veintiséis

Los hechos probados, según la sentencia condenatoria, son los que sintetizo en el siguiente relato, con algunas concesiones narrativas que, a estas alturas, no merece la pena justificar.

Simón Úbeda Magallanes, conocido como el arcipreste Huáscar Dubló, organizó unas jornadas de cooperación personal para los días 16, 17 y 18 de septiembre del año 2015. El título de las mismas era «Regreso a nuestro yo indispensable» y tuvieron lugar en una pequeña finca, en pleno desierto de Tabernas, Almería, donde, con ayuda de una empresa de escenografía cinematográfica, levantó dos yurtas —viviendas típicas de los mongoles nómadas—, que al parecer están muy de moda entre la gente de trascendencia ligera. El precio de la matrícula, edición dorada y limitada, era de seis mil euros, y contaba con un programa parcamente dividido en tres jornadas: Meditación (entrenamiento), Transición (Pasadizo de Regreso) y Memorización (textos universales).

Se inscribieron siete personas de varias nacionalidades: española, alemana e italiana. Cuatro mujeres y tres hombres que se presentaron en la finca el día y a la hora acordados, con un ayuno previamente indicado, que solo permitía la ingesta de agua y una cantidad precisada de acerola y cajá. Los recibió el arcipreste Huáscar Dubló, quien, después de mostrarles la yurta donde descansarían cuando cayera el sol, cobró la cantidad establecida, rebautizó a cada uno de ellos, impartió una de sus habituales charlas transformadoras y dirigió ejercicios de meditación libérrima y

efusiva, según palabras textuales de algunos inscritos. La noche de esa primera jornada, antes de retirarse a descansar, el arcipreste les practicó la unción en la frente con protector solar y les explicó en qué consistiría el ejercicio del día siguiente. Según la sentencia, queda probado que existió un detalle que él calló.

La Agencia Estatal de Meteorología determinó que el 17 de septiembre de 2015, en la zona del desierto de Tabernas donde se levantaban las dos yurtas, se alcanzó una temperatura de treinta y ocho grados centígrados, con un cielo despejado y un viento sur apenas perceptible. Los Fascinados, del uno al siete, que así fue como los numeró el arcipreste Huáscar Dubló, estuvieron listos para emprender la caminata a las seis en punto. En ese momento se inició lo que en el programa constituía una transición por el «Pasadizo de Regreso».

Estuvieron caminando durante más de tres horas, siguiendo sendas, atravesando ramblas y subiendo y bajando cerros, en uno de los desiertos más grandes de Europa. Únicamente ingirieron agua, se detuvieron a recuperar la respiración o pronunciaron palabra cuando el arcipreste indicó que así lo hicieran. A mitad de camino, el Fascinado número tres y la Fascinada número cuatro, un matrimonio de alemanes de unos cincuenta años, decidieron abandonar el ejercicio porque el Fascinado número tres se torció el tobillo en mitad de una rambla y se había convertido en un lastre para el grupo. Antes de darse media vuelta, el arcipreste Huáscar Dubló sacó ceremoniosamente del bolsillo de su pantalón un pañuelo blanco y les secó el sudor de la frente a ambos. No era aquello un gesto amable, claro que no. De un modo simbólico, retiraba la unción de protector solar de la noche anterior.

A las diez de la mañana, el arcipreste Huáscar Dubló y los cinco Fascinados que quedaban llegaron a la boca de la cueva de la que

habían oído hablar la noche anterior. Por fin, el Pasadizo de Regreso. En la sentencia se recoge que la motivación de atravesar aquella galería de más de cuatrocientos metros de longitud era regresar a ese individuo valioso e indispensable que todos ellos, en algún momento y por razones diversas, habían dejado atrás en sus vidas. Así lo manifestaron los Fascinados llamados a declarar en el juicio. El recorrido se hacía de este a oeste, en el sentido inverso a la rotación de la Tierra, y lo único que podían portar era una linterna y un cuenco con agua que debían procurar conservar lleno hasta que el arcipreste dijera qué hacer con ella. En un principio, todos se dispusieron a emprender la marcha, pero el Fascinado número uno, cuando se puso de rodillas para salvar la angosta entrada, aseguró que aquello le iba a resultar imposible y decidió retirarse. El arcipreste Huáscar Dubló, como ya había hecho una vez, volvió a sacarse el pañuelo blanco del bolsillo del pantalón para pasarlo por la frente del Fascinado número uno. Solo entonces, ahora sí, los Fascinados número dos, número cinco, número seis y número siete, encabezados por el arcipreste, entraron en la negrura de aquella oquedad, con una linterna prendida en una mano y un cuenco con agua en la otra.

El Pasadizo de Regreso no entrañaba grandes dificultades. En la mayor parte de su extensión se progresaba con el cuerpo completamente erguido, pero existían algunos puntos delicados donde resultaba imposible avanzar si no se hacía de rodillas y, en el caso de la Fascinada número dos, por su gran complexión, arrastrándose como un soldado en campo enemigo. A pesar de que, como digo, no era una ruta compleja, la inexperiencia de todos los expedicionarios, incluida la del arcipreste Huáscar Dubló, la convertía en una madriguera de serpiente. De modo que, durante los tres primeros cuartos de aquella casi onírica travesía, hubo

ansiedad, nerviosismo, agotamiento, calambres, bloqueo y algún que otro episodio de euforia que hubo que controlar a bofetón limpio.

Cuando restaban unos ciento cincuenta metros para alcanzar la salida, el arcipreste detuvo la expedición. Pidió que se sentaran en el suelo y que le hicieran entrega de las linternas. Las tomó en su regazo y con una cuerda, no sin dificultad, las ató juntas, incluidas las de los desertores, improvisando un foco que engrosaba su haz de luz. Allí detenidos, iluminados por aquel manojo de linternas que le colgaba del cuello, el arcipreste Huáscar Dubló comenzó a hablar con su habitual cadencia reveladora de misterios.

He aquí uno de los hechos que más controversia generó en el juicio. Porque, según el acusado, él había informado de todos los detalles de cada uno de los ejercicios durante la noche anterior, poco después de que se metieran en la yurta a descansar. Ninguno de los Fascinados, del número uno al número siete, objetó nada. Ni siquiera plantearon preguntas. Desgranó las instrucciones, advirtió de los riesgos que entrañaba la incursión en el Pasadizo de Regreso y subrayó, por supuesto, la naturaleza voluntaria de aquel acto. Así que aquella parada en la travesía no era sino un recordatorio de lo que ya había apuntado didácticamente la noche anterior. Sin embargo, todos los Fascinados que tuvieron oportunidad de declarar manifestaron lo contrario: que se detuvieron como en la estación de penitencia de un vía crucis y que nada de lo que ocurrió a continuación era conocido previamente por ninguno de ellos.

El arcipreste Huáscar Dubló les pidió que se arrodillaran. Después les dijo que estaban a punto de comenzar la última fase de la transformación y que para ello había que tocar el corazón de la oscuridad y buscar la luz. Hizo una pregunta: ¿estáis preparados? Todos, tanto arcipreste como Fascinados, coincidieron en el juicio en

que, efectivamente, se formuló esta pregunta. Un detalle al que se agarró la defensa durante todo el proceso judicial para demostrar el pleno consentimiento de los matriculados. A partir de ese momento comenzó la ceremonia. El arcipreste Huáscar Dubló les pidió que vertieran sobre sus propias cabezas la mucha o poca agua que quedara en sus respectivos cuencos. Y así lo hicieron. Entonces él se les acercó por la espalda a cada uno de ellos y les cubrió la cabeza con una bolsa de tela negra que, según había explicado, estaba diseñada para que no se quedaran sin oxígeno y, a su vez, se vieran obligados a centrarse en su plexo solar. Este punto también fue reconocido tanto por parte de la defensa como de la acusación. Sin embargo, donde no hubo acuerdo fue en el sistema de cierre de las bolsas de tela. Mientras la defensa insistió en que ellos conocían todos los detalles, los Fascinados lo negaron en sus respectivas declaraciones. El arcipreste ajustó la bolsa de tela a la altura del cuello, tirando de un lazo que cerraba la apertura y, seguidamente, lo fijó con una pequeña brida, haciendo imposible la tarea de quitar la bolsa sin forzar previamente dicha brida. A la pregunta de si ellos conocían la existencia de ese cierre, la respuesta fue una negativa unánime. Según la sentencia, este hecho quedó sobradamente probado. A continuación les ordenó que se pusieran de pie y afinaran el oído para seguir el sonido que iban a escuchar. La idea era que progresaran en aquella galería orientándose exclusivamente por la vibración continuada de un cuenco tibetano que el arcipreste Huáscar Dubló hacía resonar todo el tiempo. Tenían que recorrer ciento cincuenta metros, sumidos en las tinieblas de aquella bolsa de tela, y envueltos en un sonido que parecía viajar en todas las direcciones. Era lo que el arcipreste denominaba seguir una órbita de confianza.

No lograron alcanzar la luz. Cuando apenas habían progresado unos cincuenta metros y los penitentes ya estaban magullados, contusionados y extenuados, se produjeron los hechos que lo llevaron a sentarse en el banquillo de los acusados. La Fascinada número siete, una mujer italiana de cuarenta y cinco años, la única que había traído su perro a las jornadas de entrenamiento y lo había dejado en el interior de la yurta a la espera de su regreso, tal y como se recoge en el atestado, entró en pánico y se le desordenó la respiración. Cuando fue a desprenderse de la bolsa de tela, se percató de que, por algo que ella no entendía, resultaba una tarea imposible. De modo que comenzó a gritar, a caminar en círculos y a darse golpes y más golpes con las irregulares paredes de aquella cueva. El resto de los Fascinados, al oír aquellos gritos angustiados, de un modo instintivo intentaron deshacerse también de la bolsa que les cubría la cabeza, pero el resultado fue el mismo que el de la Fascinada número siete. Angustia, golpes, extenuación y colapso. Aquello se convirtió, en apenas unos segundos, en un pequeño infierno del que el arcipreste Huáscar Dubló decidió huir, en cuanto se dio cuenta de que la desesperación de los Fascinados hacía imposible cualquier intento de cortar las bridas. Una vez fuera de la cueva, llamó a los servicios de emergencia y relató someramente lo que había ocurrido. Tardaron en llegar unos treinta minutos, durante los cuales él no fue capaz de volver al interior del Pasadizo de Regreso. El temor a encontrárselos a todos muertos lo tenía paralizado.

Los bomberos entraron en la cueva y hallaron una escena más propia de la ficción que de la realidad. Al menos de la realidad a la que ellos estaban acostumbrados. Cuatro personas tumbadas en el suelo, con una bolsa negra cubriéndoles la cabeza, intentando que les llegara un hilo de aire a los pulmones. Algunos bomberos

aseguraron no haber visto nada igual en su vida. Allí mismo fueron atendidos los Fascinados y allí mismo se certificó la muerte de uno de ellos. La Fascinada número siete, la italiana de cuarenta y cinco años, fue sometida a maniobras de reanimación durante más de hora y media, pero no consiguió superar la parada cardiorrespiratoria, dejando huérfano a un fox terrier de apenas un año. El resto de los Fascinados, aunque requirieron ingreso hospitalario, lograron vivir para contarlo. He ahí la desgracia del arcipreste Huáscar Dubló, en palabras de la propia acusación. Porque el testimonio de los supervivientes llevó a que Simón Úbeda Magallanes fuera condenado a cuatro años de prisión por homicidio imprudente y a abonar una indemnización por responsabilidad civil que superaba los ochocientos mil euros.

Veintisiete

Hay días que se quiebran cuando ya los tienes entre las manos. Aquel, claro, fue uno de ellos. Cuando llegué a la Cafetería Santiago, Simón esperaba justo donde había dicho. Efectivamente, tenía el cabello mucho más largo que en cualquiera de las fotografías. Le rozaba los hombros, apenas pintaba canas y era de una espesura envidiable. No hallé huella de lo que un día pudieron ser aquellas pecas de nuestra infancia. Se había sentado de espaldas a una de las estanterías y, con la mirada expandida a través del ventanal, parecía estar arropado por una sencilla aureola de tranquilidad. Mentiría si dijera que no pensé en dar media vuelta y volver a mi casa, a mi mujer y a mi realidad contante y sonante. Había algo en aquel encuentro que me provocaba una reacción física desagradable. Como si alguien se hubiera dedicado durante todo el camino, desde Almería hasta Antequera, a advertirme, una y otra vez, de que ni Simón era mi amigo, ni ese hombre de cabello largo era aquel niño, ni yo era el escritor que me empeñaba en aparentar ser.

En cuanto se percató de mi presencia, se levantó lentamente de la silla y me abrazó con locuaz delicadeza. Luego pronunció mi nombre un par de veces. No sé qué era exactamente aquello. Pero aún tengo presente la respuesta espontánea de mi piel. ¿De verdad estaba frente al mismo Simón con el que había compartido aquellos días de nuestra primera adolescencia? ¿Aquel niño tímido y frágil acababa de abrazarme, de nombrarme en voz alta? Tuve la

impresión de que todo lo que iba a suceder era una gran ficción a punto de ser representada sobre el escenario de un pequeño teatro. Y a eso me agarré para rozar algo de verosimilitud con la punta de los dedos. El telón se deslizó hacia un lado. Los focos nos apuntaron mientras ocupábamos nuestras respectivas sillas. El público buscó el silencio en el patio de butacas, obligado por la curiosidad y la convención. Después de unos segundos de contención dramática, Simón habló desde lo que se me antojaba sencilla alegría. Y yo hice lo mismo, aunque desde una emoción distinta. He aquí la representación de este primer final.

—Enhorabuena por tu libro.

—Gracias.

—Es fabuloso. No he leído los anteriores, pero ten presente que los buscaré.

—Te los enviaré. No te preocupes.

—Ya. Te lo agradezco.

—De verdad, cuenta con ellos. Casi todos están metidos en cajas.

—Cuánto tiempo...

—...

—¿Cómo es que te dio por escribir sobre el barrio y aquellos años?

—Es largo de explicar. La versión corta es que estaba a punto de dejar la escritura. De hecho, el libro era el inicio de ese abandono.

—Interesante punto de partida. O de llegada, no sé.

—La idea no era publicarlo, porque si uno quiere dejar de escribir, por algún lado tiene que empezar. Pero ya sabes cómo somos los escritores.

—A mí la historia me pareció una construcción sobrecogedora de principio a fin. Así que me alegra que decidieras publicarlo. Y

supongo que, como yo, hay otros lectores que se alegran.

—Bueno... Solo es un libro. Como los que esperan en estas estanterías. Pero te lo agradezco.

—Ya me ha dicho Luquita que te puso al corriente.

—¿Luquita?

—Luquita Santiago. El dueño de este lugar.

—Ah. Sí. Tuvimos una generosa charla ayer.

—Bien. Es mejor. Porque eso agiliza nuestra conversación, ¿no lo sientes así?

—No lo sé, la verdad.

—¿No lo sabes a secas o no sabes lo que sientes?

—No lo sé. Sin más.

—Percibo cierta contrariedad en tu incertidumbre.

—Es posible.

—Te recomiendo que donde exista contrariedad siempre dispongas curiosidad. Es mucho más fértil.

—¿Es uno de tus principios de transformación?

—...

—Vale... Discúlpame.

—¿No te parece de sentido común que es mucho más saludable la curiosidad que la contrariedad?

—Hay que andarse con ojo cuando se habla de sentido común.

—La suspicacia tampoco es constructiva. Te conduce al prejuicio. Y eso suele ser desastroso.

—Ya.

—El prejuicio es hostil, hosco, estéril. Y eso podría hacer que me levantara y me marchara, por ejemplo. O que te gritara y lanzara este vaso contra ese precioso ventanal. Es un mal recurso en una conversación como esta.

—...

—Tranquilo. Es una broma.

—No creo que tengas pensado marcharte aún.

—Bueno, es un riesgo que debes asumir.

—Ya lo hice ayer. Y lo hago ahora. Me estoy especializando en ese riesgo.

—¿Qué sabes de mis principios de transformación, tal y como los llamas?

—Muy poco. Apenas lo que se dice en algún medio de comunicación.

—Eso es nada, amigo. Dime qué quieres saber.

—Antes de hablar de esas cuestiones, preferiría conocer con qué fin te pusiste en contacto conmigo.

—Ya te lo dije. Me gustó tu novela.

—No vas a alejar la suspicacia si tus respuestas van a ser de esa índole.

—Deduzco que estás poco acostumbrado a que los lectores te escriban hablando bien de tu libro.

—Y mucho menos si esos lectores me proponen que escriba sobre algo y, seguidamente, me prohíben que lo haga. Mostrar y esconder es una técnica muy básica en esto de la persuasión.

—¿Persuasión? ¿De qué te quiero convencer yo?

—No lo tengo claro aún.

—Crees que quería traerte hasta aquí. ¿Es eso?

—No lo sé. Hay demasiada distorsión en todo lo que está ocurriendo. Tu sugerente teoría de los pasadizos, por ejemplo, me tiene algo desconcertado.

—...

—Por lo que he leído, no creo que naciera en mi libro. Es más, me parece que sencillamente es un buen anzuelo. ¿Ves descabellado que piense así?

—Yo no puedo ver descabellado absolutamente nada. Pero me extraña que lo tengas tan claro cuando fuiste tú quien me remitió un correo detrás de otro para que nos viéramos cuanto antes. Te ofrecí mi silencio y te negaste a aceptarlo. ¿Acaso fui yo quien te obligó a emplear esa artimaña de que tenías que hablar urgentemente conmigo sobre algo que concernía a mi hermana?

—...

—No te preocupes. No me lo he tomado a mal. Soy consciente de que, aunque mi intención no era la que piensas, han sido mis palabras las que han detonado tu curiosidad.

—¿Por qué me diste la dirección de tu madre para el envío del libro?

—Tú insistías e insistías. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que te diera las señas de la cárcel? Hola, viejo amigo, qué tal, para cualquier cosa que necesites, estoy en prisión.

—Tu madre lleva años sin saber nada de ti. Podrías haber dado la dirección de esta cafetería, por ejemplo. Cualquier cosa con tal de ahorrarle algo así. Quizá creas que se trata de un nuevo prejuicio, pero estoy convencido de que las cosas están sucediendo tal y como quieres que sucedan.

—No, qué va. Más que un prejuicio, me parece un cumplido. Tu insistencia me hizo intuir que no sería suficiente con el envío del libro; que tarde o temprano te pasarías por la dirección que te facilitara. Y por lo que veo no me equivoqué. ¿Qué tal está mi madre?

—No muy bien, la verdad. Dolida, enfadada o triste. No sé. Rabiosa, quizá. Asegura que ya ha dejado de buscarte, pero es difícil de creer. Ha sido muy duro para ella saber que te pusiste en contacto conmigo. Y que me dieras su dirección le ha parecido una broma macabra.

—Esta mujer no va a cambiar nunca... Veo que sigue con eso.

—¿Con qué?

—Con el asunto de mi inexplicable y misteriosa desaparición.

—Es comprensible. Eres su hijo.

—Bueno, eso no te lo voy a negar.

—¿A ti no te parece razonable su dolor?

—Mi madre sabe dónde estoy.

—¿Lo sabe?

—Claro.

—Simón, me ha mostrado la denuncia que puso después de tu desaparición.

—No digo que no me marchara sin avisarla. Eso sí lo hice. Y me consta que movió cielo y tierra para encontrarme. Pero cuando tuvo lugar el desgraciado accidente en la cueva, la policía se puso en contacto con ella para hacerle preguntas y recabar pruebas. Además, mi propia abogada la llamó en tres ocasiones para rogarle que testificara a mi favor. Y, con toda la amabilidad del mundo, declinó la súplica.

—No entiendo nada.

—Eso sí que es razonable.

—¿Por qué te marchaste sin explicación alguna?

—¿Por qué se marcha la gente sin siquiera dejar una nota sobre la mesa de la cocina? ¿De verdad lo ves como un hecho extraordinario? Hacía años que nuestra relación era francamente mejorable. Y con la edad, no sé si la mía o la de ella, la situación iba a peor. Puede que no tuvieras oportunidad de percibirlo durante vuestro encuentro, pero ya te digo yo que mi madre siempre ha sido una persona muy especial, y supongo que sigue siéndolo. Hay cosas que no cambian.

—¿A qué te refieres?

—He pasado casi toda mi vida a su lado, y aun así no sé si sabría explicarlo.

—Tu exmujer me dijo que tu madre era capaz de declararle la guerra a su propia memoria y salir victoriosa.

—Vaya... Mi exmujer... Te lo has tomado en serio.

—...

—¿La has visto?

—No.

—Pero habéis hablado...

—Nos hemos escrito.

—Estás haciendo un buen trabajo, amigo.

—Como te he dicho antes, no creo que te sorprenda ninguno de los pasos que haya dado.

—A mí no me contesta desde hace años.

—Desconozco cuál es vuestra situación.

—Mi exmujer es una persona extremadamente inteligente que, por lo que veo, sigue sabiendo escoger las palabras oportunas. ¿Te ha dicho que trabaja escribiéndole los discursos a un político importante?

—No.

—Es así.

—...

—No a cualquier político. A uno de los que deciden cómo ha de ser nuestra vida.

—...

—Tenlo en cuenta.

—Lo tendré.

—Ellas dos nunca se llevaron bien. Aun así, no yerra en su juicio. Mi madre se dedicó, más que a vivir, a construir el relato de nuestra vida, y eso a veces requería retorcer recuerdos y doblegar

testimonios. Se aprende mucho a su lado. Pero la muerte de mi hermana fue un golpe durísimo para nosotros dos. Creo que ese día comenzaron a flaquearle unas fuerzas que resultan indispensables para declararle la guerra a su propia memoria, como dice mi exmujer. Hay cosas que uno no sabe nombrar. La muerte de una hija es una de ellas.

—Tu madre me contó que Julia murió de un infarto.

—No es verdad.

—Y que desde su nacimiento padeció una enfermedad terminal.

—Tampoco es verdad. A eso me refiero cuando digo que cuenta su vida por encima de la vida misma. ¿La creíste?

—Claro. No tenía razón alguna para no hacerlo.

—Eso es lo que siempre afirmaba ella. Que nadie tenía razones para no creerla. Empezando por ti, que eres mi hijo, acostumbraba a decirme. Y lo cierto es que, paradójicamente, había mucha verdad en eso. Con ella aprendí que si compartes algunas creencias con la gente y consigues que las hagan tuyas, la vida te resulta más amable, más sencilla.

—¿Eso es lo que intentó conmigo? ¿Compartir una creencia?

—No lo sé. Es posible.

—Quiero preguntarte algo, aun a riesgo de pecar de desconsiderado.

—Menos contrariedad y más curiosidad. Muy bien. Estamos mejorando.

—¿De qué falleció Julia?

—¿No te lo ha contado mi exmujer?

—No. Me dijo que era algo que te correspondía exclusivamente a ti.

—No le es propia esa grandeza. Pero si tú lo dices...

—...

—Habíamos ido al campo a hacer una excursión. Una ruta fácil, un camino que habíamos recorrido decenas de veces mientras mi madre trabajaba en la recepción de un hostel. Pero esta vez, a diferencia de las anteriores, me distraje un momento y, por alguna razón que aún hoy se me escapa, cayó por un terraplén de la peor manera. Es imposible siquiera sospechar lo que la vida le tiene reservado a uno. ¿Cuánto me despisté? ¿Un minuto? ¿Quizá dos? ¿Y qué es ese tiempo para la historia del azar? Qué ridículo más espantoso, ¿verdad? Después aprendí que todos tenemos un terraplén en nuestra vida.

—Lo siento.

—Ya.

—Debió de ser muy duro para ti.

—Lo fue. Y todavía hoy, aunque de otra manera, lo sigue siendo. De hecho, de algún modo, mi madre nunca me perdonó aquello. Estoy convencido... En fin, supongo que ahora me preguntarás si me siento culpable.

—Lo doy por sentado.

—¿Tú te sentirías culpable?

—Sin lugar a dudas. Me gustaría decir que no, pero es así.

—No es bueno sacar la duda de todo esto. Al final, o te llenas el estómago de amoníaco o decides vivir con todas las de la ley. Y es sorprendente la fuerza con la que embiste el instinto de supervivencia.

—¿Qué necesidad tiene tu madre de mentirme en esto?

—Buena pregunta. Porque parece ser eso, ¿verdad? Una extraña necesidad. Supongo que la misma que la lleva a asegurar que sigo desaparecido, en lugar de reconocer que hace años que estoy en prisión.

—¿Y cuál es?

—Dominar la historia de su vida. Su hijo no puede estar en la cárcel y su hija no puede morir por un estúpido descuido. Es inconcebible para ella. Ha luchado demasiado para que el final de la historia acabe siendo ese. De modo que pronuncia las palabras necesarias, en el orden adecuado. Es una manera tan desesperada como otra de huir del dolor.

—Pero eso no modifica la realidad. Las cosas son como son.

—Qué curioso...

—¿Qué es curioso?

—Que tú me digas eso después de haber escrito un libro en el que abordan la importancia del relato por encima de la misma realidad.

—Es una novela. Ya sabes, nunca es conveniente confundir narrador y autor.

—Desde que tengo uso de razón, mi madre ha nombrado y ha callado la vida a su antojo. Me obligó a llamar padre a quien no era mi padre. Cambió mi lugar de nacimiento en varias ocasiones, vete a saber por qué. Le negó, con mucho acierto, eso sí, la existencia de un padre a Julia. Cada vez que cambiábamos de ciudad, el relato de nuestra vida parecía crujir, mudando su trayectoria. Pero así vivíamos, y no creo que llegados a este punto tenga el menor sentido quejarse.

—¿Habéis cambiado de ciudad muchas veces?

—Claro. Antes de llegar al barrio, bueno, a tu barrio, vivimos en cuatro o cinco lugares distintos. Y estoy convencido de que habríamos seguido siendo nómadas de no haber fallecido Julia. Eso nos atornilló dramáticamente a Ávila.

—Nunca nos dijiste en el barrio que esperabas una hermana.

—Creí que eso saltaba a la vista. Era más que evidente que mi madre estaba embarazada.

—Es que no tengo un recuerdo nítido de tu madre en aquella época.

—Éramos niños. No nos importaban esas cosas. Estábamos a lo que estábamos, ¿verdad? Por cierto, ¿qué tal está la tuya?

—Bien. Ha tenido sus rachas, como todo el mundo. Pero ahora la veo fuerte.

—Si las circunstancias lo permiten, me sigo metiendo la camiseta por dentro del pantalón. Suena ridículo, pero me siento más seguro haciendo eso.

—Menudo legado el de mi madre.

—¿Te parece poco reunir algo de seguridad con un gesto tan sencillo?

—No, supongo que no.

—Ese gesto es alta tecnología en los tiempos que corren. Lo que sí abandoné fueron los bocadillos de mortadela con aceitunas.

—Tus arterias lo habrán agradecido.

—Sí. Eso me gusta pensar. Porque estaban riquísimos.

—¿Cómo recuerdas aquella época en el barrio?

—...

—Algún recuerdo destacable tendrás, digo yo.

—Ese es tu trabajo. ¿No crees?

—¿Mi trabajo?

—Escribir esta novela es cosa tuya. Tú eres quien tiene que recordar, apilar el material que consideres útil y hacerlo arder.

—¿A qué novela te refieres?

—A esta. A la que está teniendo lugar.

—No tengo claro que esto acabe siendo una novela.

—Creo que esto ya es una novela. En cualquier caso, puede que escribir sea eso. No tener las cosas claras. Porque quien asegura tener todo claro no se detiene a escribir nada, ¿no?

—Si esto acaba siendo una novela, tal y como dices, tarde o temprano te tendré que formular todas esas preguntas que ahora me hacen caminar a ciegas.

—Bueno, ese es precisamente tu trabajo.

—Tu madre me habló de Huáscar. Y tu exmujer también. Después supe por los medios de comunicación que te hacías llamar así. Ambas creen que conociste en el barrio a un hombre llamado Huáscar que te marcó poderosamente.

—Ellas creen lo que yo les conté.

—Pero tú y yo sabemos que eso no fue así.

—¿Y no te parece fascinante?

—¿Qué?

—Que la historia haya girado de ese modo.

—Lo dices como si plantaras un hueso de aguacate en una maceta.

—¿Y no es tan natural como eso?

—No. Porque no se trata de que la historia haya girado, como tú dices. Sencillamente has desvirtuado, aún no sé en qué medida ni por qué, lo que yo te conté en su día.

—Todas las personas, incluidas las escépticas, necesitan compartir historias. Te lo he dicho antes. Eso las hace cooperar en el sentido más amplio de la palabra. Y esa cooperación les garantiza seguridad, certeza, estabilidad. Y amor. Amor también.

—No te entiendo.

—Es más sencillo de lo que parece.

—¿Quieres decir que usaste la historia de Huáscar con ese extraño fin?

—Bueno, no sé si podría plantearlo en esos términos. Porque ¿qué es la historia de Huáscar?

—Lo que me ocurrió. No hay más.

—Entonces, solo en parte. Siempre sentí una atracción especial por aquello. Eso es innegable. Aunque tú lo vivieras, obviamente, como un cataclismo familiar, yo lo construía en mi mente como una escotilla que me daba acceso a otro nivel. Como en una novela de aventuras. Más o menos.

—¿Más o menos?

—Así es como yo me lo imaginaba. Y un día, ya instalados en Ávila, me sorprendí hablándole de Huáscar a un nuevo amigo. Solo que las cosas habían cambiado. El que entraba en la pista de aterrizaje no eras tú, sino yo. El chaval que acababa de llegar a Ávila necesitaba contar algo que lo hiciera sentir bien. Y eso funcionó. Es un instinto muy humano.

—No todo se reduce a los instintos, Simón. Tiene que haber razones.

—Eso es cierto. Todos albergamos razones poderosas en nuestro corazón.

—Demasiado nebuloso, ¿no te parece?

—El poder de las palabras es enorme y tiene un impacto inmediato en los actos. En los propios y en los ajenos. Esto no es un hallazgo mío, como es obvio. Simplemente es algo a lo que le he prestado la suficiente atención. He reflexionado sobre lo que nos contamos a nosotros mismos y a los demás con el fin de conseguir a cualquier precio lo que más deseamos. Y eso es precisamente lo que estaba haciendo aquel niño con la historia de Huáscar. Conseguir lo que más deseaba.

—No sé si te he entendido bien.

—Sí me has entendido. Claro que sí. No existe un uso inmaculado del lenguaje. No existe lenguaje sin función porque todos buscamos algo cuando hablamos con alguien.

—¿Te refieres a manipular?

—Vaya. Ya salió la palabra. No nos adelantemos tanto, anda. Hablar de manipular siempre simplifica la realidad.

—Yo no simplifico. No es esa mi intención, al menos. Sencillamente pregunto porque creo que es lo único que puedo hacer en este momento.

—Sigue preguntando...

—Si no hablas de manipular, ¿de qué se trata?

—De poner un relato en común. Ya te lo he dicho. Necesitamos creer en las mismas historias.

—¿Pero para qué?

—Para sobrevivir. Suena grandilocuente, aunque en realidad es algo muy básico.

—Me cuesta encontrar a aquel Simón entre tanta palabrería.

—Llevamos más de veinticinco años sin vernos. No seas ridículo. No lo busques.

—¿Por qué os marchasteis del barrio?

—La gente se va de los sitios.

—La gente tiene sus razones. Imagino que vosotros también.

—¿Qué versión quieres? ¿La de mi madre o la mía?

—La verdadera.

—Supongo que esa no obra en poder de nadie. Mi madre me levantó una mañana y me dijo que aquel hombre al que yo llamaba padre se había largado sin decir nada. Nos había dejado solos. Así que tardó dos o tres días en prepararlo todo para poder abandonar aquella casa y buscar un sitio donde volver a empezar como tantas otras veces. Te juro que fue la primera vez que lamenté tener que marcharme de un lugar. Hasta ese momento, para mí ir de un lado a otro siempre había constituido un ejercicio de normalidad. Pero en esa ocasión, una especie de nostalgia precipitada hizo mucho más

complicado asumir aquella decisión. Supongo que ahí está el origen de la emoción que me ha traído la lectura de tu libro.

—Me cuesta llegar al fondo de tus palabras. Te escondes, Simón. Lo haces todo el tiempo. ¿Qué te lleva a marcharte un día y no decirle nada a tu madre? ¿Qué la lleva a ella a negar tu situación actual? Algo se me escapa.

—...

—¿Tu exmujer no tuvo nada que ver en vuestro distanciamiento?

—No, por Dios. Claro que no. Eso forma parte del delirio de mi madre. Algo perverso, por cierto, porque buscaba dañar.

—¿A quién?

—A mí. A la que entonces era mi mujer. A lo que estuviéramos construyendo en aquel momento. Mi madre sentía desprecio por cuanto entorpecía su relato. Y, en ese sentido, mi exmujer era un verdadero escollo para ella.

—Tu exmujer pensaba que tu madre era una mentirosa sin más, ¿no?

—Digamos que se hacía preguntas que nosotros ya habíamos dejado atrás. Cosa que es difícil de reprochar, aunque mi madre no tuviera el más mínimo pudor en hacerlo. Pero a veces, tengo que reconocerlo, para entender según qué cosas hay que ir al principio, y mi exmujer llegó ya bien avanzada la historia.

—Parece que justificaras el delirio de tu madre.

—Lo hago. No me queda otra.

—Así justificas el tuyo propio, ¿verdad? Toda esa locura del Pasadizo de Regreso y aquellos hombres y mujeres adentrándose en la cueva. Si te diera la oportunidad de ir al principio, tal y como dices, entendería tus razones, ¿es así?

—No era mi intención dañar a nadie. Te lo juro. Pero te diré que, después de entrar en la cárcel, no me siento obligado a casi nada. Y

mucho menos a defenderme. Además, cualquier cosa que quieras saber sobre lo ocurrido ya la habrás leído y eso, obviamente, te habrá permitido hacerte una idea sólida. No quiero añadir nada más a esa solidez.

—Si no vamos a hablar sobre aquel día, sobre aquel Pasadizo de Regreso, sobre aquella muerte, sobre ti, sobre nosotros, ¿a qué cojones hemos venido entonces?

—Yo sé a qué he venido yo. Lo que te haya traído a ti es asunto tuyo.

—¿Y a qué has venido?

—Vengo a verme de nuevo en ti.

—¿En mí?

—Sí.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Y qué más da. Llegado el momento ya le encontrarás una explicación verosímil, ¿no? Eso que tanto os obsesiona a los escritores.

—Sin tu testimonio, lo veo complicado.

—Ya...

—...

—Me tengo que ir.

—Aún me quedan muchas preguntas. No hemos terminado.

—Los relatos concluyen cuando tienen que concluir, y no siempre lo hacen en el final.

—Déjame, al menos, que te muestre una cosa.

—Claro.

—Traigo en la mochila algo que tu madre me entregó.

—...

—Mira. Estos folios doblados por la mitad. Esta fecha y este título de tu puño y letra. «Pasadizos.» Necesito rellenar sus hojas en

blanco. Y eso tiene más que ver con tu palabra que con la mía. Ayúdame.

—Mi madre es una mujer extraordinaria.

—...

—Nunca dejará de sorprenderme.

—...

—Yo no he escrito ni esa fecha ni ese título. Además, es su letra.

—Pero lo sacó de una caja llena de cosas tuyas...

—No es mío. De verdad.

—Tiene que serlo.

—¿Quién habló primero de los pasadizos? ¿Tú o ella?

—Yo.

—¿Y tuvo ocasión de escribirlo sin que la vieras?

—Se levantó, desapareció y volvió al momento.

—Es extraordinaria, ¿verdad? Con qué naturalidad...

—¿Qué demonios os pasa en vuestra familia?

—Eso es lo de menos.

—Será para ti. Porque yo tengo la sensación de ser un pelele que zarandeáis a vuestro antojo, sin saber siquiera qué necesidad hay. ¿Qué cojones hacía entonces tu madre cojeando de un lado a otro del salón? ¿Un número de ilusionismo?

—¿Te vio dudar? ¿Pensó que abandonarías?

—Abandonar qué.

—Esta historia.

—Puede ser. A fin de cuentas, tú me pediste que la abandonara.

—Entonces yo habría hecho lo mismo que ella.

—¿Mentirme una vez más?

—Hacer que el relato siguiera vivo a cualquier precio.

—Es de locos. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Entiendes ahora que me marchara sin decirle nada?

—...

—¿Lo entiendes?

—...

—Me tengo que ir.

—¿Y qué demonios hago yo con todo esto?

—Imponerte.

—¿Qué mierda significa eso?

—Me alegra haberte encontrado.

—...

—Por cierto, mi madre no es coja. No es la primera vez que lo hace, por eso te lo digo. No sé por qué finge esa cojera en determinados momentos. No sé por qué sigue haciéndolo, la verdad.

—...

—No le des importancia. Quizá sea algo instintivo, una especie de acto reflejo.

—...

—Ha sido un placer.

—Lo mismo digo, Simón. Un placer.

Veintiocho

Diecisiete días después de mi encuentro con Simón, mi teléfono móvil sonó y al otro lado estaba su madre. Diecisiete días en los que me había dedicado a darle vueltas a la posibilidad de abandonar cualquier intento de escritura absurda y teledirigida. Lejos de convertirse en un potente propulsor, la conversación con Simón me había acartonado la voluntad; ese brío que hace que te plantes frente al portátil cada mañana con la intención de vislumbrar una casa al final de un camino forestal, donde acaba cualquier novela, cualquier poema, cualquier despedida. La tormenta, la noche o el vacío, no sé qué, lo cubría todo, lo hacía desaparecer todo. Eso, al menos, sentía yo. No terminaba de entender qué se estaba moviendo dentro y fuera de mí, y lo único que me venía a la cabeza una y otra vez eran las palabras de Simón: creo que esto ya es una novela. Lo cierto era que ya entonces, mientras las oía, y después, mientras las recordaba, me sentía, si acaso, como un personaje de una trama confusa, pero en ningún momento como un narrador. Así que me atormentaba la idea de que tuviera toda la razón del mundo y nada de lo que había ocurrido pudiera ser explicado más allá de la ficción.

Diecisiete días después de que nos despidiéramos Simón y yo en la Cafetería Santiago de Antequera, mi teléfono móvil sonó y al otro lado estaba su madre. Su voz crujía fuerte, quizá porque la mía brotaba con la medida de quien llevaba días paralizado. La conversación fue de una brevedad insensata. Pero eso, o quizá por

eso, actuó como una fuga de agua debajo del fregadero. Hay cosas, palabras, situaciones, acontecimientos, que uno no sabe si pertenecen a este mundo o a otro. Esta conversación constituyó uno de ellos.

—Hijo mío, te llamo porque hay algo que no te dije.

—La escucho.

—Yo lo intenté.

—¿Cómo dice?

—Muchas veces. Lo intenté muchas veces. Siempre tenía un plan en la cabeza.

—No la entiendo.

—No sé qué habría sido de nosotros sin esos planes.

—¿A qué se refiere?

A pesar de mis preguntas sin respuesta, no se guarecía el misterio en sus palabras. Si acaso un dolor que había esquivado el férreo control de su relato. Colgó el teléfono bruscamente y me pareció intuir, muy a lo lejos, que se levantaba y desaparecía para no volver.

Veintinueve

—Golpea fuerte la puerta para que te oiga algún guardia civil. Y grita si es necesario.

—No sé cómo despedirme de usted, la verdad.

—La mejor despedida nunca es hoy. Como todo en la vida, tendrá lugar el día que cuentes esto y lo hagas bien.

—¿Se refiere a lo que nos ha ocurrido aquí?

—Incluso a lo que no ha ocurrido. Ya tendrás tiempo de decidirlo.

—No sé cómo se las apaña, pero nunca termino de entenderle.

—Ahora céntrate en el encuentro con tu madre. Tienes que hacerlo bien. Demuestra que todo esto ha servido para algo.

Tercera parte

Todo esto

Un charlatán

Después de unos meses de madrugones y de ser incapaz de centrarme en las tareas ordinarias de la vida, logré amontonar un buen puñado de páginas con esta historia. Ni siquiera alcanzaba la categoría de borrador, pero, aun así, ya era mucho más de lo que yo pronostiqué en determinados momentos del proceso de escritura, porque nunca fui capaz de sacarme de dentro la sensación de que todo me era ajeno. En cualquier capítulo, en cualquier decisión estructural, siempre recordaba las palabras de Simón y de su madre, asegurando que todo cuanto ocurría estaba siendo narrado en ese mismo instante.

Cuando me vi inmovilizado ante aquella montaña de folios, entendí que lo único que podía hacer era compartirla con Simón. Es verdad que dicho así parece una exageración interesada, pero también es innegable que en ese gesto había algo de buena ley y de coherencia, además de una turbia intuición, a la que, por razones íntimas, no estaba dispuesto a desobedecer. Por entonces, Simón había cumplido la totalidad de su condena y no me resultó fácil dar con su paradero. No respondía a mis correos electrónicos y, aunque estuve tentado de llamar a su madre, no lo hice por temor a que, cuando ya me creía próximo a un desenlace, fuese engullido por un nuevo y perezoso comienzo. Al final, gracias a la mediación de Luquita, el dueño de la cafetería, y a las gestiones de un funcionario de prisiones que acostumbraba a desayunar allí, conseguí una dirección postal que resultó ser la correcta. Empaqueté los folios en

el mismo orden en que habían sido escritos, a pesar de que eso suponía reconocer mi zozobra narrativa, los llevé a la oficina de correos y esperé una respuesta que tardó en llegar casi dos semanas. Once días, para ser exactos. Los he contado en varias ocasiones.

Esa suerte de manuscrito, más allá de que careciera del fuselaje propio de una novela, acogía buena parte de los hechos que se han narrado hasta este momento. No del mismo modo, claro. Para bien o para mal —eso en literatura es difícil determinarlo—, lo que vino después de la lectura de Simón propició cambios sustanciales en la composición final del libro: algunos hechos cobraron relevancia y se incluyeron con más lustre; otros, en cambio, se deshicieron en su efervescencia inicial y dejé de considerarlos pertinentes. Además, logré intuir un orden que hasta ese momento se me había mostrado esquivo. Fue una fase fértil en el proceso de escritura porque llegaron las decisiones, se secaron las páginas emborronadas de mi cuaderno y me resultó más fácil calcular el peso que podría sostener el andamiaje que poco a poco estaba alzando. No obstante, también es cierto que fueron momentos de conmoción y extrañeza. Cuando tuve delante de mis ojos la respuesta de Simón, la rabia me coloreó la cara como si un niño me propinara un pelotazo inesperado. Supongo que es el mínimo precio que has de pagar cuando decides mostrarle a un personaje lo que hasta ese momento has escrito sobre él. A partir de ese instante, uno sabe que cualquier obligación ya no es con la verdad, sino con la historia.

Uno

Una madrugada de aquella juventud, el del fallo multiorgánico golpeó la persiana de mi habitación como lo habría hecho un pájaro desnortado. No era la primera vez que me reclamaba así, de modo que estaba claro el procedimiento que desencadenaba aquel ruido. Me puse unas zapatillas y las sombras me llevaron afuera. Por aquel entonces, habían transcurrido algo más de cuatro meses desde que Simón se marchara del barrio. Era improbable, por tanto, que yo sospechara aquello que venía a contarme.

Hacía bastante frío. Algo que no es muy común ni en mi barrio ni en mis novelas. A esas horas, las dos o las tres, no parecía muy conveniente que nos alejáramos de mi casa. Así que nos sentamos en una vieja acequia próxima, ya en ruinas, que alguna vez debió de llevar agua a bancales y huertos que ni siquiera mi padre llegó a conocer. El del fallo multiorgánico, a la escasa luz de aquella noche, estaba pálido, algo ojeroso, con la nariz brillante como la cabeza de una cuchara, y me salió preguntarle si había estado bebiendo Licor 43, porque por aquel entonces nos abalanzábamos sobre la vida a pecho descubierto.

—¿Pero qué dices? Si no he probado una sola gota. Acabo de llegar con mis padres de pasar el fin de semana en casa de mi abuela.

—¿Entonces? ¿A qué viene esa cara?

—Nunca podrías adivinar a quién me he encontrado en el barrio.

—Tampoco lo voy a intentar.

—Al padre de Simón.
—¿A quién?
—Al padre de Simón, el de las pecas, el que se fue de aquí.
—Ya sé quién es Simón, capullo.
—Pues a ese. Bueno, a su padre, quiero decir.
—¿Dónde estaba?
—En la puerta de su casa. De la de Thierry. De la que alquilaron a Thierry.
—¿Y qué hacía ahí?
—Eso me he preguntado yo nada más verlo.
—¿En esa casa no vive ahora el novio del cura nuevo?
—No es su novio.
—La gente dice que sí.
—Mierda para la gente.
—Tú también eres gente.
—Pues mierda para todos.
—No es para ponerse así, tío, que mira la hora que es.
—Es que he venido a contarte lo del padre de Simón, y me sales tú ahora con que si el cura tiene novio.
—¿Y qué más da?
—Sí da. Yo a los curas los respeto.
—Y yo. Solo he dicho que...
—Mira... Me voy a casa.
—Oye.
—...
—Espera.
—...
—Capullo.
—...
—Vamos a asomarnos. Lo mismo ha venido también Simón.

Y subimos por la parte de los solares, casi en el límite del barrio, para echar un vistazo a la calle donde se suponía que debía de estar aquel hombre. No nos dirigimos la palabra durante todo el camino. No sé si debido al enfado que había descorchado el novio del cura o al espanto que nos producía la simple idea de que alguien nos diera un susto a esas horas. Cuando llegamos a la esquina, nos echamos a la acera como soldados, y allí lo vimos. De pie, en el otro extremo de la calle, como quien espera, como quien se oculta, no sé, sin apenas moverse, salvo para dar una calada al cigarro o para ajustarse la chaqueta al cuerpo. Y de repente dudé.

—¿Tú estás seguro de que es él?

—Pero cómo me dices eso si lo estás viendo con tus propios ojos.

—Lo veo desde lejos. Además, la gente cambia. Puede que, aun siendo aquel hombre, hoy sea otra persona.

—¿Eso qué mierda significa? ¿Y cómo quieres que sepa yo esas cosas? La cuestión es si el hecho de que esté ahí supone que Simón también va a venir.

—Tendremos que preguntárselo. No nos queda otra.

—De eso nada. Pero, si tú te ves capaz, yo te apoyo desde aquí.

—Vamos los dos.

—No.

—Pero si ese hombre no nos ha hecho nada. ¿A qué viene ahora ese miedo?

—No es miedo. Es todo lo contrario. Amor por la vida. Además, pensándolo mejor, si Simón viene, tarde o temprano nos enteraremos. No tiene por qué ser esta noche. Mañana por la mañana ya nos buscará.

—Visto así...

—Claro.

—...

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos?

—¡Hostia!

—¿Qué pasa?

—Mira.

—¿Pero qué pasa?

—Se acaba de esfumar.

—¡Nos vamos de aquí cagando leches!

Y nos fuimos tal y como llegamos, solo que corriendo como lagartijas que se han deshecho del rabo. Obviamente, Simón no apareció en el barrio al día siguiente. Ni al día siguiente ni nunca. Pero aquel hombre sí volvió. De hecho, durante algún tiempo, fue costumbre verlo merodear de madrugada por las inmediaciones de la casa de Thierry, y tengo el recuerdo de oír a mi padre decirle a nuestro vecino que aquel hombre estaba buscando morirse. Así: Vecino, ese hombre está buscando morirse. Precisamente, poco antes de escribir algunas de estas líneas, telefoneé a casa para aclarar este recuerdo mío, y mi padre me dijo que él no sabía nada de lo que le estaba contando, pero que hablara con mi madre porque, de un tiempo a esta parte, era ella quien le llevaba en orden sus recuerdos. Lógicamente no lo hice. Me dio miedo comprobar, una vez más, que mi padre dice la verdad cuando menos te lo esperas.

Dos

A los once días, como ya he dicho, recibí un correo electrónico de Simón. Me exponía, con puntillosa voluntad, lo que le habían parecido las páginas que el cartero había dejado sobre su alfombra. No voy a decir que cuestionara explícitamente mi oficio como escritor, pero tampoco me atrevería a afirmar lo contrario. Confesaba, sin tapujo alguno, que aquello, tal y como estaba relatado, lo había dejado frío, indiferente, como sin saber qué decir. Pero decir, dijo, claro. Cómo no iba a hacerlo un hombre de su naturaleza. Aseguraba no reconocerse ni siquiera en las pecas que un día se le apelotonaron en la cara. Según él, esta vez, a diferencia de mi anterior libro, había confundido el foco de atención y difícilmente iba a lograr que el relato comenzara a latir. «Te ha fallado el punto de vista, chaval, el maldito punto de vista.» Eso me escribió. Pero no solo eso. Además, me había quedado una prosa atrapada en sí misma, la historia no acababa de levantar el vuelo y la carga emocional, más que fluir, se derramaba. Tócate los huevos. De repente, era crítico literario.

A diferencia de cualquier correo anterior, en este había profusión de detalles, citas textuales, juicios de valor sobre el fondo y la forma y un sinfín de preguntas, no sé si retóricas, que se iban intercalando en un orden que aún no he llegado a descifrar. No voy a transcribirlo aquí porque en alguna ocasión he pensado que eso era lo que él iba buscando: hacerse con mi propia escritura; recuperar palabras de las que había sido desposeído en el transcurso de su vida; imponer

su voz, su mirada, su cuerpo y su sustancia, del mismo modo que lo habría hecho ante un silencioso y expectante patio de butacas. En definitiva, regresar a la única verdad posible: la suya.

No obstante, no me resisto a hacer referencia más o menos textual, eliminando algún circunloquio, a la parte con la que cierra su parrafada. Y más por las decisiones narrativas que desencadenó que por la bisutería que se pueda rastrear entre sus palabras. Ahí va.

«Quienes saben de estas cosas, con apenas una lectura apresurada, se habrían reído de cuanto has escrito. Pero, sobre todo, de la decisión de meterlo en un sobre y hacérmelo llegar. Porque eso significa, sencillamente, que no has entendido nada. Me ofreces tu ignorancia y tu vanidad como algo tangible. Imagina una montaña de escombros o una piara de cerdos. Pues así. Hacía tiempo que no me aburría tanto leyendo. Te exijo que no emplees mi nombre ni ninguna referencia explícita o tácita a mi persona en cualquier obra que esté firmada por ti. Sirvan estas líneas para dejar expresa constancia de mi derecho a emprender acciones legales en caso de que mi imagen se vea afectada.» Y debajo de eso, su nombre y sus dos apellidos. Y debajo de eso, el archivo con una copia escaneada de su prohibición, que venía fechada y firmada. Y debajo de eso, nada. O debajo de eso, muy debajo, nosotros. Él y yo. Los de ahora. No los de antes. Porque de los de aquella adolescencia, llegados a este punto, parecía quedar bien poco.

La noche que le siguió a la lectura de este correo la pasé en vela. Apenas cerraba los ojos veía la cara de Simón envuelta en un paño de lino, con una mueca sarcástica, y moviéndose de un lado a otro del techo del salón, como si fuera el salvapantallas de mi portátil. No paraba de repetirme «quienes saben de estas cosas y quienes saben de estas cosas y quienes saben de estas cosas», como quien

mascullo los misterios de un rosario. Así que cuando vislumbré algo de claridad al otro lado de la persiana, me dirigí a mi mesa de trabajo y me dispuse a escribirle unas líneas que concentraran la misma furia de una enfermedad desconocida. Entonces, todavía no sé por qué, caí en la cuenta de que era eso lo que probablemente estaba aguardando: mi furia, mi rabia, mi sacudida. Así que, no sin esfuerzo, cambié la dirección de mis intenciones. Abrí el mismo documento que le había enviado a él, y fui buscando, página por página, cuál era el momento y el lugar apropiado. Hasta que lo hallé. Y ahí escribí: «Quienes saben de estas cosas afirman que los personajes secundarios son tan o más necesarios que los principales». Fue la primera vez que me apropié de un modo consciente de palabras que habían salido de su cabeza y no de la mía. Después de esas, vinieron muchísimas más. Tantas que, en realidad, ya no sabría precisar cuántas.

Tres

Plano. Quinto pasadizo. La pista del aeropuerto está atravesada por una larguísima galería subterránea que busca aliviar la vieja amenaza de una rambla. Concretamente se halla en un punto intermedio entre mi barrio y la depuradora por la que ya hemos pasado en algún capítulo anterior. Para acceder, hay que salvar la valla perimetral del aeropuerto, que, aunque no es gran cosa, plantea un problema serio: al estar junto a la carretera AL-3113, no resulta fácil entrar o salir sin ser visto. Si es que te importa ese detalle, claro. Porque a nosotros, en los días de verano de aquella prometedora época, había pocas cosas que nos importaran hasta el punto de dejar de hacer lo que tuviéramos que hacer.

Lo queramos o no, existía un dato objetivo que nadie del barrio pasaba por alto. Desde que ampliaron la pista del aeropuerto, llegar a la playa por el raquítico arcén de la nueva carretera que nos habían construido suponía una media hora de caminata. ¿Eso es mucho tiempo? No, claro que no. Salvo que supieras que si optabas por atravesar el pasadizo de la pista del aeropuerto, no se te iban más de diez minutos y te quitabas de encima el latigazo del sol.

Con esto no quiero decir que la gente del barrio tomara este atajo cada vez que bajaba a la playa. Voy a ser más restrictivo: con esto, lo único que digo es que nosotros sí lo atravesábamos. El del síncope, el del fallo multiorgánico, Simón y yo. Y, en el fondo, lo hacíamos con el profundo convencimiento de que era lo mínimo que podíamos cobrarnos después del imponderable destrozo con el que

nos habían cercenado buena parte del futuro del barrio. No sé cuántas veces recorrimos aquella galería de hormigón, amplia, oscura, con forma octogonal, sin la más mínima desviación en su riguroso trazado. Fueron demasiadas como para que la memoria haya guardado una cifra en cualquier rincón. Pero sí recuerdo una en concreto. Ahora aquel día emerge hasta la superficie como un ahogado en una balsa.

Volvíamos de pasar una larguísima tarde en la playa. Ya no existen esas tardes, por cierto. Se extinguieron del mismo modo que lo hicieron los descampados; lentamente, sin que nadie advirtiera esa desgracia. Volvíamos de pasar una de esas tardes en la playa, retomo. Caminábamos juntos el del síncope, el del fallo multiorgánico y yo, hasta que nos escurrimos bajo la valla y nos sumimos suavemente en aquella oscuridad del pasadizo. Nada más entrar, alguien dijo que había sido una gran tarde. No recuerdo quién. Ni siquiera si fui yo. Pero sí sé qué significaba pronunciar esas cinco palabras. Ha sido una gran tarde: verdades que no sabíamos nombrar con rigor, pero que acostumbrábamos a vivir con una naturalidad primigenia y emocionante. Horas y horas metidos en un mar en luminosa calma, nadando hasta alcanzar el banco de arena fina, sumergiéndonos como cormoranes y tendiéndonos en la misma orilla para hacerle frente al sol. Entonces, no existía el tiempo. Existían nuestros padres, sobre todo nuestras madres. Pero el tiempo, no. De hecho, lo más parecido al tiempo era mi madre esperándome en la esquina de mi calle, con el gesto hecho un ovillo de nervios. Cuánta verdad había en esas cinco palabras: ha sido una gran tarde.

La importancia de la conversación que mantuvimos bajo la pista del aeropuerto radica en el asunto que abordamos. Hablamos sobre nuestro amigo Simón, que era algo que no hacíamos muy a

menudo. Desde tres puntos de vista distintos, a veces opuestos, puede que también complementarios, cada uno dijo lo que tuvo que decir. Y ahora que lo rememoro con voluntad reveladora, pienso que había puntería en todo lo que exponíamos. Supongo que aquel niño recién llegado al barrio había aprendido a cristalizar de múltiples formas. Pura supervivencia.

YO: Nos vemos después de cenar y nos metemos en el colegio viejo.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Y una mierda. Por la noche yo no entro en sitios.

EL DEL SÍNCOPE: Vale. A las diez más o menos.

YO: Se lo digo a Simón.

EL DEL SÍNCOPE: No. Vamos nosotros solos.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Eso digo yo. Nada de Simón.

YO: ¿Por qué?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Hace que se me pongan los pelos de punta. Las cosas dan más miedo con él.

YO: ¿Pero qué dices?

EL DEL SÍNCOPE: Eso digo yo. ¿Qué chorrada es esa?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Lo que habéis oído. Simón ve. Todo el tiempo ve.

YO: ¿Que ve qué?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Cosas que nosotros no.

EL DEL SÍNCOPE: ¿Qué le pasa a este capullo ahora?

YO: Ni idea.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: No me pasa nada. Es solo eso. Que siempre está como si viera, oyera y entendiera cosas que nosotros no. Y no os hagáis los mongólicos porque vosotros también sois conscientes. Me gusta tenerles respeto a según qué cosas. Ya lo sabéis. Y yo ya me he dado cuenta de que juntar Simón

y noche es no tenerle respeto a nada. Además, tú también has dicho que no querías que viniera Simón.

YO: Es verdad, tú también lo has dicho.

EL DEL SÍNCOPE: Ya, pero no por esa mierda que estás contando.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: No es ninguna mierda. Es lo que hay. Si no queréis reconocerlo, allá vosotros. Pero Simón es de los que ve.

YO: ¡ Otra vez con que ve!

EL DEL SÍNCOPE: No tengo pruebas para decir esto, pero tampoco tengo dudas. Tú tienes dañado el cerebro, tío. Por lo que sea, hay un cojinete que se te ha atascado y no distribuyes bien el movimiento.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: A ver, listo, venga, di. ¿ Tú por qué no quieres que venga?

EL DEL SÍNCOPE: Porque no.

YO: Porque no, no. Él ha dicho su razón, aunque sea una gilipollez. Te toca a ti.

EL DEL SÍNCOPE: ¿ Esto qué es? ¿ Un programa de la tele?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Sí. Se llama «La verdad de los mongólicos». Lo presenta Joaquín Prat.

EL DEL SÍNCOPE: Lo presentan mis cojones.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: No. Lo presenta Joaquín Prat. Y lo echan los viernes por la noche. Tienes que responder a la pregunta si no quieres perder una maravillosa autocaravana.

EL DEL SÍNCOPE: ¿ Pero a este qué le pasa?

YO: Venga, contesta. La autocaravana está de puta madre. Nos vendrá genial. Además, tu madre se va a poner muy contenta...

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Vamos, muchacho. Contesta. Eres pobre. Y los pobres os ponéis felices con estos premios. Te

repito la pregunta: ¿por qué no quieres que venga Simón esta noche?

YO: Vamos, tío. Concéntrate. Tú sabes la respuesta.

EL DEL SÍNCOPE: Capullos.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Tus padres se merecen algo bueno en esta vida. Esta es «La verdad de los mongólicos», yo soy Joaquín Prat y esa autocaravana ya casi es tuya. ¿Quieres que te repita la pregunta?

EL DEL SÍNCOPE: Parad ya.

YO: Pues contesta.

EL DEL SÍNCOPE: Mis padres no quieren que me junte con él.

YO: ¿Qué?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: ¿No quieren?

EL DEL SÍNCOPE: No.

YO: ¿Te han dicho que no te juntes con Simón?

EL DEL SÍNCOPE: No de ese modo. Me han dicho que esa familia es muy rara y que me ande con ojo.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: ¡Toma ya! Veremos a ver si no soy yo quien se lleva la autocaravana. Es decir, que ellos también piensan que Simón ve cosas que nosotros no, ¿es así?

YO: Tú eres gilipollas. ¿Puedes dejar de decir eso?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Sí, pero aunque lo deje no cambia la realidad.

YO: Pero la hace mejor. Cierra la puta boca, anda.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: No hables así. Estamos en directo y este programa lo ven niños.

YO: ¿Qué significa que esa familia es muy rara?

EL DEL SÍNCOPE: ¿Tú la ves normal?

YO: No conozco ni a su madre ni a su padre. Pero Simón me cae bien.

EL DEL SÍNCOPE: No te he preguntado si te cae bien o mal.

YO: No son del barrio. Aquí, cualquier cosa que no sea del barrio siempre parece rara. Pero con el paso del tiempo eso cambia. Mira esta pista que estamos atravesando. Hace unos años nos partimos la cara para que no la construyeran y ahora no sabemos vivir sin este pasadizo.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: No es lo mismo.

EL DEL SÍNCOPE. Es verdad. No es lo mismo.

YO: Sí es lo mismo.

EL DEL SÍNCOPE: Esta pista nos la han metido por el culo.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Es verdad, la hemos interiorizado.

EL DEL SÍNCOPE: Pero Simón no es como nosotros. De hecho, no quiere ser como nosotros.

YO: A lo mejor no sabe ser como nosotros.

EL DEL SÍNCOPE: Bueno. A lo mejor.

YO: ¿Y eso qué cambia?

EL DEL SÍNCOPE: Que corremos el riesgo de que seamos nosotros quienes acabemos siendo como él.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Eso no sé si lo he entendido.

YO: ¿Viendo cosas raras?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Sí.

EL DEL SÍNCOPE: No. Viendo cosas, no. Que acabemos solos. O mejor dicho, con ganas de estar solos. Y eso es una enfermedad. Mi padre dice que la soledad es una puerta al vacío.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Mi padre dice que los antibióticos ya están dejando de hacer efecto porque nos los tomamos mal.

EL DEL SÍNCOPE: Cállate un rato, tío, por favor. Te lo suplico.

YO: A mí no me da miedo estar solo. En cualquier caso, no creo que Simón sea eso que vosotros decís.

EL DEL SÍNCOPE: A ver, dime, ¿por qué no ha venido con nosotros a la playa?

YO: Su padre no lo ha dejado.

EL DEL SÍNCOPE: O no ha querido él.

YO: Ha sido su padre.

EL DEL SÍNCOPE: No lo sabes.

YO: Sí lo sé. ¿Por qué me lo iba a inventar?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Para que lo dejemos venir esta noche al colegio viejo.

YO: Es que yo no voy a ir ya a ningún colegio esta noche.

EL DEL SÍNCOPE: Lo que yo te decía.

YO: ¿Qué?

EL DEL SÍNCOPE: Que empezamos a tener ganas de estar solos.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Yo no.

EL DEL SÍNCOPE: ¿Pero tú te has enterado de algo de lo que he dicho, capullo?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Lamento comunicarte que has perdido la autocaravana.

EL DEL SÍNCOPE: Vete a la mierda.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Pero si quieres saludar a tus padres, este es un buen momento. Ahí está tu cámara.

EL DEL SÍNCOPE: Saludo al gilipollas de mi amigo, que me estará viendo desde su mierda de vida.

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Lo siento.

EL DEL SÍNCOPE: ¿Qué?

EL DEL FALLO MULTIORGÁNICO: Hemos perdido la conexión. Pero te invitamos al próximo programa de «La verdad de los

mongólicos».

Cuatro

Asumo que hay cierta estupidez en el ejercicio de rebuscar en el pasado si previamente no se ha puesto la nostalgia en cuarentena. Pero mucho más grave es intentar traer lo de allí hasta aquí; colocar las palabras en el orden adecuado para que cualquier cosa que una vez fue intente volver a ser. En mi descargo diré que yo no fui a buscar a Simón a ninguna parte. Al menos, no en el origen de todo esto. Si acaso, fue él quien imantó este presente a aquel pasado para que contara no sé bien qué sobre aquellos años de nuestra pubertad desbocada. «Te traigo un puñado de trigo limpio», parecía decirme sin pronunciar palabra. Así, al menos, interpretaba yo tanto misterio.

Lo que Simón no sabía, ni tenía por qué, es que el tipo de novela que más me gusta nunca es trigo limpio. Antes, si acaso, todo lo contrario. Creo que para que una historia arraigue en el pecho de cualquier lector, es conveniente no trillar ni aventar el grano hasta el punto de dejarlo solo, inmaculado, lucido. Las pequeñas piedras, la tierra, el polvo, las espigas y otras semillas han de estar ahí, junto al trigo. Porque si no, cómo va a brotar el desconcierto, dónde se va a guarecer el misterio, de qué manera se va a enturbiar la verdadera emoción.

Una vez que leí su expresa prohibición de que escribiera sobre él, creí asistir al desvanecimiento de una de las preocupaciones que he ido planteando a lo largo de todas estas páginas: ¿a quién le pertenece esta historia? En realidad, si retrocedemos un poco, la

respuesta a esta pregunta ya me la dio en aquella cafetería de Antequera. O eso pienso yo. «Si no vamos a hablar sobre aquel día, sobre aquel Pasadizo de Regreso, sobre aquella muerte, sobre ti, sobre nosotros, ¿a qué cojones hemos venido entonces?» Él me contestó que lo que me hubiera llevado hasta allí solo era asunto mío. Y ahora, mientras escribo esto, me parece una intervención profética. Porque, efectivamente, cuanto vino a continuación fue asunto mío, de mi deseo de indagar, de mis ganas de contar esta historia. Cuánta verdad había en aquellas palabras de Simón, aunque él las dijera con una intención absolutamente distinta. El asunto. Bendita cosa. Qué vocablo más fértil. La nada y el todo. Materia cósmica. Literatura, ejemplo, basura. Eso que dicen del universo en el vuelo de una mariposa. ¿Cuál es mi asunto, Simón? Cuál va a ser, hombre. Todo esto. Toda esta verdad, con toda su ficción.

No sé en qué momento empecé a pensar que las piezas encajarían a la perfección.

Cinco

Poco después de que Simón se convirtiera en un héroe del barrio —creo que no es necesario que repita ese momento—, ocurrió algo que he intentado mantener alejado de estas páginas cuanto he podido. Un viejo amigo de mi padre, uno que formaba parte de su colla de trabajadores y que muchos años después moriría por su mala memoria, le dijo que había que tener en cuenta al padre de Simón en algunos temas que estaban tratando. No es un episodio que ocupe un lugar privilegiado en mi cabeza, pero si me estrujo la mente, ahí está aquella conversación entre mis padres, un mediodía, frente a una paila de migas, escena de la que me es posible deducir, por cuestiones etnográficas, que era fin de semana y había llovido.

La conversación comenzó por una impuntualidad de mi padre. Todos estábamos sentados a la mesa cuando él llegó y mi madre le dijo algunas palabras de apariencia ecuménica, con ribetes apocalípticos, que he resumido en la primera intervención. Lo demás no está resumido. Si acaso, restaurado. Fue así.

—Un día volverás tarde y no encontrarás nada. Ni a mí ni a los niños. Ni la casa ni la tierra sobre la que se sostiene. Solo habrá piedras que no dejarás de levantar, una a una, para buscar lo que ya no está, lo que solo existe en otro lado, bien lejos de ti.

—Joder, niña, No es para ponerse así. Nos tienes acojonados.

—A quién se le ocurre llegar tarde a la comida.

—Es que me he encontrado con el Gandinga. Teníamos que cerrar un asunto del trabajo.

—Ya estamos con la dichosa palabra.

—¿Qué palabra?

—Ya lo sabes. Tu palabra «asunto» no me ha gustado nunca.

—¿La mía?

—Sí, la tuya.

—«Asunto» es igual para todos, ¿no?

—Mis asuntos no se parecen en nada a los tuyos.

—Ya.

—Ya no. Es que es así.

—¿Pero entonces qué? ¿Comemos o no?

—Yo con un disgusto estoy más que comida.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero come tú. No vayas a dejar a los niños comiendo solos.

—Te pido que tengamos el almuerzo en paz, niña. Vamos a sentarnos a la mesa.

—Es que en cuanto me descuido, me la haces.

—Solo he llegado veinte minutos tarde. ¡Veinte! Además, es por trabajo.

—¿Qué te va a contar a ti de trabajo el Gandinga? A ver, dime. Si es más flojo que un muelle de guita.

—Pues ahí donde lo ves, ha encontrado faena. En la ampliación del puerto, que empieza en mes y medio. Iremos a destajo y habrá turno de noche.

—¿De verdad?

—Sí, tengo que hablar con el resto de la colla. Pero que sí, que vamos para adelante.

—Dios aprieta, pero no ahoga.

—Claro. No todo van a ser penas en esta casa.

—Ya. No te vengas tan arriba, anda.

—Me ha dicho el Gandinga que tenemos que contar con el padre del amigo del niño.

—¿Qué amigo?

—El de la casa de Thierry.

—¿Cómo?

—Ya sabes quién es. No alargues esto, por favor.

—No estoy alargando nada. ¿Ese qué sabe de hormigón y zunchos?

—Ni idea. Lo mismo conoce el oficio.

—¿De verdad?

—Al parecer es él quien tiene mano en el puerto. Él y otro hombre lo han tratado con el Gandinga.

—Bastante me has dicho.

—No seas ceniza, mujer.

—Yo no soy ceniza. Pero veo porque tengo ojos y oigo porque tengo orejas. Y eso, ya te lo digo yo, no va a ningún lado. Te lo adelanto para que luego no te hagas el sorprendido.

—Qué poco nos duran las alegrías en esta casa.

—Poco es mucho.

—¿Comemos ya?

—Está todo frío.

—Seguro que está todo riquísimo, mujer.

—No tires por ese camino, anda.

—Pero es que...

—Manuel, ya está.

El motivo por el que he intentado mantener esta conversación alejada de la historia no es otro que mi padre. Era consciente de que si la reproducía, el torrente narrativo me iba a arrastrar a un encuentro con él. Y si mi madre no se fía de mí en materia de

recuerdos familiares, mi padre directamente me considera un esqueje en nuestro árbol genealógico. Sus razones tiene, y yo, cada vez que es posible, procuro respetarlas, aunque esta vez no pudo ser una de ellas.

Me presenté en su casa y fui directo al grano, sabedor de que si intuía la más ligera táctica de aproximación, se cerraría en banda y me dedicaría algunas de esas palabras que tardan cuatro o cinco días en detonar en mi interior. La cosa funcionó hasta donde tuvo que funcionar. Que no fue mucho, pero fue algo.

—Papá, estoy escribiendo una nueva novela y necesito que me eches una mano.

—¿Has probado a preguntarle primero a tu madre?

—Esto en concreto no tiene nada que ver con ella.

—Tu madre es Dios. Todo tiene que ver con ella. Tu madre, ahora mismo, que está en casa de la vecina echándole de comer a las tortugas, te está oyendo.

—Lo dudo.

—Lo dudas porque ya no vives aquí. Pero tu madre no solo lo oye todo, sino que sabe lo que aún no has dicho. Es decir, oye en el interior de las cabezas. ¿Y sabes por qué?

—No, papá.

—Pues porque ese es su don.

—Ya, claro.

—¿Cuál es tu don?

—Escribir novelas.

—Eso no es un don.

—¿Ah, no? ¿Y qué es?

—Una manera, como cualquier otra, de hacer tiempo mientras te llega la muerte.

—No sé para qué pregunto, la verdad. ¿Tú tienes un don?

—Claro.

—¿Y cuál es?

—¿En serio quieres saberlo?

—Por supuesto.

—Cuando estoy viendo en la televisión un programa de preguntas y conozco las respuestas, nunca las digo en voz alta.

—¿Ese es tu don?

—Ese es. Tú, por ejemplo, no lo tienes, porque yo te he oído muchas veces responder para demostrar que eres muy listo.

—Es algo que hace casi todo el mundo.

—Exacto. Es una ordinariez. La vanidad os iguala.

—Bueno, papá, ¿me vas a ayudar o no?

—Claro, adelante. Tú madre y yo te escuchamos.

—Ya.

—...

—¿Te acuerdas de Simón, aquel niño que vivió algunos años en la casa de Thierry? Necesito que me hables de su padre.

—...

—Guardo el recuerdo de una conversación que tuviste con mamá en la que comentabas que ibais a trabajar juntos en la ampliación del puerto. ¿Fue así?

—No.

—No qué.

—No trabajamos juntos.

—Pero tú dijiste que tenía que ser así.

—Poco antes de comenzar ese trabajo, se me acercó y me dijo que no iba a formar parte de la colla porque estaba en otros negocios y no podía dejarlos a medias.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿No dijo nada más?

—Si lo dijo, no me acuerdo.

—¿A qué negocios se refería?

—No lo sé. Pero supongo que ya estaba metido en todo ese asunto de las fotos.

—¿Qué fotos?

—No me digas que no sabes nada sobre las fotos.

—He oído aludir a unas fotografías, pero desconozco los detalles.

—Pues menudo don el tuyo, ¿no?

—Papá...

—A tu madre no le gusta que cuente esto, pero...

—No se lo diré.

—Ya te he dicho que nos oye. Es inútil que le ocultes nada.

—Cierto.

—Si quieres puedes saludarla...

—Papá, por favor.

—Este hombre tuvo la brillante idea de llevar a revelar dos carretes al foto-estudio que había en la carretera que sube a Los Cortijos.

—¿Y?

—Había fotografiado a vecinos del barrio entrando en el Copacabana.

—¿En el puticlub?

—Sí, en ese templo.

—¿Para qué hizo eso?

—Vete tú a saber. Para chantajearlos, supongo. Si ese hombre no tenía dónde caerse muerto.

—...

—Pero eso no es lo más divertido. Como el pobre diablo realmente no conocía a nadie del barrio, el muy avisado no sabía

que entre los vecinos fotografiados estaba el marido de la chica del foto-estudio. Qué calidad tenía este sujeto, ¿verdad?

—¿Y qué pasó?

—Pues que se lio. Ella se quedó con una copia de cada fotografía y las fue entregando a las afectadas. Como esa mujer tenía estudios, no sé si la recuerdas, con el pelo corto y botas militares, no desveló la identidad del autor de las fotos. Pero aseguraba que era un héroe que les había abierto los ojos a las mujeres del barrio.

—¿Y cómo supo la gente que había sido él?

—Bueno...

—Bueno qué.

—No sé si se supo. Sé que se dijo que había sido él.

—No es lo mismo una cosa que la otra.

—Ya.

—¿Pero realmente había sido él?

—Yo creo que sí.

—¿Y qué hizo la gente?

—¿Qué iba a hacer? Si montabas un circo, estabas haciendo público que tu marido frecuentaba de buena noche el Copacabana. Así que todo el mundo hablaba del asunto, pero nadie reconocía estar entre los afectados.

—...

—Tiempo después, ya con ellos fuera del barrio, empezó a comentarse que don Alberto había hablado con él precisamente para eso, para que se marcharan.

—¿Y si no fue él quien hizo las fotos?

—Tu madre dice que sí fue él.

—¿Y ella cómo lo sabe?

—Porque es Dios, ya te lo he dicho.

—Lo que no entiendo es por qué no le va a gustar a mamá que me cuentes esto.

—Cosas tuyas. Tú sabes cómo es.

Ya lo apunté a modo de presagio muchos capítulos antes. Mi madre, poco después de esta conversación, con los ojos inyectados en asfalto ardiente, me advirtió: «Para ti la verdad será basura, pero para mí es tierra fértil y lluvia. Si deformas nuestra verdad para que pueda encajar en tu novela, te juro que no vuelvo a pronunciar palabra. Ni delante de ti, ni delante de nadie. Enmudezco hasta que me muera. Y lo hago. Tú sabes que lo hago. Ya está».

Seis

Mi futura editora me telefoneó para interesarse por mis progresos. Le conté, más o menos, en qué punto se encontraba el manuscrito y la puse al corriente sobre el rotundo rechazo de Simón a que escribiera sobre él. No sé bien por qué, pero tuve la impresión de que me seguía la corriente en todo momento. Como si aquello que yo le estaba confiando fuese una ficción que intentaba hacer pasar por realidad y ella se sintiera orgullosa de haberse dado cuenta a la primera. Lo cierto es que eso era secundario, y ambos lo sabíamos. Lo relevante era la cuestión narrativa, y, en ningún caso, el mayor o menor grado de veracidad de los hechos.

Con buen tino, me escuchó durante casi una hora todo lo que tuviera que decirle para espetarme, en el momento justo, eso de ahora me vas a escuchar tú a mí. El rostro se me heló en una mueca abigarrada. Menos mal que no la tengo cara a cara, pensé en un ridículo brote de coquetería y orgullo. De modo que hice lo que mejor me sale cuando se me ha secado la boca: escuchar con el cuaderno abierto de par en par.

—Si no he entendido mal, querido mío, le has entregado a Simón una especie de borrador y él te ha amenazado con denunciarte. A su madre, bien porque sea una mentirosa compulsiva, bien porque le tengas miedo, no quieres verla ni de soslayo. Y en cuanto a la exmujer, no ha sido necesario que la vetes porque ya te ha vetado ella a ti. ¿Sabes cómo calificaría yo eso? Con un tópico que siempre

me ha resultado divertidísimo. Se masca la tragedia. Dilo tú, querido.

—Se masca la tragedia.

—Eso es. La tuya. Tu tragedia. No la mía. Se masca la tragedia. Repítete estas cuatro palabras de vez en cuando, porque yo creo que pueden funcionar como una llave maestra o un código pin. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a ponerte en contacto con Simón? ¿Vas a llamar a su madre? ¿Vas a rogar a su exmujer? ¿O, tal y como me temo, vas a escribir del mismo modo que se busca una moneda en una ciénaga? Tengo la impresión, corrígeme si me equivoco, de que estás excesivamente preocupado por salir victorioso. De hecho, si te das cuenta, por lo que me has dicho, todos los personajes están obsesionados con eso. Quieren vencer, imponer, ser escuchados, ser amados y toda esa cosa retórica que no sé si he entendido bien. Y eso es muy peligroso. Porque ahora me pregunto si es tu propia obsesión la que se ha extendido como una cepa bacteriana al resto de los personajes. Se masca la tragedia. Dilo otra vez que yo te oiga.

—Se masca la tragedia.

—Eso es. Se masca. Y esa gran tragedia se puede traducir en que, como no tienes con quien hablar, puede que no tengas nada que escribir. O lo que es muchísimo peor: que acabes escribiendo en círculos concéntricos. Y eso no hay quien lo lea en los tiempos que corren. Te acuerdas de tu anterior novela, ¿verdad? En esa historia tú hablabas con los personajes, ibas y venías con tal de que el relato progresara, sin miedo a que venciera este o aquel. ¿Y por qué? Pues porque en un libro puede vencer cualquiera menos tú, que eres quien lo escribe. ¿Me entiendes? Y si no es así, ¿sabes qué acaba ocurriendo?

—Que se masca la tragedia.

—No. Bueno, sí, también. Pero sobre todo que yo no voy a publicar una historia como esa, en la que se ve claramente cómo saltas del tren en marcha porque es lo que te resulta más comfortable. Y me jode, querido mío. Así que, en cuanto cuelgue el teléfono, decides qué vas a hacer y te pones a ello.

—Vale.

—Y perdona que te hable así, de este modo, pero es que como editora me empujas hacia el ultimátum metafórico.

—Te he entendido.

—Me alegra oír eso. ¿Qué te parece si te llamo en un par de semanas y volvemos a hablar sobre el asunto?

—Claro.

—No te cierres a nada. A fin de cuentas, Simón, por lo poco que sé, es aquel niño de las pecas y es también ese hombre que condenaron. Quizá, aunque suene tópico, lo que te falta es encajar la transición que hay entre uno y otro. Los escritores les tenéis mucho miedo a los tópicos, pero la literatura no se entiende sin ellos.

—Es posible.

—Tampoco te metas ahora en una novela psicológica porque las estamos rechazando. Tú colócate delante de tus tres misterios. Con eso es suficiente.

—¿Tres?

—Claro. ¿Terminará el narrador esta novela? ¿Qué busca Simón? ¿Quién es ese tal Huáscar?

—Vale.

—Pero que pasen cosas, ya sabes. Que esté bien contado. Que remueva.

—Sí.

—Si tampoco es tan difícil. Y no dejes muchas cosas abiertas; ve metiendo al lector en la cama sin que se dé cuenta.

—Vale. Sin que se dé cuenta...

—Bien. Esta charla me deja más tranquila. Hablamos en dos semanas.

Siete

Algunos días después de la llamada de mi futura editora, conduje hasta el aeropuerto. No volaba a ningún lado. Sencillamente quería sentarme en la terminal de salidas y llegadas porque, desde el momento en que interrumpimos esa conversación, no había vuelto a escribir ni una sola línea, ni un solo apunte. Supongo que fue un gesto desesperado o un tropiezo poético. Acostumbro a confundir ambas cosas con cierta naturalidad. Pensé que si los hechos no comenzaban a desencadenarse en la pantalla de mi portátil, no me quedaba más remedio que propiciar que ocurrieran en cualquier otro lugar. Así que me puse en movimiento.

No sé quién dijo que en la espera no siempre se guarece la semilla de lo que está por venir. Pero ¿cuánto de verdad hay en esa afirmación? Quién sabe. Yo, en cualquier caso, me impuse la idea de que no saldría de la terminal hasta que no supiera qué hacer, qué paso dar, qué puerta abrir, qué piedra arrojar al centro del lago. Cualquier metáfora, por estúpida que pareciera, con tal de abandonar aquella indecisión.

El aeropuerto de Almería no es un lugar muy frecuentado en temporada baja. Y en temporada alta tampoco parece una verbena a medianoche. En el rato que estuve allí, apenas vi un puñado de turistas facturar sus pesadas maletas, dos o tres empleados del servicio de limpieza protegidos por sus auriculares y un camarero que, entre café y café, se enfrascaba en la pantalla de su teléfono

móvil sin el más mínimo pudor. Precisamente en él fijé la mirada un buen rato hasta que comencé a ampliar el encuadre.

La modernización de la terminal en los últimos años había despiezado la anterior cafetería y la había convertido en otra más abierta y luminosa. Del mismo modo, el cuartel de la Guardia Civil seguía sin estar donde yo lo recordaba, y los rostros que se cruzaban conmigo habían envejecido o se habían renovado. El suelo era distinto. La luz que entraba, también. Y el ruido del sistema de megafonía ascendía con rapidez hacia el techo, propiciando esa extraña calma de las salas de espera. Después de tanto tiempo, lo normal era que nada se pareciera a cualquier recuerdo. Y a pesar de eso, el funcionamiento, la manera de acontecer de aquel lugar, no había sufrido transformación alguna. Por muchas reformas y ampliaciones que hubiera padecido, seguía estando anclado en las mismas coordenadas de siempre. Quizá por eso, la imponente sensación de que algo siempre estaba a punto de ocurrir seguía latente en mí. Como si hubiera regresado a comienzos de los años noventa o nunca los hubiera abandonado.

Recordé el día que irrumpí en esa terminal con una camiseta cubriéndome el rostro. El barrio al completo se manifestaba a las puertas del aeropuerto para protestar contra la ampliación de la pista y, aprovechando una debilidad en el cordón policial, una caterva de niños entramos corriendo y nos dispersamos por aquella enorme sala. Estoy convencido de que, a vista de pájaro, aquel despliegue concentró belleza y armonía. Pero a ras de suelo lo que prevalecía era la angustia, el desorden y el ruido. Gritábamos proclamas, esquivábamos a los policías y, cuando pasábamos cerca los unos de los otros, nos mirábamos a los ojos, cómplices en una causa común. A mí, al final, me acabó apresando un hombre que debía de tener alguna función en una compañía aérea. Ni siquiera

fue un policía. Al menos, eso sí, fui de los últimos en ser capturado. Me tumbó en el suelo, me sacó la camiseta de la cabeza y, cuando cesé de patalear y contorsionarme, me arrastró del cabello hasta dejarme en la misma puerta por la que había entrado. Cuando mis vecinos, mis amigos, mi familia, que aún vociferaban rabiosos en la calle, me vieron salir, todos, absolutamente todos, comenzaron a aplaudir con tal furor que yo no tuve más remedio que romper a llorar desconsoladamente. Fue hermoso durante un rato, y eso lo hizo inolvidable. Mi madre estaba en primera línea. También aplaudía y lloraba, aunque sus razones eran otras. El ruido no me dejó oír lo que me decía, pero le pude leer los labios desde una distancia providencial: Ya hablaremos en la casa, valiente, que eres muy valiente tú.

Mientras me mantuve sentado en ese banco de la terminal, recordando aquel momento revolucionario, volví a ocupar el corazón de la máquina de rayos equis. Estoy convencido de ello. Ese lugar que te puede cambiar el curso de los días; donde todo se origina, transcurre y desemboca en un bucle, si no infinito, casi infinito. A esa singularidad la llamábamos «el aeropuerto». Así, a secas. Intuyendo, pero sin saber. Con eso nos bastaba para seguir contando lo que tuviéramos que contar. Y, una vez más, casi treinta años después, eso fue lo que ocurrió: que me puse a contar lo que tuviera que contar, sin importarme si un policía me acabaría reduciendo en el suelo o si mi madre me esperaba en casa para hablar.

Ocho

Es cierto que no sé cuántas veces merodeé por los alrededores de la casa de Simón. No fue una, pero tampoco fueron decenas. Algunos días después de mi visita al aeropuerto, aprovechando la dirección que había conseguido el funcionario de prisiones para el envío de ese manuscrito deslavazado, me planté en su calle. Vivía en pleno centro de Fuengirola, muy cerca de la plaza de la Constitución, en una casa de dos plantas, encajada entre dos edificios, con un pequeño jardín donde la madreselva y los jazmines propiciaban algo de intimidad. Deduje que había hecho más dinero del que yo había calculado. Recién salido de la cárcel y ya vivía mejor que yo.

La primera vez que lo vi abandonar la casa no fue la primera vez que estuve allí. Llevaba una bolsa de basura en cada mano. Caminó unos cien metros, las depositó en el contenedor de lo orgánico y regresó. Yo lo contemplaba desde el interior de un local de comida rápida. Esa misma noche, mientras conducía de vuelta a Almería, decidí que no regresaría a Fuengirola nunca más. Pero algunos días después, allí estaba de nuevo, viendo cómo las luces se encendían y se apagaban detrás de la imponente madreselva.

La segunda vez que lo vi sería la quinta o sexta vez que estuve allí. Estaba paseando un perro por los alrededores de su casa. Y eso me sorprendió. Había algo inquietante en esa tarea aparentemente despreocupada. Fue la primera vez que se me pasó por la cabeza la idea de acercarme a él y saludarlo. Algo

espontáneo, una casualidad, un inesperado choque entre dos partículas. Hombre, Simón, qué haces por aquí, qué alegría. Pero me di cuenta de que esa mañana me había puesto un chándal para conducir con cierta comodidad, y eso hacía añicos la verosimilitud de cualquier acción que intentase llevar a cabo.

La tercera vez que lo vi no sabría precisar cuándo fue. La tarde estaba cayendo, yo caminaba por el paseo marítimo y él charlaba con diez o quince personas sentadas en la arena, muy próximos a la orilla del mar. Busqué el perro por los alrededores, pero no lo encontré. Todos parecían escuchar con una atención apostólica, mientras él gesticulaba con mesura y se movía sin apenas tocar el suelo. Supe al instante qué estaba haciendo.

La cuarta vez que lo vi es la que debería estar esperando el lector. Simón salió de casa, cerró la cancela del porche y comenzó a caminar en dirección al paseo marítimo. Lo seguí de cerca para atrapar detalles que hasta ese momento me habían resultado inaccesibles. La ropa ligera pasada de talla, el tintineo de las llaves en la mano izquierda, la invisible estela de un perfume regio y un suave canturreo entre dientes. Entonces, en mitad de la ceremonia de sus pasos, Simón se giró bruscamente y me miró a los ojos, mientras se escondía las manos en el interior de los bolsillos. Ninguno de los dos mostramos sorpresa, aunque creo que nuestros corazones se golpearon como dos rocas bajo el agua. Hola, Simón. ¿Qué tal estás?

La conversación tuvo lugar, claro. Y resultó tensa y reveladora. Por supuesto. No podía ser de otro modo. Pero hay que tener en consideración que fueron muchos los días que estuve yendo y viniendo de Fuengirola con el miedo y la esperanza de que finalmente se produjera el encuentro. Y en ese tiempo siguieron pasando cosas que tienen que estar aquí. O si no aquí, más

adelante. Porque, como dijo mi futura editora, contribuyen a iluminar algunos de los misterios de esta historia, y no seré yo, llegados a este punto, quien vaya a cuestionar eso. De hecho, el mismo día que hablé con Simón, estuve a punto de llamarla, henchido de júbilo, borracho de obediencia. Pero no lo hice. Templé los nervios y mi espíritu se acurrucó a mis pies como un cachorro.

Nueve

Quienes saben de estas cosas aseguran que la acción de un libro más que acaecer corre con habilidad entre las piedras. De ahí que muchos escritores no apartemos la mirada del suelo. Vivimos con demasiados temores, esa es la verdad. Por mucho que los escritores hablemos de certezas, impulsos o imposiciones cósmicas cada vez que nos ponen un micrófono delante, lo verdaderamente revelador son los miedos que albergamos, la confusión en la que nos instalamos muy a menudo. A veces, con suerte, sabemos dónde estamos, pero casi nunca hacia dónde nos dirigimos. Navegamos en mar abierto.

Don Alberto, el cura de la parroquia de mi barrio, nos llevó a pescar a uno de los lugares más hermosos de Almería. La Isleta del Moro. La razón por la que organizó dicha excursión no la recuerdo. Pero alguna había, seguro. Porque en el barrio todo se hacía y se continúa haciendo por algo, por un motivo conocido o desconocido, da igual, que impone que las cosas sigan sucediendo. Si cierro los ojos, aún me veo, incluso me oigo, con mi madre comprando mi primera caña de pescar; o contemplo mi cuerpo echado en la cama, amortajado por el insomnio, la noche de antes; o asisto al contorsionismo de las lombrices coreanas en una cajita de cartón; o repito las palabras de mi padre antes de salir de casa con la caña al hombro: «Hijo mío, recuerda que para pescar primero tienes que ordenar las olas».

Íbamos cinco en su Talbot Horizon. Contando a don Alberto, seis. El del fallo multiorgánico, Simón y yo, además de un chico y una chica que no habíamos visto en nuestra vida. Llegamos bien temprano a la playa y, como la desesperación nos pataleaba en el pecho, don Alberto nos tuvo sentados en unas rocas durante más de hora y media, después de decirnos que el desgobierno del espíritu era pecado y que, sin movernos de donde estábamos, teníamos que emplearnos en algo que nos ayudase a que todo saliese bien. ¿Pero qué tenía que salir bien? ¿La jornada de pesca? No sé qué hicieron los otros, la verdad, porque apenas nos estremecimos en el lugar que nos impuso a cada uno. Pero yo recuperé el consejo de mi padre y clavé la mirada en el mar para ordenar, como bien pude, unas olas que, suaves y mimosas, lamían cuanto encontraban en su trayectoria. Pensé que lo estaba haciendo bien. Y pensé que mi padre se habría sentido orgulloso.

Al final, pescamos todos. Quienes ordenamos las olas y quienes no. Pero eran piezas tan menudas que las devolvíamos al mar por mandato sacerdotal. Así que, como no había manera de que nuestro cubo se fuese llenando con las capturas, poco a poco perdimos el interés y fuimos abandonando las cañas junto a las rocas para dedicarnos a otros menesteres más ociosos. Don Alberto, que seguía pescando en la punta de un espigón, nos miraba con recelo, pero también con ternura y con un amor que se antojaba infinito.

Cuando ya nos habíamos comido el bocadillo de mediodía e íbamos a empuñar de nuevo las cañas, una niebla muy densa llegó del mar y se tragó la costa. Don Alberto nos ordenó que no nos separásemos del punto en el que habíamos dejado las toallas, los cubos y las neveras, y eso hicimos. Porque según él, aquello no podía durar mucho, aunque luego duró lo que tuvo que durar. Aproximadamente cuarenta minutos. Y en ese tiempo, en el que

más que vernos, nos oíamos, nadie se percató de que Simón no estaba con nosotros. Solo al comenzar a retirarse la niebla, don Alberto preguntó por él, pero nadie le contestó porque ya nos estábamos rebozando en la arena y lanzándonos al agua. Así que tuvo que gritar para que el movimiento de rotación de la Tierra se detuviera durante unos segundos. Ese frenazo crujió en nuestros corazones.

—¿Alguien me puede decir dónde cojones se ha metido el ateo?

Nadie contestó, pero esta vez porque no hizo falta. Vimos bajar a Simón por un pequeño sendero que había entre la playa y el acantilado, a paso ligero y con una imprudente sonrisa estirándole la cara. Cuando llegó hasta nosotros, don Alberto no se dirigió a él. Nos habló a todos.

—Recoged las cosas. Hemos terminado.

Aquella irritación de don Alberto era una irritación compartida. Porque más allá de su fragilidad, su timidez, su revolución de pecas o su dichoso misterio intrínseco, más allá de todo eso, como digo, se imponía el hecho de que Simón nos había jodido la tarde. Así que, cuando llegó hasta nosotros, nadie le preguntó de dónde venía ni por qué había desobedecido el mandato sacerdotal. Simplemente, se puso a recoger sus cosas, al ver que nosotros hacíamos lo propio.

Un par de años después de que Simón se marchara del barrio, cuando ya habíamos ingresado en el instituto, el del fallo multiorgánico leyó en voz alta en clase de Lengua un relato que me resultó familiar. La profesora nos había encomendado que escribiéramos una historia de misterio, aprovechando el tema de los elementos de la narración que habíamos trabajado durante la última semana, y mi amigo decidió contar, vete tú a saber por qué, la historia del día que fuimos de pesca con el cura de nuestro barrio.

Lo determinante fue, y por eso lo traigo aquí, que había una parte de su relato que me resultó completamente desconocida. Y ante ese detalle, supe inmediatamente que había dos opciones: o se había inventado lo que le ocurrió a Simón mientras la niebla nos cubrió a todos, o en algún momento él se lo había contado. Así que ese mismo día, en cuanto tuve ocasión, le hice la pregunta al del fallo multiorgánico. ¿Te has inventado lo de Simón? Y él, asombrado por mi curiosidad, me dio una respuesta. ¿De verdad crees que yo tengo suficiente imaginación como para inventarme algo así? No, lo cierto es que el del fallo multiorgánico nunca se había caracterizado por tener una imaginación de calidad. Sí, quizá, una imaginación algo descoyuntada o imprevisible, pero en ningún caso esa que germinaba en el corazón del relato que había leído delante de toda la clase.

No tengo en mi poder aquel texto. Y si lo tuviera, estoy convencido de que no lo reproduciría tal cual aquí por una mera cuestión formal. Pero sí recuerdo con respetable precisión qué fue lo que leyó. O, mejor dicho, qué fue lo que Simón le dijo que sucedió aquel día, mientras la niebla nos hacía desaparecer a todos.

Diez

Ir hasta Fuengirola fue un acto de valentía. Y que él se diera la vuelta para enfrentarse a mí, también. Yo lo veo así. Nadie se arroja a las fauces del pasado a las primeras de cambio. Es obvio que cada uno tenía sus razones para asumir ese riesgo. Yo, en principio, ser leído. Y él, supongo, ser escuchado. Pero siempre conscientes de que si metíamos la mano en el pasado, existía la posibilidad de que al otro lado hubiera una picadora de carne.

Cuando lo tuve frente a mí, a escasos dos metros, brotó el impulso de buscar en sus ojos, en su gesto, a aquel Simón con el que compartí esos años de pubertad. Y la frustración se apretó fuerte contra mi barriga, vaciándome de aire. ¿Por qué me sentía incapaz de reconocer su timidez, su curiosidad o ese altruismo con el que había militado un día en la pandilla? ¿Dónde se escondía aquel chaval? E inmediatamente me di cuenta de que él estaba haciendo algo parecido: preguntarse sin posibilidad de hallar respuesta alguna; buscarme sin encontrar siquiera la huella de aquel tiempo.

Una vez iniciados aquellos viajes ingobernables a Fuengirola, no sé bien por qué, llamé a mi madre para decirle que, tarde o temprano, me iba a encontrar con Simón, que era algo irremediable. Estuve a punto de contarle que acababa de cumplir condena por un homicidio imprudente, un dato succulento para cualquier conversación entre madre e hijo, pero lo cierto es que no hizo falta. No porque ella lo supiera ya, obviamente. Fue innecesario darle

cualquier detalle porque su punto de vista colisionó con el mío con tanta fuerza que dejó sobre nuestras cabezas una luminosa estela de confusión y chatarra emocional. No sé qué será de mí el día que mi madre me falte.

—Mira, hijo, estas cosas no salen bien. Tú te empeñas en inmiscuirte en el pasado como si estuvieras en una película y sacaras la cabeza por la ventanilla de un coche para que el aire te despeine y el sol te acaricie. Muy bonito todo. Pero algún día te la van a arrancar de cuajo. A veces pienso que habría sido mejor que te dedicaras a eso de buscar minerales para estudiarlos. Tu padre y yo estaríamos más tranquilos. Y puede que hasta más orgullosos. Invéntate una historia, hijo mío. Con esa buena cabeza que has tenido toda tu vida para mentir, y ahora te ha dado por contar no sé cuántas mierdas sobre tu infancia. Porque recuerdos felices, lo que se dice felices, no pareces guardar ninguno, y ya me contarás por qué. Que tu padre y yo sepamos, te hemos dado una vida cómoda. Te has tocado los huevos hasta que te ha dado la gana. Y a lo mejor ese es el problema. No te voy a culpar de todo a ti. Quizá tu padre y yo no hemos dejado que te duelan las muelas lo suficiente o que se te hiele la raspa más de una vez. ¿Qué crees que vas a encontrar en ese hombre? ¿A aquel niño que se comía cada bocadillo dos veces, una por los ojos y otra por la boca? ¿De verdad? Tú sabes tan bien como yo que no. La vida no pasa sin más. La vida te afeita cada vez que tiene ocasión. Así que luego no te hagas el sorprendido cuando te pongas frente a ese hombre y no encuentres nada. Y lo que más me irrita, hijo mío, es que, cuando eso ocurra, vas a poner esto allá y aquello aquí. Así hasta que suene la melodía que quieres escuchar para que alguien te diga qué bien, qué bien, qué bien. Pues yo no te lo digo. Yo te digo otra cosa. Si cada vez que he tenido oportunidad de hurgar en el pasado, lo hubiera hecho,

te aseguro que las cosas no habrían sido como son ahora. Porque yo en esto no soy como tú ni como tu padre. Si voy al pasado, voy. Y si hago, hago. Y que le den por culo a todo. No sé si me entiendes. Porque yo hacer como que hago, no. Tú sí. Yo no. Quédate con eso. Tú sí y yo no. Ya está.

Once

Quienes saben de estas cosas aseguran que no es conveniente que la historia tenga la misma contundencia que una carpeta de secretario judicial. No es necesario que se deje constancia de cada cosa que se dijo o se calló, de cada mueca o movimiento que un personaje garabateó en el aire, de todas y cada una de las fases que se suceden en el desarrollo de una acción. Y menos mal que eso es así. Porque durante aquellos días, no tenía yo la cabeza para tales rigurosidades. Cada vez que volvía de Fuengirola y entraba en casa, tardaba horas en sacarme de encima la sensación de que me había convertido en un perturbado, en un miserable que lo único que hacía era buscar la manera de arrebatarse una historia que poder escribir. Mientras veía a Simón sacar de paseo a su perro, tirar la basura, dar una sencilla caminata por el vecindario o charlar largo y tendido en la arena de la playa, siempre pensaba lo mismo: Eres un farsante, Huáscar Dubló, esta no es tu verdadera vida. Pero cuando volvía a casa, me daba una larga ducha, entraba en el salón y contemplaba a mi familia iluminada por las luces tenues de las lámparas que con mucha intención habíamos puesto aquí y allá, y todos los libros cuidadosamente desordenados en las estanterías, y el hijo de puta del perro de mi suegro acurrucado en la alfombra, y las plantas de hojas poderosas que habíamos comprado por catálogo en un único pedido, y entonces reparaba en que no existían las vidas verdaderas y las vidas falsas. Que existen las vidas. Sin más. Y eso me aterraba.

Una mañana, mientras atendía en casa algunas de las tareas que había descuidado durante las últimas semanas, sonó mi teléfono móvil. Era la madre de Simón. Estuve a punto de no cogerlo, temeroso de no ser capaz de rebelarme contra las constantes mentiras de su relato, ya desenmascaradas por su hijo y por su exnuera. Pero no tenía sentido alguno que evitara esa llamada, mientras me estaba dedicando a ir a Fuengirola dos o tres veces por semana para forzar la acción. Así que descolgué. Ya sé que no es necesario que reproduzca palabra por palabra aquella conversación. Pero ojalá esta vez pudiera. Ojalá la hubiese grabado. Ojalá me hubiese sorprendido, al menos, con el cuaderno y el bolígrafo en la mano. Desgraciadamente, no fue así. Y la colisión de sus palabras con las mías fue tan poderosa que llenó el espacio de interferencias.

—Muchacho.

—¿Sí?

—¿No saludas?

—He dicho hola.

—No he oído nada.

—Hola. Otra vez.

—Hola.

—...

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Parece que esto se corta.

—No. Sigo aquí. Me he callado para escucharla.

—Bien. ¿Cómo estás?

—Muy liado con el trabajo.

—¿La novela?

—También. Pero sobre todo con otras cosas que tengo pendientes.

—Vale. En ese caso, no voy a entretenerme mucho.

—Como quiera.

—He seguido buscando entre las pertenencias de mi hijo. De hecho, desde que te fuiste, casi no me he dedicado a otra cosa.

—No se lo tome así.

—¿Cómo?

—Así... No está bien que se obsesione.

—Eso es una gilipollez. Se trata de mi hijo.

—Perdone. No quería decir eso.

—Lo sé. Pero sigue siendo una gilipollez.

—Ya.

—El otro día, mientras ordenaba por fecha todas las publicaciones que fui recibiendo durante un tiempo, recordé que, cuando me devolvieron el coche, cuando me lo trajeron desde el aeropuerto de Madrid, encontré en el maletero un bolso de viaje. Debí de olvidarlo ahí. Porque en su interior había cosas para el aseo personal, algunos medicamentos básicos y tres o cuatro pares de zapatos. En aquel momento ni siquiera tuve el valor de subirlo a casa. Lo dejé en el trastero y ahí ha estado durante todo este tiempo.

—...

—¿Sigues ahí? Se ha cortado.

—No, no. Sigo aquí.

—Interrúmpeme cuando quieras.

—Vale.

—Parece que estoy hablando sola.

—Estoy aquí.

—Ayer por la tarde me atreví a bajar al trastero. No es fácil para mí sumirme de nuevo en esto.

—Ya imagino.

—Ahí seguía la bolsa. Y dentro de ella, obviamente, el neceser, las medicinas y los zapatos. Pero me di cuenta de que había más cosas que en su día quizá no vi.

—¿A qué se refiere?

—¿Recuerdas aquellas hojas que te llevaste?

—¿Los pasadizos?

—Eso es.

—Sí, claro. Cómo olvidarlos.

—Pues creo que los he encontrado.

—¿Que ha encontrado qué?

—¿Qué va a ser? Los pasadizos, muchacho.

—¿En una bolsa de viaje?

—No tendré que empezar desde el principio, ¿verdad?

—¿Se está riendo de mí? ¿Es eso? ¿Una broma?

—¿Qué dices?

—Usted sabe que no ha encontrado nada. Y yo también lo sé. No me haga perder el tiempo.

—Estás muy raro. ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente.

—Pues no lo parece.

—...

—Ya entiendo.

—¿Qué entiende?

—Has hablado con esa hija de puta. La has encontrado.

—No he encontrado a nadie.

—La has encontrado.

—Ya le he dicho que yo no he encontrado a nadie.

—¿Dónde vive la exmujer de Simón?

—¿Tengo que repetírselo otra vez?

—Ten cuidado con ella. Es una grieta en el suelo. Un pozo salvaje. Te hará lo mismo que nos hizo a nosotros.

—Voy a colgar.

—No vas a colgar, muchacho.

—Sí voy a hacerlo.

—Escúchame. No te creas nada de lo que esa mujer tenga que decirte. Mi hijo no se puede entender sin ella. Eso es innegable. Pero yo sí. Y tú, por ahora, también. Unámonos en esto. Yo sé hacerlo y puedo enseñarte. La dejaremos fuera, sin nombre, sin espacio. No será ni estará. Lo he hecho otras veces.

—Lo siento. Tengo que irme.

—Piénsalo. Te volveré a llamar. He de terminar de contarte lo que he encontrado. Estamos haciendo progresos importantes.

—No me llame.

—Te voy a llamar.

—Yo la llamaré a usted.

—No, muchacho. Las cosas no funcionan así.

Doce

Cuando don Alberto nos dijo que no nos moviéramos de nuestro pequeño campamento, Simón hizo exactamente eso, porque él, por naturaleza, era bien mandado; una virtud que, por cierto, mi madre siempre ha considerado la cima del buen cristiano. Pero comenzaron a pasar los minutos y la niebla no se disipaba, tal y como había vaticinado nuestro cura. Así que, sin saber bien quién tiraba de él, se levantó y comenzó a caminar hacia uno de los extremos del acantilado de la playa de La Isleta del Moro.

Me llamaron la atención las figuras literarias que salpicaban aquel relato de mi amigo en clase de Lengua. Generalmente todas en torno a la niebla. De hecho, la profesora, una vez que concluyó su lectura, le preguntó si de verdad lo había escrito él, y hubo alumnos que soltaron carcajadas y le lanzaron alguna que otra bola de papel. Decía cosas como que la niebla era hija del agua, por ejemplo. O que la niebla nos cerraba los ojos para que viéramos las cosas por dentro. O que la niebla traía el ruido y la furia de los viejos campos de batalla. Dijo más, estoy seguro, pero no las recuerdo porque el paso del tiempo es, en realidad, otro tipo de niebla que acaba haciéndose con nuestra memoria.

Al parecer, según me dijo el del fallo multiorgánico, Simón le contó que caminó por ese sendero unos doscientos o trescientos metros, hasta que la niebla se echó al suelo como una lámina de mercurio. Y que allí no había nada que ver, salvo una valla de alambre en la que terminaba el camino que había recorrido. Se

aproximó a ella, con más curiosidad que miedo, y estuvo mirando con detenimiento por si veía algún animal pastando o alguna tomatera espontánea. Nada de eso encontró. Cuando ya había decidido regresar, un hombre, con acento extranjero o problemas de dicción, le habló desde el otro lado de la valla. No obstante, aquí hay que precisarlo, Simón le dijo al del fallo multiorgánico que él sabía que ese hombre, en realidad, no estaba al otro lado de la valla.

—¿Y dónde estaba?

—En mi cabeza.

—¿En tu cabeza?

—Claro. Porque el otro lado de la valla era el interior de mi cabeza.

—No me jodas, Simón.

—Te lo prometo. Esto no le ha pasado a mucha gente. Lo sé. Subí por aquel sendero y lo que me encontré fue el interior de mi cabeza.

—O sea, que aquel hombre era producto de tu imaginación, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque me has dicho que estaba en el interior de tu cabeza.

—Ya, pero el interior de mi cabeza estaba fuera de mí, frente a mis ojos, y yo lo contemplaba de un modo tan claro como ahora te contemplo a ti. Así que no era producto de mi imaginación.

—Me estoy liando, Simón.

—Algo ocurrió ese día. No sé qué. Supongo que fue aquella niebla.

—A lo mejor fue don Alberto...

—¿Qué dices?

—Claro. A lo mejor don Alberto nos sacó de excursión para que a ti te sucediera eso. Él no lleva nada bien que no estés bautizado, y

me extraña mucho que no intente ponerle remedio. ¿Tú crees que ese hombre era Dios?

—No. No sé. No creo, vamos. Me lo habría dicho.

—Dios no necesita decir que es Dios. Lo es y se sabe.

—¿Y cómo se sabe?

—Se sabe.

—Pues si se sabe, ese no era Dios, porque yo no lo supe.

—Eso es. No era Dios.

—Menos mal.

—Sí, menos mal, porque menuda escena. ¿Y qué te dijo el hombre?

—Me preguntó si me había perdido. Le dije que no y se acercó a la valla, sin llegar a tocarla. Luego me pidió que estuviera tranquilo. No en ese momento, que yo ya lo estaba. Se refería a que estuviera tranquilo en general, en la vida.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que esté tranquilo.

—¿Pero tú estás nervioso por algo?

—Yo no. No sé. Todos estamos nerviosos a veces. ¿Tú no?

—¿Yo? Casi siempre.

—Pues eso.

—Claro, pero mi madre ya me prepara las tilas. No necesito que venga un hombre misterioso a decirme que esté tranquilo.

—Es que no ha venido de ningún lado. No te enteras. Ya estaba conmigo. ¿No te das cuenta de que el otro lado de la valla es el interior de mi cabeza? Es decir, ese hombre ya está en mí.

—¿Ese hombre eres tú?

—No solo yo. Pero también soy yo.

—Se me está ocurriendo que, a lo mejor, ese hombre está hasta los mismísimos cojones de ti y de ese misterio raro que le das a

todo. A lo mejor ha venido a decirte que te relajes un poquito con tanta metáfora y tanto ver donde no hay nada que ver.

—Puede ser.

—Yo creo que es eso.

—No lo tengo tan claro.

—¿Y qué más te dijo?

—Me dijo que alguien iba a morir.

—No me jodas, Simón.

—Es broma.

—No me gustan esos temas. Me cortan el cuerpo.

—Es broma... Me habló de mi madre. Sabía muchas cosas de ella. Pero es normal, porque él está dentro de mi cabeza.

—Y todas esas cosas ya las conocías tú, claro.

—Sí. Bueno, todas menos una.

—¿Cuál?

—Que mi madre tiene mucho miedo.

—¿Miedo a qué?

—No me lo dijo.

—Busca en tu cabeza. Ese hombre tiene que estar ahí. ¿Qué ves?

—Nada.

—¿Pero miedo a qué?

—Que no lo sé, ya te lo he dicho.

—Tienes que saberlo porque el otro lado de la valla era el interior de tu cabeza.

—Eso mismo pienso yo.

—Es que tiene toda la lógica del mundo.

—Ya. Quizá es que no quiero verlo.

—¿Al hombre?

—No, el miedo de mi madre. ¿Tu madre tiene miedo?

—Que yo sepa no.

—¿Pero te gustaría saberlo en caso de que lo tuviera?

—Supongo que no.

—Ya. Pues eso.

—¿Se lo has contado a ella?

—Todavía no. ¿Crees que debería hacerlo?

—No lo sé. Este tipo de cosas suelo consultárselas a don Alberto.

Pero, al no estar bautizado, no sé si puede hacer algo por ti.

—¿Y es muy complicado eso de bautizarse? ¿Hay que aprobar algo?

—Con tenerle miedo a Dios es suficiente.

Trece

¿Qué tenía yo en la cabeza? Un enorme fuego al que iba arrojando ideas que alimentaban mi zozobra, mi nerviosismo. Creí, por ejemplo, que Simón había decidido instalarse en Fuengirola porque allí la gente iba y venía sin apenas mirarse a los ojos. Esa era una de ellas. Pero, como digo, había muchas más. Unas con más desarrollo que otras. Casi ninguna con la justa lógica de la vida ordinaria. Pensé, por ejemplo, que alguien que acababa de salir de prisión no da cobijo a un perro así como así, que necesita una oscura intención para llevar a cabo un acto como ese. Pensé que, rechazando las páginas que yo había escrito, me amordazaba como narrador y vertía combustible sobre la historia. Pensé que en cada bolsa de basura que arrojaba al contenedor escondía una pieza de aquella bici que un día desmontamos juntos. Pensé que la espesura de su jardín era la membrana que protegía el núcleo, la atalaya desde la que me observaba, el campanario con el que ahuyentaba a los muertos. En cada viaje de ida, en cada jornada de vigilancia, en cada viaje de regreso, la cabeza se me anegaba de torpes ideas que no había forma de desenredar. Era una situación angustiosa. De verdad que lo era. Quizá esa fue la razón por la que aquel día rompí la distancia y seguí sus pasos hasta donde él pudiera percatarse de mi presencia. Al menos, tengo el nítido recuerdo de desear que se diera media vuelta. Puede que no hiciera aquello para seguir escribiendo a cualquier precio. Puede que, por el contrario, lo hiciera para encontrar una calma cuyo pelaje no

acaricio desde hace años. Me gusta pensar que existe esa posibilidad. De otro modo, qué doloroso me resulta seguir escribiendo cualquier cosa.

Catorce

Después de intercambiar algunas palabras manoseadas, Simón me invitó a su casa para tomar algo y conversar con tranquilidad. Estuve a punto de rechazar su propuesta, simplemente porque su casa no era uno de los posibles escenarios que yo había contemplado. Sin embargo, asentí de un modo casi imperceptible y comenzamos a deshacer el camino. Al abrir la cancela del jardín, el perro acudió con evidente júbilo hacia él, mientras que a mí ni siquiera me olfateó los zapatos; hecho que interpreté, no sé por qué, como una penosa señal de lo que tuviera que ocurrir ese día. Qué poderosas parecían las plantas de aquel jardín. O qué pequeño me sentía yo con cada paso que daba.

Una vez en el interior, mientras alzaba las dos grandes persianas del salón y la claridad se apoderaba de todo, me dijo que no vivía solo. Eso sí que no me lo esperaba. Supongo que el lector tampoco. Me confesó, no sin cierto pudor, que había alquilado una habitación en esa casa porque el dueño, un hombre octogenario, no quería ni podía vivir solo. El precio era razonable y casi no le había puesto condiciones. Que sacara al perro de vez en cuando, que procurara mantener el orden en la casa y que cocinara sin olvidar que tenía un hígado al que le costaba hacer bien su trabajo. Ahora está arriba, me dijo. Pasa mucho tiempo en su habitación viendo un canal sobre inversiones bursátiles.

Yo habría comenzado la gran conversación nada más entrar allí porque los nervios me tenían el estómago arrugado, pero Simón me

pidió que aguardara unos minutos para preparar algo de beber. Se ve que eso es algo de familia. El salón tenía una clara atmósfera regia. No sé cómo explicarlo. Lo primero que interpreté fue que el propietario de la casa era extranjero. Del norte de Europa, por ejemplo. A la luz de las ventanas, había dos sillones imponentes, antiguos, muy cuidados. Y frente a ellos, una enorme estantería de escayola que daba cobijo a esculturas de madera (tallos y flores, máscaras policromadas, manos extendidas, animales diminutos, algún que otro cáliz), varias colecciones de libros encuadernados en piel, fotografías de casas en plena naturaleza y pequeñas lámparas que se distribuían entre unas cosas y otras. No había sofá. Tampoco televisión. Pero sí un buen suelo de anchos tablones de madera, una alfombra, una mesa baja con más libros apilados, y uno de esos muebles con ruedas que se utilizan para guardar botellas y vasos. De repente, comencé a sentir curiosidad por ese hombre que estaba en la planta de arriba. Menos mal. Fue esa curiosidad la que, como un trago de ginebra, me templó los nervios.

Simón entró portando una bandeja, me miró unos segundos y habló:

—¿No te vas a sentar?

—Sí, claro.

—¿Té o café?

—Café.

—No he encontrado el azúcar. Pero he traído sacarina.

—No te preocupes. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El perro del jardín.

—*Travis*. El pobre ya está muy mayor. Es un compañero excelente. Yo nunca había vivido con un perro. ¿Tú?

—Sí. Mi suegro nos deja en casa el suyo cada vez que quiere.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Supongo que bien. No sé. No me van muchos los perros.

—¿Prefieres los gatos?

—No prefiero nada. No tengo mucho tiempo para pasearlos.

—Los gatos no necesitan que los pasees.

—Da igual. En realidad no me gustan ni los perros ni los gatos.

Tampoco los pájaros.

—Te entiendo.

—¿Y qué tal estás tú?

—Bien.

—Me refiero a qué tal la vida después de la prisión.

—Sí, ya sé a qué te refieres.

—Vale.

—No hay tanta diferencia, aunque parezca una insensatez.

—...

—Hoy en día las cárceles tienen algo de colegio mayor. Sobre todo los módulos de respeto. Desde antes de que me trasladaran a Archidona, yo estuve en uno. Al final, haces amigos, aprendes cosas nuevas, ayudas a otras personas, tienes tiempo para pensar.

—...

—Bueno...

—...

—No sé...

—...

—Creo que lo mejor sería que me dijeras a qué has venido.

—No lo tengo muy claro, Simón.

—¿Es por lo que te escribí sobre tu nuevo libro?

—Ni siquiera es mi nuevo libro. Únicamente es un buen puñado de páginas escritas sobre aquellos años.

—En cualquier caso, sigo pensando lo mismo. Lo siento.

—¿Qué te ofendió tanto?

—Ya te lo expliqué.

—Entonces no me ha quedado claro. Podrías explicármelo de nuevo.

—Me tomé la molestia de trasladarte mis impresiones, cuando no tenía ninguna obligación. No puedo ayudarte más allá de eso.

—Durante estos días te he visto en la playa.

—¿Cómo dices?

—Rodeado de toda esa gente uno se tiene que sentir muy bien. No sé. Querido, admirado.

—Así que no es la primera vez que vienes por aquí. No sé por qué, pero no me sorprende. Como tampoco me sorprendió que me buscaras en la casa de mi madre o que insistieras en vernos.

—¿Has vuelto a lo tuyo? Creí que te habían inhabilitado para hacer lo que hacías.

—¿Y qué se supone que hacía?

—No se supone. Lo hacías. Sin más. Lo dice la sentencia.

—Ya veo. Pues si quedó escrito en una sentencia, poco más podemos añadir nosotros, ¿no?

—Eso no lo sé todavía. ¿De qué habláis en la playa?

—Creo que no ha sido una buena idea invitarte a casa.

—Venga, Simón. Por los viejos tiempos. ¿Qué hacéis allí?

—Me voy a arrepentir de esto, pero, bueno, ahí va. Nos ayudamos.

—¿Les ayudas?

—Cooperamos.

—¿Y les cobras?

—Eso qué más da.

—Sí da. Claro que da.

—¿A qué has venido exactamente?

—A nada en concreto. A hablar con un amigo. Quizá pueda acompañarte un día de estos a la playa. Si tengo que pagar, pago. Me gustaría saber de qué va eso.

—Te voy a pedir que te marches.

—Venga ya, Simón. ¿Dónde está aquel hombre que me dijo que era más fértil la curiosidad que la contrariedad?

—...

—Necesito que me ayudes a comprender algunas cosas. Solo eso. Además, me lo debes. Desde que me dijiste que esta historia era una mierda, me ha costado la misma vida sentarme a escribir.

—Yo no te pedí que me enviaras nada.

—Ni yo que te despacharas tan a gusto.

—Está bien. Pregunta cuanto quieras y luego te largas.

—Te lo agradezco. De verdad.

—...

—¿Qué haces en la playa con toda esa gente?

—Ya te lo he dicho. Coopero con otras personas.

—Para conseguir qué.

—Bienestar.

—Explícamelo. Dicho de ese modo parece que estáis al borde de un suicidio colectivo.

—...

—Vale. Perdona. Explícamelo, por favor.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que el tiempo se te iba por el desagüe?

—Supongo que sí.

—Pues yo enseño a taponar ese desagüe.

—Venga, Simón. No soy un niño. Puedes ser más ambicioso en tu explicación.

—La gente se enfrenta al desafío de vivir su tiempo de un modo más pleno, más consciente. Pero todo gran desafío transita por una parte importante del dolor propio porque en su consecución hay que derribar, mover, reparar, erigir, sanar. Cuando estas operaciones se llevan a cabo, se inicia un proceso de transformación. Yo coopero con ellos en esa tarea.

—¿Una especie de metamorfosis?

—Sé lo que buscas con el uso de esa palabra. Pero me da igual. Adelante, puedes usarla.

—¿Y quiénes son ellos? ¿Fascinados?

—No. Simples cooperantes. Como yo.

—En la sentencia leí que los llamabas Fascinados.

—Supongo que si has venido a verme de nuevo, es porque la sentencia te resulta insuficiente.

—No creas. A mí la sentencia me parece un texto succulento. Pero hay piezas que no termino de encajar.

—Porque una cosa es tu novela y otra bien distinta, la vida.

—Bueno, eso está por ver. Por cierto, a mí, todo ese tema de transitar el dolor propio me resulta muy manido. Habría que darle una vuelta más, ¿no crees?

—¿Qué te resulta manido exactamente?

—Esa pregunta ecuménica y grandilocuente de que quiénes somos nosotros para creer que no hay que pasarlo mal en el alto cometido de conseguir algo bueno en esta vida.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues mírate. Me da la impresión de que tu vida no es un camino de rosas. Y supongo que tendrás algún alto cometido. A lo mejor esta idea tan ecuménica te sienta como un guante.

—Puede. Pero sigue siendo una imagen muy manida.

—Eso es algo que solo os preocupa a los escritores.

—¿Crees que tu estancia en prisión se puede interpretar como parte de ese dolor?

—No ha sido una estancia. Ha sido un encierro. Y no creo que entrañe un simbolismo distinto al de cualquier otra persona que haya pasado por esa experiencia.

—Hombre, cada uno vive el dolor a su manera.

—Estás caricaturizando todo este asunto del dolor. Bueno... Es tu forma de procesarlo. Lo que yo digo es que rara vez alguien ha conseguido aquello que más deseaba en este mundo mientras cortaba tranquilamente el césped de su jardín. Hay que hacer algo más. No nos gusta escucharlo, detestamos enfrentarnos a ello, pero es así.

—¿Y atravesar una cueva con los ojos vendados y un cuenco con agua entre las manos es hacer algo más?

—...

—Lo siento. Ha sido un golpe bajo.

—No te preocupes. ¿Sabes algo que tardé mucho tiempo en aprender, pero que luego resultó ser muy revelador?

—¿Qué?

—La mayoría de preguntas desesperadas que hacemos a otras personas rara vez nos las hemos formulado a nosotros mismos.

—¿Crees que hay desesperación en mis preguntas?

—Claro que la hay.

—¿La hay también en las de esas personas que acuden a ti?

—Es probable.

—¿Y qué les propones?

—¿Qué les propongo a ellos o qué te propondría a ti?

—¿Hay diferencia?

—Siempre la hay.

—Bueno... ¿Qué me propondrías a mí?

—Que te esfuerces en cambiar el punto de vista. Tú, como todos, interpretas el mundo a partir de unas creencias. Y esas creencias condicionan nuestra manera de interpretar no solo lo que nos rodea, sino también lo que se guarece en nuestro interior.

—Y esas creencias no son necesariamente verdades, ¿no?

—Una creencia es un pensamiento que rara vez cuestionamos. Y todo pensamiento es un relato que nos contamos a nosotros mismos de un modo recurrente. Ejemplo: me voy a morir joven. Ejemplo: tarde o temprano mi pareja me abandonará. Ejemplo: soy un impostor en el trabajo. Y ejemplo: no sé amar.

—Y si cambiamos el punto de vista...

—Tenemos la posibilidad de cuestionar esa creencia. Piensa que la mayoría hace o no una determinada acción en función de ese pensamiento, de ese pequeño relato que tiene en su cabeza y que la anima o desanima a llevarla a cabo. El punto de vista, entonces, es crucial. Eres escritor, lo sabes tan bien como yo. Deberíamos ir gritando por ahí: ¡El punto de vista, chaval, el maldito punto de vista! En cambio, apenas prestamos atención a estos detalles.

—Sí, de hecho a mí me lo gritaste. Pero no es una tarea fácil.

—Claro que no. Nadie nos enseña a relatar, corregir y ordenar nuestros propios pensamientos. Quizá por eso las historias pugnan con violencia dentro de uno mismo para convertirse en «La Historia». No sé si me explico.

—Creo que sí.

—Bien.

—Entonces, se podría decir que, en este momento, mientras hablo contigo, en mi cabeza hay varias creencias luchando por imponerse.

—Me temo que esa fase ya quedó atrás. En tu caso, tú ya albergas un pensamiento que difícilmente vas a cuestionar.

—...

—Pero podemos intentarlo.

—...

—¿Te atreves?

—...

—Ahora vengo. Quiero enseñarte algo.

Quince

Después de la última conversación telefónica con la madre de Simón, sentí el impulso de volver a escribir a su exmujer. En mi mente, aquello era una conexión limpia, rápida y efectiva. Debía ponerla al corriente de cuáles habían sido mis averiguaciones hasta el momento y, sobre todo, de la reacción desaforada que había tenido su exsuegra. Estaba convencido de que eso podría abrir una esclusa por la que aliviar la presión de los acontecimientos. Le escribí un correo breve y directo. Suprimí el asunto, el encabezamiento y la despedida. Descarté cualquier formalismo. El cuerpo del mensaje debía cobrar toda la relevancia: «Quiero contarte qué ha sido de Simón». La respuesta que me dio, aún hoy, concentra el poder de una constelación de pavesas bajo mi camisa. Transcribo:

Después de contestar a tus últimas preguntas, algo se agitó o se enturbió dentro de mí. Muchos de aquellos días que compartí con Simón me han vuelto a acompañar con toda su sordidez y misterio. No es una sensación agradable, créeme. Estoy felizmente casada y tengo una hija de cuatro años que me ha cambiado la manera de mirar la vida. No sé si tú tienes hijos. Eso ayudaría a que entendieras esta situación. Recuerdo que, al regreso de uno de sus viajes al sur, nada más llegar a casa, Simón se tumbó en la cama donde yo ya estaba casi dormida, y me preguntó si había conocido el miedo alguna vez. No lo entendí, como en tantas otras ocasiones, porque nunca nadie tiene una respuesta acertada para las

preguntas que duelen. Así que le contesté que todo el mundo, tarde o temprano, conoce el miedo, que es una emoción que nos ayuda a seguir vivos, que es una reacción bien organizada de nuestro cuerpo. Se levantó de la cama con evidente desgana y salió de la habitación. No sé cuánto tiempo pasó porque me quedé dormida hasta que volví a oír su voz en el dormitorio. Pronunció mi nombre. Eso era algo que no hacía nunca, salvo que estuviéramos en público. Desde que empezamos a compartir tiempo, me llamó Noche. Noche esto. Noche aquello. Mi noche. Le pregunté si se encontraba bien, y le propuse que se acostara a mi lado, que ya por la mañana hablaríamos de cuanto quisiese. Lo dije por decir, claro, porque yo sabía que eso era imposible. «El miedo no te salva de nada. No te ayuda a seguir vivo. El miedo te acompaña del mismo modo que lo haría un buitre. Además, adopta todas las formas posibles. La de una canción, la de una cerradura, la de un olor. Incluso la del silencio. El miedo no te mantiene vivo, cariño. En el mejor de los casos, se muere cuando tú te mueres. Pero eso, claro, no significa que ahí se acabe todo.» Si estas no son sus palabras literales, fueron otras muy parecidas. Nunca supe qué quiso decirme aquella noche. Lo que sí sé es que Simón, en ocasiones, dejaba de ser aquel hombre que iluminaba auditorios con su palabrería, y se convertía en alguien enfermizo, sumido en un terror que no alcanzaba siquiera a nombrar. Aquel misterio nunca dejó de ser doloroso para mí. Se metía en la cama y, como él mismo explicaba, el miedo se tumbaba entre ambos. Así que fue un gran alivio el día que agarré mis maletas y aquello dejó de ocurrir. No quiero saber qué ha sido de Simón. Eso supondría regresar a sus preguntas, que es exactamente el punto en el que tú estás. Ahora, cuando me meto en la cama, entre mi marido y yo se acurruca una niña de cuatro años. Y eso no es un misterio. Es un milagro.

Dieciséis

Oí cómo Simón subía las escaleras y, a los pocos minutos, las bajaba con un ritmo pausado. Tuve la impresión de que, conforme progresaba nuestro diálogo, él ganaba en serenidad y a mí me costaba no salirme de la senda culebreante que había dibujado en mi imaginación. Volví a refugiar mi atención en los libros y en las esculturas de la estantería, intentando formar un montoncito de calma a mis pies, pero resultó ser una tarea imposible. Nada más regresar al salón, me ofreció algo que llevaba entre las manos. Échale un vistazo a esto, me dijo. Se trataba de una fotografía satinada, algo atenuada por el paso del tiempo, en la que aparecíamos el del fallo multiorgánico, el del síncope, él y yo. Estábamos de pie, delante de la fábrica de azufre, flacos como galgos abandonados, mirando fijamente a la cámara con una sonrisa desmedida. Me quedé mudo.

—¿Te acuerdas de este momento?

—...

—¿Te acuerdas?

—No.

—Estábamos delante de la fachada de la fábrica de azufre.

—¿Quién nos fotografió?

—Era por la tarde. Como tantas otras veces, nos dedicábamos a hacer que el verano mereciera la pena. Y pasó por allí Thierry. Ya sabes que a él le gustaba mucho la fotografía.

—Es verdad. Siempre iba tirando de aquella vieja cámara.

—¿Y no te acuerdas de ese momento?

—No.

—Fíjate bien. ¿Ves algo que te llame la atención?

—No sé. No me esperaba volver a vernos juntos, la verdad. En ningún momento, desde que empecé a escribir sobre aquellos años, concebí la idea de que pudiera haber una sola fotografía de la pandilla. No es que sea un disparate. Sencillamente es que no se me pasó por la cabeza.

—Vuelve a mirar la fotografía. Tienes que verlo por ti mismo.

—No sé...

—...

—Llevas el brazo en cabestrillo.

—Eso es. ¿Y recuerdas por qué?

—No.

—Bien. A eso me refería cuando te decía antes que albergamos creencias que difícilmente somos capaces de cuestionar.

—No te entiendo.

—Cuando leí las páginas que me enviaste, me sorprendió que no aludieras en ningún momento a los hechos que me llevaron a tener el brazo escayolado durante más de quince días.

—Es que no lo recuerdo. Ya te lo he dicho. Esa es la verdad.

—No quiero cuestionar tu verdad. De lo que quiero hablar es del motivo que te lleva a no recordarlo.

—¿Qué te ocurrió?

—Algunos días después de que tu madre te propinara aquella paliza en mi presencia y nos obligara a deshacernos de tu bicicleta, volvimos a encontrarnos con el traidor que nos delató. En tus páginas lo llamas el del síncope. ¿Te acuerdas ahora?

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Vale. Continúo entonces. Estábamos los tres en la plaza verde. Tú decidiste que lo mejor era no hablarle. Distanciarnos. Esa creo que es la palabra que he leído en tus páginas. Pero a mí aquella deslealtad me hervía en el estómago como un trago de lejía. ¿Cómo demonios había sido capaz de irse de la lengua? No encontraba la manera de entender un acto tan ruin. Existía un código de lealtad entre nosotros, ¿no? Así que, después de cruzar con él algunas palabras, comenzamos a soltarnos puñetazos y patadas, a gritar como si fuéramos animales de distintas especies. Fue un acto de suma rabia. Al menos por mi parte. Nos estuvimos dando golpes un buen rato, mientras tú nos contemplabas pasmado sin saber qué hacer, muerto de miedo, paralizado por lo imposible. Recuerdo que un hombre que vestía chaqueta y corbata, no sin esfuerzo, consiguió separarnos. Me empujó hasta llevarme contra una pared y me preguntó si había perdido la cabeza, que quién cojones me había enseñado a mí a solucionar las cosas de ese modo. Para entonces, el traidor y yo llorábamos de rabia y de pena, y no nos quitábamos la vista de encima, por si el destino nos ofrecía un nuevo asalto.

—Eso no puede ser.

—Claro que puede ser. De hecho, fue así. Después de que ese hombre, el de la corbata, me tuviera un buen rato arrinconado, la rabia empezó a diluirse y dejó paso a una tristeza que nunca he olvidado. Pocas veces he vuelto a sentir ese tipo de tristeza. Entonces, le di un puñetazo a la pared y me fisuré el radio. De ahí ese cabestrillo que puedes ver en la fotografía.

—No recuerdo nada de eso.

—¿Y sabes por qué?

—...

—Porque ese recuerdo habría cuestionado buena parte de tu creencia, de ese pensamiento que vertebraba la historia que quieres contar.

—Sigo sin entenderte.

—Para ti, según lo que he leído, soy ese niño frágil, apocado y timorato. Y no te voy a discutir esa percepción porque sería una estupidez defenderme de algo que solo tiene vigencia en tu mente y en lo que escribes, que, en cierto modo, son un mismo espacio personal.

—No se trata de coherencia o necesidad narrativa, tal y como insinúas. Sencillamente, no tengo ese recuerdo y, además, dudo mucho de que algo así se me pudiera olvidar.

—Puedes mirar cuantas veces quieras la fotografía. Ahí tienes mi brazo derecho en cabestrillo.

—Eso no implica que tuviera lugar aquella pelea.

—Pero implica algo. Sea lo que sea. Y ese algo es una buena oportunidad para desplazar tu punto de vista.

—En esta foto no parece que estéis enemistados.

—Es que no lo estábamos. Él entendió mis razones. Y yo, las tuyas. Los niños tienen ese gran poder.

—¿Me estás diciendo que sustituya tu fragilidad y tu carácter asustadizo por valentía y arrojo? ¿Es eso lo que tanto te irritó al leer mis páginas? ¿Es eso lo que te llevó a amenazarme con una denuncia? ¿El hecho de que te describa como alguien débil?

—No, claro que no.

—¿Crees que te traicioné yo también?

—No es eso. De verdad que no.

—Te juro que no entiendo nada.

—Llevas tanto tiempo albergando en tu cabeza que yo era ese niño frágil que ahora te resulta imposible mirarlo desde un ángulo

distinto. Por eso, en tus páginas, soy el que fracasa en la Cueva del Rascacio, pero nunca el que defiende la lealtad a puñetazos. Soy el que siempre se queda fuera de la escena vigilando, pero nunca el que se enfrenta a lo que atenta contra nuestro código de honor. Soy el que espera, jamás el que actúa.

—No es así.

—Sí lo es. Y para colmo, cada que vez que mi comportamiento te ha planteado cualquier desconcierto, lo has metido en la urna de lo misterioso. ¿Por qué soy misterioso? ¿Por qué insistes en eso? Me lo pregunté muchas veces mientras leía tu manuscrito. Porque yo, para serte sincero, me recuerdo como un niño con inquietudes muy parecidas a las tuyas y a las del resto de la pandilla. De hecho, eso es lo que más añoré después de marcharme del barrio. Que nunca volví a crearme tan igual a otros.

—Lamento que te hayas sentido así. Solo puedo repetir lo que te he dicho antes. Lo recuerdo de ese modo, y así lo he escrito.

—Si lo lamentas de verdad, estás más cerca de cuestionar ese pensamiento, ese relato que se muestra tan poderoso en el interior de tu cabeza.

—No sé si, a estas alturas, sería capaz de hacer algo así. Tampoco sé si quiero.

—Bueno, acabamos de llegar a la respuesta a tu pregunta inicial. Eso es lo que hago yo con esa gente en la playa. Cooperar con ellos para que encuentren y recorran el pasadizo que los devuelve a aquel momento, a aquella situación que desean mirar desde otro ángulo.

—El Pasadizo de Regreso.

—Yo diría volver para volver a mirar.

—En la sentencia lo nombran con esas palabras.

—No creo que tu libro trate sobre lo que ocurrió aquel día en aquella galería. Ni siquiera lo crees tú.

—¿Ah, no? ¿Y sobre qué trata?

—Eso no me corresponde a mí decirlo. Te corresponde a ti descubrirlo.

—Parece otro misterio.

—El misterio nunca está fuera de uno mismo ni tiene por qué ser algo grandilocuente. Asegurar que algo es un misterio es una gran tentación para no buscar las preguntas adecuadas.

—Muy bien. En ese caso, tengo más preguntas que hacerte.

—Adelante. No sé si yo tendré las respuestas, pero entre los dos avanzaremos.

—Cooperaremos.

—Eso es. Cooperaremos.

Diecisiete

Hay llamadas telefónicas que parecen proceder del interior de un puño. Albergan más ganas de reventar que de llegar a ningún sitio. Eso sentí cuando volví a oír la voz de la madre de Simón, aunque en ese momento no alcanzara a ponerle estas palabras. No habían pasado ni cuatro días desde la anterior llamada, pero en ese tiempo había tenido ocasión de ver a Simón sacar a pasear a aquel perro, leer el correo electrónico de su exmujer y revisar celosamente cuanto había escrito hasta ese momento. Analizado desde otra orilla, uno se da cuenta de que esa densidad de hechos debía desencadenar algo determinante en la acción. Y lo hizo, claro. Porque fue al día siguiente cuando Simón interrumpió su caminata, se giró y me propuso charlar en su casa.

La madre de Simón habló al otro lado del teléfono. Pero también podría decir que tronó, que la tormenta trajo la noche antes de tiempo, que no dejó ni un árbol en pie, y no estaría mintiendo.

—¡Ya era hora!

—¿Cómo dice?

—Que ya era hora. ¿Es que no me escuchas?

—La escucho perfectamente.

—Casi nunca nos escuchamos perfectamente, muchacho. No iba a ser hoy una excepción.

—¿Qué quiere?

—Te he telefoneado varias veces.

—No tengo ninguna llamada perdida.

—Pues deben de estar en algún lado, porque llevo llamándote todo el día.

—¿Ha pasado algo?

—Lo que ya te conté. He encontrado esos pasadizos. ¿Te parece poco?

—¿Otra vez?

—Te dije que te llamaría, ¿no?

—Olvídese de los pasadizos, por Dios. Hágame ese favor a mí y hágaselo a usted.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Sé que fue usted quien preparó esos folios con la palabra «Pasadizos». Es su letra. Es su delirio. Es su juego.

—¡Santo Dios! No voy a entrar en una idea tan absurda. La exmujer de Simón, esa hija de la gran puta, está haciendo bien su trabajo. Y no me deja más remedio que emplearme a fondo en todo este asunto. Por eso te advierto de algo. A partir de este momento, no volveré a nombrarla. No existe. ¿Me has entendido?

—No lo sé, la verdad. No sé si a estas alturas entiendo algo de todo esto.

—Acabarás haciéndolo. Lo sé porque yo también he estado en tu lugar.

—¿En qué lugar? Esto parece una puta película de desquiciados. ¿Se refiere a ese lugar?

—Muchacho.

—¿Qué?

—Los pasadizos. Que los he encontrado. Eso es lo importante ahora.

—Que los ha encontrado...

—Sí. En la bolsa de viaje que había en el trastero. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Eso lo cambia todo.

—¿Qué cambia?

—Todo. Nunca supimos por dónde empezar.

—...

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Joder con la manía de callarte. ¡Habla!

—Disculpe, pero ya le he dicho que no entiendo nada de lo que está diciendo. Y tampoco sé si quiero entenderlo.

—Presta atención, porque no tengo todo el día. En el interior de ese bolso de viaje mi hijo llevaba ocho libros. Los tengo ahora mismo delante de mí. Uno encima de otro.

—¿Qué libros?

—Eso da igual en este momento.

—...

—Desde que di con ellos no he podido quitarles ojo de encima. Los he revisado, los he sacudido por si hubiera alguna nota en el interior y los he colocado junto al sillón con la intención de comenzar a leerlos. Me va a llevar algún tiempo, pero sé que merecerá la pena.

—...

—¿Hola?

—Continúe. Sigo aquí.

—¿Pero lo pillas o no?

—No.

—Si no recuerdo mal, tú me dijiste que Simón vio en tu último libro pasadizos físicos, no metafóricos, que lo llevaban de un lado a otro. Y que, además, en eso hizo mucho hincapié. ¿Fue así?

—Sí.

—Y ahora encuentro ocho libros en su bolso de viaje. ¿No te das cuenta, muchacho? No es una mera casualidad. Utilizaba los libros como pasadizos para moverse de un lado a otro. De hecho, cada vez dudo más que cogiera ese avión. No lo necesitaba. Hemos estado buscando mal todo el tiempo.

—¿Buscando mal?

—Claro. Si él se largó por un pasadizo, nosotros tendremos que dar con él a través de otro pasadizo.

—¿Se refiere a otro libro?

—¡Por fin! Eso es, muchacho. Y no cualquier libro. Necesitamos el libro que estás escribiendo. ¿No te parece emocionante?

—...

—Por eso se puso en contacto contigo, te habló de los pasadizos, te facilitó mi dirección, te alimentó la curiosidad... Quiere que lo construyamos juntos.

—Eso es una locura.

—Qué curioso. Cuando Simón te lo dijo, no te lo pareció. Es más, cogiste tu maletita y te plantaste en casa preguntando por él. Que yo recuerde en ningún momento me dijiste que habías venido empujado por una locura.

—Nunca pensé que hablara de pasadizos físicos.

—Pero él te lo explicó así. Fue muy claro. De hecho, a ti te llamó la atención la nitidez de sus palabras.

—Ya sé lo que me explicó. No obstante, eso no convierte un libro en un pasadizo conectado con otros pasadizos.

—¿Ah, no?

—No.

—Qué pena me da oír eso.

—Bueno... Está en su derecho de sentir lo que quiera.

—Supongo que esas palabras son la confirmación de tu indolente fracaso.

—...

—Dímelo. ¿Es así? ¿Te retiras?

—Señora, para encontrar a Simón no hace falta escribir ningún libro. Usted lo sabe tan bien como yo. No hagamos esto más doloroso.

—Tenías toda la razón. No has entendido ni una sola palabra. Porque para encontrar al Simón que tú buscas, sí es necesario que escribas ese libro. Ya te darás cuenta. ¿Me escuchas? No hay otra posibilidad. Es eso o el fracaso más estrepitoso.

—...

—Piénsalo bien. No cometas la estupidez de cerrar todo esto en falso. Llega hasta el final.

—¿Y si resulta que el Simón que yo encuentro no es el Simón que usted busca?

—Te lo dije hace un tiempo. Yo ya no lo busco.

—¿Entonces? ¿Por qué tanta insistencia?

—Porque él quiere que te ayude. De otro modo, no te habría puesto en contacto conmigo. Algún papel tengo que desempeñar en todo esto, ¿no crees?

—...

—Además, si tú encuentras al Simón que buscas, quizá las cosas vuelvan a ser como antes. Quién sabe.

—Como antes de qué.

—De que Julia muriera, de que todo se viniera abajo.

—Me temo que eso no es posible. Y lo lamento. De verdad que lo lamento.

—Confía, hijo. En esta casa hemos salido de peores.

—Tengo que despedirme.

—No. La mejor despedida nunca será hoy. Como todo en la vida, tendrá lugar el día que cuentes esto y lo hagas bien.

Dieciocho

Me resultaba difícil apartar la vista de la fotografía. Por supuesto, yo me reconocía en mi mirada y en aquel cuerpo enclenque, casi un puñado de huesos en milagroso equilibrio. Sin embargo, me costaba hallar la correspondencia absoluta entre el recuerdo que tenía de mis amigos y los tres niños que me acompañaban en aquella imagen. Supuse que era lo normal, teniendo en cuenta que habían transcurrido casi treinta años, pero, después de oír a Simón hablar sobre las creencias, la duda se me había clavado en la garganta. Ojalá hubiese tenido esta fotografía antes de empezar a escribir cualquier página. Eso pensé. La habría observado con la calma de la que en ese momento me sentía desprovisto. La vieja e imponente fábrica de azufre, la euforia que vibraba próxima a nuestros cuerpos, la luz calurosa de aquel lejano día, el revelador brazo en cabestrillo de Simón y la silente mano que apretó el disparador. A todo le habría prestado atención, en mi afán de nombrar con precisión la desmemoria y la imaginación.

Allí sentado, bajo la atenta mirada de Simón, me pregunté qué le habría llevado a conservar y llevar consigo aquella fotografía durante tanto tiempo. Sentí que la emoción se me tensaba en el pecho como la cuerda de un arco. E intuía, o deseaba intuir, que algo parecido le estaba ocurriendo a él.

—¿Cuándo te dio Thierry esta foto?

—Un par de días antes de marcharnos.

—¿Él lo sabía?

—¿Que nos íbamos del barrio? Sí. Mi madre se lo contó. Necesitábamos que alguien nos llevara a la estación de autobuses casi de madrugada. Además, vivíamos en una casa de su propiedad, algo teníamos que decirle. Si no recuerdo mal, mi madre le recomendó que cambiara la cerradura.

—¿Por ese hombre, por tu padre?

—Por ese hombre, sí.

—No sé si sabes que, después de vuestra marcha, nos visitó muy a menudo.

—¿Volvió al barrio?

—Claro. Era habitual verlo algunas noches apostado cerca de la que entonces era vuestra casa. Nosotros, al principio, teníamos la esperanza de que aquello fuera la constatación de que no tardarías en regresar al barrio. Pero pasaron los días y eso, como ya sabes tú, nunca acabó sucediendo. Así que, o él interrumpió sus visitas, o sencillamente nosotros dejamos de prestarle atención. Nos preguntamos tantas veces qué habría sido de ti...

—¿Y eso es lo que te ha traído hasta aquí?

—Estoy convencido de que, aunque no sepa exponerlas con claridad, tengo distintas razones para estar hoy en esta casa. Pero sí, esa es una de las más poderosas.

—Lamento decirte que de aquel Simón apenas quedó esto que ves. Poco más.

—...

—¿No te resulta suficiente?

—No sé qué esperas que conteste.

—Si es una cuestión de expectativa, siento decepcionarte. No soy aquel niño y no vas a encontrar la ingenuidad con la que íbamos de un lado a otro del barrio. Ese deseo tuyo es de una inocencia

intolerable. Así que, ahí lo tienes. Yo ya no soy él. Otro misterio resuelto.

—Tengo mis dudas, Simón. No es una tarea fácil dejar de ser lo que un día fuimos.

—Contéstame, entonces, a algunas preguntas. Mi hermana Julia murió con apenas seis años en un desgraciado accidente o por un maquiavélico capricho de Dios, cuando estaba a mi cuidado. ¿Crees que aquel niño frágil y pecoso que tú retratas en tu manuscrito habría sobrevivido a ese hecho? Llevé a algunos hombres y mujeres a una galería, les cubrí la cabeza con una bolsa de tela y, cuando se pusieron las cosas feas, los abandoné a su suerte. ¿Crees que ese mismo niño habría sido capaz de imaginar siquiera algo así? Aquel día murió una mujer y me condenaron a cuatro años de prisión. ¿Crees que aquel Simón habría soportado esa culpa y su correspondiente condena? Tú sabes todo lo que hay que saber sobre la verosimilitud. ¿Puede un niño como el de tus páginas sobrevivir en una vida tan calamitosa como esa y que no resulte un disparate a ojos de cualquier lector?

—Claro que puede, Simón. Otra cosa es que a ti te resulte insoportable concebir algo así.

—Cuando te ves en esa fotografía que aún no has sido capaz de soltar, ¿te reconoces?

—Sí. Y a vosotros, con algo más de dificultad, también. Somos nosotros frente a la fábrica de azufre, una tarde de verano, a comienzos de los noventa. Seamos lo que seamos ahora, somos nosotros.

—Quizá, no lo sé, hubo un momento en que pensé que serías un buen narrador para esta historia, la voz en *off* que humanizara lo que ocurrió aquel día en aquella maldita galería, mi oportunidad de explicarle al mundo que no soy un asesino, que la vida, a veces, se

retuerce como un gusano ciego. Quizá, no lo sé, albergué la esperanza de que cuanto más libertad tuvieras para afrontar la tarea de escribir sobre esto, mejor entenderías el lugar que yo ocupaba en esta historia. Pero después leí las páginas que me enviaste, con todos aquellos episodios en el antiguo colegio, en la pista de aterrizaje del aeropuerto, en el aljibe árabe o en tu habitación, daba igual el sitio, todo hilvanado y deshilvanado a la vez, y se apoderó de mí un terror insoportable.

—¿Terror?

—Así es. Ya sé que no había en el espíritu de lo que escribiste la intención de generar terror ni nada que se le pareciera. Eso es algo obvio. Pero la verdad es una hierba silvestre que acostumbra a imponerse a cualquier pisada, ¿no crees? En algún momento de la lectura, el miedo salió a mi camino y me lo encontré de frente.

—Lo siento, pero no termino de entenderlo.

—Me di cuenta enseguida de dónde estaba el origen de aquella terrible emoción. Se trataba de la parte del relato que solo yo tejía en mi cabeza.

—¿Cuál?

—Precisamente la que no aparecía en tu texto por ningún lado. Mi presurosa vuelta a casa cada una de aquellas tardes. Las noches tan oscuras y enfermas que me procuró aquel lugar. Los gritos, los golpes, los llantos. Las carreras desesperadas. El angustioso y providencial ruido del cerrojo del baño. También el alivio de la rotunda y frágil claridad de la mañana. El doloroso silencio de los vecinos, su ceguera cobarde, sus persianas clavadas en el alféizar. La ira que se fundía en las vísceras de aquel hombre que, por entonces, era mi padre. Me arrepentí tantas veces de no haberle llenado la barriga de matarratas que no existe consuelo que atenúe esa flaqueza.

—¿Ese cabrón os maltrataba?

—Nos hacía arder cada vez que se le antojaba.

—¿A los dos?

—No hay manera de que no maltraten a un hijo si su madre tiene que morder un trapo para no desgañitarse. Pero, si te refieres a si me golpeó a mí, muchísimas veces. Nunca delante de ella, eso sí. Porque hasta los hijos de puta se imponen límites con los que lavarse la cara y las manos cada día.

—¿Por eso os marchasteis? ¿Eso es lo que no querías decir en la fábrica de azufre? ¿Que estabais huyendo de ese hombre?

—Mi madre tomó una buena decisión el día que salimos de madrugada de aquella casa. Pero su gran descubrimiento fue otro. Su hallazgo fue sacarlo de nuestras palabras, de nuestra historia. Ninguno de los dos lo volvimos a nombrar. Porque de haberlo hecho, ese hijo de puta, que no tenía donde caerse muerto, nos habría encontrado. Estábamos seguros de ello. Mi madre lo hizo bien y lo he tenido claro siempre. Además, habría sido desastroso que hubiera sabido de la existencia de Julia.

—¿Cuánto tiempo vivió con vosotros?

—Siempre es demasiado tiempo.

—¿Y por qué no os marchasteis antes?

—Mientras viví bajo el mismo techo que él, nunca concebí una existencia distinta. Esa era la vida que me había tocado. Era un niño, por Dios. A lo sumo reunía rabia y un puñado de planes imposibles en los que me vengaba de ese saco de mierda. Pero mi madre claro que lo intentó. Muchísimas veces. Y con el afán de protegerme, acostumbraba a revestir cualquiera de nuestras huidas con palabras nuevas, distintas. Te habría estremecido su modo de contarme, con el corazón empujando en la garganta, cuáles eran nuestros planes de futuro. Me decía que nos iríamos a vivir a un

camping, donde había encontrado un nuevo trabajo de vigilante. O que estaba pensando en cuidar animales en una granja de no sé dónde. O que alguien nos había llamado desde el extranjero para que le hiciéramos una visita. Y era capaz de detenerse en la escala minúscula de lo que iba a ser nuestra nueva vida. Me hablaba de un clima suave, de un desayuno en un balcón, de un paseo o de unas nuevas vistas desde la ventana de mi habitación. En una de esas huidas, nos escondimos en una bonita casa en una playa perdida. Vete a saber de quién era y cómo la habíamos conseguido, pero lo cierto es que estar allí a solas con mi madre fue emocionante. Desgraciadamente, aquel hombre nos encontró y nos hizo volver al barrio. Según mi madre, esa vez casi lo conseguimos, aunque no me dijo qué teníamos que conseguir exactamente.

—Recuerdo aquello. Estuviste una semana sin venir a clase, y nosotros no dejábamos de preguntarnos qué os habría ocurrido. De hecho, estaba absolutamente convencido de que si alguien hubiera abierto la puerta de vuestra casa, os habría encontrado muertos.

—Me cuesta recordar algunas cosas. A veces, tengo la sensación de que miro bajo la tierra.

—¿Nunca hablaste abiertamente con tu madre sobre todo esto?

—¿Abiertamente?

—Me refiero a si alguna vez, siendo ya adulto, le pusisteis palabras a lo monstruoso de aquellos años.

—Quizá esta sea una de las cosas más difíciles de explicar. Nunca necesitamos hablar abiertamente, como tú dices, sobre lo que nos había sucedido. No tardamos en encontrar nuevas palabras sobre las que reconstruir nuestra vida. Y mi madre fue artífice de esa tarea. Poco a poco fue hilvanando un relato que nos mantuvo a salvo a ella, a mi hermana y a mí. No es algo extraordinario. Lo hace mucha gente de un modo más o menos natural. Porque la

alternativa a eso es atravesar el campo de batalla minutos después de que haya sonado el último disparo. Mi madre me crio sola porque, en su día, mi padre biológico no quiso saber nada ni de ella ni de esa mierda que llevaba en el vientre. Y cuando creyó encontrar a un hombre que la acompañaría en la vida, o en buena parte de ella, descubrió que se trataba de un cabrón que usaba cinturón de hebilla gruesa para sujetarse los pantalones. Se quedó embarazada, claro. Porque las bestias, tarde o temprano, imponen, embisten y abandonan. ¿Vas a contarles a tus hijos que son personajes principales en una historia como esa? Supongo que no hay una única respuesta para esta pregunta. Pero mi madre siempre tuvo clara su postura. Urdió, poco a poco, un relato inconexo, fragmentado, en ocasiones contradictorio, pero poderoso a oídos de un niño que se había estado escondiendo buena parte de su vida. Escuchar a mi madre hablar de quiénes éramos o de cuáles eran nuestros íntimos planes de futuro me traía un consuelo que no he vuelto a sentir en mi vida. Como una mano cálida que se posa en el pecho. Algo así. Su realidad imaginada acabó siendo mi realidad consentida. Me llenaba de esperanza.

—Por eso te dejaba salir a jugar a la playa...

—¿Cómo?

—En su día, cuando compartiste conmigo aquella estancia en la casa de la playa, me dijiste que tu madre te dejaba salir a jugar todas las tardes, y que había extrañeza en aquel gesto, pero también amor y alegría. ¿No te acuerdas?

—No.

—Ahora sé que tu madre debía de estar aterrada por si él aparecía, como sucedió finalmente, pero aun así forzaba las costuras e imponía una historia en la que un niño salía a jugar por la

orilla de la playa cada tarde, que es, probablemente, la antítesis del miedo.

—Como te digo, no guardo ese recuerdo.

—A veces, nuestros recuerdos los guardan otras personas. Eso lo he aprendido de mi padre. Mi madre le guarda casi todo.

—Puede ser.

—Entiendo algo mejor que rechazaras de un modo tan vehemente las páginas que compartí contigo.

—Necesitaba hacer un agujero y volver a enterrar ese terror. Y pensé que eso no me iba a resultar posible si tú acababas escribiendo y publicando esta historia. Al menos, tal y como está contada.

—No sé por qué, pero en su momento interpreté que lo que buscabas era apartarme y convertirte en el narrador.

—A estas alturas, después de esta conversación, no aspiro a tanto. Sería una cándida estupidez.

—¿Y qué deseas entonces?

—Se suele decir que toda persona esconde un niño en su interior. No sé si es o no una chorrada con la que intentamos convencernos de que aún podemos mantener a raya el desengaño que nos trae la edad. A mí no me da miedo confesar que yo no albergo ningún niño en mi interior. Lo dejé atrás y él buscó dónde esconderse. Nos desprendimos el uno del otro. Creo que esa fue mi manera de salvarlo de todo lo que vino después en mi vida. Así que deseo eso. Que siga a salvo.

—¿Escribiendo sobre él lo pongo en riesgo?

—Indagando en su dolor, sí.

—En tu dolor, Simón. Sois la misma persona. De hecho, me has reconocido que sentiste un terror insoportable al leer esas páginas.

—Pero no por mí. Claro que no. Lo sentí por él.

—Me reconocerás que esa disociación es muy rara.

—Reconocer algo así no sirve para nada.

—Dime una cosa. Si querías mantener al margen a aquel niño, ¿por qué me propusiste que escribiera sobre aquellos años? Tú sabías que esto podía acabar ocurriendo.

—No fui yo.

—¿Cómo dices?

—Aquel primer correo no lo escribí yo. Fue él. Fue aquel niño. Y no iba dirigido a ti. Buscaba a su amigo de entonces.

Diecinueve

Quienes saben de estas cosas aseguran que, desde el momento en que renunciamos a la omnisciencia del narrador en tercera persona, estamos condenados a que los personajes definan su esencia a través de sus actos y de sus palabras. Tenemos restringido el acceso a ese espacio donde germina la voluntad que los impulsa a hacer esto o aquello. Llamémoslo como queramos: corazón, espíritu, subconsciente, lóbulo frontal o sala de máquinas. Por tanto, son las decisiones de los personajes, sus palabras, sus silencios, sus impulsos los que nos permiten radiografiar e interpretar qué se cuece en ese remoto lugar de sí mismos.

En un capítulo que ya nos queda lejos, conté cómo una tarde el del síncope y yo vimos a Simón salir despavorido de su casa. En aquel momento lo interpreté como la señal inequívoca de que sus padres se habían enterado del robo del maletín negro. Así lo comenté en voz alta, para que el del síncope se percatara de lo mierda que había sido dando aquel chivatazo. Hoy, si reviso esa escena, sé que no existía posibilidad alguna de hallar en su carrera el pasadizo que nos llevara hasta el corazón de aquel niño. Pero eso no impidió que ya entonces reparáramos en el pánico que paralizaba su rostro, en la adrenalina que electrificaba sus piernas y en unos ojos tan abiertos que parecían dos campos en barbecho.

A un narrador omnisciente le habría bastado aquella imagen para conocer qué había ocurrido en el interior de la casa. Es más, lo habría sabido incluso antes de que tuviera lugar. Pero eso da igual.

Porque, de haber existido esa voz narrativa, no se habría preocupado de poner sobre aviso a Simón. «Hey, chaval, no entres hoy en casa, ni se te ocurra, no está tu madre, vete con tus amigos.» Yo sí lo habría advertido. Al menos aquel «yo» de entonces que lo vio huir desesperadamente hacia los solares del barrio. Aquella tarde, cuando Simón entró en casa, probablemente se encontró a ese hombre tumbado en el sofá, saliendo del baño o registrando la nevera. Simón preguntó por su madre, o lo saludó en un intento de evaluar la situación, o se escabulló hacia su habitación. Él le dijo niño, ven aquí. Le dijo de dónde vienes. Le dijo todo lo que se le pasó por su mente emponzoñada. Lo insultó. Lo atemorizó con gritos ennegrecidos por el alcohol. Lo persiguió tambaleante, mientras se desabrochaba una vez más el cinturón. Pero Simón siempre fue un niño rápido. Una de esas salamanquesas que peregrinaban con familiaridad de una esquina a otra de nuestras casas. Así que huyó. Abrió la puerta y corrió a través de ese verano que acostumbraba a esperarle cada día a pie de calle. En esta ocasión, la hebilla no alcanzó su espalda. Eso quiero pensar. Al menos esa vez no pudo abrasar su piel con tanta rabia.

El del síncope y yo lo vimos correr en dirección opuesta. No volvió la mirada en ningún momento. Corrió como tantas otras veces había hecho a nuestro lado, después de cometer cualquier trastada en el barrio. Cuando lo perdimos de vista, nos sentamos en la acera con la sensación de estar respetando un dolor por el que nosotros ya habíamos pasado. Nada más lejos de la realidad, claro. Pero cómo demonios íbamos a saber que aquello era un puto infierno; cómo dejar de confundir el miedo con la fragilidad; cómo descubrir que aquello no era misterio, que lo que veíamos era la sombra

negrísima del terror. Solo éramos niños, que es exactamente lo opuesto a ser un narrador omnisciente.

Veinte

Cuando oí las palabras de Simón me resultó inevitable cerrar los puños. Apenas fueron unos segundos, pero la fotografía, que no había soltado en ningún momento, se arrugó, especialmente en uno de sus extremos, y tuve que plancharla con las palmas de ambas manos. Mientras me apresuraba a hacerlo, Simón me dedicó una sonrisa que, por vez primera desde que nos habíamos reencontrado, no me pareció el gesto de un desconocido. Intenté decir algo, pero la voz se me hundía en la garganta como si estuviera hecha de galena. Así que busqué recomponer mi postura en el sillón, dejé la fotografía sobre un libro que había en la mesita y lo miré a los ojos por si encontraba un cabo que poder atarme a la cintura en mitad del océano.

—Si te parece buena idea, puedo hacer una copia de la foto y enviártela.

—Gracias.

—...

—La he dañado un poco. Lo siento.

—No te preocupes.

—Estoy algo turbado por cuanto me has dicho. No sé. Es la respiración...

—Tómate tu tiempo. ¿Quieres algo? Quizá un poco de agua.

—No. Se me está pasando.

—Vale.

—Tu madre me llamó ayer mismo y me dijo algo parecido.

—¿Parecido?

—Bueno, sé que va a sonar raro, pero me advirtió de que para encontrar al Simón que yo buscaba iba a necesitar escribir este libro. Al igual que has hecho tú, creo que distinguí entre este Simón de ahora y aquel niño de entonces.

—Ella sabe tanto como yo.

—Ya sé lo que me dijiste sobre aquellos folios doblados con la palabra «Pasadizos» escrita a mano, pero ella insiste en tu autoría. Es más, asegura que los ha encontrado.

—¿Que ha encontrado el qué?

—Los pasadizos. Ocho libros que esperaban en un bolso de viaje que olvidaste en el maletero del coche.

—¿Y eso qué significa?

—Exactamente lo que tú me dijiste. Que esos pasadizos son físicos y se conectan unos con otros.

—¿Los libros son los pasadizos?

—Sí. Ya sé que es una locura, pero tú conoces a tu madre mejor que yo. Quizá puedas ayudarme. No sé cómo encajarlo en todo esto, la verdad.

—...

—¿Olvidaste esos libros en el maletero?

—Es probable. Yo siempre he arrastrado libros de un lado a otro. ¿Te ha dicho qué libros eran?

—No.

—Ya. Sería interesante saber eso.

—Ella, en cambio, dice que eso no tiene importancia. Pero que se disponía a leerlos para ver si averiguaba algo más. Insistió en que te habíamos estado buscando de la manera equivocada.

—Ya te dije en la cafetería que mi madre era un tanto especial. Resulta extraordinaria en su labor. Pero las consecuencias pueden

ser muy dolorosas.

—No entiendo qué es lo que quiere.

—Supongo que lo mismo que ha querido siempre. Dominar el relato, forzarlo, ponerse al frente de lo que se está contando. Se ha pasado la vida haciendo lo mismo. Y es lo que me ha enseñado a mí.

—¿Es lo que hiciste tú con la historia de Huáscar? ¿Ponerte al frente?

—Sí, algo así.

—¿Y por qué esa historia?

—Creo que te lo dije en la cafetería. Siempre me fascinó aquel episodio. Tu adrenalina iluminando la pista del aeropuerto, la gente jaleando desde la valla y la Guardia Civil cortándote el paso y convirtiéndote, contra todo pronóstico, en una especie de héroe.

—¿Un héroe?

—A mí me lo parecía entonces.

—Para mí aquello fue una trastada que mi madre me hizo pagar bien caro. Un drama familiar del que tardamos en recuperarnos bastante tiempo. Me detuvieron por aquello, Simón.

—En algún momento, no sé exactamente cuándo, me di cuenta de que aquella conversación con Huáscar Serrano era indispensable para lo que yo pretendía. Si conseguía que ellos sintieran la misma fascinación que se había apoderado de mí, sería posible que comenzáramos a cooperar. En realidad, sería posible cualquier cosa.

—¿Quiénes? ¿Los Fascinados?

—Llámalos como quieras.

—Simón, ni siquiera recuerdo que ese hombre me dijera que se apellidaba Serrano. Juraría que no, vamos. Me contó que estaba allí porque lo habían confundido con otra persona y que era una

cuestión de tiempo que lo dejaran marcharse. Me preguntó qué había hecho yo. Y, si no recuerdo mal, le contesté que también se habían equivocado conmigo. Después hablamos de cómo se veía nuestro barrio desde el aire. No sé cuánto tiempo transcurrió. Diez, veinte, quizá treinta minutos. Un guardia civil entró y se lo llevó esposado.

—Sí, recuerdo perfectamente tu relato.

—Entonces, ¿de qué conversación me estás hablando?

—De la conversación que yo mantuve con él.

—¿Tú?

—Sí. Ya te dije que hubo un momento, muy poco después de marcharme del barrio, en que comencé a apropiarme de esa historia.

—...

—Las historias no pertenecen a nadie. Las historias hay que ganárselas. Más aún si las necesitas. Así que fui yo quien irrumpió en la pista del aeropuerto. Yo era el protagonista. Yo era el narrador. Y yo era el autor. Que es la mejor manera de confundir a todo el mundo, ¿verdad?

—¿Y qué pretendías con eso?

—Lo mismo que tú cada vez que te sientas a escribir. Respeto, protección y amor.

—Me gustaría que compartieras conmigo esa conversación con Huáscar.

—Eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Sé que, por mucho que yo muestre mi desacuerdo, vas a acabar escribiendo sobre esto. Es tu naturaleza. Y compartir contigo esa conversación constituiría la prueba fehaciente de que hemos hablado.

—Temes quedar como un charlatán a ojos de quienes te siguen, de quienes escuchan tu palabrería llenos de esperanza. Quieres mantener viva la opción de negar esta historia, si fuese necesario.

—Tengo que ganarme la vida. Y creo de corazón que puedo ayudar a la gente. Hasta que no consiga un presente y un futuro convincentes, tendré que seguir volviendo al pasado.

—...

—Pero tú puedes reconstruir la conversación. Es un gran reto narrativo, ¿no te parece?

—...

—Alguna vez leí que la literatura servía para explicar la literatura, pero en ningún caso la vida. ¿Tú qué piensas?

—Es posible.

—Entonces está claro que lo verdaderamente importante es que todo esto funcione narrativamente, no que te ajustes a mi vida o a la tuya. Haz como yo. Coge lo que necesitas. Cuanto he dicho te podrá ser de utilidad en este cometido. Rebusca en mis palabras, sacúdelas. Y haz lo mismo con las de mi madre y con las de mi exmujer. Acude a tu experiencia, a tu imaginación, a tus recuerdos e, incluso, a tus olvidos. Yo lo hice en su día. Y estoy convencido de que tú sabrás hacerlo muchísimo mejor.

—Te juro que no termino de saber si quieres que escriba o no esta historia.

—...

—No sabría ni por dónde comenzar.

—No tiene que ser por el principio. Sencillamente búscate una buena manera de empezar. Eso funciona siempre.

Veintiuno

Esta historia, por razones que han quedado escritas y otras que no dudé en borrar, me dejó extenuado en algunos momentos. Uno de ellos, quizá el más intenso, fue la despedida con Simón en el jardín de aquella casa. Cuando dimos por concluida nuestra larga conversación, me acompañó hasta la cancela, cubiertos, supongo que ambos, por la incómoda intuición de que no volveríamos a vernos. Al menos, no de un modo deliberado. Esta vez, a diferencia de aquel encuentro en la cafetería, nos estrechamos la mano enérgicamente, sin dejar escapar siquiera una mueca de complicidad tardía, y le di la espalda para marcharme. Un gesto que apenas constituyó un amago, porque su voz volvió a sacudirse en el aire como una manta polvorienta.

—¿Por qué crees que regresó aquel hombre?

—¿Cómo?

—Me has dicho que visitó el barrio durante algunas noches y esperaba cerca de la que fue nuestra casa.

—No lo sé, Simón. Nunca reunimos el valor para acercarnos y preguntarle por ti. Pero en una ocasión oí a mi padre hablar con mi vecino sobre este asunto. Recuerdo sus palabras, aunque él asegura que no sabe dónde las ha puesto, que tendría que buscarlas. Dijo: ese hombre está buscando morir.

Al terminar de pronunciarlas, me percaté de que los ojos de Simón se colmaban de lodo, y por unos segundos apareció aquel chaval adolescente. No sus pecas, ni su timidez, ni esa aparente

fragilidad en la que yo había hecho tanto hincapié. Lo que reconocí fue aquello a lo que yo no había sabido ponerle nombre durante todo este tiempo. Su miedo. Un miedo en carne viva. Me sentí sobrecogido por la expresión de su rostro y reparé en la torpeza con la que se habían hundido las palabras de mi padre en mi memoria. Estuve a punto de reformular en voz alta lo que acababa de decir. Pero supe que era innecesario porque Simón ya lo había hecho instintivamente en su cabeza. Bajó la mirada, cerró la cancela y, a través del enrejado, vi cómo, una vez más, se escondía las manos en los bolsillos. Supongo que me dijo adiós, y es probable que yo también lo hiciera. Eso no lo recuerdo. Pero da igual. Cualquier palabra que hubiéramos empleado en ese momento apenas habría resistido el empuje de lo que ambos callábamos. «Ese hombre os buscaba para mataros.»

¿Cómo era posible que después de tanto tiempo, de tanta escritura, no hubiera sido capaz de vislumbrar ese miedo que cimbraba en su interior? Lo tuve delante, y de nada me sirvieron los ojos, los oídos o las manos. Tampoco el corazón, que a veces se ofrece infalible para estas cosas. Ni siquiera fui capaz de alinear mi terror con el suyo, mientras escribí el capítulo de mi secuestro: encerrado en aquel coche, sumergido en la oscuridad de los árboles, a la espera de que se desencadenara el horror. Me sumí en la ceguera perfecta: mi obsesión por encajar las piezas de la historia que ya tenía en mi cabeza; de alcanzar una vez más la última página de un nuevo libro; o de vencer a cualquier precio, tal y como me había advertido mi editora. De ese modo tan mezquino, me mantuve alejado de sus noches en el barrio y de la negra razón de sus ojeras.

En algún momento del proceso de escritura de este libro, llegué a pensar que lo único que podría resarcirme de mi torpeza era contar

la historia desde el punto de vista adecuado. Hoy sé que no es así. Que si he llegado hasta las últimas páginas ha sido por el empuje de una íntima necesidad: la de contar lo que tuviera que contar, convencido de que atraparía la atención de cualquiera hasta el mismísimo final. Y para ello, tal y como me propuso Simón, reconstruí la conversación con Huáscar en el pequeño cuartel de la Guardia Civil en el aeropuerto. En esa tarea, me he apropiado de muchas palabras de Simón, de su madre y de su exmujer, como no podía ser de otro modo. Pero he trabajado para ir más allá y he creído alcanzar aquella imaginación de niño y estos delirios de charlatán, aquel sentido del humor y estos temores tan profundos. He procurado entender sus extrañas ideas de cooperación y las razones sobre las que se sostenían, aunque como bien dijo él, esa no era mi historia. He mirado mil veces aquella fotografía que me envió y he sembrado aquí cuanto me ha ofrecido. He querido ser él, porque alguna vez él quiso ser yo en aquella habitación. Solo así me ha resultado posible rescatar a Huáscar, en un día de verano de comienzos de los años noventa.

Uno escribe para llevar a cabo cualquier otra cosa. Eso lo descubrí hace ya mucho tiempo. Cuando me enfrascaba en la escritura de esa larga conversación con Huáscar, era consciente de que, más que teclear, me dedicaba a perforar cada página de este libro, con la única voluntad de abrir un nuevo pasadizo. Ese que nos conectara de nuevo: a un lado aquel niño pecoso, y al otro, yo. Porque eso es precisamente ese extenso diálogo que atraviesa este libro: la invención, que no la mentira, del sexto pasadizo de esta historia. Solo así soy capaz de cambiar el orden de las palabras que me confió su exmujer. No es un milagro. Ahora sí, es un misterio.

En esta ocasión, cuando concluí el nuevo borrador, no lo compartí con Simón. No tuve el valor de hacerlo. No me sentí con

fuerzas para ofrecer la ceguera de la que he hablado, y mucho menos para leer lo que tuviera que decirme. Sí se lo hice llegar, en cambio, a mi editora que, no sé si con rotunda sinceridad o siguiéndome la corriente una vez más, contestó a la pregunta que yo le formulaba: ¿Le pongo un nombre ficticio al protagonista? Sí, me dijo. No corramos riesgos innecesarios. Y algo dentro de mí agradeció esas palabras. Después de todo, mi mezquindad es un mineral que siempre llevo en el bolsillo.

Simón Úbeda Magallanes me pareció tan buen nombre como cualquier otro.

Epílogo

El sexto pasadizo

La despedida

—Golpea fuerte la puerta para que te oiga algún guardia civil. Y grita si es necesario.

—No sé cómo despedirme de usted, la verdad.

—La mejor despedida nunca será hoy. Como todo en la vida, tendrá lugar el día que cuentes esto y lo hagas bien.

—¿Se refiere a lo que nos ha ocurrido aquí?

—Incluso a lo que no ha ocurrido. Ya tendrás tiempo de decidirlo.

—No sé cómo se las apaña, pero nunca termino de entenderle.

—Ahora céntrate en el encuentro con tu madre. Tienes que hacerlo bien. Demuestra que todo esto ha servido para algo.

—¿Usted qué va a hacer ahora?

—Esperar a que me devuelvan el pasaporte y seguir mi camino.

—Al final no he tenido tiempo de contarle por qué entré en la pista del aeropuerto.

—Puedo imaginármelo.

—¿Sí?

—Claro. Entraste para que todo el mundo te quiera.

—Yo iba a decir para ser un héroe.

—Es lo mismo.

—¿Sí?

—Claro.

—¿Y cómo lo supo?

—Nos pasamos la vida buscando eso. No era muy difícil deducirlo.

—Pues para no ser muy difícil, me lo ha preguntado usted unas cuantas veces.

—Ya te dije que me gusta hablar.

—Dentro de la cartera que me ha dado, ¿van las primeras páginas que arrancó de esos libros?

—Estás muy pesado con ese tema, muchacho.

—¿Son esas páginas sí o no?

—¿Qué temas que haya dentro?

—Ya lo sabe. Droga o algo peor. En ese caso, mi madre me mataría a mí, claro. Pero no tenga ninguna duda de que a usted también.

—Si tanto te preocupa, estás a tiempo de devolvérmela.

—¿Qué más le da contestar a mi pregunta? ¿Qué hay dentro?

—Un pasadizo.

—¿Un pasadizo? ¿Se está quedando conmigo?

—No empecemos. Tú me has preguntado y yo te he contestado.

—¿Cómo va a haber un pasadizo dentro de una cartera de cuero?

—Es una cartera de cuero con lazada. Y la pregunta inteligente no es esa.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es?

—Hacia dónde conduce ese pasadizo.

—¿Y hacia dónde conduce?

—¿Qué gracia tiene esto si soy yo quien tiene que contestarlo todo?

—Es que no tiene que tener gracia. Mire dónde estamos. La gracia aquí no tiene sentido.

—Vale... Son las primeras páginas de esos ocho libros. ¿Contento?

—¿Entonces no es un pasadizo?

—Esas páginas son el pasadizo, muchacho.

—¿Y hacia dónde conduce?

—Eso depende de ti. A mí me ha permitido que atravesaras mi vida. Elige bien y te llevará a cualquier lugar.

—No suena fácil.

—Nadie ha sugerido que lo sea.

—...

—Por cierto, te vas a ir y no me has dicho aún tu nombre.

—No me lo ha preguntado.

—...

—Me llamo Simón.

—Encantado, Simón.

—...

—Adelante. Es tu momento, muchacho.

—Estoy nervioso.

—Pero eres valiente.

—¿Usted cree?

—Todo el mundo lo cree.

Nota del autor

Huáscar, como él mismo insinúa en algún momento de esta novela, emplea la primera página de algunas obras de la Historia de la literatura española para contar su vida. Y modifica, de un modo más o menos considerable, el comienzo de esos libros. Aunque el fin de esta inclusión, como no puede ser de otra manera, es rendir homenaje a autores que me han marcado como lector, que me han mostrado los pasadizos que conectan nuestra tradición literaria, citaré los títulos en orden de aparición para evitar cualquier malentendido.

- *El Lazarillo de Tormes*, Anónimo.
- *La familia de Pascual Duarte*, Camilo José Cela.
- *La Regenta*, Leopoldo Alas Clarín.
- *El Conde Lucanor*, Don Juan Manuel.
- *Luces de bohemia*, Ramón María del Valle-Inclán.
- *El camino*, Miguel Delibes.
- *Nada*, Carmen Laforet.
- *La madre naturaleza*, Emilia Pardo Bazán.

La primera vez que vi a Simón, yo estaba en clase de Ciencias Naturales. La maestra interrumpió su explicación, abrió la puerta sin que previamente nadie llamara a ella, e hizo pasar a un niño pecoso y flaco, que apenas era capaz de levantar la mirada del suelo. Nos lo presentó, dijo que era el nuevo compañero y, después de encajar

una mesa y una silla entre dos alumnas, recuperó su tiza y siguió explicando la lección por donde la había dejado. Como yo ocupaba un pupitre de la penúltima fila, lo estuve observando toda la mañana. No sacó ni un lápiz de esa mochila que había dejado en el suelo. Escuchó a cada uno de los maestros que pasaron por el aula y no abrió la boca en ningún momento, salvo para hacer una pregunta, a última hora, en la clase de Pretecnología.

—¿Puedo leer un libro?

El estupor de los compañeros fue absoluto.

Trigo limpio
Juan Manuel Gil

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Joshua Resnick

© Juan Manuel Gil, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-322-3808-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

